

ENTRE  
SENDEROS  
DE  
LAVANDA

*Mariela Giménez*

**Ve  
Ra**

¿Es posible **RECUPERAR** fragmentos  
de una historia perdida?

¿Puede el **AMOR** unir todas las piezas?

¿Hasta dónde se puede llegar  
en la búsqueda de la **VERDAD**?

Anna es fotógrafa forense y una noche de verano  
acude a la escena que le cambiará la vida.  
Una carta, una verdad oculta y el impulso de conocer  
su propia historia serán la invitación  
para transitar senderos desconocidos.

*Si se deja guiar por el corazón,  
podrá encontrar más de lo que busca.*



Respirar profundo.  
Abrir los ojos.  
Observar tu reflejo.  
Aceptar tu historia.  
Abrazar tu presente.  
Soñar tu futuro.  
Amarte para amar.  
Crear para crear.  
Soltar para vivir.  
Siempre...

Soy *VERA*



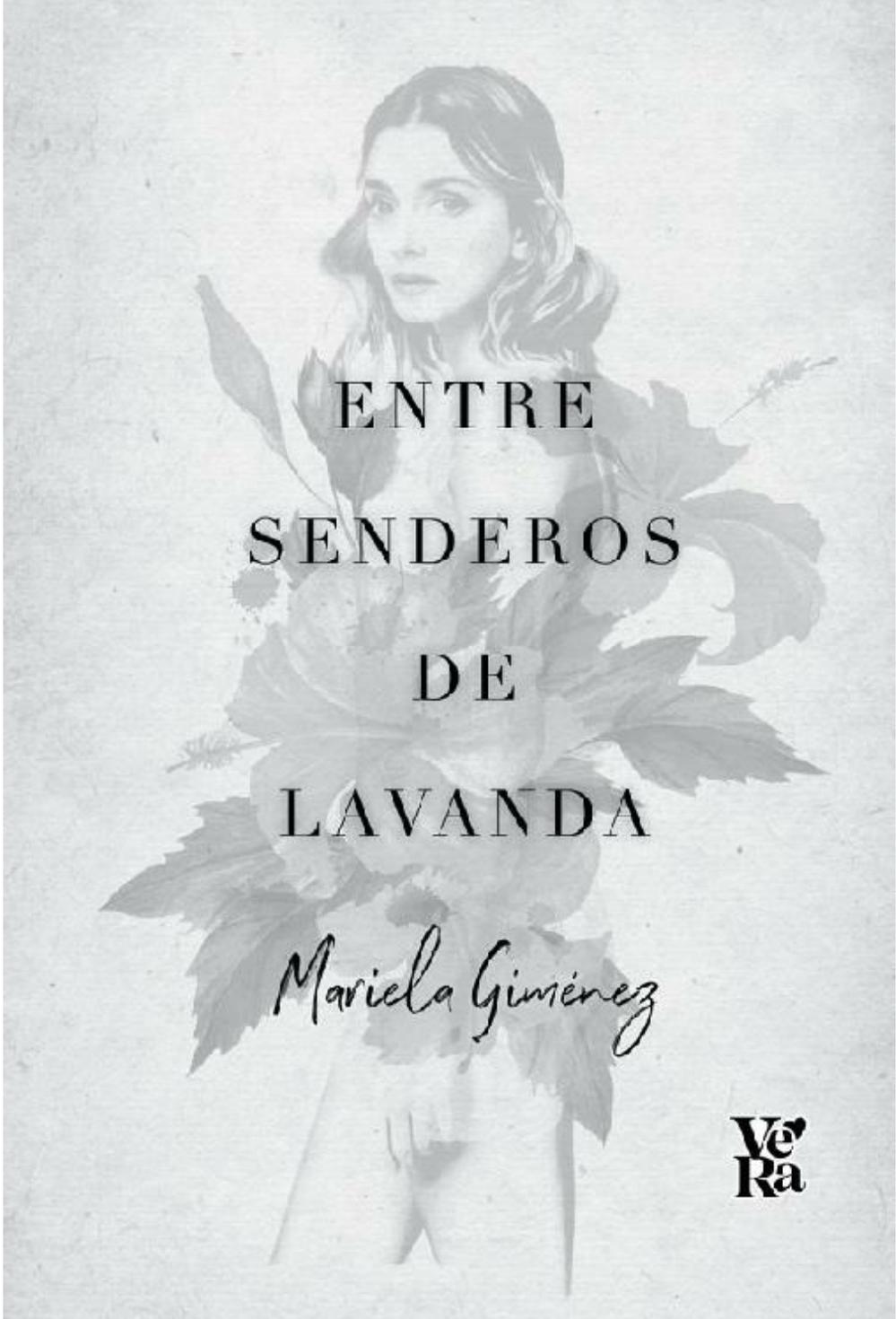
vera.romantica



vera.romantica

**ENTRE  
SENDEROS  
DE  
LAVANDA**





ENTRE  
SENDEROS  
DE  
LAVANDA

*Mariela Giménez*

**Ve  
Ra**



*Para Benicio,  
pequeño gran guerrero.  
Tu paso por esta vida me enseñó  
que no somos las batallas que ganamos  
sino las luchas que emprendemos con el corazón...*



## PRÓLOGO

Salió de la ducha y se puso la ropa que había dejado acomodada sobre la tapa del retrete. Un pantalón deportivo y una sudadera. De pie frente al espejo, removió el empañado con la palma de su mano, y observó su reflejo. Por primera vez en años, se veía en paz. Luego de haber tomado la determinación de acabar con todo, había entrado en una especie de limbo mental. Un estado intermedio entre aquí y allá.

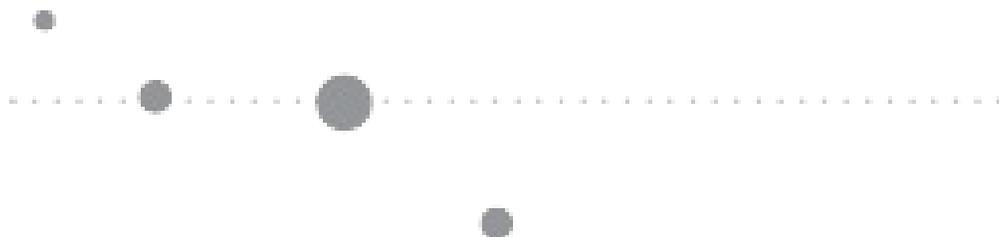
Dio un vistazo general al apartamento, satisfecha de ver que todo se encontraba como quería. Limpio y ordenado. Cada cosa en su sitio, para que pudieran dar con todo sin inconvenientes. El final se aproximaba. Pero aún le quedaba una cosa por hacer; lo más difícil, sin dudas. Siempre había tenido problemas para comunicarse con su hija; y escribirle una nota de despedida, no sería la excepción.

Se sentó en una silla, mirando por la ventana, un tanto abstraída. Sobre la mesa, frente a ella, había una hoja en blanco. A un lado, el sobre azul y cuatro hojas ya escritas que contenían la verdad. Su verdad. Una verdad que también era la de su hija. Decirla en voz alta era demasiado doloroso. Escribirla, no había sido menos traumático. Pero se la debía.

Cuando estuvo lista, tomó un bolígrafo y escribió...



# PRIMERA PARTE





CAPÍTULO I

**UNAS  
MANOS  
HERMOSAS**



**Nada se parece tanto a una persona  
como la forma de su muerte.**

**Gabriel García Márquez**

**L**a despertó el sonido de su celular. Giró sobre la cama y extendió una mano para alcanzarlo; ni siquiera se molestó en abrir los ojos. Estaba acostumbrada a tomar llamadas a mitad de la noche y en plena oscuridad.

—Diga... —balbuceó.

—Anna, te necesitamos aquí. Con urgencia. Tengo a una manada de incompetentes vagando por la escena como si estuvieran de paseo por la feria. ¡Sí! ¡Me refiero a ustedes! ¡Muévanse de allí! ¡Que nadie toque nada! ¡Oye, tú! ¿No me oíste? ¡Fuera de aquí! —gritó el teniente Dubré, del otro lado de la línea. Anna alejó el teléfono de su oído, para ahorrarse la jaqueca—. ¿Puedes venir?

—Necesito diez minutos para cambiarme —respondió mientras se sentaba al borde de la cama y encendía la lámpara—. ¿Puedes adelantarme algo?

—Una mujer se arrojó de la azotea.

—Por Dios... —susurró.

—Quiero que procesemos la escena cuanto antes.

—Por supuesto. Si me envías un texto con la dirección, estaré allí tan pronto como pueda —aseguró.

—Okey. Cuento contigo.

—Lo sé. Te veo pronto.

Dejó el teléfono sobre la mesa de noche y se puso en marcha.

De camino al baño, encontró los jeans y la camiseta de tirantes negra que había usado el día anterior. Con eso bastaría; pues, la elegancia no tenía cabida en su profesión, era más importante la comodidad y la libertad de movimiento. Se lavó la cara con agua fría, más de una vez, y luego observó su reflejo. Se veía molesta. Trató de alisar la pronunciada línea de su entrecejo, pero era inútil. Había dormido nada más que un par de horas y eso la ponía de muy mal humor.

Se aseguró de que la cámara fotográfica y todos los implementos necesarios estuvieran dentro de su estuche, al igual que las baterías de repuesto y los cargadores y, antes de salir de su habitación, fue en busca del celular. Los diez minutos que prometió que tardaría estaban prontos a cumplirse.



Era una noche sin luna, sin estrellas. Una noche oscura. Anna, detrás del volante de su confiable Polo gris, bajó el cristal y encendió un cigarrillo; era un horrible hábito que arrastraba desde la etapa más rebelde de su adolescencia, pero la ayudaba a calmarse.

Mientras conducía, pensaba en lo conveniente de morir en una noche así. Un tranquilo y oscuro miércoles. Justo a mitad de semana. La ambulancia no tardaría en llegar y los agentes de la policía estarían mejor predispuestos que en un ajetreado fin de semana. Las calles se encontrarían prácticamente desiertas, no habría curiosos a los que mantener alejados mientras trabajaban en la escena. Se preguntaba si la mujer lo había planeado así, si había pensado en todos esos pequeños detalles antes de decidir arrojarse desde lo alto de su edificio. Anna sabía que muchos la tildaban de fría, de inhumana por pensar de esa manera, pero esos muchos jamás entenderían lo que se necesitaba para hacer su trabajo, la distancia emocional que era preciso imponerse. Analizar las

circunstancias de un modo racional le permitía estar lista para enfrentar lo que fuera.

El teniente André Dubré, en cambio, sí la entendía. Él solía hacer ese mismo ejercicio. La mayoría de sus allegados y compañeros de trabajo lo tachaban de temperamental y malhumorado, pero pocos sabían que era la máscara que necesitaba para sobrevivir. Por supuesto que la cuota de empatía con la víctima era ineludible, pero también era preciso poner una necesaria barrera al dolor. De no ser así, se volvería loco.

Mientras aguardaba por la llegada de Anna, el teniente Dubré circulaba por la escena y se aseguraba de que nadie alterara nada. Tenían un método de trabajo que respetaban obsesivamente. Juntos, casi desde sus comienzos, habían aprendido a apoyarse mutuamente y a confiar el uno en el otro.

Dubré comenzaba a inquietarse cuando vio al Polo aproximándose lentamente hacia la escena.

—¡Oye, tú! ¡Mantén el cerco de seguridad disponible para dejarla pasar! —le ordenó al oficial más próximo—. Es mi fotografía forense. La necesito aquí de inmediato.

Cuando Anna se bajó del automóvil, todas las miradas recayeron sobre ella. Destacaba por más de un motivo. En principio, porque no era habitual que las mujeres asistieran técnicamente en las escenas; y las pocas que lo hacían, solían adquirir modos masculinos para no diferenciarse de sus compañeros. Anna, por su parte, se sentía orgullosa de ser una mujer trabajando en un mundo “de hombres”. No ocultaba los atributos de su femineidad; por el contrario, los enaltecía. Amaba ser diferente. Por eso, aunque su atuendo era cómodo y funcional, permitía un buen vistazo a sus curvas. Pero no se trataba solo de que tuviera una bonita figura, eran sus modos los que atraían miradas. La elegancia de sus largos pasos, el orgulloso mentón en alto.

—Soy la fotógrafa, ¿me permites avanzar? —le pidió.

El oficial asintió y se hizo a un lado para dejarla pasar. Se sorprendió al ver de cerca el colorido tatuaje que cubría su brazo izquierdo y buena parte de su hombro; un intrincado diseño de flores y hojas verdes.

—¿Me sostienes esto, por favor?

Sin poder articular palabra, el oficial recibió el estuche. Verla era igual que caer al vacío; un camino de una sola vía. Las suaves facciones de su rostro desentonaban con la dureza de sus ojos negros, pero el conjunto resultaba atractivo.

—Gracias, fortachón —le guiñó un ojo y recuperó su estuche.

Dubré alcanzó a ver la sonrisa bobalicona en el rostro del oficial y le dedicó una mueca de advertencia. No se admitían tonterías en el trabajo y todos lo sabían.

—Anna, por aquí... —la llamó con una mano en alto.

Tratándose de un suicidio, no había demasiados interrogantes que develar. Las circunstancias del incidente estaban bastante claras y no se requería de tanto personal para llevar adelante el caso. Un vehículo policial, aparcado a mitad de la calle, desviaba el tránsito. A un lado de la ambulancia, estaban los paramédicos que habían acudido a la escena para constatar la muerte. Los únicos que se encontraban en plena labor eran los técnicos forenses. Había un equipo trabajando en el apartamento de la víctima, recogiendo la evidencia pertinente. El registro fotográfico de la escena, a cargo de Anna, serviría como apoyo. Ese era el protocolo.

El teniente la esperaba cerca del cuerpo.

Anna dejó su equipo en el suelo y apenas miró la escena de reojo. El cuerpo no era más que un lío de sangre y huesos rotos en medio de la calle. Tendría que concentrarse en respirar por la boca. Aun después de diez años trabajando como fotógrafa forense, no soportaba el olor de la sangre.

—¿Estás bien? —André puso una mano en su hombro y presionó levemente.

—Sí —mintió—. ¿Qué es lo que tienes?

—Una mujer caucásica, entre cuarenta y cinco y cincuenta y cinco años. Se trata de la ocupante de un apartamento en el quinto piso. Los muchachos están allí, buscando su identificación y hablando con los vecinos... Suponemos que se arrojó de la azotea. Estamos hablando de unos treinta metros de altura.

—Me da vértigo de solo imaginarlo —sintió un escalofrío recorriendo su espalda de punta a punta.

—Ni que lo digas.

—¿Los paramédicos movieron el cuerpo? —preguntó mientras preparaba su cámara.

—No fue necesario... La pobre mujer está destrozada. Confirmaron la ausencia de signos vitales, eso es todo —se llevó una mano a la frente, agotado, quería acabar rápido con el asunto—. Anna, te llamé solo por protocolo. Todo está claro aquí. Toma algunas fotografías para el registro y luego te vas a casa.

—Bien.

André se alejó, con el teléfono pegado a su oído, ladrando algunas órdenes para el equipo que trabajaba en el apartamento. Anna lo observó a la distancia y pensó en invitarlo a tomar una cerveza luego de que acabaran allí. Ambos necesitaban relajarse.

Antes de acercarse al cuerpo, se preparó meticulosamente. Hacía años que usaba el cabello corto, a la altura de sus hombros, para mayor comodidad, pero las caprichosas ondas oscuras la obligaban a amarrarlo para que no le estorbara. Después, se colocó unos guantes de látex azul, un barbijo y unos cubrepiés desechables. Siempre se aseguraba de tomar todas las precauciones para no contaminar la escena, y para no contaminarse con la escena. Era muy apegada a las normas.

Dio los primeros pasos con la atención puesta en su cámara, ajustando los últimos detalles. Cuando vio el primer rastro de sangre sobre el asfalto, disparó una fotografía. Así sabría si la luz era la correcta o si era necesario realizar algún ajuste adicional. Como todo parecía estar bien, comenzó a trabajar.

Nunca empezaba por el cuerpo, solía tomar la escena de afuera hacia adentro. Además, eso la ayudaba a lidiar mejor con la situación. Algunos decían que tenía un ojo hecho a la medida de las tragedias, pero se equivocaban. Ningún ojo estaba preparado para enfrentar los horrores que Anna había visto a través del lente de su cámara. Hacía el trabajo porque la paga era excelente, nada más.

Con cada descarga del flash, la escena se iluminaba y cobraba sentido. La mujer lo había planeado, sin dudas. No se había tratado de ningún impulso. Estaba usando una sudadera y unos pantalones deportivos. ¿Quién se vestía de esa forma para ir a la cama? A esa hora de la madrugada, era esperable que estuviera usando ropa de dormir. Pero la lógica del pensamiento suicida era otra.

En el último segundo, la mujer había intentado detener la caída con sus manos. Tenía ambas muñecas rotas, y uno de sus codos estaba completamente desplazado. Las piernas extendidas, rígidas. El cabello oscuro tapaba la porción del rostro que aún podía identificarse.

Anna apoyó una rodilla, asegurándose de no tocar la sangre espesa que rodeaba el cuerpo, y se concentró en los pequeños detalles. La mujer tenía unas manos hermosas, de dedos largos y uñas pintadas.

Unas manos verdaderamente hermosas.

Unas manos que ella conocía.

—¡Anna!

Escuchó la voz del teniente llamándola, pero no pudo responder. Apoyó la otra rodilla en el suelo y sintió la fría viscosidad de la sangre que empapaba sus jeans. Pero no le importó. Dejó la cámara a un lado y, olvidando el protocolo, movió el cabello oscuro que tapaba el rostro de la mujer.

—Lo siento mucho —André llegó a su lado, justo a tiempo—. No lo sabía. Acabamos de dar con su identificación.

El cuerpo sobre el asfalto, que no era más que un lío de sangre y huesos, era una mujer que Anna conocía. Aunque sus diferencias las hubieran mantenido alejadas y enojadas por más de una década, identificaría esas manos entre miles. Cuando era niña, le habían trenzado el cabello para ir a la escuela en más de una oportunidad. Era uno de los recuerdos más preciados de su niñez.

—André...

—Lo sé, Anna —sostuvo su hombro, una vez más—. Lo sé.

—Esta mujer es mi madre...



CAPÍTULO 2

**UNA COMETA  
SUELTA  
EN EL VIENTO**



**Me quedé sentado en medio  
de la ruina de mí mismo,  
con los ojos desorbitados.**

**Iris Murdoch**

Estaba sentada en el sofá de su apartamento, con las luces apagadas. En su mano izquierda, sostenía un vaso. Sobre la mesa de café, estaba la botella de vodka. Cuando rellenó el vaso, se dio cuenta de que la bebida pronto se acabaría. No recordaba si tenía otra de repuesto en la cocina, pero esperaba quedar inconsciente mucho antes de tener que levantarse para ir a comprobarlo.

—Salud —brindó con los fantasmas que habitaban en los rincones de su consciencia y luego se bebió el trago de un solo golpe.

Sintió cómo su garganta se incendiaba y culpó al ardor del alcohol por la lágrima que rodó sobre su mejilla. No quería admitir que lloraba de pena. Que lloraba por ella. Se había jurado nunca más volver a derramar una lágrima por esa mujer. “¡Para mí, estás muerta!”, le había gritado más de diez años atrás, el día que se fue de su hogar para nunca más volver.

Ahora, esa frase arrojada en un momento de ira, se había vuelto realidad.

No sabía cómo sentirse al respecto.

El celular comenzó a vibrar, una vez más, e iluminó brevemente su rostro. No tenía que ver la pantalla para saber que se trataba del teniente André Dubré. No respondió ni esa llamada ni todas las anteriores. Tampoco respondería las próximas.

Estar enfadada con su madre y no querer saber nada de ella era muy distinto a saberla muerta. Estar enfadada era una elección; la muerte, en cambio, era irreversible.

Durante años, luego de aquella gran pelea, había esperado una señal. No importaba lo mínima que fuera, cualquier indicio hubiera bastado... Pero no. Su madre no hizo ningún intento por acercarse; parecía estar mejor así, sola. Tampoco Anna hizo ningún intento por remediar el conflicto. Se había cansado de ser la hija no deseada de una madre apática. “¡Ojalá hubieras tenido la valentía de admitir que no querías tenerme!”, le había dicho muchas veces. Su madre ni siquiera se inmutaba. No parecía importarle nada de lo que Anna dijera o sintiera. No le importaba nada más que ella misma y el vacío al que se había aferrado con tanta pasión.

—¡Maldita seas! —gritó en la soledad de la sala.

El vaso se estrelló contra la pared. Había vidrios rotos sobre todo el suelo, pero no le importó. Sonrió en la oscuridad y tomó un trago directamente de la botella. Por un momento, se sintió mejor.



Había estado tratando de comunicarse con Anna durante todo el día, sin éxito.

Luego de que se identificara el cadáver y se realizara el papeleo correspondiente, la había llevado a la casa. “Descansa”, le había pedido. No estaba del todo convencido con la idea de dejarla sola en un momento tan delicado, pero Anna había insistido. Ahora, luego de más de veinticuatro horas sin saber nada de ella, comenzaba a preocuparse.

ANDRÉ:

Voy a usar mi llave para entrar.

Aunque hubieran terminado su relación más de un año atrás, André aún conservaba sus llaves.

Solo para emergencias. Esta ocasión, sin lugar a dudas, podía calificarse como una.

Llegó hasta su apartamento y golpeó la puerta varias veces, pero no recibió respuesta alguna.

—Anna, voy a entrar —anunció sin más.

Apenas empujó la puerta, lo recibió la oscuridad y el fuerte aroma del alcohol en el ambiente. Antes de continuar avanzando, encendió la luz.

La encontró sentada en el sofá, con una botella vacía entre las manos y los ojos parcialmente cerrados por la inconsciencia. Aún vestía la misma ropa que el día anterior, y la sangre en sus jeans comenzaba a despedir un olor nauseabundo. Ella parecía inmune al hedor. Ausente como estaba, era incapaz de percibir nada más que su pena.

Sin esperar un segundo más, André se cubrió la boca y la nariz con una mano y fue hasta la ventana. Solo cuando consiguió abrirla de par de par, volvió a respirar con normalidad.

Anna, desde su lugar en el sillón, balbuceaba sin sentido.

André dejó su abrigo sobre una silla antes de arremangarse la camisa y quitarse la corbata.

Habían estado juntos por casi cinco años y se habían amado intensamente. Él todavía la amaba con la misma intensidad, quizás más que entonces. Fue Anna quien decidió poner fin a la relación porque quería estar sola, porque no sabía cómo compartir su vida con nadie. No le habían enseñado cómo. Una madre negligente y desamorada le había hecho eso. La carencia de ese amor fundamental, que solo una madre podía dar, había dejado en Anna una marca indeleble. La había transformado en una mujer que, tras una máscara de seguridad, escondía la enorme fragilidad de quienes temen entregar el corazón. Aunque se hubiera arrojado de la azotea, esa mujer no merecía compasión alguna.

—Arriba —la tomó de un brazo, con la rudeza que lo caracterizaba, y la sostuvo cerca de su cuerpo para llevarla hasta el baño.

Una vez allí, encendió la luz y la dejó sentada sobre la tapa del retrete. Práctico como era, abrió el grifo, templó el agua y puso a llenar la bañera.

—¿Qué haces aquí? —Anna se quejó y cerró los ojos ante la repentina claridad—. Me duele la cabeza.

—Es lo que sucede cuando bebes hasta la inconsciencia. Se llama resaca.

—¿Estás molesto? —preguntó al ver su entrecejo.

—Sí, estoy molesto —la miró directo a los ojos, implacable—. No respondiste mis llamadas.

—Lo siento.

—No es cierto, no lo sientes —replicó—. Ni siquiera te importa.

—No me regañes, por favor. No estoy de humor.

—Tampoco yo —cerró el grifo y le arrojó una toalla—. Puedes tomar un baño mientras preparo el desayuno.

—Yo no te pedí que vinieras. ¡Estoy perfectamente bien sin ti!

—No me ataques, Anna. Y no me mientas —se apoyó sobre el lavabo, enfrentándola—. Solo mírate... Estás hecha un desastre.

—¿Acaso no te enteraste? Mi madre se suicidó. Estoy teniendo un día pésimo.

—Lo sé. Por eso estoy aquí. Porque tienes un día pésimo y quiero apoyarte, aunque no me lo hayas pedido —extendió una mano y acarició su mejilla.

Ninguno de los dos tenía ánimos de pelear, pero no eran buenos para lidiar con sus emociones. André era explosivo en demasía; Anna, en cambio, imploraba. Y, en ambos casos, el riesgo de acabar lastimados era serio.

—Te prepararé el desayuno, ¿de acuerdo? —besó su frente antes de dejarla sola.



Salió de la bañadera y se quedó de pie en medio del baño. Por primera vez en mucho tiempo, no sabía qué hacer. La inesperada muerte de su madre la había dejado desorientada en más de un sentido. Pasó una mano sobre el empañado del espejo y observó su imagen. André tenía razón, estaba hecha un desastre. Usó los dedos para peinar su cabello húmedo y lo apartó de su rostro. Necesitaría muchas horas de descanso para combatir esas ojeras, pero el problema era que no las tenía. Tenía que comer algo y recomponerse de prisa. Había muchos asuntos que resolver.

Luego de echar la ropa sucia a la lavadora, André se ocupó de preparar un desayuno ligero. Café y un poco de pan tostado.

—Huele bien... —dijo Anna, apareciendo desde el pasillo.

—No había mucho en tu cocina, pero al menos tienes café.

—Suenan excelentes. Necesito una buena dosis de cafeína —se sentó en uno de los taburetes de la cocina y recibió su taza de manos de André—. Gracias.

Verlo así, en una situación tan doméstica y cotidiana, le provocaba nostalgia. Él se sentía de la misma manera. Pero ninguno lo diría en voz alta.

—Necesitas ir de compras, Anna. Tu refrigerador da pena.

—No es lo único que da pena en este apartamento —bebió un sorbo de café que la regresó a la vida—. No sé qué debo hacer, Andy. ¿Cuáles son los pasos a seguir?

—¿A qué te refieres? —dijo deteniendo la taza a medio camino de su boca.

—Quisiera tener un protocolo para este tipo de situaciones... —pensó en voz alta, masajeando sus sienes—. Aunque descarto el funeral, debo decidir qué hacer con el cuerpo. Sería más sencillo si supiera lo que Lili quería, pero nunca hablamos de eso. Nunca hablamos de nada, en realidad —buscó el auxilio de André—. ¿Qué harías tú?

—Optaría por la cremación, por supuesto. Costosa, pero efectiva. No necesitas más complicaciones de las que ya tienes.

Él no dudaba, actuaba.

Anna apreciaba su punto de vista, pero, para ella, la decisión no era tan sencilla. Bebió su café en silencio, mirando por la ventana, como si afuera estuvieran las respuestas que tanto ansiaba. Pero sabía que no era así. Sabía que se quedaría con nada más que un puñado de dudas. Pues, así había sido siempre. Lili Leclerc, su madre, solo había sido un enorme interrogante.

—No se molestó en dejar una nota... —el comentario se deslizó de su boca sin que pudiera detenerlo—. Me pregunto si en algún momento, en todos estos años de ausencia, pensó en mí.

André dejó la taza a un lado, sin poder beber un sorbo más. Tenía un enorme nudo en la garganta.

Era inusual que Anna se mostrara así de vulnerable. Conmovía la forma en que sostenía la taza entre sus manos, como si la vida se le fuera en ello, como si así pudiera sostener su propia cordura. Dos gruesas lágrimas rodaron por su mejilla izquierda y se estrellaron en la mesa, pero ella pareció no percatarse de eso. Su tristeza era desgarradora.

—Tú no le debes nada, Anna. No se merece tus lágrimas —apretó un puño bajo la mesa, preso de la ira.

—No llores por ella —sorprendida, como si saliera de un trance, lo miró a los ojos—. Lloro por mí. Porque Lili se llevó la verdad acerca de mi origen. Yo era el secreto que nunca quiso compartir con nadie, porque se avergonzaba de mí. No quería que nadie supiera quién era mi

padre... Nunca supe si lo protegía a él o si se protegía a sí misma. Solo sé que no me quería, y que por mi culpa era infeliz... pero yo no pedí nacer. No pedí esta vida. ¡Ella no tenía derecho a arrebatarme mi identidad! ¡A guardar un secreto que no la involucraba solo a ella! La muy egoísta —apretaba la taza con tanta fuerza que hasta podría quebrarla— me lo quitó todo. Quién soy, de dónde vengo y quién es mi padre, son preguntas que jamás podré responder —su voz se quebraba—. No hay protocolo para una situación así. ¿Cómo sabré hacia dónde ir, si ni siquiera sé de dónde vengo?

André permaneció en silencio, porque no había respuestas posibles para tales interrogantes.

—Nunca me había sentido más sola en toda la vida.

—No digas eso —tomó su mano con fervor—. Estoy aquí. Y siempre estaré.

Anna asintió y le devolvió la caricia, agradecida de que estuviera allí, pero André no comprendía. Nadie comprendía. No había soledad más grande que la de sentirse a la deriva, como una cometa suelta en el viento. No había nada que la sujetara al suelo. No tenía un lugar al que llamar hogar, ni personas a las que nombrar como familia.

El sonido de las llaves deslizándose sobre la mesa logró arrancarla del oscuro lugar al que la llevaba el pensamiento.

—¿Qué es eso?

—Son las llaves del apartamento de Lili. Por eso estaba llamándote con tanta insistencia. El dueño pidió que se retiraran sus efectos personales, cuanto antes... Según el equipo que trabajó allí, no hay demasiadas cosas. Algo de ropa y baratijas menores. Puedo encargarme, si quieres.

—No —sin atisbo de duda, Anna tomó las llaves—. Lo haré. Hoy mismo. Tengo que acabar con esto de una vez.

—Puedo acompañarte.

—No. Es algo que debo hacer sola.



## CAPÍTULO 3

# QUERIDA ANNA



**Quando quedas atrapado en la destrucción,  
debes abrir una puerta a la creación.**

**Anais Nin**

**A** pagó el motor de su Polo gris y permaneció sentada detrás del volante. Desde su posición, podía ver el punto exacto en el que había estado el cuerpo de su madre. Se habían ocupado de limpiar el asfalto. Ya no había rastros de lo ocurrido poco más de veinticuatro horas atrás. Pero Anna jamás olvidaría lo que había visto esa tranquila y oscura madrugada de miércoles; las huellas de la memoria eran imborrables.

Se bajó del automóvil y caminó lentamente hacia la entrada del edificio, con las manos en los bolsillos traseros de sus jeans.

El aire se sentía denso y húmedo en esa zona. Se encontraba muy cerca del Puerto Viejo, uno de los puntos más emblemáticos de la ciudad de Marsella. Se asombró de que su madre hubiera elegido un lugar así para vivir, un sitio en constante movimiento y pleno de actividad, no parecía estar en concordancia con la apatía de su carácter. Se quedó de pie frente al edificio y encendió un cigarrillo, mientras hacía girar entre los dedos el pequeño llavero que André le había dado.

Al conserje no le pasó desapercibida su presencia. Le resultó extraño ver a una desconocida paseándose frente al edificio, con actitud sospechosa. Era evidente que estaba nerviosa. Solo por si acaso, salió a dar un vistazo.

—Buenos días... —se acercó.

Anna, sorprendida, detuvo su errático ir y venir.

—Buenos días —arrojó el cigarrillo al suelo y lo aplastó con su pie. El conserje le dio una mirada poco amistosa—. Lo siento.

—¿Puedo ayudarla? ¿Busca a alguien?

—Mi nombre es Anna Leclerc. Lili Leclerc es mi madre... Perdón, era mi madre —se corrigió—. Vengo a retirar sus pertenencias, a pedido del dueño del apartamento.

—No sabía que tuviera una hija —entrecerró los ojos, estudiándola de pies a cabeza.

—No éramos cercanas.

—Ya veo. ¿Podría mostrarme su identificación, por favor?

No respondió, por supuesto; porque lo que quería decirle, no sonaría nada amable. En cambio, comprendió las reservas del sujeto y accedió a mostrarle su identificación.

—Lo siento mucho —se sintió apenado luego de comprobar que, efectivamente, era quien decía ser—. Quedamos todos muy conmocionados después de lo sucedido. No puedo decir que conociera demasiado a la Sra. Leclerc, pero lamento su pérdida. Pase, por favor. No quiero detenerla más. Si me necesita, aquí estaré.

—Gracias.

Después de que el conserje la acompañara hasta la entrada, ya no era posible seguir evadiéndose. No podía retrasar lo inevitable.

Entró al elevador y presionó el botón que la llevaría hasta el quinto piso. Cuando el aparato comenzó a moverse, sintió que su estómago daba una vuelta completa. Tuvo que apoyarse en el espejo, detrás de ella, para no perder el equilibrio.

Al llegar al piso correcto, se apresuró a salir. Necesitaba estar en un espacio más abierto, respirar con libertad.

Se encontró con un pasillo estrecho, escasamente iluminado y con enormes manchas de

humedad en las esquinas del techo. Llave en mano, caminó directo hacia la puerta del apartamento “C”. Aunque temblaba un poco, no tuvo inconvenientes para abrir. Lentamente, empujó la puerta y dio un tímido paso hacia el interior.

Adentro estaba oscuro. Buscó el interruptor de la luz y la encendió, encontrándose con un espacio reducido y austero, casi impersonal. Había una cocina pequeña hacia la izquierda, una mesa y un par de sillas hacia el centro, y la cama sobre la pared de la derecha. La puerta entreabierta, en un extremo del apartamento, conducía al baño. Antes de explorar con más detalle, se acercó hasta la única ventana y la abrió de par en par para permitir que la brisa marina se llevara la sensación de encierro.

El equipo forense estaba en lo cierto. No había demasiados efectos personales en el apartamento. Era preciso mirar con mucho cuidado para encontrar algo que estuviera fuera de lugar. La cama estaba perfectamente extendida, no había vajilla olvidada en el fregadero, ni una prenda a la vista. Incluso podía percibirse cierto aroma a productos de limpieza en el ambiente. Era como si nadie hubiera vivido allí. Lili no había dejado una nota de despedida, pero, sin lugar a dudas, lo había preparado todo.

Tras un vistazo general, Anna localizó la cómoda a un lado de la cama. Sobre su superficie, había un cepillo para el cabello y una colonia de azahares. Se sentó en el borde de la cama y desde allí observó los objetos con más detenimiento. El cepillo aún tenía un poco de cabello, igual de oscuro y ondulado que el de Anna. Tomó la colonia entre sus manos y la acercó a su nariz. Si cerraba los ojos, a su mente acudía el recuerdo de los abrazos que Lili le daba al regresar de la escuela. Anna solía apoyarse en su hombro y quedarse allí por varios minutos; entonces, ese aroma a azahares se le pegaba a la ropa y le inundaba los sentidos. Igual que en ese momento... Con la diferencia de que Lili ya no estaba, y que hacía mucho tiempo que no le daba un abrazo. Haciendo la nostalgia a un lado, abrió los ojos y la colonia regresó a su sitio.

Dentro de las gavetas, se encontró con un poco de ropa y algo de dinero dentro de un sobre alargado, junto a identificaciones y documentos varios. Todo estaba en orden. Incluso había dejado a la vista el recibo del último pago por la renta del apartamento.

Anna resopló molesta.

Lili lo había pensado todo, lo había planeado todo; lo cual la conducía a pensar que seguiría aferrada a su silencio aun después de muerta. No había nota de despedida. No había un diario íntimo que pudiera ofrecer respuestas. No había nada.

Fue hasta la cocina y buscó una bolsa plástica de residuos. Presa de la ira, desilusionada y herida, echó dentro cada cosa que encontró en su recorrido. No había nada que quisiera conservar. Lo que pudiera reutilizarse, se iría a la caridad. Todo acabó dentro de la bolsa plástica. Ropa, zapatos, algunas baratijas. Conservaría los documentos por una cuestión meramente formal, sabiendo que quizás los necesitaría en el futuro. No quería demorarse mucho más. Lo que había ido a buscar, no se encontraba ahí.

Cerró la ventana y apagó la luz antes de salir. El apartamento quedó tan frío y oscuro como a su llegada.



El conserje alzó la cabeza al escuchar que el elevador se detenía en la planta baja. La puerta se abrió, con un poco más de impulso del necesario, y la hija de la mujer del quinto piso que se había suicidado salió disparada del interior. Avanzaba por el vestíbulo con pasos largos, llevando

consigo una bolsa oscura con lo que suponía eran las pertenencias de su madre. Se permitió verla con cuidado y el parecido con su madre no tardó en aparecer. El mismo cabello ondulado, la misma tonalidad clara en la piel, la misma oscuridad y tristeza en la mirada. La hija era una versión actualizada de la madre, pero las dos llevaban la misma sombra oscura sobre sus cabezas.

—Señorita Leclerc, ¿ya se va? —la alcanzó cerca de la entrada.

—Sí —dejó la bolsa en el suelo, entre sus piernas—. ¿Podría hacerme el favor de avisarle al dueño del apartamento? Ya no hay nada de mi madre allí. Puede tomar posesión cuando lo desee.

—Excepto por el contenido de su casillero... —respondió el conserje.

—¿Qué dice? —preguntó Anna confundida.

—Hay un casillero aquí atrás. Allí se recibe la correspondencia. Debería revisarlo antes de irse.

—No sabía que hubiera uno...

—Pues, así es. Solo necesita la llave.

Anna recuperó el llavero de su bolsillo trasero y lo observó con mayor detenimiento. Sujetaba tres llaves; dos más grandes y una pequeñita. Las dos más grandes correspondían a las puertas de entrada al edificio y al apartamento, respectivamente. En cuanto a la pequeña...

—Esa es —señaló el sujeto, apuntándola con un dedo—. Esa es la llave del casillero. Permítame llevarla hasta allí.

Anna sujetó la bolsa y siguió al conserje. El hombre caminaba deprisa, sin tener en cuenta el peso extra que ella arrastraba.

Unos metros más allá del ascensor, accedieron a un pasillo tan estrecho y húmedo como el resto del edificio. Sobre la pared del fondo, había un casillero metálico con cubículos pequeños y alargados. Cada uno de ellos contaba con un cartel que indicaba piso y apartamento. Algunos apartados estaban abiertos, y podía verse los sobres del correo asomando; el correspondiente al apartamento quinto piso "C" estaba cerrado. Anna sintió una ansiedad inexplicable.

—Adelante... ábralo —la animó.

Dejando la bolsa a un lado, se acercó al casillero e introdujo la llave en la pequeña ranura de la cerradura. El conserje apretó los dientes al oír el sonido metálico. Anna lo miró sobre su hombro.

—Tengo dientes sensibles —se excusó alzando los hombros.

—¿Podría darme algo de privacidad? —le pidió, molesta.

—¡Oh, sí! ¡Por supuesto! Estaré adelante, si me necesita.

—Gracias.

Podía escuchar los pasos de él mientras se alejaba, pero su atención estaba puesta en el casillero. En los secretos que guardaba. Aunque no quisiera, aunque tratara de protegerse de otra desilusión, la esperanza siempre encontraba la forma de anidar en su alma. Sabía que, en algún sitio, en algún punto desconocido del globo, había personas a las que podría nombrar como familia. La esperanza de dar con ellos nunca moría; era siempre combativa, nunca se rendía. Aunque hubiera perdido una batalla tras otra, no lograban hacerla desistir.

Finalmente, halló la resolución suficiente para abrir el casillero. A sus pies, cayeron meses de correspondencia sin revisar.

Había sobres de todos colores, de todos tamaños; era difícil precisar la cantidad. De rodillas en el suelo, hizo un primer intento por clasificarlos. La mayoría eran publicidades, promociones. Destinos paradisíacos por precios irrisorios, promesas de juventud eterna en muestras de cremas contra las arrugas. Lili no se había molestado en buscar la correspondencia en el último tiempo,

tal vez ya no le importaba.

—No hay nada aquí... —frustrada, empujó lejos el montón de sobres—. No hago más que perder el tiempo.

De repente, de entre la pila de papeles, destacó un sobre oscuro. A Anna le sorprendió la falta de estampillas postales. Alargó el brazo y lo alcanzó. Descubrió que no había nada escrito. Nadie lo había enviado. A nadie estaba dirigido. Sin embargo, allí estaba. Solo se le ocurría una persona que pudiera haberlo dejado en ese casillero. Lo acercó a su nariz y, para su sorpresa, todavía conservaba el aroma de los azahares.

Sus dedos temblaban mientras trataba de rasgar el papel, ansiosa por descubrir su contenido.

—Por Dios...

Lo primero que encontró dentro del sobre fue una nota. La caligrafía era inconfundible. Letras pequeñas y redondeadas, un poco inclinadas hacia la derecha. Más que escritas, las palabras parecían estar dibujadas. Lili se había tomado su tiempo, como con todo lo demás.

Inspiró profundo y dejó escapar todo el aire de su pecho, aliviada. Estaba ante la primera victoria luego de años de aplastantes y desmoralizantes derrotas. Sentada en el suelo de ese oscuro y húmedo pasillo, leyó la nota que su madre le había dejado a modo de despedida.

.....  
Querida Anna:

Escribir estas palabras es lo más difícil que he hecho en mucho tiempo.

Antes de irme, necesito que sepas que lo que sucedió entre nosotras, la distancia que nos separó, no fue tu culpa. Simplemente, no pude. Dentro de este sobre, encontrarás la verdad que nunca me atreví a contarte. Porque tuve miedo de ser, de amar, y me escondí. Preferí la quietud y el silencio de este pozo oscuro. Espero, de todo corazón, que la verdad te ayude a encontrar eso que buscas. Es lo único que puedo hacer por ti.

Hoy me despido. No siento tristeza, ni dolor, tampoco miedo. Estoy en paz. Sé que no tengo derecho a pedirte nada, pero lo haré de todos modos. Llévame a casa. Toma mis cenizas y espárcelas allí donde fui feliz... entre senderos de lavanda.

Lamento no haber sido la madre que necesitabas. Tú, hija mía, fuiste mi única dicha.

Te quiere, Mamá.



CAPÍTULO 4

# ANTEPONIENDO LA VERDAD



**La verdad es el único instrumento  
para destrabar el dolor.**

**Gabriel Rolón**

Anna se cruzó de brazos y apoyó la espalda en la silla. Era una silla elegante, aunque muy incómoda. A decir verdad, todo era muy elegante. Las tres lámparas que pendían del techo con sus resplandecientes caireles, el arreglo de flores sobre la chimenea, los coloridos y modernos cuadros. Tanta elegancia y exuberante belleza tenían un solo propósito: distraer del verdadero motivo por el cual la gente iba allí.

—¿Señorita Leclerc?

Al escuchar su nombre, Anna se puso de pie y entró a la oficina. La recibió un caballero de lo más amable, vestido con un traje tan elegante como todo a su alrededor, que le ofreció un apretón de manos y su “más sentido pésame”. Anna se sentía extraña cada vez que escuchaba esa frase. Se preguntaba qué tan sentido podía ser el pésame de un desconocido. Aun así, respondió con un respetuoso “gracias”. Después de completar la documentación requerida, el señor le entregó la pequeña urna que contenía las cenizas de su madre.

Una vez dentro de la seguridad del Polo gris, se atrevió a estudiar la urna con un poco más de cuidado. Era de un color gris plomo, con un acabado muy parecido al terciopelo, y de aspecto ovalado; similar a una cápsula. Resultaba difícil creer que contuviera las cenizas de su madre. Pensó que sería extraño estar en contacto con un objeto así de raro; sin embargo, lo encontró menos chocante que el típico féretro. Ubicó la urna a su lado, en el asiento del acompañante, y condujo hasta la estación de policía.



El teniente André Dubré era el único que estaba en conocimiento de la nota de despedida que Lili Leclerc había dejado para su hija. Anna le pidió que mantuviera la reserva, en nombre de la amistad que tenían, puesto que nada de lo que plasmaba en sus líneas influía en el expediente. Lo único en lo que sí influía esa nota, y de manera trascendental, era en el curso de la vida de Anna.

La primera vez que la leyó, tuvo que detenerse varias veces, e incluso ir y venir entre las palabras, para comprender lo que había escrito su madre. Las lágrimas le nublaban la vista, y las muchas emociones le empañaban la razón.

La nota, aunque breve, contenía mucho más de lo que Lili jamás había podido decir de sí misma. No solo manifestaba su intención de pedir perdón, sino que se erigía como un verdadero intento por remediar su error, por generar un cambio que afectara la realidad. Nunca había sido capaz de hablar con su hija, de contarle su historia, pero se esforzó por escribirla y dársela a conocer.

La verdad acerca de Anna estaba dentro del sobre azul, escrita en cuatro hojas, en un total de ocho páginas. En ellas, Lili relataba desde los días en que vivía en la estancia de sus padres, hasta el verano en que todo cambió. Explicaba en detalle los motivos que la habían llevado a huir, sola y embarazada, para nunca más volver al que había sido su hogar; además, por supuesto, de revelar la identidad del padre de Anna. Tal vez, ese fuera el dato más trascendental del relato, lo que podría cambiarlo todo. O tal vez, no. Las posibilidades, anteponiendo la verdad, se multiplicaban notablemente.

Curiosamente, el final de una historia propiciaba el inicio de otra; pues, Anna estaba dispuesta

a cumplir con la última voluntad de su madre: “Llévame a casa”, le había pedido en la nota. Y así lo haría. Pero, para ello, necesitaba recopilar cierta información. Como la ubicación exacta de la estancia en la que Lili había vivido junto a sus padres, para empezar.

Recibió unos cuantos “sentidos pésames” de camino a la oficina del teniente Dubré, pero estos se sentían honestos y reconfortantes. Todos los que se acercaban con abrazos y gestos de pesar eran sus compañeros de trabajo, aquellos con quienes transitaba la vida desde hacía más de una década.

—Anna, entra. Te estaba esperando —André salió a recibirla—. No me pasen llamadas hasta nuevo aviso. Solo emergencias —le advirtió a su secretaria antes de cerrar la puerta.

Tomó su lugar, detrás del escritorio, y sirvió dos tazas de café. Se veía nervioso y un tanto molesto, lo cual no pasó desapercibido para Anna, que lo conocía mejor que muchas personas.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, recibiendo la taza de café.

—No —respondió André, tan honesto como era su costumbre—. Podría perder mi trabajo por hacer esto, así que no. No estoy bien.

Puso sobre la mesa un sobre de manila y lo deslizó con un dedo. Anna, ansiosa, se apresuró a abrirlo. Eran varias hojas.

—Anna, ¿puedes dejar eso para más tarde? Por Dios Santo, acabo de decirte que podría perder mi empleo y despliegas la evidencia en mi contra frente a las narices de todos.

—¿“De todos”? Mira a tu alrededor, Andy. Estamos solos. Controla tu paranoia —devolvió los papeles al interior del sobre, dándoles apenas una mirada de reojo—. Y muchas gracias por hacer esto por mí, en serio. No me alcanzará la vida para retribuírtelo.

—No digas tonterías. No hay nada que retribuir —se reclinó en el asiento sosteniendo la taza entre sus manos—. Haría cualquier cosa por ti, y lo sabes. Solo espero que uses sabiamente esa información.

—¿A qué te refieres? —alzó una ceja, contrariada por el tono de su ex.

—Me refiero a que... —bebió un sorbo de café, mientras buscaba las palabras adecuadas—. Bueno, a que no le debes nada a Lili, ¿sabes? No tienes la obligación de llevar sus cenizas a ningún sitio. Es decir, comprendo que saber la verdad sea emocionante y demás; pero debes pensar con cuidado en cuáles serán los pasos a seguir. No puedes simplemente presentarte allí y gritar quién eres a los cuatro vientos. Tienes mucho que considerar.

Anna sintió que su interior entraba en ebullición. André, que también la conocía muy bien, trató de explicarse un poco mejor.

—Lo único que digo es que deberías actuar con cautela. Tu madre se fue de allí por una razón.

—¿Crees que no lo sé? Leí acerca de sus razones y déjame decirte que la comprendo, desde su punto de vista, pero no creo que sea justo. No para mí.

—Anna... —dejó la taza sobre la mesa y se cercioró de que no hubiera curiosos alrededor tratando de escuchar lo que sucedía dentro de la oficina—. Anna, tu padre es un hombre casado. Tiene una familia. La tenía entonces, y la tiene ahora. No digo que no tenga responsabilidad en lo sucedido, pero asumo que tu madre sabía a lo que se exponía cuando decidió tener una relación con él. Por eso huyó. Eligió el exilio.

—Ese no es mi problema —se cruzó de brazos cerrándose en su posición.

—Es cierto —André cedió, sabiendo que pelear con ella no lo llevaría a ningún sitio—. Tienes toda la razón. Ese no es tu problema. Pero lo será si no actúas con cautela... Si en tu cruzada por que todos conozcan la verdad, destruyes a quienes se atraviesan en tu camino, tendrás que vivir con esa culpa. Y te conozco, Anna. No eres de las que lastima sin miramientos.

—¿Y qué hay de mí? —hundió un dedo en su pecho—. ¿Quién piensa en mí? ¿En cuánto me lastimó no tener una familia?

—Otra vez, estás en lo cierto —admitió tomando sus manos y presionándolas cariñosamente—. Tu madre debería haber pensado en ti, ese era su deber, pero no lo hizo. Eso no puede cambiarse. No me malinterpretes, cariño. No estoy diciéndote que ignores la posibilidad que se abre ante ti... Solo digo que te cuides, que avances cautelosamente. ¿Quieres llevar las cenizas de tu madre? Pues, hazlo. Lamentablemente, tu abuela falleció hace muchos años; pero aún hay un abuelo con quien puedes vincularte. Pero también es un padre que perdió a su hija, en circunstancias que desconoce y que tú tendrás que comunicarle. No pierdas eso de vista, mantente enfocada. Tú, como fotógrafa, lo sabes mejor que nadie. Si pierdes el foco, dejas de ver la realidad y el panorama se torna borroso. No te precipites.

Gradualmente, mientras lo escuchaba, Anna depuso las armas. Descruzó los brazos y permitió que las palabras de André impactaran en su alma. Tenía razón. Estaba tan revolucionada que no era capaz de ver el panorama completo. Y no quería que eso sucediera. Siempre le había reprochado a Lili que tuviera actitudes egoístas; ahora, no sería ella quien asumiera ese rol. Debía serenarse, encontrar su equilibrio, y luego avanzar con paso más seguro.

—Dentro del sobre, está toda la información que me pediste. Acerca de tus abuelos; y también de tu padre. Úsala sabiamente.

—Lo haré, lo prometo —le dedicó una sonrisa leve, cargada de emoción—. Eres un buen amigo, André. Me diste mucho en qué pensar.

—Me alegra que así fuera. Luego de tanto pelear, nos volvimos buenos en esto de hablar.

—Coincidió contigo.

—¡Hasta coincidimos! ¿No es emocionante? —bromeó, en un intento por aligerar el momento—. Vamos ya, que tengo cosas que hacer. Te acompañaré hasta afuera.

Hombro con hombro, caminaron hacia la salida. El sabor agrídulce de la inminente despedida se sentía en el espacio entre ambos. Anna entrelazó un brazo con el suyo, necesítándolo un poco más cerca. André la dejó hacer, porque no estaba seguro de volver a verla.

—Es un viaje relativamente corto. No deberías tener ningún inconveniente en llegar. De todos modos, te dejé un mapa con los detalles dentro del sobre.

Abrió la puerta del conductor y aguardó a que entrara. Solo cuando estuvo sentada y con el cinturón de seguridad colocado, volvió a cerrarla.

—Bueno, ¿estás lista? —preguntó, y se apoyó en el marco de la ventana para deleitarse una última vez con la profundidad de sus ojos negros.

—No lo sé —admitió conteniendo las lágrimas.

—Estarás bien. Ya lo verás —puso una cálida mano sobre su mejilla—. Solo mantente enfocada, ¿de acuerdo?

—Lo haré, lo prometo. Cuidate mucho.

El motor del Polo gris se encendió y André retrocedió unos pasos para verla avanzar. De pie en la acera, la despidió con una mano en alto. Ninguno de los dos se atrevió a decir “adiós”, tampoco un “hasta luego”. Lo único certero era que las posibilidades, anteponiendo la verdad, siempre se multiplicaban.



## CAPÍTULO 5

# UNA MUJER DISTINTA



**Porque en los humanos la atracción inmediata  
se disfraza de detalles corteses.**

**Héctor Abad Faciolince**

Poco más de noventa kilómetros la separaban de su destino. Aunque, si lo pensaba con cuidado, eran más de treinta años de silencio los que se interponían en su camino. Era curioso de cuántas formas distintas podía erigirse la distancia.

Se detuvo a un lado de la carretera y se bajó para estirar un poco las piernas. No es que lo necesitara en verdad, pero cualquier excusa era buena para detenerse a pensar. Eso era lo que le había prometido a André, y a ella misma, que avanzaría despacio.

Fue hasta la parte trasera del automóvil y abrió la cajuela. Hizo a un lado su maleta, su bolso de mano, y extrajo su cámara de fotos del estuche. Aunque no era para nada liviana, el peso de la cámara no la incomodaba. Anna la manejaba con una destreza que hablaba claramente de su experiencia. Detrás del lente, no tenía dudas. Sabía dónde pararse, hacia dónde enfocar y, sobre todo, cuándo disparar. En su trabajo, era el método el que indicaba los pasos a seguir, pero en la vida, se dejaba guiar por el instinto.

El sol comenzaba a esconderse en el horizonte. Era uno de sus momentos predilectos para tomar fotografías; tenía esa mezcla de nostalgia por el día que llegaba a su fin y esperanza por lo que depararía el mañana. Sostuvo su cámara con firmeza y e hizo foco. Nada más que algunos segundos la separaban de la toma perfecta... Inhaló por la nariz, muy lentamente, y luego exhaló por la boca. Cuando el sol amenazó con hundirse por completo en el horizonte, presionó el disparador y lo apresó en una fotografía. Y luego en otra. Y en otra más. Anna y su cámara eran una; el lente era el ojo mismo, cada clic del disparador era un latido de corazón.

Para cuando el sol se ocultó, se sintió lista para completar el último tramo del viaje. Llevaba consigo el recuerdo de una puesta de sol como ninguna otra. Lo que le depararía el mañana, no lo sabía, pero tenía esperanzas.

Recorrió los últimos kilómetros sin prisa. No estaba lejos de su destino.

Gordes se encontraba al sur de la Provenza y se le conocía como “el pueblo colgante”; el nombre le calzaba a la perfección. Enclavado en la montaña y rodeado por exuberantes campos de lavanda, era uno de los sitios más hermosos del planeta. El negro infinito de su cielo, salpicado de estrellas, contrastaba con el gris claro de la piedra, que dominaba tanto las fachadas como las calles. Con las primeras luces, componía un cuadro que ni el mejor de los artistas lograría reproducir.

Anna disminuyó la velocidad y demoró la mirada en el paisaje. Por increíble que pareciera, era posible percibir el aroma silvestre de la lavanda. Los campos debían estar cerca, aunque no podía estar segura. La oscuridad ya lo dominaba todo.

La hacienda de sus abuelos estaba a unos diez kilómetros, pero Anna tenía planificada una parada antes de continuar.



Detrás de la barra del Lavender, Pascal Duvall sirvió otra ronda de cervezas heladas y golpeó la superficie del mostrador cuando estuvieron sobre la bandeja. Sophie, una de las camareras, se movió con destreza entre las mesas y se apresuró a repartir las bebidas a los ruidosos clientes del bar. El verano se imponía por aquellas latitudes, y la bebida fría al finalizar la jornada se

convertía en una ceremonia ineludible. Cuando el resto de la gente salía de sus trabajos, cuando comenzaba el momento de relajarse, era cuando el Lavender trabajaba al tope de su capacidad.

Para Pascal, eso era lo más atractivo del negocio: la adrenalina. Era necesario moverse rápido y mantenerse alerta para poder seguir el ritmo.

Años atrás, cuando su padre le propuso hacerse cargo del bar, Pascal no lo dudó. El sí fue inmediato. Tenía solo veintidós años cuando asumió la enorme responsabilidad y se hizo cargo de los destinos del Lavender, y de las cinco personas que entonces trabajan allí. Hoy, con treinta y tres años, podía decir que había aprendido a moverse al exigente y caprichoso ritmo del bar. Había crecido tanto en experiencia como en capacidad. Ya no eran cinco las personas que trabajaban para él, sino diez; entre personal de limpieza, de cocina, camareras y barman. Él, sin dudas, era el recurso más incansable.

—Dominique, necesitamos reponer bebidas —le pidió al barman. Lo consideraba su mano derecha, ya que se acoplaban muy bien a la hora de trabajar juntos, aunque fueran radicalmente distintos en todo lo demás. Además, era uno de sus hermanos menores. Esa era una ventaja.

—Okey. Ahora envío gente al depósito. ¿Luego qué?

—Terminaré aquí en un momento e iré a la cocina a ver cómo marcha todo. Necesito que te quedes detrás de la barra y supervises el salón.

—Cuenta con eso.

Pascal regresaba a la barra a terminar con los últimos pedidos mientras Dominique se ponía al corriente, cuando la vio a través del escaparate caminando por la acera en dirección al bar. Por una mínima fracción de segundo, olvidó lo que estaba haciendo y se quedó observando su avance. Su atención fue presa de su hipnótico andar al atravesar el salón, de sus pasos largos y sus modos soberbios mientras se acercaba a la barra. La vio sentarse en uno de los taburetes, con una elegancia fuera de este mundo, con los hombros erguidos y el mentón apenas levantado. Era una mujer imposible de ignorar, y ella lo sabía.

Pascal se tomó su tiempo para acercarse, inusualmente nervioso.

Anna, por su parte, estudiaba la carta de tragos con una minuciosidad innecesaria. A decir verdad, en fracción de segundos, ya la había leído del derecho y del revés. Estaba nerviosa, y no era habitual que le sucediera. Percibía la energía de Pascal desde el otro extremo de la barra, y no era posible fingir indiferencia. Sentía el pulso acelerado, la piel encendida. Por supuesto que lo había visto, desde el momento mismo de atravesar la puerta. Destacaba por su altura y la confianza con que se movía, por el sensual desorden de cabello oscuro coronando su cabeza, y por sus ojos, tan intensos como peculiares.

Con cada paso que Pascal avanzaba, más se aceleraba el pulso de Anna. Estaban a segundos de cruzar las primeras palabras...

—Puedes ir a la cocina. Yo me encargo desde aquí —Dominique se interpuso en el camino, con una efusiva palmada en el hombro y un guiño de ojo que su hermano mayor conocía muy bien.

Anna se mordió el labio inferior para ocultar la sonrisa. Era evidente la desilusión en el rostro de Pascal.

—Bienvenida al Lavender. Mi nombre es Dominique —ofreció una mano amistosa, que ella no dudó en estrechar. Pascal miró a uno y a otro, sintiéndose fuera de lugar allí en el medio.

—Un placer, Dominique. Soy Anna.

Al verlos siendo tan amigables, se dio media vuelta y fue a esconder su frustración a la cocina. De camino, masticó maldiciones y tragó amargura. Por supuesto que no tenía derecho a hacer reclamos, pero se sentía molesto por la forma en que Dominique actuaba. Solo imaginarlo en plan

de conquista, le provocaba náuseas. Era una lástima, pero daba por hecho que ella caería. No entendía cómo ni por qué, pero siempre caían.



Afortunadamente, se acercaba la hora de la cena y había muchas tareas que coordinar en la cocina. Es decir, abundaban las distracciones. De tanto en tanto, se preguntaba qué estaría sucediendo en su ausencia; pero, de inmediato, se recordaba que no tenía por qué interesarle. Ciertamente, las conquistas de su hermano menor lo tenían sin cuidado. Aunque sus distracciones sí que podían perjudicar el ritmo del salón; sobre todo, tratándose de un horario de alta actividad para el bar. Entonces, si lo pensaba con cuidado y de una manera muy rebuscada, era de suma importancia que controlara que su hermano regresara al trabajo de inmediato. Las conquistas podían, ¡y debían!, esperar.

Convencido de que era su deber mantener al personal enfocado, salió de la cocina con la intención de confrontar a Dominique. Entonces, se cruzó con dos camareras que hablaban susurrando en el pasillo, y escuchó el nombre de su hermano deslizándose en la conversación.

—Perdón, ¿sucede algo? —no pudo evitar la pregunta. La curiosidad era más fuerte que la prudencia.

—Pues, nada más que lo habitual —Sophie se puso una mano en la cintura, desafiante y con cara de pocos amigos. Lamentablemente, ella había sido una de las desafortunadas conquistas, y no conservaba muy buenos recuerdos de Dom—. No es que quiera decirte cómo hacer tu trabajo, pero no estaría mal que fueras un poco más estricto con tu hermano. No es bueno mezclar el trabajo y la vida personal, en mi opinión —sonrió sarcástica.

—Pues, no recuerdo que en el pasado te molestara tanto eso de mezclar el trabajo y la vida personal. En mi opinión, claro —replicó con seriedad.

La cara de Sophie por poco toca el suelo. Su compañera, en cambio, soltó una risita por lo bajo. Pascal le dio una mirada que dejaba en claro que no había dicho nada que causara gracia.

—Regresen a trabajar, por favor —dijo antes de continuar su camino.

En ese momento, Dominique no era su persona favorita sobre el planeta, pero tampoco permitiría que se convirtiera en el chisme de última hora. Lo defendería aun cuando no lo mereciera; porque, a fin de cuentas, eran familia. Fue su padre quien le había inculcado, tanto a él como al resto de sus hermanos, que la familia estaba por encima de todo... incluso de las tonterías que pudieran cometer algunos de sus miembros.

Inspiró profundo y se asomó al salón.

Dominique ya había cruzado hasta el otro lado de la barra, y ocupaba un taburete junto a una clienta. Entre ellos, había dos copas rebosantes de uno de los vinos más costosos que se ofrecía en el bar. Pascal quería cruzar por encima de la barra y estrangular a su hermano, pero eso no se vería nada bien. En cambio, caminó hacia ellos con una amigable sonrisa.

—Buenas noches —los saludó.

—¡Ey, Pascal! Sarah, él es mi hermano Pascal. Pascal, ella es Sarah. Una muy buena amiga.

La rubia sentada a su lado sonrió de forma seductora y se acomodó de lado, provocando que la falda trepara un poco más sobre su pierna. Dominique guiñó el ojo, de esa forma que Pascal conocía tan bien.

—Un placer, Sarah. Dom, ¿podrías acompañarme un momento, por favor? Necesito hablar contigo —le pidió, esforzándose por sonar calmado.

—Estoy algo ocupado ahora, hermano. Hablaremos más tarde, ¿de acuerdo?

Tuvo que contar hasta diez, con los dientes apretados, para no estallar frente a todo el bar.

—No. Prefiero que hablemos ahora.

Podía ser contundente cuando se lo proponía. Hasta Sarah comprendió que esa conversación no se aplazaría; y que los tragos gratis se habían acabado por el resto de la noche.

Luego de que Dom intercambiara números telefónicos con su voluptuosa acompañante, los hermanos se dirigieron hacia la oficina que se encontraba al final del pasillo; era el sitio que usaban para realizar las tareas administrativas y para mantener las charlas en privado.

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! —Dominique alzó las manos sabiendo que estaba en falta—. Todo lo que tengas para decir, lo avalo. Estás en lo cierto. ¿Ya puedo irme?

—No —Pascal cerró la puerta tras de sí—. ¿Qué sucedió con Anna? ¿La dejaste escapar? —preguntó confundido.

—¿Quién es Anna? —Dominique lucía todavía más confundido.

—¡Dom! ¿De verdad? La mujer con quien hablaste poco antes de conocer a Sarah, se presentó como Anna. ¿Cómo puedes olvidar tan rápido a las personas?

—Hermano, no puedo estar en todos los detalles —se alzó de hombros, como si fuera el hombre más ocupado del mundo y no el mujeriego empedernido al que acababan de arrastrar fuera del bar—. Espera. La recuerdo... La morena del bonito trasero, ¿verdad?

—¡Dios bendito! ¡Su nombre es Anna! —gritó Pascal, que ya había perdido la calma.

—Perdón, señor Sensibilidad.

—No me gusta que te refieras así a las clientas... —excusó su exabrupto con una verdad que le parecía imposible de refutar—. A nadie, en realidad.

—Lo siento. Tienes razón.

—¿Entonces? Dime qué sucedió con ella.

—Pues, nada... Me pareció un tanto antipática. Me pidió una Coca Cola y la clave de wifi. Luego, se fue. Eso es todo.

Pascal se sentó en su silla, detrás del escritorio, y una leve sonrisa asomó en su rostro. Celebró su equivocación; no todas caían ante los “encantos” de su hermano. Anna no era como todas, definitivamente. Era una mujer distinta. Ni siquiera sabía por qué le interesaba tanto, o si volvería a verla alguna vez, pero se sentía aliviado de que nada hubiera sucedido entre ellos.

—¿Ya puedo regresar al bar? —preguntó Dom.

—Adelante —le indicó la salida con un gesto mordaz.

—¡Oh! Por poco lo olvido... —se detuvo junto a la puerta—. Juliette llamó. Está tratando de contactarse contigo, pero no respondes el teléfono.

—¿Qué Juliette? —alzó la ceja sobre su ojo celeste.

—Muy gracioso, Pascal —Dom resopló—. Juliette, ¿tu prometida? ¿Y me acusas a mí de tener mala memoria?



## CAPÍTULO 6

# REGRESO A CASA



Y no pude evitarlo, rompí a llorar, aunque ello significara que me desintegraría en esas lágrimas y me perdería para siempre.

Ahora sabía por qué tenía que pagar: por seguir viviendo.

David Safier

A medida que avanzaba sobre la carretera, el sol moría en el horizonte y el cielo vestía su manto ocre. El día llegaba a su fin. Se preguntaba si era buena idea llegar a un sitio desconocido al reparo de la noche.

Podría haber evitado detenerse en el bar, pero la curiosidad era difícil de resistir. No podía continuar sin ver Gordes. Su padre vivía allí, y quería familiarizarse con su entorno. Familiarizarse. Un término de lo más apropiado. Pero no había planificado bien sus tiempos. O puede que aún siguiera un tanto desorientada. El día, la noche, las horas habían dejado de tener sentido; se habían convertido en un *continuum* que parecía no tener fin. Necesitaba llegar. Sin importar a qué hora fuera, necesitaba llegar.

Luego de tomar el último desvío que trazaba su mapa, supo que ya no había vuelta atrás. A su derecha, en el asiento del acompañante, se encontraba la pequeña urna ovalada que contenía las cenizas de su madre. Treinta años después de su intempestiva huida, Lili regresaba a casa. Pesaba sobre los hombros de Anna la responsabilidad de comunicar las malas noticias a su padre. A su propio abuelo.

En el último tramo, el camino no se encontraba en buenas condiciones. Parecía no haber sido transitado en mucho tiempo. Tuvo que bajar la velocidad, avanzar lento. La maleza salvaje había ganado buena parte de lo que debería ser la calzada.

Encendió un cigarrillo y bajó el cristal. Mientras el humo escapaba, el aroma de la lavanda entraba en el automóvil sin pedir permiso. Era sutil e invasivo al mismo tiempo, y traía consigo recuerdos que no eran propios.

*En las tardes de verano, me recostaba entre los senderos de lavanda y acariciaba la tierra. Siempre sentí un amor inexplicable por esa tierra. Aún hoy, la extraño,* escribió Lili en sus últimas horas, en las cuatro hojas que contenían su verdad.

—¿Hueles eso, Lili? Son tus senderos de lavanda —murmuró Anna conmovida.

El camino acababa justo frente al elaborado arco que daba entrada a la estancia. Era una construcción robusta y algo tosca, un tanto descuidada, pero todavía podía leerse con claridad el apellido de la familia que había habitado esas tierras por más de cuatro generaciones.

Actualmente, era el hogar de un solo hombre: Florian Leclerc. Había sido el esposo de Loanne y el padre de Lili. Hoy era, además, el abuelo de Anna. Pero él aún no lo sabía.

Anna se bajó del automóvil con su bolso de mano a cuestas. Sintió un leve mareo luego de dar los primeros pasos, y entonces recordó que hacía más de veinticuatro horas que no comía nada sólido. Detenerse a beber algo frío, dulce y burbujeante no había sido tan mala idea, después de todo. De repente, su mente conectó un recuerdo reconfortante con otro y a su memoria acudió la peculiar mirada de Pascal y el sensual desorden de cabello oscuro sobre su cabeza.

Era extraño recordar algo tan trivial en un momento tan trascendental de su vida... O tal vez, no. El recuerdo le aceleró las pulsaciones de una manera agradable y pensó que, quizás, eso era justo lo que necesitaba. Un recuerdo agradable al que aferrarse para poder seguir avanzando. La mirada de Pascal le parecía una opción tan buena como cualquier otra, así es que se aferró a él con toda la fuerza de su corazón.

Detuvo sus pasos frente a la casa y se tomó un momento para observar con mayor detenimiento.

Al ver el estado de abandono en que se encontraba la propiedad, sintió pena. La pintura de la fachada se caía a pedazos, los escalones del porche se veían frágiles y quebradizos, y había telarañas y hojas secas acumulándose por doquier. Por un momento, temió que ya nadie viviera allí, pero había una pequeña luz... una pequeña luz de esperanza que se alcanzaba a ver a través de la ventana, y que iluminaba tenuemente el perfil del hombre que se encontraba sentado en el sofá de la sala.



Había muchas cosas que se habían deteriorado con el paso del tiempo, pero su oído no era una de ellas. Tenía una audición impecable. Además, cuando se había vivido durante tanto tiempo en silencio, cualquier sonido podía resultar estridente. Como el motor de un automóvil, por ejemplo. Lo había escuchado acercándose desde el oeste y, poco después, cuando dejó de oírlo, supo que se había detenido en la entrada.

Fue entonces cuando tomó su rifle, pues no esperaba visitas. Estaba convencido de que venían a robarle.

En su opinión, ya no había nada de valor dentro de esa casa. Nada que valiera la pena defender. Pero quien quiera que se atreviera a importunarlo, se llevaría un buen susto. Se sentó en el sofá de la sala, donde tendría la oportunidad de ver a quien se acercara a su puerta, y aguardó en silencio, con el rifle apoyado a su lado.

Aunque no contaba con la claridad del día para ver al atracador, ya que solían usar el reparo de la noche para hacer sus fechorías, había encendido la lámpara de pie que se encontraba a un lado del sofá. La luz era tenue, pero suficiente. Hacía un esfuerzo por permanecer alerta, pero la consciencia iba y venía a su antojo. Sentía que sus párpados pesaban una tonelada y, de tanto en tanto, su cabeza caía a un lado. Se estaba durmiendo, pero no se movía de su puesto de vigilancia.

De repente, en medio de la nebulosa de la inconsciencia, le pareció ver una sombra moviéndose afuera. Todos sus músculos se tensaron a la espera de una confrontación. Entrecerró los ojos, para ver mejor, y logró perfilar a la figura de pie cerca de los escalones del porche. Puede que sus ojos lo engañaran, pero parecía tratarse de una mujer. Hasta aquella olvidada zona rural habían llegado los rumores de las mujeres que querían parecerse a los hombres: “tener los mismos derechos”, decían; “amazonas urbanas” las llamaba el viejo y estructurado Florian Leclerc. Pero la idea de una “ladrona” entrando a su casa le parecía incluso irrisoria.

Al escuchar el crujido de los escalones del porche bajo el peso de sus pasos, tomó el rifle y levantó su pesada figura del sofá. Hombre o mujer, le daba igual. No toleraría intrusos en su propiedad. Diez breves pero esforzados pasos lo separaban de la entrada. Los hizo lentamente, porque sus piernas ya no eran las de antes. Incluso, cojeaba un poco. Un dolor de antaño aquejaba a su rodilla izquierda. Pero tenía que hacer todos sus dolores a un lado y mostrarse fuerte, como siempre.

Inspiró profundo y colocó el rifle en su posición... justo cuando tres tímidos golpes se oyeron desde el otro lado de la puerta. *¿Un ladrón que llama a la puerta?*, se preguntó confundido. Entonces, los tres golpes insistieron. Con más fuerza, esta vez.

—*¿Monsieur Leclerc? ¿Florian Leclerc?* —la voz pretendió traspasar los límites y llegar hasta él.

Definitivamente era una mujer. Y, además, no se trataba de una ladrona. Tal vez, una estafadora; pero no una ladrona. Un delincuente común no tenía la cortesía de anunciar su llegada. Aun así, a

Florian no le agradaban las visitas. Mucho menos las inesperadas. Pensó en quedarse en silencio y aguardar a que se fuera, pero, por otro lado, también sentía curiosidad. ¿Cómo es que esa mujer sabía su nombre?

—*Monsieur Leclerc...* Sé que está ahí. Puedo oírlo respirar.

*¡Vaya! La muchacha tiene buen oído,* pensó Florian. Dejó el rifle a un lado, en el rincón, y apoyó las manos sobre la superficie de la puerta. Él no lo sabía, pero, del otro lado, Anna hacía lo mismo. Nada más que una vieja puerta se interponía entre dos generaciones.

—Mi nombre es Anna —comenzó a hablar, aferrada a su bolso y al recuerdo trivial de una peculiar mirada—. Lamento presentarme así, sin previo aviso. La verdad es que... —rio por lo ridículo de la situación— debería haberlo llamado por teléfono, ¿verdad? Honestamente, ni siquiera se me ocurrió hacerlo. Soy una tonta.

—¿Qué es lo que quiere? —su voz se escuchó desgastada por el paso del tiempo, pero no por eso menos imperativa. Anna retrocedió un paso.

—Lo siento —retomó tratando de mantenerse enfocada. Tendría que evitar los rodeos si quería ser escuchada—. Mi nombre es Anna Leclerc. Lili era mi madre...

La puerta se abrió y, detrás de ella, apareció un anciano tan venido abajo como todo a su alrededor. Era alto y robusto, pero su cuerpo había sido marcado por los años de sacrificio y ardua labor en el campo. Tenía las manos gruesas, cerradas en apretados puños. Sus ojos, tan negros como los de Anna, iguales a los de Lili, la observaban como si su sola presencia fuera un insulto. Podía verse la tensión en su mandíbula, el temblor en sus extremidades.

De repente, Anna no supo qué decir. Abría y cerraba la boca, pero las palabras no hallaban su camino.

*Mi padre era demasiado estricto. Se hacía lo que él decía, cuando él lo decía, y de la forma que quería. Mi madre y yo acatábamos sus órdenes, sin cuestionamientos, temerosas de sus estallidos. Éramos conscientes de que incluso la más mínima equivocación era motivo de escándalo. Le teníamos miedo. Mucho miedo. A veces me miraba con tal intensidad que se me aflojaban las rodillas.*

Florian no podía negar el parecido entre esa mujer y su Lili. Tenían las mismas facciones redondeadas, el mismo cabello oscuro y ondulado, la misma tonalidad en la piel. Pero la mirada...

El color de los ojos era muy similar, pero la mirada era completamente distinta. Mientras la estudiaba, de pies a cabeza, de arriba abajo, sentía que temblaba a causa de la fuerte impresión. Le dolía el pecho. El corazón. Se negaba a creer que esa mujer, tan adulta, fuera quien decía ser.

*¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿En qué año estamos?* No podía pensar con claridad.

*¿Cómo era posible que Lili, su Lili, fuera madre?*

—¿Dijiste que “era” tu madre? —se tomó del marco de la puerta cuando sintió que su rodilla mala cedería en cualquier momento.

—Eso fue lo que dije —aunque la voz de Anna temblara, su resolución no lo hacía. Alzó la cabeza y enderezó los hombros. No tenía nada que temer, nada de qué avergonzarse. No había hecho nada malo.

—¿Dónde está Lili? —preguntó el anciano, con un hilo de voz.

Anna inspiró profundo y apretó el bolso de mano pidiendo a su madre que le diera el coraje necesario para atravesar por ese momento. No sería nada bonito.

—He venido desde Marsella, porque mi madre me lo pidió. Quería regresar a casa.

Con dificultad, nerviosa y apenas conteniendo las lágrimas, consiguió abrir su bolso y, ante la

mirada abatida de Florian, extrajo de su interior la pequeña y oscura urna ovalada que la había acompañado en su viaje. La sostuvo por un momento entre sus manos, todavía sin comprender cómo es que la mujer más importante de su vida, a la que apenas había conocido, había terminado allí adentro. Sus dedos acariciaron la sedosa cubierta y, sin proponérselo, la encerró en un abrazo tan apretado como el que le hubiera gustado darle en vida.

*¡Cuánto daría por ser capaz de apoyar la cabeza en tu hombro, una vez más! ¡Cuánto tiempo perdimos! Tanto enojo, ¿para qué? ¿Cuántos abrazos caben en diez años de ausencia? Ahora, ya nunca lo sabré.... Todo acabó.*

—Lili no era feliz, y decidí terminar con su vida. Lo siento mucho.

Florian recibió la urna con manos temblorosas. Anna, que había registrado más de un centenar de tragedias en tantos años de trabajo, jamás había visto tal desazón. Gruesas lágrimas caían de sus ojos.

Él todavía guardaba muy presente el recuerdo de la primera vez que sostuvo a su hija en brazos. Había nacido allí, en esa misma casa. Cuando la partera salió de la habitación, se levantó del sofá y fue a recibir a su primogénito. Esperaba que fuera varón, pero no hubo desilusión alguna al enterarse de que era una niña. Todo lo contrario. Entendió el amor cuando vio a su hija a los ojos por primera vez, cuando encerró su dedo con una mano tan pequeña que parecía irreal. Ahora, miraba la urna que tenía entre sus manos, dura y fría, y se negaba a creer que era su Lili la que estaba allí, a quien ahora sostenía en brazos. ¿Eso era todo lo que quedaba?

—¿Qué es esto? ¿Dónde está mi hija? —sosteniendo la urna con una sola mano, blandiéndola como si se tratara de un arma, dio un par de pasos en dirección a Anna. Los mismos que ella retrocedió. No le gustaba la forma en que la miraba. Se veía peligrosamente confundido.

—Ya se lo dije, *monsieur* Leclerc —apuntó a la urna con la mirada, sutilmente—. Ella quería que trajera sus restos aquí, nada más. Quería regresar a casa.

—¡Mientes! —gritó Florian, fuera de sí. La urna tambaleó entre sus manos y el corazón de Anna dio un vuelco—. ¡Embustera! ¡Mentirosa! ¡Tú no sabes nada! ¡Nada de mi Lili! ¡Fuera! ¡Fuera de mi propiedad!

Cuando el anciano dejó caer la urna al suelo, que afortunadamente resistió la caída y acabó rodando entre las hojas secas, Anna quiso inclinarse a recogerla. Fue en ese momento cuando Florian perdió la cabeza, todavía más.

—¡Largo! ¡Largo de aquí! ¡¡Fuera!!! —gritó colérico.

Anna se tambaleó en los escalones del porche y acabó en el suelo, con las manos en la tierra, furiosa y asustada en iguales proporciones. Recordó la verdad que su madre le había relatado en esas cuatro hojas, en esas ocho páginas. Pudo ver el monstruo que era Florian Leclerc. Había suscitado tanto terror en su hija, tanto temía desilusionarlo, que al enterarse de que estaba embarazada de un hombre que su padre jamás aprobaría, decidió huir de su hogar y no regresar jamás.

Anna, al escucharlo gritar de esa forma, al ver la violencia de su reacción, sintió que algo se encendía en su interior. No permitiría que la trataran así. Lili no permitiría que trataran a su hija así. Loanne no permitiría que trataran a su nieta así. Anna se puso de pie, pero eran tres generaciones las que impulsaban su cuerpo.

—¡¡Basta ya!!! —le gritó con fuerza.

La voz de Anna, potenciada por el clamor de las mujeres que la precedían, provocó que una bandada de pájaros alzara el vuelo en un campo cercano. Hasta la naturaleza sabía que algo se había quebrado en ese preciso instante.

Florian la miró a los ojos, inmóvil, sin dar crédito a lo que acababa de suceder. Anna alzó la cabeza, soberbia y poderosa, y se quitó la tierra de las manos.

—Debería darle vergüenza —le dijo con firmeza.

Subió los escalones y recogió la urna del suelo, retirándole una a una las hojas que se le habían adherido en la caída. Incluso sopló sobre ella para quitarle el polvo. Luego volvió a guardarla en su bolso.

—Tenía muchas ganas de conocerlo —confesó, sin mirarlo—. Guardaba la esperanza de que pudiéramos vincularnos de algún modo. Después de todo, yo soy su nieta y usted es mi abuelo.

—Siento mucho...

—Todavía no he terminado de hablar —le clavó la mirada, impávida.

Florian cerró la boca, de inmediato.

—Honestamente, esto fue muy esclarecedor —comenzó, sintiendo cómo los latidos de su corazón se desaceleraban. Estaba encontrando la calma—. No puedo decir que mi madre y yo fuéramos cercanas. No la comprendía... hasta ahora. Hasta hoy. Usted me abrió los ojos. Mi madre estaba llena de miedos, porque usted la convirtió en eso. Ahora comprendo que debía irse de aquí, comprendo su silencio, su temor. Necesitaba alejarse. Y usted, necesitaba perderla —acariciaba la urna con su pulgar, sin darse cuenta, en un mudo gesto de agradecimiento—. No estaba segura de por qué quería que la trajera de regreso aquí... Ahora lo comprendo.

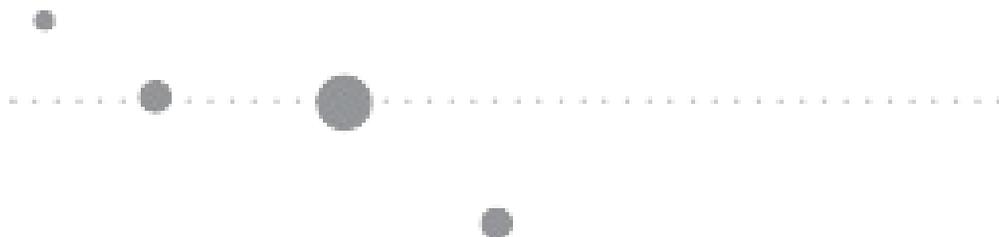
*Espero, de todo corazón, que la verdad te ayude a encontrar eso que buscas. Es lo único que puedo hacer por ti.*

Eso que Anna buscaba, lo que más deseaba, era una familia. Y Lili lo sabía.

—Treinta años atrás, mi madre huyó de esta casa. Hoy soy yo quien regresa, aunque nunca haya estado aquí —inspiró profundo y buscó el valor dentro de su corazón. Estaba a punto de dar un paso que cambiaría su vida para siempre—. Sigo pensando que podemos encontrar la forma de vincularnos. Dependerá de usted, de lo que decida... Esto puede ser un comienzo o un final, *monsieur Leclerc*. ¿Qué será?



# SEGUNDA PARTE





CAPÍTULO 7

# ATERRADOR



**El amor ahuyenta el miedo y, recíprocamente,  
el miedo ahuyenta al amor.**

**Aldous Huxley**

G iró sobre la cama y, tras unos segundos de desconcierto, recordó que no estaba en su habitación. Las sábanas se lo recordaron. Se sentían diferentes al roce con su piel. Podía percibir, aun con los ojos cerrados, que las dimensiones del espacio eran otras. Hasta el aire circulaba de manera diferente, transportando aromas que le resultaban poco familiares.

Estiró los brazos, entumecidos luego de horas en la misma posición, y lentamente abrió los ojos.

Había una enorme mancha de humedad en el techo, muy cerca de un cable expuesto del cual pendía la bombilla de la luz. Era extraño que no se hubiera percatado de tan peligroso detalle la noche anterior, cuando Florian le indicó que podía dormir allí, puesto que solía ser bastante minuciosa en la observación del entorno. Años de profesión la habían entrenado para no pasar nada por alto. Culpó al agotamiento, más mental que físico, por su falta de atención, pero, de inmediato, otro detalle incluso más extraño atrajo su curiosidad. Afuera, era de noche. Podía ver el cielo oscuro, sin luna y sin estrellas, a través de la ventana abierta. ¿Es que aún no amanecía? ¿Cuánto había dormido en verdad?

Confundida, se sentó sobre la cama y observó alrededor.

Lo que vio, en lugar de aclarar el panorama, le aceleró las pulsaciones.

En efecto, no estaba en su habitación. Pero, contrariamente a lo que pensaba, tampoco se encontraba en casa de Florian. Tardó apenas unos segundos en reconocer el apartamento. Lo percibió igual de frío y oscuro que la única vez que estuvo allí. La única diferencia era que, en esta oportunidad, no estaba sola.

—¿Lili? —susurró.

Cuando escuchó el leve sonido de su propia voz desplazándose por el espacio como si se encontrara bajo del agua, fue consciente de lo que sucedía en realidad.

Soñaba.

Se trataba de un sueño. O de una pesadilla, tal vez. Como fuera, se aferró a la explicación de que todo era una creación de su mente. El producto de un inconsciente inquieto y caprichoso que, en su afán por asimilar y comprender la pérdida, la colocaba en el mismo plano que a su madre muerta... solo que no parecía muerta, en lo absoluto.

Lili estaba sentada en una de las dos sillas de su austero comedor, de espaldas a Anna. Miraba por la ventana, un tanto ausente, con una expresión de serenidad que su hija no le conocía. Usaba una sudadera y un pantalón deportivo, y todavía tenía el cabello húmedo después del baño. En su mano derecha, sostenía un bolígrafo, con una firmeza tal que parecía estar sujetando un estandarte. Su estandarte.

—Lili... —Anna la llamó, una vez más, pero su madre no se percataba de su presencia.

Al parecer, era uno de esos sueños en los cuales no se podía hacer más que observar y escuchar lo que sucedía, sin intervenir. Anna era una experta en ambas cosas, había hecho de eso una profesión.

Apoyándose en su experiencia, como en cada oportunidad, se propuso tomar la escena de afuera hacia adentro.

Se puso de pie, lentamente, y caminó los pocos pasos que la separaban de la posición de su

madre, sorprendida por la forma en que su mente reproducía las sensaciones. Sentía el suelo frío bajo sus pies, la tenue brisa marina entrando a través de la ventana, y el aroma a jabón que se desprendía de la piel de su madre. De un momento a otro, vio a su propia mano acercándose al hombro de Lili, pero la detuvo justo a tiempo. No debía intervenir, y tampoco tocarla. Cualquier alteración de la escena, afectaría las conclusiones.

Rodeó la mesa y buscó una mejor posición para ver lo que hacía su madre. Las cuatro hojas que contenían su verdad ya estaban perfectamente acomodadas a un lado, el sobre azul aguardaba abierto en el extremo opuesto. Luego de inspirar profundamente, Lili hizo frente a la hoja en blanco que aguardaba por sus últimas palabras y comenzó a dibujar las palabras.

—Lili... —aunque se había propuesto no hacerlo, Anna intervino al verla escribir—. Estoy aquí. Habla conmigo.

Pero Lili no respondió. Ni siquiera alzó la cabeza.

—¡Lili! —víctima de la impotencia, Anna golpeó la superficie de la mesa y provocó un estruendo que la obligó a cerrar los ojos.

Cuando los abrió, se encontraba nuevamente sobre la cama.

Sobre otra cama. En otra habitación.

No había manchas de humedad en el techo y tampoco cables expuestos que revistieran peligro. A través de la ventana, de grandes dimensiones, podía verse el sol asomándose entre los senderos de lavanda, enmarcado por un cielo de terciopelo rosa. Estaba amaneciendo.

Dentro de la habitación, el aire olía a encierro y a polvo en suspensión, al igual que las sábanas y el cobertor floreado. Además de la mesa de noche, sobre la que se encontraba la lámpara y un viejo reloj despertador, no había más muebles que la cama y una cómoda con cuatro gavetas.

Sabía que se trataba de la habitación de Lili.

Cabían pocas posibilidades, ya que la casa contaba con dos dormitorios; uno había sido ocupado por el matrimonio Leclerc y el restante, por su única hija, pero no había nada que así lo confirmara. Ninguna fotografía a la vista, tampoco recuerdos o artículos personales. Todo se veía demasiado vacío, como si la habitación hubiera sido desocupada tras la partida de su madre. Ni siquiera Florian se había referido al asunto; se limitó a arrojar un parco “puedes dormir aquí” antes de atravesar el pasillo y desaparecer tras la puerta de su propia habitación, dejándola sola y a la espera de una respuesta que nunca llegó. ¿Era eso un principio o un final? No lo sabía, en verdad. Pero quería averiguarlo.

Había dormido mucho y muy profundo, como pocas veces. Aún conmovida luego del sueño, y con la necesidad de reubicarse en tiempo y espacio, se sentó sobre el borde de la cama y le dio un vistazo al reloj despertador. No le sorprendió descubrir que no funcionaba. Había muchas cosas que parecían no estar funcionando como esperaba.

Buscó su teléfono debajo de la almohada y consultó la hora. Eran apenas las seis treinta de la mañana. Y tenía varios mensajes de texto sin leer, además de algunas llamadas perdidas. André había estado tratando de contactarla.

—Mierda —murmuró entre dientes. Había prometido llamarlo al llegar, pero lo había olvidado por completo.

Buscó el contacto entre sus números habituales y, mientras aguardaba por la respuesta, caminó hacia la ventana. Se descubrió extrañando la vista de su querida Marsella.

—¡Al fin! —exclamó André, del otro lado de la línea, arrancándole una leve sonrisa.

—Lo siento... Lo olvidé —Anna no era de las que se excusaba en demasía. Siempre prefería la

verdad.

—No te preocupes. Lo supuse. Como también supuse que llegaste a destino.

—Así es. Llegué anoche —confirmó mientras hurgaba en su bolso—. Aunque todavía me cueste creerlo, estoy en la casa del padre de Lili —puso un cigarrillo entre sus labios y lo encendió, acercándose a la ventana para que el humo no quedara atrapado—. De hecho, estoy en la habitación de Lili en este mismo momento. He pasado la noche aquí.

—¿De verdad? —la voz de André le llegó con un tanto de incredulidad y otro poco de preocupación. Después de todo, Anna se encontraba en un sitio desconocido, con un sujeto del que pocas referencias tenían. Que Lili hubiera huido de él, treinta años atrás, no era el mejor de los antecedentes— Y, ¿cómo es él?

Anna aspiró una bocanada de nicotina y pensó en su respuesta. André estaba acostumbrado a sus pausas.

—Es aterrador —dijo finalmente, dejando escapar el humo entre sus labios—. Comprendo por qué Lili le tenía tanto miedo.

—¿Qué hay de ti? ¿Le temes?

—No —respondió con absoluta certeza, tranquilizando a André y a sí misma—. Quiero respuestas, y él puede darme algunas. Estoy segura. Solo necesito tiempo...

*Tiempo*, repitió André en su fuero interno. Esa era la palabra que más temía escuchar. *¿Necesita tiempo? ¿Cuánto tiempo? ¿Cuánta ausencia tendré que soportar? La necesito aquí, conmigo.*

Sí, puede que fuera un pensamiento egoísta, pero, para él, se trataba de un asunto de supervivencia. Anna era su socia, en más de un aspecto, y sin ella no se sentía completo. Comenzaba a temer que, en lugar de un “hasta luego”, su partida hubiera significado un “adiós”. No estaba listo para afrontar algo así.

—¿Sigues ahí? —preguntó Anna atribuyendo el prolongado silencio de André a algún inconveniente en la comunicación.

—Estabas diciéndome que necesitas tiempo —retomó.

—Así es. Tomaré una licencia, por tiempo indeterminado. Las condiciones no me interesan, firmaré lo que sea. Si debo prescindir de mi paga, que así sea.

—¿Tiempo indeterminado, dices? ¿Licencia? —masticó entre dientes apretando un puño sobre su escritorio—. ¿Acaso te volviste completamente loca? Te desconozco, Anna. Tú no eres así. Tienes una responsabilidad, un trabajo que cumplir, un equipo que se apoya en ti. ¿Piensas dejarlo todo? ¿Solo así?

Anna masajeó su cuello, sintiendo la presión que sus palabras le imponían.

—No lo entiendes... —trató de explicarse.

—¡Claro que no lo entiendo! —André no estaba dispuesto a escuchar razones. Estaba seguro de que la perdería si permitía que se quedara allí.

—Lamento mucho que no lo entiendas, pero no es mi problema. No necesito que me entiendas, lo único que exijo es que respetes mi decisión. Necesito tiempo para procesar lo que está sucediendo en mi vida. Esa es mi prioridad ahora. Si para poder ocuparme de mí debo renunciar a mi trabajo, lo haré.

—¿Ahora me hablas de renuncia? Pero ¡¿qué diablos te sucede?! —

—¿A mí? —arrojó el cigarrillo por la ventana—. ¿Qué diablos te sucede a ti? Siempre he tenido en cuenta tu opinión, porque la valoro, porque te respeto y te quiero, pero jamás admitiré que trates de imponer tu voluntad sobre la mía. ¿Está claro?

—No estás pensando con la cabeza, Anna. Estás inestable. Comprendo que la muerte de tu madre te colocara en esa situación, pero no tomes decisiones apresuradas solo porque...

Anna dejó de escuchar y alejó el teléfono de su oído.

*¿Inestable?* No le gustaba para nada como sonaba eso.

—Debo dejarte, André. Tengo cosas que hacer —lo interrumpió cortante.

A esa Anna, André no la desconocía. Era Anna cuando había llegado al límite de su paciencia.

—Lo siento... Prometo escucharte. No quiero que cuelgues.

—Le enviaré un e-mail con los detalles formales de mi solicitud —reiteró imponiendo una nueva distancia—. Que tenga buen día, teniente.

Antes de que André pudiera responder, Anna había cortado la comunicación.



“Es aterrador”.

“Comprendo por qué Lili le tenía tanto miedo”.

La voz de Anna, suave pero certera, le había dado un cachetazo a su consciencia.

Daba un paseo alrededor de la casa, “casualmente”, cuando la escuchó hablando por teléfono muy cerca de la ventana. No pudo evitar la tentación y se quedó a oír parte de la conversación. Ahora, deseaba no haberlo hecho.

*¿Aterrador? ¿Así es como me ve mi nieta? ¿Cómo me veía mi querida Lili?*

Conmocionado, herido, apoyó su pesada figura sobre la pared. A sus oídos llegaba la efusividad con la que Anna defendía sus argumentos, pero no lograba atender a lo que sucedía. No podía dejar de pensar en esa palabra: “Aterrador”.

Lo que suponía era una fuerte discusión entre Anna y su interlocutor, lo remontó al recuerdo de otra discusión, también fuerte. Con seguridad, la más fuerte de todas.

—Estoy enamorada, papá —le había dicho su Lili, con esa inocente dulzura que el mundo trataba de arrebatarse. Él, como su padre, no podía permitir que eso le sucediera.

—“¿Enamorada?”. ¡Tú no tienes idea de lo que es el amor! ¡El amor es un compromiso! ¿Cómo puedes decir que estás enamorada de un hombre que tiene un compromiso con otra mujer? ¡¿Eh?! ¿No lo ves? ¡Él no te ama! —le había gritado, desesperado por salvarla de las garras de una relación condenada al fracaso.

—¡Mientes! —anegada en llanto, enceguecida, Lili le había gritado a su padre por primera vez en la vida.

—¡No! ¡Tú te mientes a ti misma! ¡Sabes que no eres más que quien calienta su cama en ausencia de su mujer! ¡No eres nada! ¡Nadie!

Igual que si le hubiera dado un golpe, Lili cerró los ojos y se llevó una mano al pecho.

En ese momento, Florian no lo sabía, pero esas fueron las últimas palabras que su hija escuchó de él. “¡No eres nada! ¡Nadie!”. A la mañana siguiente, luego de esa gran discusión, él y su esposa Loanne se encontraron con una cama extendida y una cómoda vacía. Lili se había ido para nunca más volver.

La huida de su hija y la tristeza de Loanne se lo habían anticipado, pero las palabras de Anna fueron el veredicto decisivo. Finalmente, Florian aceptó que su nieta tenía razón. Era un hombre aterrador.



CAPÍTULO 8

# UN LUGAR SECRETO



**Los secretos más grandes se ocultan siempre  
en los lugares más inverosímiles.**

**Roald Dahl**

Estaba hambrienta. Su cuerpo reclamaba haciendo todo tipo de sonidos, exigiendo que se le prestara atención. Anna había tratado de engañarlo con media barra de chocolate que encontró en su bolso, pero la treta duró poco. La realidad era que no había comido nada verdaderamente nutritivo en más de veinticuatro horas. Y tampoco había ingerido suficiente líquido. El refresco que había bebido en el bar de Pascal estaba convirtiéndose en un recuerdo muy preciado. Al igual que Pascal, si era honesta consigo misma.

—Estoy delirando... —susurró dando vueltas por la habitación—. Debo comer algo o me volveré loca.

Estaba segura de que su mente se aferraba a cualquier pensamiento pasajero, aun a uno con nombre propio, solo para distraerla de sus necesidades primarias. Pero la artimaña se estaba quedando corta.

Salió de la habitación y se asomó al pasillo. La puerta del baño, hacia el final, estaba entreabierta. La habitación de Florian, por otro lado, continuaba cerrada. Era probable que siguiera durmiendo.

Con un poco más de confianza, sabiéndose sola, se aventuró a explorar la casa.

Bajo la luz del día, que se colaba tímidamente a través de las cortinas, pudo apreciar mejor las dimensiones de los distintos ambientes. Era una construcción simple, pero sólida. La altura de los techos y la amplitud de los ventanales, en su conjunto, favorecían la ventilación. Aunque afuera hiciera calor, la brisa matutina circulaba libremente y refrescaba todo a su paso.

En la sala, se encontró con un cómodo sofá que no recibía visitas hacía mucho tiempo. Los cojines, perfectamente alineados, lucían tan solitarios que daban pena. En el comedor, había una mesa sobre la que nadie comía, rodeada por cuatro sillas en las que nadie se sentaba. Todo lo cubría una fina capa de polvo, revelando que el espacio no había sido usado por largo tiempo. Se parecía uno de esos hogares de muestra, que fingen estar habitados, pero no son más que una patética pantomima.

Al llegar a la cocina, revisó las alacenas y husmeó en el refrigerador.

—Qué desolación... —exclamó al ver la nada que había allí. Se preguntó cómo sobrevivía Florian, puesto que había menos que lo básico. En las alacenas, abundaban los enlatados—. Tendré que ir de compras —resolvió sin rodeos.



Con precisión milimétrica, terminó de aplicarse el lápiz labial. Era de un vibrante color coral. Desde hacía años, usaba el mismo tono y la misma marca. Por temor a que decidieran discontinuarlo, tenía varias unidades muy bien guardadas. Así de estructurada era. No salía de su casa hasta que el espejo le devolvía la imagen de la mujer que había construido tras años de terapias, yoga, meditación y alguna que otra cirugía de la que jamás hablaría en voz alta.

Era Juliette Blanc. Y amaba serlo.

—¿Estás listo? —alzó la voz mientras bajaba las escaleras.

Pascal no la escuchó. Estaba demasiado ocupado. Sus ojos ávidos, tras las gruesas gafas de leer que usaba desde su temprana adolescencia, iban y venían sobre las páginas de un viejo libro.

Lo había leído una decena de veces, con tanto detalle que hasta podía citar algunos párrafos de memoria, pero siempre se sumergía en la historia como si fuera la primera vez: *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, de Philip K. Dick. Pocos lo sabían, pero era un amante de las novelas de ciencia ficción. No pasaba un día sin que leyera al menos algunas páginas. Mientras lo hacía, sumergía la cuchara en un enorme tazón de cereales con leche.

—Cariño, ¿de verdad? ¿Aún no estás listo?

Esta vez, sí la escuchó. De hecho, hasta se sobresaltó un poco.

—Claro que estoy listo —cerró el libro y se quitó las gafas—. Ir al supermercado no requiere de tanta preparación...

Al verla, sonrió. Juliette era la única mujer sobre la faz de la tierra que se vestía para ir de compras igual que si estuviera por subirse a una pasarela.

—Te ves preciosa.

Juliette se sonrojó, pero Pascal no pudo notarlo. La capa de maquillaje lo ocultaba todo, incluso las expresiones más humanas de una joven enamorada. En cierto modo, era igual que los androides que protagonizaban las historias de ciencia ficción que tanto le gustaban.

—¿Quieres desayunar antes de irnos? —le ofreció, señalando la caja de cereales sobre la immaculada isla de la cocina.

—¿Te refieres a “eso” como desayuno? ¿Tienes idea de lo que contiene? —señaló horrorizada.

—Debe contener mucha azúcar, seguramente. Por eso es tan delicioso...

Juliette no hizo más que alzarse de hombros, restándole importancia al comentario. Así había sido desde siempre. Ella era la joven centrada y triunfadora, quien tenía siempre la última palabra. Él era el muchacho enérgico y soñador, y poco le importaba ser el dueño de la verdad.

—Supongo que mi café descafeinado tendrá que aprender a convivir con tu caja de cereales, ¿no es cierto? —comentó con una seductora sonrisa, a lo que Pascal respondió con un críptico silencio.

A pesar de las notables diferencias entre ambos, Juliette estaba lista para dar el próximo paso. Insistía en que Pascal se mudara a su apartamento. Él, por su parte, se consideraba “en tránsito”. Alternaba sus días entre la casa de sus padres, el apartamento de Juliette y el depósito del Lavender, donde tenía una cama en la que no pocas veces caía rendido tras las largas jornadas de trabajo. Aún no había encontrado ese espacio al que identificar como propio y, hasta que ese momento llegara, prefería seguir evitando el tema.

—Deberíamos irnos. Será un día largo —dijo tomando sus llaves y su teléfono de camino a la salida.

Juliette asintió y lo siguió en silencio, tragándose la frustración. La conversación había acabado aun antes de comenzar. Cada vez que traía el asunto a colación, aunque fuera a través de un comentario al pasar, veía cómo lo invadía el pánico.

Pascal era extremadamente celoso de sus espacios propios y aún no estaba convencido de querer compartirlo todo. Poco le importaba qué paredes lo rodeaban. Eran sus espacios simbólicos los que no quería ceder, como decidir qué desayunar sin que nadie lo cuestionara, o quedarse a leer hasta la madrugada sin que le exigieran que apagara la luz. Prefería que las cosas se mantuvieran así. Simples.

Lejos de rendirse, Juliette insistía. Cinco años de relación valían el esfuerzo. Creía fervientemente en lo que habían construido y en lo que serían en el futuro y nada la haría retroceder en el plan que había trazado para su vida. Si su voluntad flaqueaba, solía detenerse a mirar el anillo en su dedo corazón. Así se convencía de que, eventualmente, Pascal cumpliría con

su promesa.



Al entrar a la tienda, sintió que el mundo aceleraba su ritmo. Por su trabajo, estaba acostumbrado a moverse entre mucha gente, pero, si podía elegir, evitaba los lugares demasiado concurridos. Todos iban y venían con prisa a su alrededor, el vip de las máquinas registradoras le llegaba desde todas las direcciones y el cuchicheo era igual de persistente que un zumbido.

—Tú puedes ocuparte de este sector de la lista —Juliette puso un trozo de papel frente a sus ojos y marcó el límite—. Por favor, procura no olvidar nada. ¡Y no compres nada fuera de la lista! Está todo equilibrado, es una semana de consumos saludables... Me adelantaré, ¿de acuerdo?

—“Una semana de consumos saludables” —repitió, en voz baja, observando la lista confeccionada por Juliette. Su novia estaba convirtiéndose en una tirana de las compras semanales. Entre otras cosas.

Mientras recorría los pasillos, rastreando uno a uno los productos de la dichosa lista, no pudo evitar reflexionar acerca de su pareja. Podía eludir una conversación con Juliette, pero no sus propios pensamientos. Si era honesto consigo mismo, no le gustaba el rumbo que estaba tomando la relación, ni la dinámica en la que se estaban instalando, pero, el problema era, precisamente, que casi nunca era honesto consigo mismo. Prefería callar. Evadir. Esperar.

La comodidad y la monotonía, aunque no eran las mejores compañeras, dormían en su cama. Al menos, así era para él. Y, a veces, creía que también para Juliette. Pero solo podía adivinar, porque ella jamás se atrevería a admitirlo en voz alta. Habían dejado de hablar tanto tiempo atrás que estaban olvidando cómo hacerlo. El miedo de decir algo que pusiera en evidencia lo que en realidad sucedía era un monstruo que crecía en el espacio vacío entre ambos. Si se quedaban en silencio, hasta podían escucharlo gruñir.

Su vínculo se reducía a una lista que ella confeccionaba y que él debía seguir al pie de la letra... sin espacio a nada más. Parado en pleno pasillo de los congelados, descubrió que se estaba convirtiendo no solo en un novio complaciente, sino en un sujeto infeliz.

Un cobarde.

—Maldita lista...

Arrugó el papel en un puño apretado y lo guardó en el fondo de su bolsillo.

Tras la revelación, sobrevino la acción: pronto su carrito rebosaba de productos. Algunos de ellos estaban en la preciada lista; otros, la mayoría, eran intrusos que nada aportarían al equilibrio semanal. Era una estupidez, por supuesto, ni siquiera contaba como rebeldía, pero era un cambio mínimo que esperaba ambos pudieran tolerar.

Al llegar al final del pasillo, ya se sentía de mejor ánimo. Más como él mismo y menos como el sujeto apático que había entrado en la tienda más temprano.

Fue entonces cuando la vio.

Como si se tratara de un guiño del destino, justo cuando cuestionaba el ritmo monótono al que latía su corazón, Anna apareció para acelerar su pulso. Estaba de pie frente a la góndola de los cereales, ¿otro guiño del destino?, con un carrito a su lado. El mundo era opaco a su alrededor. Ella resplandecía. Algunas suaves ondas se escapaban de la coleta que anudaba su cabello, enmarcando un rostro que no necesitaba ocultarse detrás de ningún maquillaje. Usaba unos shorts de mezclilla y una camiseta de tirantes, con unas sandalias bajas que completaban el atuendo; el jardín florido que adornaba su brazo izquierdo acompañaba la fluidez de sus movimientos.

Mezcla de hada y guerrera, emanaba una magia de la que no era consciente. Igual que la tarde anterior, cuando la vio por primera vez, Pascal sucumbió a esa magia.

Como si de una fuerza invisible se tratara, pronto encaminó sus pasos hacia ella. No estaba seguro de qué iba a decir, o si iba a decir algo siquiera; lo único de lo que estaba seguro era de querer estar cerca.

—Anna... —se atrevió a llamarla por su nombre.

Anna por poco deja caer la caja de cereales.

—Lo siento —Pascal dio un paso atrás. Quizás haberse acercado así, como si fuesen dos viejos amigos, no había sido una buena idea—. Lo siento, no quise asustarte.

—No lo hiciste —Anna negó de inmediato, tratando de moderar sus pulsaciones—. Me sorprendiste —aclaró.

Después de haberlo pensado durante buena parte del día, a Anna le resultó extraño que estuviera frente a ella. Iba a tener que empezar a dar crédito a eso de la ley de atracción.

—Lamento haberte sorprendido, entonces —retomó Pascal—. No sé si me recuerdas... Estuviste en un bar por aquí cerca, el Lavender. Trabajo allí.

—Claro que sí —Anna sonrió. Por supuesto que lo recordaba.

—Conociste a mi hermano anoche, pero no tuvimos oportunidad de presentarnos. Mi nombre es Pascal.

—Lo sé —admitió.

Esta vez el sorprendido fue él. No esperaba que ella supiera su nombre. Pascal arrugó el entrecejo por lo que Anna se apresuró a aclarar la situación.

—Dominique es tu ferviente admirador. Te nombró un par de veces.

—¿De verdad? —entornó la mirada. Francamente, no esperaba oír algo como eso.

Anna asintió. Pascal solo la observó.

Por los segundos que siguieron, ninguno de los dos habló. Era un silencio compartido sin incomodidad, sin vacíos que llenar. A decir verdad, no había nada que decir. Eran dos personas que se habían cruzado un par de veces; en esta ocasión, por una casualidad con sabor a destino. ¿Por qué arruinar la magia con fórmulas sociales? Se otorgaron el permiso de mirarse, sin tapujos, sin reservas.

Anna se quedó prendada de sus ojos; tan particulares, tan únicos. Tenía una condición genética muy extraña, llamada heterocroma. El iris derecho era celeste, igual que el cielo de verano, mientras que el izquierdo era tan oscuro como la tierra misma. Era ese rasgo singular el que volvía su mirada inolvidable.

Pascal, por su parte, comprendió que había más de una manera de conversar. El silencio era una. Mirarse a los ojos, otra.

La estudió detenidamente, tratando de averiguar por qué se sentía tan atraído por alguien a quien apenas conocía. No se trataba de que fuera una mujer hermosa; pues, no era esa la característica que más destacaba en ella, pero, después de una cuidadosa observación, se convenció de que eran los enigmas que ocultaban sus ojos negros los que quitaban el aliento.

Anna, que había aprendido a no desatender su entorno bajo ninguna circunstancia, vio a la mujer que desde el final del pasillo observaba atentamente la silenciosa interacción.

—Creo que debes irte —susurró casual, sin que se colara tensión alguna en la expresión de su rostro.

—¿Por qué?

—Porque hay una hermosa joven de cabello rubio esperando por ti —disimuladamente señaló

hacia el final del pasillo. Pascal no tenía que darse la vuelta para saber de quién se trataba.

Él era de los que creía que el destino no daba segundas chances. Mucho menos, terceras. Y no estaba dispuesto a dejar pasar esta inesperada oportunidad.

—¿Volveré a verte? —se atrevió a preguntar.

La pregunta desbarató la fachada de Anna y una sensación de calor trepó desde su interior para luego explotar en su pecho. No recordaba haber experimentado algo así antes. Acostumbraba estar en completo control de sus circunstancias. Sin embargo, desde la muerte de Lili, la vida no dejaba de enfrentarla con el azar y la magia. Dejarse llevar por lo inesperado, en este caso, resultaba atractivo.

Antes que pudiera detenerla, la respuesta resbaló de su boca.

—Sí, sé dónde trabajas... Probablemente, pase por un trago un día de estos.



Anna fue simple y concisa, pero no por eso menos contundente. Pascal no dejaba de reproducir la breve conversación en su mente, repasando minuciosamente cada detalle, intentando desentrañar cada gesto. Aunque contundente, la respuesta era imprecisa. No contenía toda la información que necesitaba.

*¿Cuándo la veré? ¿Cuánto tiempo tendré que esperar?*

Cuando llegaron hasta la caja, Juliette lo notó ensimismado, más que de costumbre, y eso la inquietaba. Posesiva como era, deseaba poder meterse dentro de su cabeza y echar un vistazo a sus pensamientos, pero eso no era posible. Solo podía conjeturar y adivinar, y las conclusiones a las que arribaba no hacían más que alimentar sus celos. La desconocida con la que conversaba en el pasillo, tan íntimamente como si compartieran un secreto, le daba mala espina.

—Tardaste demasiado... —masticó entre dientes, hablando bajo, para que la gente alrededor no la escuchara, para que no vieran detrás de su fachada de mujer segura—. ¿Dónde estabas?

—Hablaba con una cliente —respondió con simpleza.

Eso era lo más cercano a la verdad. No era bueno para mentir, así que no tenía sentido intentarlo. Y, además, no tenía nada que ocultar. No había hecho nada malo. No se sentía en falta... ¿O sí?

—¿Quién es? —insistió Juliette.

—No la conoces.

De repente, lo invadió una sensación desconocida. Una incomodidad en el pecho que le indicaba que tenía que guardar lo sucedido en un sitio que nunca había necesitado antes. Un espacio propio distinto a cualquier otro, uno que acababa de inaugurarse. Tomó la atracción que sentía por Anna, las ganas de develar los misterios que ocultaban sus ojos negros y las ansias por volver a verla y las ocultó en su consciencia, bajo la palabra “secreto”. Ahí mantendría seguras todas esas nuevas sensaciones, hasta que supiera qué hacer con ellas.

—¿Qué es esto? —molesta, Juliette se desquitó con la inocente caja de cereales que Pascal llevaba en su carrito—. Olvídalo. No compraremos otra caja de cereales... Ya tenemos una en la alacena. Además, no está en la lista —cuando quiso tomarla, Pascal la detuvo.

—No está en tu lista, querrás decir... Pero está en la mía.

Juliette lo observó sorprendida; desconociéndolo en su reacción. Pascal emanaba una seguridad que no le había visto en mucho tiempo. Una seguridad que lo volvía incluso más atractivo.



CAPÍTULO 9

**MOSTRANDO  
LOS  
COLMILLOS**

**El que hace una bestia de sí mismo  
se deshace del dolor de ser hombre.**

**Samuel Johnson**

—¿“S

í”? ¿Sí?! ¿De verdad? ¿Es que acaso perdiste la razón? —le recriminó a la mujer que la observaba desde el espejo retrovisor—. No te reconozco... —sentenció molesta.

El hechizo bajo el cual caía en presencia de Pascal se deshizo en cuanto estuvo nuevamente en su automóvil. Le había prometido a André que se mantendría enfocada y eso era justo lo que no estaba haciendo. ¿Cómo se había permitido ese “sí”? ¿Lo había visto dos veces! Y solo en una de esas dos ocasiones habían conversado, si podía llamarse conversación al brevísimo intercambio de palabras sostenido en el pasillo de un supermercado. ¿Cómo podía estar permitiendo que una ilusión hundiera las raíces en su interior? Era como si la adolescente soñadora que nunca se había permitido ser estuviera tomando el lugar de la mujer fuerte que había construido a lo largo de su historia.

—Debo concentrarme o lo arruinaré todo —se dijo con firmeza—. Tengo que retomar mi camino.

Y así lo hizo, literalmente. Retomó su camino. Condujo por un rato, aprovechando el trayecto para reordenar sus pensamientos y recordar qué la había llevado hasta allí en primer lugar, y luego tomó el desvío en dirección a la estancia.

De inmediato, el paisaje cambió. Atrás quedó el ritmo de lo urbano y se adentró en la simpleza de lo natural. Los ruidos del hombre eran reemplazados por sonidos más orgánicos; desde la brisa que se paseaba entre la hierba hasta el vuelo de las aves surcando el cielo. Bajó el cristal y permitió que el aire le alborotara el pelo. Respiró profundo. Se llenó del entorno. Quiso ser una con ese paisaje. Con una mano extendida fuera del vehículo, jugó a tocar el horizonte.

Pronto, divisó el arco que daba entrada a la estancia y disminuyó la velocidad. Mientras lo hacía, su visión entrenada captó un movimiento un poco más adelante, a un lado del camino. Parecía tratarse de un animal que se ocultaba en la maleza.

Lejos de amedrentarse, Anna sintió curiosidad.

No estaba muy segura de qué tipo de animales merodeaban la zona, pero por la actitud escurridiza pensó que se trataba de un zorro. O una liebre, quizás. Bajó la velocidad todavía más y rogó que los sonidos del automóvil no asustaran al pobre animal.

No se bajó del vehículo, no porque tuviera miedo sino porque quería ser cauta. Lo que menos necesitaba en ese momento era tener que lidiar con el ataque de un animal salvaje. Pero sí enfocó la mirada al pasar junto al sitio donde creía haberlo visto.

El animal, que también sentía curiosidad, permaneció inmóvil y fijó su atención en la intrusa.

Para sorpresa de Anna, no se trataba de ningún animal salvaje.

—Un perro... —se dijo aliviada—. ¡Qué exótico! —se rio de sí misma.

Era alto y de pelaje corto, y parecía estar en muy mal estado. Así, a la distancia, no podía determinarse el color de su pelaje, aunque se mimetizaba bien entre la maleza seca que dominaba los bordes del camino. Su cuerpo se veía debilitado por la desnutrición, podían contarse sus costillas y quedaban a la vista los afilados huesos de sus caderas. Sus ojos destacaban. Eran dos puntos luminosos que siguieron el recorrido del automóvil cuando pasó frente a él.

Oculto entre la maleza, firmemente parado sobre sus escuálidas patas, se erigía como un

inesperado guardián. Guardián de qué, Anna no lo sabía, pero se estaba tomando su tarea muy en serio.

—Me pregunto de dónde vienes —susurró observándolo a través del espejo retrovisor.

Habiendo dejado atrás al perro y al arco de entrada, siguió por el camino polvoriento hasta detenerse cerca de la casa. No tan cerca, pero lo suficiente para que el traslado de las compras no se convirtiera en un suplicio. Tenía unas cuantas bolsas, bastante cargadas, aguardando por ella en la cajuela del automóvil.

Antes de cualquier cosa, entró a la casa y buscó a Florian. No quería que, de ningún modo, se sintiera invadido, así que le haría saber cada cosa que fuera a hacer dentro de su casa; aunque se tratara de algo tan simple como guardar las compras.

Al entrar, la sorprendió el silencio.

Todo estaba igual que al momento de su partida. ¿Era posible que aún durmiera? Al ver la hora en el reloj de la sala, le pareció improbable. Era casi mediodía.

—*Monsieur* Leclerc —lo llamó varias veces, en voz baja, adentrándose en el pasillo que conducía a su habitación.

Nuevamente, se encontró con una puerta cerrada. Su primer instinto fue golpear, pero de inmediato se detuvo. Una puerta cerrada era un claro límite. Florian había recibido la que, probablemente, fuera la peor noticia para cualquier ser humano. Su única hija estaba muerta. Tal vez, la puerta cerrada era un pedido de privacidad. Habiendo vivido sola durante tantísimo tiempo, al igual que Florian, Anna comprendía. Solo por si acaso...

—Si necesita cualquier cosa, estaré en la cocina —le dijo a la puerta vacía.



Cerca del atardecer, tomó una siesta en el sofá, ese que nadie usaba. Y hasta se atrevió a desordenar los cojines. Antes, por supuesto, había desempolvado todas las superficies de la sala. Limpió pisos, lustró muebles, sacudió cortinas e incluso quitó telas de araña de los rincones del techo. Y, como el tiempo le sobraba, también dejó el baño immaculado. Y luego, la cocina. Solo cuando estuvo verdaderamente satisfecha con la limpieza, comió un almuerzo ligero y tomó una siesta en el sofá de la sala. Ese que nadie usaba.

Cuando abrió los ojos, la invadió una sensación de extrañeza. Había dormido tanto y tan profundo que, por un momento, no supo dónde se encontraba. Afuera, estaba oscuro. Adentro, también. La única luz encendida era la de la lámpara junto al sofá.

Se incorporó y miró alrededor, esperando ver alguna señal del dueño de casa, pero, nuevamente, se encontró sola. Al asomarse al pasillo, comprobó que la puerta de su habitación continuaba cerrada. Si las cuentas no le fallaban, faltaba poco para que se cumplieran veinticuatro horas de encierro. Eso no podía ser normal.

Estaba comenzando a preocuparse.

Se había propuesto respetar la privacidad de Florian, pero la posibilidad de que algo malo le hubiera sucedido en su autoimpuesto encierro, la tenía caminando por el pasillo de ida y de vuelta. Le asustaba que no hubiera salido de la habitación en tanto tiempo. ¿Acaso no tenía sed? ¿Hambre? ¿Necesidad de usar el baño?

—No. No puede ser normal —concluyó deteniendo su paseo justo frente a la puerta cerrada.

Decidida, ignorando el temblor que le sacudía el cuerpo, golpeó un par de veces y aguardó.

Con cada segundo que avanzaba vacío de la tan ansiada respuesta, sentía que las manos le

sudaban más y más. La ansiedad le jugaba una mala pasada. Le reseca la garganta y aceleraba sus pulsaciones.

—*Monsieur* Leclerc —insistió con tres golpes, con un poco más de fuerza que la última vez.

Nada.

Ahora estaba verdaderamente asustada.

—Voy a entrar —anunció con el oído pegado a la superficie de la puerta. El silencio del otro lado era ensordecedor—. Vamos, cobarde. Abre ya —se ordenó apretando el puño y el alma.

Cerró una mano sobre la manija e inspiró profundo antes de hallar el valor suficiente para poder entrar.

Tras dar ese primer paso, dejó escapar todo el aire, y luego se obligó a dar otro paso y otro después. No podía ver nada. Las penumbras reinaban en la habitación; las luces estaban apagadas y las ventanas cerradas. Tenía temor de tropezar o de llevarse algo por delante. Caminaba con los brazos extendidos y las palmas de las manos alzadas, solo por si acaso. El aire, por otro parte, se sentía denso y viciado. Le picaba la nariz.

Parpadeó repetidamente, hasta que sus ojos se adaptaron y la poca claridad que entraba desde el pasillo le permitió ver el panorama.

—¿*Monsieur* Leclerc?

Lo halló recostado sobre la cama, vuelto de lado y completamente inmóvil.

Sin perder más tiempo, se acercó hasta él y puso una mano sobre su hombro. Percibió su piel acalorada y sudorosa, pero sintió alivio de saber que respiraba. Sí, sintió alivio. Porque, por un momento, temió que estuviera muerto. Ese hombre, al que apenas conocía, era la única familia que le quedaba.

—¿Puede escucharme, *monsieur* Leclerc? —preguntó.

Le preocupaba que pudiera tener fiebre, por lo que dejó de lado eso de respetar la privacidad y priorizó su salud. Adivinó la silueta de una lámpara sobre la mesa de noche y tanteó hasta dar con el interruptor. Segundos después, las penumbras fueron reemplazadas por una tenue luz amarillenta.

Si la oscuridad le daba a todo un aspecto lúgubre, bajo la luz de la lámpara, la habitación se veía todavía más sombría. Había montículos de ropa creciendo en los rincones, platos sucios abandonados sobre la cómoda. Francamente, se veía como un basurero. Y, para empeorar la situación, olía como uno.

—Necesita respirar —susurró procurando no alterarlo. No sabía si dormía o si simplemente se negaba a hablarle, pero, como fuera, quería mantenerlo al tanto de sus movimientos.

Abrió la ventana y permitió que el aire fresco se llevara la sensación de encierro y ventilara el espacio. Al menos, parcialmente.

Al volverse, pudo ver directamente al rostro de Florian. Tenía los ojos cerrados, pero no porque estuviera durmiendo. Estaba negado a ver. Los tenía tan fuertemente cerrados que todo su rostro se arrugaba por el esfuerzo. Anna no hizo comentarios al respecto. Si no quería ver, no sería ella quien lo obligaría a hacerlo. Solamente quería ayudar.

Notó que la almohada sobre la que se apoyaba estaba húmeda, también las sábanas. La fiebre le provocaba el exceso de sudoración y Anna temía que se deshidratara.

—¿Puedo traerle algo? ¿Un vaso de agua, tal vez? —preguntó.

Florian no respondió. Ni siquiera se movió.

—Puede que tenga fiebre, *monsieur* Leclerc. Creo que debería beber un poco de líquido.

—Vete —murmuró.

Anna, que había dejado de esperar una respuesta, se sobresaltó tanto al oírlo que no llegó a comprender lo que decía.

Su voz sonaba esforzada y ronca, como si digerir la noticia se estuviera llevando lo poco que le quedaba. Se le agotaban las energías. Su cuerpo era víctima del desgaste que viene de la mano del dolor, cuando el dolor es pérdida irremediable no solo del ser amado sino de parte de uno mismo. Hasta el día anterior, Florian era el padre de una hija que había decidido huir. Había aprendido a lidiar con esa realidad. Ahora, su hija ya no existía. Eso, ¿en qué lugar lo dejaba? ¿Cómo lidiaría con esa nueva realidad?

—Perdón, no lo escuché bien. ¿Puede hablar un poco más alto?

—¡Que te vayas! —gritó, con la última fuerza que le quedaba, con un puño aferrado a la almohada.

De inmediato, Anna se alejó de su lado. La violencia de sus modos, una vez más, la había tomado por sorpresa.

Aparentemente, aun en el peor de los estados, la bestia era capaz de mostrar los colmillos. Respiraba con dificultad, su cuerpo temblaba a causa de la fiebre, pero encontraba la forma de expresar su ferocidad.

—Como prefiera.

Con un nudo atravesado en la garganta, Anna caminó hacia la puerta, pero antes de salir, dijo:

—Me iré de esta habitación, pero no de esta casa. Ya intentó echarme y no funcionó. Le sugiero que deje de intentarlo o puede que hasta le haga caso, ¿me comprende? —dijo con una firmeza que no sabía que tenía—. Le repito... si me necesita, estaré en la cocina.

Mientras caminaba por el pasillo, sentía que acababa de apuntarse una pequeña victoria.

En más de un sentido, Florian le recordó a ese perro solitario a la vera del camino. Un tanto salvaje, incluso terrorífico, pero en su mirada suplicante podía verse la fragilidad de un alma que no necesitaba más remedio que alguien que lo amara.



CAPÍTULO 10

**LA FUENTE**



**Solo hay una fuerza motriz: el deseo.**

**Aristóteles**

La fiebre de Florian fue pasajera. El dolor, no. Descubrió que el acto de perder no se daba de una sola vez. Se perdía de a poco.

A través de la herida que provocaba el impacto se colaban, uno a uno, los recuerdos de lo que había sido y la añoranza por lo que no sería jamás. Lo destruía la certeza de que ya no había posibilidades. O segundas oportunidades. Y tampoco lugar para arrepentimientos. Lo único que le quedaba era una gran cantidad de reproches, que se acumulaban en su pecho y le cortaban la respiración.

Anna mantenía su distancia.

En el pasillo, oculta tras la puerta, lo observaba a través del resquicio. Lo veía incorporarse sobre la cama y aferrarse a las sábanas con los puños apretados. Lo veía inspirar profundo. Tanto como le permitía su cuerpo, aplastado por la tristeza. Luego, rendido, volvía a recostarse y su mirada se perdía en la nada frente a él. Anna estaba segura de que los recuerdos lo acosaban igual que fantasmas, susurrando a su oído, inundando su mente de imágenes del pasado. Al menos, él tenía eso. A ella no le quedaba más que un montón de nada.

Igual que su abuelo, había sentido el impacto de la pérdida, pero el duelo ella lo había hecho mucho tiempo atrás. Una década atrás. Porque el acto de perder no se daba de una sola vez, y Anna había perdido a Lili incluso antes de que decidiera arrojarle de esa azotea. Ya la había llorado. Ya se había enojado con la vida por no darle lo que esperaba y ya había aceptado que había cosas que no podía cambiar.

No le quedaba nada que perder.

Estaba vacía.

Veía la tristeza y el dolor de Florian y no podía evitar envidiarlo. Él sentía. Necesitaba salir de la casa, con urgencia. Si no se llenaba los pulmones de aire fresco, terminaría intoxicada de sí misma.

—Saldré por unas horas —dijo, mientras dejaba una bandeja sobre la mesa de noche—. El té está caliente, bébalo despacio. También traje un poco de pan tostado.

No esperaba que Florian respondiera; pues nunca lo hacía. Pero, al menos, ya no estaba gritándole que se fuera todo el tiempo. Por el contrario, la había sorprendido al responder a su pregunta, aunque fuera de forma tardía...

—Anna...

Florian la llamó desde su habitación y ella acudió deprisa, recorriendo el pasillo en cuestión de segundos, temiendo que se tratara de una emergencia.

—¿Qué sucede? —se sostuvo del marco de la puerta.

—Pasa un momento, por favor —le pidió.

Anna asintió y se alegró de encontrarlo tan repuesto. Su piel había recuperado el color y su semblante lucía más sereno.

—¿Necesita algo? —preguntó de pie a un lado de la cama.

—Sí... —tenía los ojos fijos en sus manos, evadiendo adrede la mirada de su nieta—. Dijiste que esto podía ser un comienzo o un final, que a mí me tocaba decidir. Pues, ya lo hice.

Anna se mantuvo en silencio, el corazón golpeando fuerte contra su pecho.

—Quisiera que sea un comienzo —alzó la mirada, tímidamente—. No tenga mucho para ofrecer, pero eres mi nieta. Quiero conocerte.

La conversación había sido breve, pero contundente. Florian la invitó a pasar una temporada en la estancia, sin presiones, y Anna aceptó. Para ella, también era un comienzo.

Los dos habían celebrado un acuerdo tácito cuyos términos eran bastante sencillos de cumplir. En primer lugar, las agresiones no serían toleradas; si no tenían nada amable que decirse, era mejor guardar silencio. Guardaron mucho silencio. En segundo término, los espacios personales eran sagrados. Anna no se entrometía con los asuntos de Florian, y esperaba de él la misma cortesía. Por eso, no se molestaba en darle mayores detalles respecto de sus planes. Se conformaba con que supiera que se ausentaría por un rato.

Luego de abrir todas las ventanas de la casa, para permitir la entrada del sol, tomó su cámara de fotos y se dispuso a dar un paseo.



Caminó por las calles de Gordes sin un destino aparente, como una turista más, dejándose sorprender por sus callecitas adoquinadas y sus balcones repletos de coloridas flores. De tanto en tanto, se detenía a tomar alguna fotografía. Solo tomaba al azar, caprichos de una cámara de fotos harta de enfocar solo los grises de la muerte. Quería llenarse el lente de vida. Si escuchaba la risa de un niño, de inmediato buscaba su rostro entre la gente. El repentino aleteo de las palomas al alzar vuelo, el repiquetear del agua en alguna fuente. Todo era digno de atención. El mundo le mostraba su mejor cara, su pose infalible, y Anna estaba allí para retratarlo en todo su esplendor.

Hacía calor. Las gafas de sol protegían sus ojos, pero nada podían hacer por sus mejillas. Las sentía acaloradas y, casi con seguridad, estaban enrojecidas. Antes de continuar, se sentó en la orilla de la fuente y se humedeció el rostro. También la nuca. El agua era tan clara que podía verse el fondo de la fuente, donde incontables monedas, algunas doradas y otras plateadas, de quién sabe cuántos lugares del mundo, brillaban igual que estrellas en un firmamento acuoso. Anna sonrió. Quién sabe cuánta gente había pasado por allí... ¿Cientos? ¿Miles? Todos con la firme convicción de que los deseos se hacían realidad. Otra vez, sintió envidia.

Hurgó en sus bolsillos y maldijo entre dientes. No tenía ni una moneda. En cambio, tomó un cigarrillo y lo encendió.

—¿Quieres una moneda?

No lo había visto hasta ese momento, pero, a su lado, un anciano alimentaba a las palomas.

—No hace falta. Pero, muchas gracias, de todos modos.

Se cruzó de piernas y dejó que la cámara de fotos colgara a un lado, mientras aspiraba otra bocanada de nicotina. El anciano comenzó a silbar. Anna lo observó de reojo. Usaba una boina gris y un grueso abrigo de lana, un atuendo en extremo inapropiado si se tenían en cuenta las altas temperaturas. Cada vez más palomas se acercaban a comer lo que el buen señor les ofrecía.

—¿Es que no hay nada que quieras pedir? —preguntó, de repente, retomando una conversación que Anna creía terminada.

—No... —repitió un tanto molesta—. Muchas gracias, pero no.

—¿No tienes ningún deseo para tu vida?

La sola pregunta, le dio dolor de estómago.

—Honestamente, prefiero quedarme con el cambio. Hasta ahora, ninguna estúpida fuente me ha cumplido ningún deseo —lo fulminó con la mirada.

No acostumbraba ser tan grosera, pero el calor le estaba hirviendo la sangre. Y la paciencia. Había salido de la casa justamente para despejarse, no para tener una conversación existencial con un desconocido. Porque sí, esa era una pregunta existencial. Trascendental.

—Las fuentes no cumplen deseos. Las personas que arrojan las monedas son las que hacen que todo suceda. ¿Es que no te habías dado cuenta, niña sabelotodo? —dijo con vehemencia. Las aves a su alrededor comenzaron a batir las alas, alteradas.

Anna lo observó perpleja.

—Si dejas de desear, estás muerta —sentenció arrojando otro puñado de pan a las hambrientas palomas.

De repente, Anna sintió que todo el calor que hasta el momento le había quemado el cuerpo, se escurría por sus brazos y piernas, y la dejaba completamente helada. Sus ojos negros buscaron el rostro del anciano.

—Sabes que lo que digo es cierto —agregó, sin mirarla—. Los deseos son el motor de la vida. ¿Qué importa si se cumplen o no? Lo que importa es no dejar de moverse, de buscar. No perder el rumbo, ¿comprendes, niña? Nunca dejes de desear. Si no, estás muerta.

Anna ni siquiera se atrevía a pestañear. Así de fuerte era su conmoción.

El anciano metió una mano en el bolsillo de su grueso abrigo y sacó un puñado de monedas, de distintos tamaños y colores, que brillaban como diamantes bajo la luz del sol.

—Toma una —la animó al extender la mano frente a ella—. ¡Vamos!, no seas tímida.

No se detuvo a elegir, simplemente tomó una haciendo caso al azar; pues siempre le había parecido que el azar tenía algo de magia. Había algo de magia en ese encuentro, en las palabras del desconocido. Estaba diciendo justo lo que Anna necesitaba escuchar.

La moneda era plateada, pequeña y reluciente, prometedora como una estrella fugaz.

—Buena elección —asintió él—. En mi opinión, esa pequeñita es la más adecuada para encarnar un deseo, ¿no te parece?

—Tal vez... —susurró.

—No. No “tal vez”. ¡Debes creer, niña! ¡Sostén esa moneda en tu mano e imprime en ella toda tu convicción! —cerró el puño con fuerza, mostrándole la forma correcta de hacerlo. Aunque la vejez le empañara el brillo, había fuego en su mirada. Era el fuego de quienes creían.

Anna sintió envidia, de la buena, y también quiso creer.

Con fuerza, cerró el puño y presionó.

—¡Eso es! —festejó el anciano, con una mano en alto—. Ahora, olvida esa tontería de no decir el deseo en voz alta. Debes decirlo, ¡fuerte y claro!, para que el universo pueda oírte. Para que tú puedas oírte. Adelante, niña... ¡Dilo! ¿Qué es lo que deseas?

Anna sonrió. No precisaba detenerse a pensar en qué deseaba... Creyó que había quedado enterrado bajo toneladas de enojo y frustración, pero, al parecer, su deseo solo había estado dormido por un tiempo. Una pequeña dosis de entusiasmo había sido suficiente para que despertara con renovadas fuerzas, para que exigiera ser reconocido de una vez.

—¿Y bien?

La insistencia del anciano le recordó que el universo todavía aguardaba su respuesta.

—Una familia —respondió, sin preocuparse por ocultar el temblor en su voz—. Es lo que he deseado siempre. Una familia.

—Es un buen deseo... ¿Y qué esperas, entonces? Haz que tu deseo se cumpla, niña.

—¿No se supone que ahora debo arrojar la moneda a la fuente? —preguntó con una ceja en alto.

—¿Para qué? La fuente no hará nada por ti, nada más que refrescarte en un día caluroso. Es solo piedra y agua, no tiene nada de especial. Tendrás que ser tú misma quien se ocupe de cumplir ese bonito deseo. Solo tú. Así es que mejor te guardas la moneda, como un recordatorio, para cuando tus fuerzas flaqueen.

Anna asintió, con un brillo cargado de emoción en sus ojos oscuros. Salir a dar ese paseo había sido la mejor decisión. No solo había respirado aire puro a montones, también había oxigenado su alma.

—Muchas gracias —extendió su mano frente al anciano y él la estrechó cariñosamente—. Mi nombre es Anna. ¿Cuál es el suyo?

—Soy Didier.

—Un placer, Didier.

Conversaron por un rato más, sobre nada en especial, solo sobre la vida, hasta que el sol del mediodía comenzó a hacer sudar al pobre Didier. Se despidieron con la promesa de volver a verse.

Una vez que estuvo sola otra vez, Anna no perdió el tiempo. Tomó el teléfono y usó Google Maps para buscar la dirección que había memorizado tiempo atrás. Su destino no tardó en aparecer, sorprendentemente, no tan lejos de allí.

—De acuerdo, Universo. Aquí voy.



Tardó apenas unos minutos en recorrer el camino trazado por su celular. Su destino se encontraba del otro lado de la calle, pero Anna aún no se decidía a cruzar. Todavía no estaba segura de querer dar un paso así de determinante. Por el momento, se conformaba con permanecer de su lado de la calle y observar. Había empezado a moverse en dirección a su objetivo, en el rumbo de su deseo, pero no tenía prisa.

La información que André había conseguido ofrecía varias direcciones. De todas ellas, Anna optó por la ubicación que consideraba más inofensiva.

Estaba por encender un cigarrillo, cuando vio movimiento del otro lado de la calle. Se quedó inmóvil, presa dentro de su propio cuerpo.

Las puertas automáticas de la entrada del edificio se abrieron. Él salió apresuradamente saludando al conserje con una mano en alto. Vestía con elegancia. Sus pasos eran largos y determinados. Se movía con soltura, exudando confianza. Aunque se trataba de un hombre en la segunda mitad de su vida, conservaba el magnético atractivo de su juventud; una mirada profunda, un cabello frondoso y rebelde, ahora con canas que portaba con orgullo.

Para Anna, el reloj pareció detenerse por un instante. En ese instante.

Tiempo y espacio ya no eran categorías que definieran la realidad. El tiempo se medía en latidos de corazón y el espacio se acortaba dramáticamente mientras él cruzaba la calle. Contuvo la respiración, sin siquiera darse cuenta. No se sentía dueña de su cuerpo. Permanecía inmóvil.

Al pasar a su lado, él alzó la mirada y sonrió. Se trató solo de un gesto de cortesía, pero significó un mundo para Anna... Era la primera vez que veía la sonrisa de su padre.

No se concretaría ese día, ni tampoco el siguiente, pero su deseo ya se había puesto en marcha. El Universo iba a tener que escucharla porque, esta vez, estaba decidida a cumplir su deseo.



## CAPÍTULO II

# LA MADRE

■  
.....  
■

**Mi madre era eterna como la luna.**  
**Viva o muerta, la madre o la ausencia de la madre siempre determinan la vida de una persona.**  
**Alice Sebold**

**E**ra temprano. La casa estaba tan silenciosa que el leve sonido de la puerta de entrada al cerrarse llegó a sus oídos como si fuera un estruendo, aunque su habitación se encontraba en la planta alta. De inmediato, Margot abrió los ojos y tanteó el espacio a su lado, acariciando nada más que sábanas frías. Cédric ya se había ido, y ella se había perdido la oportunidad de darle un beso de buenos días. Se sintió desilusionada y molesta. Aun después de treinta y cinco años de casados, el día no empezaba igual si no besaba a su esposo.

Le gustaba pensar que el suyo era un amor igual al de las novelas románticas, que todo lo resistía y todo lo superaba, que no hacía más que crecer y mejorar con el paso del tiempo.

Tenía veinte años la primera vez que vio a Cédric Duvall.

Cualquiera hubiera pensado que, habiendo crecido en el mismo pueblo, se habrían cruzado miles de veces a lo largo de los años, pero ese no era el caso. Eran tan diferentes que hubiera sido imposible que acabaran juntos si no hubieran intervenido el azar y la suerte. El azar que los colocó a ambos en el mismo lugar y en el mismo momento, la suerte que hizo que sus miradas se cruzaran. Cédric guiaba a un grupo de turistas por la Abadía de Sénanque, Margot aprovechaba la tarde de verano para dar un paseo con sus amigas. El flechazo de Cupido los alcanzó a ambos.

Apenas seis meses después, la niña mimada y el joven prometedor contrajeron matrimonio.

Por aquel entonces, Cédric ayudaba a su padre en la administración del Paradis, un hotel que recibía a gran cantidad de turistas durante todo el año y, además, acababa de inaugurar el Lavender, el bar que era su sueño y su orgullo.

Margot, por su parte, tenía un solo sueño. Y solo uno. Ser madre.

Un sueño que, con el paso de los años, demostró ser mucho más difícil de concretar de lo que había imaginado. De lo que ambos habían imaginado. Para Cédric, la frustración no era menor. Él, que todo lo podía, no era capaz de darle a su esposa lo único que la haría verdaderamente feliz: un hijo.

El dinero invertido en los más costosos tratamientos no servía para comprar la esperanza, que se agotaba con cada negativa que recibían de los profesionales.

Lo único que no se extinguía era el amor que sentía el uno por el otro. El amor que los sostenía y los contenía, aun en los momentos más dolorosos. El mismo que los llevó a poner punto final a esa etapa de sus vidas, ayudándolos a aceptar que concebir un hijo no estaba en sus estrellas.

La naturaleza y la ciencia habían dicho “no”, pero la adopción se presentó en el horizonte como un “es posible”; y fue Pascal, con su llegada al hogar, quien se convirtió en el tan esperado “sí”. Les dio a Margot y a Cédric el título de padres.

El día que sostuvo a su hijo por primera vez, Margot conoció una nueva y muy distinta dimensión del amor. No era la naturaleza, ni la ciencia, ni el destino. Era una elección hecha desde lo más profundo del corazón y para toda la vida. No había amor más grande que ese.

O eso pensaba ella...

Pero se equivocaba. Ese amor podía ser todavía más grande. Podía multiplicarse.

Cuando, dos años más tarde, surgió la oportunidad de adoptar a los mellizos, Paul y Calvin, Margot no tuvo dudas y, pronto, el matrimonio Duvall tuvo a tres niños pequeños, y en extremo revoltosos, corriendo por toda la casa.

El vertiginoso cambio en el ritmo de sus vidas tenía a Cédric caminando por las paredes. En cambio, a Margot, que tanto había soñado con un coro de risas en el interior de su hogar, la crianza de los hijos no la agobiaba en lo absoluto. De hecho, cuando los hermanos comenzaron el jardín de niños, sintió que el tiempo y las energías le sobraban. Tanto que sumó a un cuarto hijo; Dominique. Y luego, para terminar de completar a la familia, adoptaron a la pequeña Esther.

Fue así que Margot cumplió su sueño. Era toda madre.

Durante años, mientras los hijos crecían, la casa estaba poblada de los más variados sonidos. Risas, llantos, juegos, peleas, reconciliaciones, música, amigos... Ahora, que los niños eran hombres y la princesa, una adolescente que se encerraba en su habitación, la casa volvía a estar silenciosa. Margot volvía a tener tiempo y energía de sobras, pero ya no había hijos que la necesitaran como antes.

Se levantó de la cama y fue en busca de su teléfono.

MARGOT:

Esta noche, quiero el beso que me debes.  
¡Que tengas un buen día!

Mientras terminaba de vestirse, llegó la respuesta de Cédric.

CÉDRIC:

Esta noche, recibirás mucho más que solo un beso.  
Será un buen día cuando vuelva a verte.

Después del baño, Margot bajó a desayunar.

En la cocina, se sirvió una taza de café y se sentó en un taburete, con el periódico extendido frente a ella. Solía desmenuzarlo sin piedad, buscando aquello que llamaba su atención y descartando rápidamente lo que no le interesaba. Así también era en su vida. No se detenía en aquello que no le servía.

No había tomado el primer sorbo aún, cuando escuchó pasos que descendían por las escaleras. Se guardó de mostrar su emoción, pero le agradaba saber que no desayunaría sola.

No eran pasos delicados, así que no podía tratarse de Esther. Y siendo tan temprano, tampoco esperaba que fuera Dominique. Ya que los mellizos se habían instalado en París unos años atrás, solo le quedaba una opción.

—Buenos días —murmuró Pascal mientras tomaba una taza de la alacena.

—Buenos días —sonrió Margot dejando el periódico a un lado. Ya no había nada que le interesara más que descubrir por qué su hijo había optado por dormir en la casa familiar, otra vez. ¿Qué estaba sucediendo con Juliette?—. Te ves cansado.

—Lo estoy... —admitió, mientras se servía una muy necesaria taza de café—. Fue una noche larga. El bar estuvo al tope de su capacidad. Fuimos los últimos en cerrar.

—Tenemos más turistas que el año pasado, ¿no es cierto? Este verano será productivo.

—Afortunadamente para todos, así será. Supongo que tendré que recuperar horas de sueño en el otoño —bromeó... o tal vez, no. Trabajar de noche, cuando el resto del mundo descansaba, no era broma alguna. Quizás había sido ese el motivo por el cual su padre decidió dejar el negocio—. ¿Dónde está papá?

—Salió temprano. El hotel también está al tope de su capacidad, pero él tiene más ayuda que tú. Dominique también está agotado. Deberías considerar la posibilidad de contratar más personal. Si tu negocio crece, tu personal también debe hacerlo...

—Es cierto —le concedió. Luego, la observó detenidamente—. Tú serías una buena administradora. Eres inteligente, y te sobran las habilidades. ¿Nunca te imaginaste haciendo algo así, fuera de aquí?

Margot sonrió.

—¿Y quién hubiera administrado esta casa?

A Pascal se le ocurrían miles de respuestas para esa pregunta, pero no se atrevía a decirlas. Sentía que, de alguna forma, estaría faltándole el respeto a su madre. No quería, ni por asomo, que pensara que menospreciaba el esfuerzo que había hecho por ellos. Por toda su familia.

—Pascal, ahora que estamos solos...

*Demonios*, pensó de inmediato, sabiendo que estaba a punto de ser interrogado.

—¿Estás bien, cariño? ¿Sucede algo con Juliette?

—No sucede nada —se alzó de hombros. Ese era precisamente el problema, que no sucedía “nada” con Juliette. Cada vez se sentía más lejos de ella—. Ya me conoces... Me gusta tener mi espacio.

—¿Por dos semanas seguidas? —insistió—. Hacía mucho que no te quedabas tanto tiempo en casa. Creí que estabas cerca de mudarte con ella.

—Si te molesta que venga a casa, solo tienes que decirlo —estaba exagerando, lo sabía. Pero quería dar por terminada la conversación.

—No te pongas a la defensiva conmigo. Solo me preocupo por ti. Juliette es una linda chica... y muy buena. Lamentaría mucho que estuvieran teniendo problemas, ¿sabes? Si te pregunto, es porque quiero ayudar. Hace treinta y cinco años que estoy con tu padre. ¡Dame algo de crédito! Tengo experiencia.

—No, no tienes experiencia... Lo que tienes es un matrimonio perfecto.

—¿Perfecto? ¿Eso es lo que ves? —bebió un sorbo de su café para ocultar una mueca—. Pues, es lo que no ves lo que nos ha traído a esta “perfección” a la que haces referencia.

Se miraron el uno al otro, como si quisieran entrar en sus cabezas y descubrir lo que sus bocas no se atrevían a decir.

—¡Buenos días!

Esther entró a la cocina, con toda su adolescencia a cuestas, y no percibió la tensión. Pasó deprisa, con su andar saltarín y su ondulado cabello naranja. Tenía pecas tostadas salpicando todo su rostro y unos expresivos ojos castaños. Usaba el uniforme de la escuela. Mientras abría el refrigerador para explorar su contenido, fue consciente del silencio que la rodeaba.

—¿Qué? —preguntó mirando a su madre y a su hermano.

Pascal no respondió, se limitó a beber un sorbo de su café, ya frío. Margot, por su parte, recompuso la sonrisa rápidamente. No era momento de seguir con esa conversación, pero encontraría la oportunidad. Ahora, era obvio para ella que algo estaba sucediendo.

—Buenos días, cariño. No sucede nada, solo conversábamos. ¿Quieres una taza de café?

—No, gracias. Tomaré un jugo de naranja. ¿Estás seguro de que estás bien? —le preguntó a Pascal— Te ves... molesto, diría yo.

—Lo estoy. Y cansado, además. No estoy en mi mejor momento. ¿Me das un poco de ese jugo? Mi café se enfrió.

—Claro... Aquí tienes —dejó un vaso frente a él.

Pascal y Esther tenían un vínculo especial. Desde que había llegado a la casa, su hermano mayor había adoptado con la menor el papel de protector. Ahora, Esther sentía que podía devolverle el favor. Era obvio que, en esta oportunidad, era él quien necesitaba ser protegido. Si

lo dejaba solo con Margot, ella retomaría el interrogatorio que había dejado inconcluso. La conocía muy bien. Cuando algo se le metía en la cabeza, no se detenía hasta conseguirlo.

—¿Me llevas a la escuela? —preguntó recargándose en la encimera de la cocina y guiñándole un ojo a escondidas de Margot. Pascal sonrió.

—Por supuesto que sí.

—¿No te ibas a ir caminando con Celine? —intervino su madre.

—¡Celine! ¡Cielos! Por poco me olvido de ella... Pascal, ¿nos llevas a Celine y a mí a la escuela, por favor? —rectificó.

—Será un placer, hermanita. Claro que sí.

Después de que terminaran el desayuno, se despidieron de su madre y salieron de la casa entre risas. Margot, aún en la cocina, se cruzó de brazos y soltó un bufido.

—¡Buenos días! —saludó Dominique entrando a la cocina minutos después. Su madre ni siquiera respondió—. ¿Qué? ¿Me perdí de algo?



## CAPÍTULO 12

# INDEFINIDO



**La verdad no se razona;  
se reconoce, se siente y se ama.**

**José Martí**

Gracias a Esther, había logrado evadir el interrogatorio. Pero, para su desgracia, no le era posible evadirse a sí mismo. La conversación frustrada con su madre había puesto el foco, una vez más, en Juliette. Por dos semanas completas, se había mantenido alejado de ella. Su excusa era que quería tiempo para descansar. La realidad era que necesitaba la distancia. ¿Para qué? Aún no estaba seguro de tener una respuesta para eso.

Cada vez que se detenía a pensar en su situación, acababa más confundido todavía. ¿Cuál era el problema, en realidad? ¿Había dejado de amarla? Estaba empezando a creer que sí. Cuando la evocaba, cuando recordaba todo lo que habían compartido en los cinco años de relación, su corazón no era indiferente. Sin dudas, la quería. Pero no como antes, claramente. Sus sentimientos habían cambiado. Ya no tenía ese entusiasmo por volver a verla ni la misma dicha en el momento del encuentro; culpaba por eso al paso del tiempo, a la rutina, a la costumbre.

El problema no era el maravilloso pasado que habían compartido juntos sino el futuro que ya no podía visualizar. Ya no sentía lo mismo que cuando puso el anillo de compromiso en su dedo. ¿Era justo quedarse en una relación por cumplir una promesa? ¿Por gratitud? ¿O por culpa? ¿Esperando que, por algún milagro, la chispa volviera a encenderse? La respuesta era no. No era justo. Para ninguno de los dos.

Tampoco era justo que, durante las mismas dos semanas que se había alejado de su novia, hubiera estado pensando en una mujer a la que ni siquiera conocía. Una mujer que, por cierto, había faltado a su palabra.

Anna no había regresado al bar. Y él seguía esperándola, con la misma ilusión del primer día.

Eso tampoco era justo.

—Soy un idiota —murmuró para sí.

—¿Hablando solo? —Dominique lo alcanzó justo antes de entrar al bar, dándole una fuerte palmada en la espalda.

—Pensando en voz alta, nada importante. Te relevaré en la barra, necesito ver gente o mi cerebro comenzará a comerse a sí mismo.

—¿Así de mal está la cosa?

—Mejor no preguntes.

—Como tú digas, jefe. Aprovecharé para poner un poco de orden en la cocina.

—Me parece bien.

Al llegar al salón, cada uno siguió su camino. Pascal se dirigió a la barra y Dominique a la cocina. Siendo día de semana, esperaba que fuera una jornada tranquila. Por lo pronto, se disponía a disfrutar de ese oasis que se daba justo antes de la hora del almuerzo. Había pequeños grupos distribuidos por las mesas y las dos meseras parecían tener todo bajo control. A lo largo de la barra, podía ver a una pareja bastante acaramelada y, hacia el final...

—¿Anna?

No supo si lo había dicho o lo había pensado hasta que, efectivamente, Anna lo buscó al escuchar su nombre. De hecho, todo el salón lo buscó con la mirada. Pascal tragó saliva y, fingiendo una confianza que no tenía, caminó hacia el final de la barra.

—Anna —repitió, como si no pudiera creer que realmente se encontraba ahí.

—Pascal —dijo ella, a modo de saludo.

—Estás aquí...

—Así es. Te dije que vendría, ¿creíste que mentía?

—No. Te creí. Pero, bueno... pasaron dos semanas. Pensé que quizás habías cambiado de opinión.

Y lo había hecho. Había cambiado de opinión. Una y mil veces. Durante dos semanas, había evaluado cada argumento a favor y en contra, pero, la conclusión siempre había sido la misma: sus ganas de verse en esos ojos no admitían argumentos ni obedecían a ninguna lógica. Estaba allí movida por un deseo que no comprendía, pero que se imponía con fuerza.

—¿Dos semanas? ¿De verdad? El tiempo se pasa volando.

—Pues, no para mí —Pascal la miró directo a los ojos, sin intenciones de ocultarse. Estaba harto de eso—. Te esperé todos los días, todo el día... Y las horas me parecieron interminables.

Esta vez fue Anna quien necesitó tragar saliva. No esperaba tamaña declaración. Fue tan honesta, tan descarnada, que logró agrietar su abultada coraza. Fue solo un segundo, pero Pascal fue capaz de ver a través de la grieta que se había abierto. Los ojos de Anna clamaban por alguien que se atreviera a develar sus secretos, y él estaba dispuesto a asumir ese desafío.

—Muchos dicen que servimos el mejor vino de toda la Provenza. ¿Quieres probar? —dijo, esperando que aceptara su invitación.

Anna se tomó unos segundos para considerar la propuesta. La respuesta marcaría un antes y un después. El giro sería radical.

—No lo pienses. Solo di que sí... —no le importó sonar desesperado. En ese momento, no le importaba nada más que compartir un tiempo con ella, descubrir quién era. Todo el resto podía esperar.

Entonces, cuando Anna se miró en esos ojos tan maravillosos, en los que el cielo y la tierra convivían en perfecta armonía, sintió un cosquilleo en el estómago. Un deseo profundo de dejarse ir, de permitir que todo sucediera. Quería que el deseo fuera el vehículo que la llevara a sitios desconocidos.

Inspiró valor y exhaló dudas.

—Claro que sí. Me gustaría probar.



—Entonces, Anna... Dices que eres de Marsella. ¿Qué te trajo a Gordes? —Pascal continuó con la conversación, vino de por medio.

—¿Me creerías si te digo que fueron los senderos de lavanda? —sugirió antes de beber un sorbo.

—Te creería cualquier cosa que me dijeras, por supuesto que sí.

Aunque Anna sonrió, esas palabras su hundieron en su pecho como un puñal. No podía decirle toda su verdad. No todavía.

—¿Es así? ¿Estás aquí por la lavanda? —preguntó con genuina curiosidad.

—En parte, sí —admitió, esperando que darle retazos de la verdad le ayudara a lidiar con la culpa—. Mi madre amaba este lugar... Nació y creció aquí. Luego, por circunstancias de la vida, decidió instalarse en Marsella. El caso es que falleció hace poco y supongo que estar aquí me hace sentir cerca de ella.

—Lo siento mucho —quiso extender una mano y tocar la suya, pero prefirió acariciarla con una

mirada.

—También yo —admitió Anna, con total honestidad. Los ojos comenzaban a molestarle, así es que prefirió desviar la conversación hacia terrenos menos escabrosos—. ¿Qué hay de ti?

La pregunta era lo suficientemente amplia como para que respondiera lo que quisiera.

—Pues, igual que tu madre, amo este lugar. Nací y crecí aquí; y es probable que aquí termine mis días. En Gordes está todo lo que me importa, todo lo que quiero. Mi familia, mis amigos, mi trabajo.

—Tu novia... —agregó Anna.

En el mismo instante, se arrepintió.

*¿Por qué dije eso?!*

—¿Perdón? —Pascal, sorprendido por la acotación y por el adorable sonrojo que apareció en las mejillas de Anna, fue incapaz de disimular la sonrisa.

—Olvidalo. No sé por qué dije eso —ella pasó el mal trago con un sorbo de vino.

—No, no quiero olvidarlo. Hablemos sobre “eso” —rellenó las copas, sintiendo que la charla comenzaba a transitar por carriles más directos—. Tienes razón. No debí omitirla, Juliette es parte de mi vida desde hace algunos años. No es excusa, pero lo hice porque en este momento mi situación de pareja está... digamos que... indefinida.

Anna alzó una ceja.

—¿Y ella lo sabe?

—¿Saber qué?

—De esta “indefinición” de la que hablas. Porque no parecían muy “indefinidos” la última vez...

Pascal bebió otro sorbo de vino antes de hablar. Uno grande, esta vez.

—Tiene que saberlo, ¿cierto? Las mujeres lo perciben todo.

—Ya veo... —Anna hizo una mueca—. Entonces, prefieres apelar a algún tipo de sexto sentido femenino antes que hablar abiertamente con ella.

—¡Guau! —Pascal alzó las manos percibiendo la creciente tensión—. Vamos, no te contengas. Dime todo lo que piensas —comentó con ironía.

—¿No querías que habláramos de “eso”? Pues, ya ves. Lo estamos haciendo.

Pascal la observó detenidamente. Una profunda línea se había marcado en su entrecejo y había cierta tirantes en la expresión de su rostro. Los secretos que sus ojos escondían comenzaban a develarse. Al parecer, debajo de toda esa aparente calma, habitaba un ser que sentía y vivía con intensidad. Le gustaba ese ímpetu.

—Estás molesta —trató de adivinar.

—Lo estoy.

—¿Puedo saber por qué?

—Por supuesto que sí —se enderezó en el taburete, casi creció ante los ojos de Pascal—. No quiero problemas.

—¿A qué te refieres? —cuestionó.

—Precisamente a eso. No quiero problemas. No quiero que tu “indefinición” termine salpicándome. Es decir, ¿qué pensaría Juliette si entrara ahora mismo y me viera aquí tomando un trago contigo?

Solo por si acaso, Pascal dirigió su mirada a la puerta. Ni siquiera lo había pensado.

—¿Qué crees que piensan las camareras de que estemos aquí? ¿Qué crees que piensa tu hermano? Al que, por cierto, ya he visto asomarse del pasillo como unas tres veces.

—¿De verdad? —miró sobre su hombro comenzando a preocuparse.

—Deberías ver tu rostro... Es la viva imagen del terror —Anna sonrió con amargura—. Sé que apenas nos conocemos y es probable que no quieras escuchar esto de mí, o de nadie, pero lo diré de todos modos. Tu problema no es la “indefinición”, es la cobardía. Creo que sabes lo que quieres, pero no te atreves a decirlo.

Había varios grupos de personas disfrutando de un trago al finalizar el día, conversaciones que iban y venían, gente que entraba y salía, pero, para Pascal, en ese momento no existía nada más que Anna y la verdad que acababa de arrojarle a la cara.

—Me pregunto a qué le tienes tanto miedo —dijo haciéndose la misma pregunta—. En fin... Tenías razón, el vino es muy bueno.

Pascal aún no se atrevía a pronunciar palabra.

Anna sintió que la velada había llegado a su fin.

—Ya es tarde, debería irme. Gracias por la copa —dijo mientras tomaba una servilleta de papel y garabateaba sobre ella—. Este es mi número, por si alguna vez quieres conversar.

Deslizó la servilleta lentamente sobre el mostrador y la dejó frente a Pascal, que seguía tan silencioso e inmóvil como una estatua, tratando de procesar lo que acababa de escuchar. Apenas murmuró un “adiós” entre dientes. Anna se despidió con una mano en alto y salió del salón sin mirar atrás.

En la boca, se llevó el dulce sabor del vino y la amarga sensación de que la velada había quedado inconclusa.



CAPÍTULO 13

**DOS PLATOS  
SOBRE  
LA MESA**



**Sé amable cuando tengas la posibilidad.**

**Siempre tienes la posibilidad.**

**Dalái lama**

Salió de la casa y descendió los escalones del porche de dos en dos. Necesitaba dar un paseo. Se puso un cigarrillo entre los labios, lo encendió y comenzó a caminar hacia el arco de entrada. Era una caminata breve pero efectiva. Necesitaba distraerse.

Estaba furiosa.

Furiosa con ella misma.

—Yo y mi bocota... —se reprendió, pisoteando el camino de tierra, levantando una polvareda tras de sí.

¿Quién era ella para andar por ahí desnudando las verdades ajenas? Era una hipócrita. Ella, la más mentirosa de todas, reclamaba verdades que ni siquiera le correspondían. Podría intentar culpar al vino, pero estaría siendo injusta. Ella y solo ella era la responsable de lo que había sucedido. Había tildado a Pascal de cobarde, nada más ni nada menos, y casi sin conocerlo. ¿Cómo se le había ocurrido hacer semejante cosa?

Le dio una calada al cigarrillo y permaneció a un costado del camino. Quizás, si se quedaba ahí por siempre, no lastimaría a nadie más.

Durante años, le había gritado verdades a su madre, y de nada le había servido. Nunca había escuchado. No estaba lista para hacerlo. O, tal vez, no quería hacerlo. Como fuera, la verdad no era algo que pudiera meterse a la fuerza en el alma de una persona. Si se arrojaba a un interlocutor desprevenido, hasta podía resultar agresiva.

Eso era lo que le había hecho a Pascal la noche anterior. Lo había golpeado a traición, cuando no se lo esperaba. Por eso fue incapaz de reaccionar. Por eso su quietud. Su silencio.

—Soy una mala persona...

Sin darse cuenta de lo que hacía, aplastó el cigarrillo entre sus dedos pulgar e índice y cerró los ojos al percibir el ardor de la quemadura.

—¡Maldición! —arrojó la colilla apagada a un lado del camino, perpleja ante la reaparición de una compulsión que creía ya erradicada.

No sentía el ardor de una quemadura sobre la piel desde los días más oscuros de su adolescencia, cuando creía que lastimando su cuerpo podría ignorar las heridas de su alma. El colorido tatuaje que envolvía su brazo izquierdo y buena parte de su hombro no tenía solo un fin estético, le había ayudado a ocultar las cicatrices del pasado.

Precisamente en el sitio donde había caído el cigarrillo, entre la maleza que reinaba a los bordes del camino, Anna percibió un movimiento. Tímido, al inicio. Más osado, poco después. Las orejas puntiagudas fueron las primeras en asomar, pegadas al cráneo, echadas hacia atrás y en posición de alerta. Luego, una afilada hilera de dientes, como antesala de un gruñido ronco y aterrador, la hizo dar un cauto paso hacia atrás, con las manos alzadas.

—Tranquilo... Quieto ahí —dijo con voz pausada moviéndose con cautela. El perro estaba a escasos dos metros de su posición. Si decidía saltar sobre ella, no había nada que pudiera hacer para escapar de una mordida.

El animal adelantó una pata, y luego otra, hasta que todo su cuerpo tomó el centro del camino.

De cerca y a la luz del sol, su estado de abandono era todavía más evidente. Su pelaje parecía ser dorado, como el color del trigo, pero lucía seco y quebradizo, inexistente por sectores. Se

paraba sobre unas piernas huesudas y de apariencia frágil, tanto que no parecían ser capaces de resistir por mucho tiempo más. Se agazapaba, y ladraba, pero, si se lo miraba con cuidado, era indudable que todo su cuerpo estaba temblando.

—Tienes miedo —adivinó Anna, y de inmediato sintió pena por él—. No te haré daño, lo prometo.

Alzó una mano, también temblorosa, y la acercó lentamente hasta el asustado animal. Apenas comprendió su intención, el perro se impulsó con un poderoso salto y desapareció en la maleza detrás de ella.

Anna se llevó una mano al pecho, asustada y al mismo tiempo aliviada. Había sobrevivido a un nuevo encuentro con ese perro, que parecía sentirse dueño de la estancia.

Mientras se alejaba, se preguntó si era posible enseñarle a confiar, a combatir ese miedo.

—Lo intentaré, perro. Créeme que lo intentaré —le prometió y se prometió—. Aprenderemos a confiar.

Decidió regresar a casa y apresuró el paso al darse cuenta de la hora. Estaba retrasada para preparar el almuerzo.

Llegó corriendo y subió los escalones del porche de dos en dos. Ni siquiera se había detenido a pensar en cuál sería el menú para ese día. Atravesó el umbral de la casa deprisa, haciendo un rápido inventario mental de lo que había en el refrigerador, pero no tardó en darse cuenta que alguien se le había adelantado.

Un poco agitada luego de la corrida, se asomó a la cocina.

La lata de espaguetis, abierta sobre la encimera, delataba las limitadas aptitudes culinarias del cocinero de turno, aunque el aroma que despedía la cacerola no era para nada desagradable.

—Espero que te gusten los espaguetis... —comentó Florian, mientras los revolvió para que no se pegotearan—. Si no es así, puedo preparar otra cosa.

Le sorprendió encontrarlo allí. Florian, aferrado a la tristeza de la pérdida, prefería la soledad de su habitación; y Anna lo respetaba. Que tomara la iniciativa para preparar el almuerzo, era un gran cambio. Un cambio positivo.

—Me gusta el espagueti —respondió a destiempo. Florian asintió—. Pondré la mesa...

Las tareas continuaron en el silencio al que se habían acostumbrado. Cohabitan, pero no convivían. Que comieran juntos, en la misma mesa, era toda una novedad.

Florian tomó la cabecera, con total naturalidad. Anna eligió el lugar a su derecha. Antes de sentarse, sacó el contenido de sus bolsillos y lo colocó a un lado; su teléfono, una etiqueta de cigarrillos y un mechero pequeño. Florian estudiaba sus movimientos de reojo.

—¿Agua? —ofreció.

—Por favor —Anna adelantó el vaso.

Observó los espaguetis en su plato con algo de desconfianza. No le agradaba la idea de comer algo que provenía de una lata, pero no quería despreciar el primer almuerzo que Florian había preparado. Tomó el tenedor y enroscó un pequeño bocado, sencillo de tragar en caso de que no le gustaran. Inspiró profundo, armándose de valor, y probó el bocado.

—Mmm... —para su sorpresa, estaban deliciosos—. Son buenos —admitió, con una tímida sonrisa.

Florian desvió la mirada rápidamente, en un intento por ocultar la humedad que se acumulaba en sus ojos. No era sencillo estar junto a Anna, pero se había prometido hacer el esfuerzo. Su presencia era un constante recordatorio de la pérdida. Cuando sonreía, entrecerraba los ojos y sus mejillas se elevaban... igual que su Lili. Y, al igual que su Lili, había elegido el sitio a su derecha;

como si hubiera sabido de antemano cuál era el lugar que debía ocupar. Las coincidencias no dejaban de sorprenderlo.

Bebió un sorbo de agua y dejó los cubiertos a un lado. Tenía que hablar con su nieta o las palabras no dichas seguirían ahogándolo.

—Necesito decir algo —anunció.

Anna alzó su cabeza y tragó los espaguetis casi sin masticar, alertada por la solemne actitud de Florian.

—Quiero pedirte disculpas por la forma en que me comporté contigo. Lamento haberte gritado. Y haberte echado en dos oportunidades. No estuvo bien.

El primer impulso de Anna era decir que las disculpas no eran necesarias, pero, afortunadamente, nunca cedía a su primer impulso. Porque las disculpas sí que eran necesarias; indicaban que Florian había reflexionado sobre su accionar.

—Por supuesto que sí. Lo acepto —dijo, con el mismo tono que él.

—Gracias. Por aceptar las disculpas y también por haberte quedado, pese a todo. Hubiera entendido si decidías irte, pero me... —buscó las palabras correctas para expresar lo que sentía — trae consuelo que estés aquí.

El primer impulso de Anna sería tomar su mano, pero, por supuesto, nunca cedía al primer impulso. Necesitaba tiempo para confiar, para darle una oportunidad a un hombre que se había mostrado agresivo desde el minuto cero. Un hombre al que su madre veía como un monstruo.

—Usted es toda la familia que me queda —dijo seriamente—. Creo que, si aprendemos a tratarnos con respeto, esto puede funcionar. De otro modo, no será posible. Quiero ser completamente honesta con usted.

—Lo entiendo y lo acepto.

—Bien.

Anna tomó los cubiertos nuevamente y se dispuso a continuar con su almuerzo. Florian, atento a cada movimiento, alcanzó a ver las quemaduras en las yemas de sus dedos. Anna, consciente de la mirada de su abuelo, se apresuró a esconder la mano bajo la mesa. Ninguno de los dos hizo comentarios al respecto.

Cayeron nuevamente en el silencio, al que tan acostumbrados estaban, y terminaron de almorzar. Los platos habían quedado prácticamente vacíos, pero, mientras recogía las sobras, a Anna se le cruzó una idea.

—¿Le molesta si me llevo estos restos de comida? —le preguntó.

—No, claro que no... ¿Puedo preguntar para qué las quieres?

—Para un perro. Lo he visto en un par de ocasiones a la vera del camino. Está muy malnutrido.

Florian no hizo comentarios al respecto, pero se puso de pie y fue hasta la cocina. Anna lo escuchó abrir gavetas y alacenas, sin comprender qué se proponía. Cuando regresó, traía consigo dos recipientes plásticos.

—Uno es para la comida y el otro para el agua. Es posible que, además de estar hambriento, también tenga sed.

Dejó los dos recipientes sobre la mesa y volvió a sentarse en su sitio.

Esta vez, Anna sí cedió a su primer impulso.

—Es muy amable de su parte —puso una mano sobre su hombro y lo presionó con delicadeza.

—No... —la miró sobre su hombro—. Tú eres muy amable, y no solo con este viejo. Intentaré hacer cuanto pueda para retribuirte. Todos necesitamos un poco de amabilidad.



El perro no se encontraba a la vista, pero estaba segura de que no estaría tan lejos. Dejó los recipientes, uno junto al otro, cerca de donde lo había visto por última vez, esperando que pudiera dar con ellos fácilmente.

Después de la breve, pero intensa conversación con Florian, se sentía más liviana. En más de un sentido. Tal vez, ella no era tan mala persona como pensaba. Sí, había lastimado a Pascal. Y sí, lo lamentaba profundamente. Pero no todas las heridas eran irreparables.

Sintió la vibración de su celular, en el bolsillo trasero de sus jeans, y se apresuró a ver de qué se trataba. Eran dos mensajes de texto. Ambos del mismo número desconocido.

De repente, su corazón comenzó a experimentar una intensa taquicardia.

Sin perder más tiempo, los leyó.

PASCAL:

Tu pregunta me mantuvo despierto toda la noche...

La respuesta es que, a veces, creo que la gente que amo espera determinadas cosas de mí.

Mi mayor miedo es desilusionarlos.

Dijiste que te escribiera si alguna vez quería conversar.

Quiero hacerlo.



CAPÍTULO 14

# LA ABADÍA DE SÉNANQUE

El presente es el único momento  
en que podemos encontrar felicidad y alegría.

Brian Weiss

**H**abían acordado verse fuera del Lavender, lejos de los ojos curiosos y de los susurros malintencionados.

Pascal rehusó dar explicaciones al salir. A Anna, nadie se las pidió.

La Abadía de Sénanque era el sitio perfecto para el encuentro. En verano, los campos de lavanda que rodeaban a la construcción principal, hasta la fecha ocupada por un pequeño y activo grupo de frailes cistercienses, se convertían en una visita obligada para turistas y locales. El sitio era una de las postales más tradicionales de la Provenza.

Anna aparcó y esperó un poco antes de ingresar a la zona más concurrida. No era el austero edificio ni la historia que contaba lo que llamaba su atención. Se bajó del automóvil y se quedó maravillada ante la natural magnificencia de los senderos de lavanda. La cámara de fotos colgaba de su cuello, por supuesto, pero quería que fuera el ojo y no el lente el que captara el paisaje.

—Los monjes fueron sabios al elegir este sitio... —admitió hablando consigo misma—. Es obvio que Dios vive aquí.

El paisaje era sublime, tanto que un ligero temblor le recorrió el cuerpo. Se sentía conmovida como pocas veces en su vida. Desde el borde del camino, apreció la exuberancia de los campos de lavanda, la sutileza de su silvestre aroma, el perfecto violeta pálido de sus pequeñas flores. En ese momento, comprendió el pedido de Lili. ¿Cómo no querer volverse uno con ese paisaje? Si era lo más parecido al paraíso que hubiera visto jamás.

Estaba tan atrapada por la belleza del paisaje, que no prestó atención al automóvil que se detenía unos metros detrás.

Pascal había crecido en Gordes. Aunque no negaba su atractivo, la abadía y los campos que la rodeaban no eran un paisaje que le resultara novedoso, en lo absoluto. Al menos, no lo había sido hasta ese momento... Cuando la vio de pie frente a un infinito mar de lavanda, creyó estar frente a otro significado para la palabra belleza.

Anna fue consciente de su presencia al escuchar la puerta del automóvil. Muy consciente.

Estaba nerviosa.

Desde el momento en que leyó el contenido de esos dos mensajes, tan sinceros y contundentes al mismo tiempo, supo que lo que se había iniciado era ya imposible de detener. Imposible de negar. Las ruedas del destino habían comenzado a girar y ambos avanzaban por un sendero desconocido, sin saber dónde acabarían. Aunque eso no importaba. Porque no se trataba del destino, sino del presente.

Pascal caminó hacia ella como si una fuerza invisible jalara de él y, cuando estuvieron frente a frente, se permitió bucear en la profundidad de sus ojos negros.

—Hola... —dijo Anna, para romper con el hechizo.

Se tomó unos segundos antes de hablar y, cuando lo hizo, la sorprendió por completo.

—¿Cuánto mides? —la miró de arriba abajo, como si quisiera calcularlo a simple vista.

—¿Qué? —alzó una ceja, confundida.

—Es solo curiosidad —dijo, sintiendo que, si daba un paso más, se chocarían las narices—. Eres tan alta... Creo que nunca había conocido a una mujer a la que pudiera ver así, frente a frente. Literalmente.

—Intimida, ¿cierto? —Anna sonrió, más distendida.

—Un poco, la verdad —le concedió. El otro poco de la verdad era que la había notado nerviosa, tanto que sintió que necesitaba decir algo para quebrar la atmósfera. Estaba seguro de haberlo logrado—. ¿Quieres que caminemos un poco?

—Claro...

Mientras caminaban, los envolvía un silencio premonitorio. La belleza de los senderos les sirvió de distracción, pero no por mucho tiempo. Fue Pascal quien comenzó a hablar.

—Ayer, me preguntaste a qué le tengo tanto miedo...

—Lo hice y lo siento —repuso apenada—. No debí. Fui invasiva.

—¡Oye, no! No te disculpes. Me agrada que seas honesta conmigo —aclaró—. No lo viví como una invasión... Fue, más bien, un impacto. No supe cómo reaccionar.

Anna escuchaba con atención, buscando su mirada.

—Me sorprendiste, y no es fácil hacerlo. Trabajo en un bar y tengo conversaciones todo el tiempo. A veces, siento que la gente habla, pero dice poco. Estoy siempre listo para ese tipo de conversaciones, pero, contigo fue completamente distinto... Tus palabras se me clavaron en el pecho como dardos y confieso que me sentí expuesto. Creí que estaba bien oculto tras mi máscara, pero tan solo unos minutos bastaron para que me vieras. Sentí como si el suelo se moviera bajo mis pies.

—Lo siento —dijo mientras se sentaban sobre el sedoso césped, bajo la caricia del sol—. No fue mi intención provocar algo así...

—No lo hiciste —aclaró—. Esto sucedió antes de que aparecieras, te lo aseguro. Vengo haciéndome preguntas desde hace un tiempo, aunque no me había atrevido a responderlas. Tus palabras me pusieron frente a un desafío. Y no suelo escapar a los desafíos, deberías saberlo desde ahora —agregó con una nota de picardía en su voz.

—Gracias por la advertencia.

—De nada... El asunto es que estaba haciéndome las preguntas equivocadas —retomó.

—¿Equivocadas, cómo?

—Pues, estaba demasiado concentrado en qué me molestaba y no en por qué me molestaba. Si te haces la pregunta incorrecta, nunca llegas a la verdad. Y la verdad es que no hay nada que esté mal en mi vida, nada que justifique la insatisfacción que siento. Tengo una familia que me ama, una relación con una chica fabulosa y un trabajo que adoro. No encontraré la solución mirando alrededor, porque el problema está adentro. Aquí mismo —dijo con una mano en el pecho—. Tengo miedo de desilusionar a alguien.

—¿Y quién es “alguien”? —preguntó Anna.

La pregunta debería haberlo sorprendido, pero no lo hizo. Anna era sagaz, escuchaba atentamente y no temía decir lo que pensaba. Le agradaba eso.

—“Alguien” es muchas personas. Mi novia, mis hermanos, mis empleados en el bar... Pero, principalmente, “alguien” son mis padres —admitió.

Anna permaneció en silencio, con la mirada fija en él, tratando de ocultar cuánto le afectaba escuchar eso. Pero no lo consiguió. Pascal pudo ver cómo se aceleraba el pulso en su cuello.

—Tal vez no quieras escuchar todo esto —dijo suponiendo que la abrumaba con su historia.

—No... ¡es decir, sí! —quiso golpearse a sí misma por el segundo de debilidad—. Sí, quiero hacerlo. Quiero escucharte.

—Puedes detenerme, no voy ofenderme.

—Pascal... —puso una mano sobre su rodilla y lo miró directo a los ojos, esforzándose por

mostrarse segura de sí misma. Segura de los dos—. Quiero escucharte.

Sentir el calor de la mano de ella sobre su rodilla era algo con lo que él solo había fantaseado. La realidad, como siempre, superaba a la fantasía. Tuvo la intención de devolverle la caricia, pero no hubo tiempo. Anna, temiendo haberse sobrepasado en un momento de vulnerabilidad, retiró su mano.

—Entonces, ibas a contarme acerca de tus padres —dijo invitándolo a continuar.

—Sí, mis padres —los evocó con una sonrisa pequeña—. Son las mejores personas que conozco... A riesgo de sonar como un cliché, a ellos les debo todo lo que soy. Somos cuatro hermanos, y mi hermana menor. Todos adoptados.

Se detuvo por un segundo, a la espera de algún tipo de reacción por parte de Anna, pero no encontró cambio alguno en la expresión de su rostro. Se veía tan atenta como segundos atrás, a la espera de que continuara.

—No pareces sorprendida —comentó.

—No lo estoy —confirmó Anna—. Es que Dominique y tú no se parecen en nada... La idea de que alguno de los dos fuera adoptado ya había cruzado por mi mente.

—Es verdad. A veces, olvido que no compartimos la misma genética. Todos somos muy diferentes.

—Comparten mucho más, en mi opinión —señaló—. Tu hermano, cuando no está tratando de conseguir un número telefónico, habla de ti como si fueras su héroe. Y solo hablé con él por unos cinco minutos.

Pascal dejó escapar una sonrisa, fresca y distendida. Anna jamás había visto una sonrisa como esa. Un cosquilleo nació en el centro de su ser y se extendió a lo largo de su cuerpo. Era una sensación desconocida, y por demás agradable.

Le contó que fue el primer hijo adoptado por los Duvall. Y luego, hurgando entre sus más atesorados recuerdos, le habló de cómo la llegada de cada uno de sus hermanos impactó en la vida de su familia. Era evidente cuánto los amaba a todos, y la admiración que sentía por sus padres, a quienes, como había manifestado ya, “les debía todo”. A Anna, esa deuda le parecía imposible de saldar.

Sacó un cigarrillo y lo encendió. Entonces, Pascal volteó a verla. Había estado hablando, sin detenerse, por quién sabe cuánto tiempo.

—Te estoy aburriendo, ¿verdad?

—¡Para nada! —respondió con vehemencia—. Es una historia increíble, honestamente. Tus padres supieron construir una familia con lazos más fuertes que los consanguíneos; y eso solo se merece toda mi admiración. Hay muchos otros que, incluso con la misma sangre corriendo por las venas, no son capaces de construir nada.

A su mente acudió el recuerdo de su madre, de todas las veces que le había rogado por un poco de atención, de cariño. La sangre, a fin de cuentas, no era garantía de nada.

—Admiración es aquí la palabra clave —destacó Pascal—. Los admiro tanto, se han vuelto tan grandes para mí, que a menudo temo que me aplasten.

Anna entornó la mirada, notando cómo el semblante de Pascal se tornaba más serio, y se mantuvo en silencio para darle todo el espacio que necesitara.

—No sé precisar en qué momento sucedió, pero supongo que comenzó cuando era un niño. Siempre me esforcé por darlo todo. En la escuela, quería ser el mejor. Quería las mejores calificaciones, las mejores marcas en deporte, los mejores compañeros. Lo quería todo. Incluso, a la mejor chica... ¡Por Dios, sueño como un idiota!

—No es así. No sueñas como un idiota —intervino de inmediato—. Sueñas como alguien que ha puesto demasiado empeño en ser amado. Es agotador. Créeme, te entiendo.

Pascal pestañeó, incrédulo. Ella no podría haber elegido mejores palabras.

—Así me siento, la verdad. Agotado. Completamente exhausto. Siento que estoy corriendo una carrera, dando mi mayor esfuerzo, pero la meta se aleja cada vez más de mí. En algún punto, dejé de ser quien soy para ser quien esperaban que fuera... El mejor hijo, el mejor hermano, el mejor novio, el mejor jefe. Y ya estoy hartado. Todo está bien en mi vida, pero no soy más que una colección de expectativas ajenas, ¿sabes? Me siento como un farsante.

—¿Y qué es lo que quieres? —la pregunta de Anna irrumpió en el momento justo, deteniendo al vendaval de auto reproches que amenazaba con arrastrarlo a la deriva—. ¿Quién eres? —le preguntó ofreciendo su mirada para que se anclara en ella.

—No lo sé —respondió dejando entrever todos sus miedos—. Lo único que sé es que me da miedo intentar descubrirlo.

—Entonces, prefieres aferrarte a lo que construiste. A la imagen que creaste de ti mismo —dijo mientras dirigía la mirada hasta los senderos de lavanda—. Creo que te entiendo. Todos queremos ser mirados con amor.

Sus palabras lo impactaron de un modo que jamás esperó.

—Pensé que dirías algo como “déjalo todo y descubre quién eres”.

—Eso suena como un anuncio mentiroso... —sonrió con una mueca de ironía—. Dije que quería escucharte, no que iba a decirte qué hacer. No me convertiré en alguien más a quien temas desilusionar.

Se quedó mirándola. Admirándola. Sintió que era posible soltar las amarras que lo sujetaban y, al menos por unas horas, ser sin temor.

—Había olvidado lo bien que se siente hablar —admitió—. Gracias.

—No tienes nada que agradecer...

No estaba acostumbrada a que le dieran las gracias por algo tan sencillo como escuchar. Sus mejillas se acaloraron y no supo a qué atribuir la sensación. Necesitaba poner algo de distancia, salir del espacio de intimidad que habían construido y respirar un poco de aire fresco.

—¿Caminamos? —propuso, sin esperar por una respuesta. Se puso de pie y se sacudió el césped suelto que se había pegado a sus jeans.

—No me has dicho nada de ti, Anna de Marsella.

—Es que no has preguntado —replicó alzando una coraza invisible—. ¿Qué es lo que quieres saber?

—Bueno... —lo pensó por un momento, mientras la veía apuntar el lente de su cámara en dirección a la abadía—. Además de ser una gran oyente, ¿a qué te dedicas?

Anna agradeció la simpleza de la pregunta. Podía responderla con honestidad.

—Soy fotógrafa —respondió y alzó su cámara como evidencia.

—¿De verdad?

—¿Te sorprende?

—No, para nada... es una profesión que te queda.

—¿Por qué lo dices? —relajó sus pasos y caminó a su lado, curiosa, dejando que la cámara colgara nuevamente de su cuello.

—Porque puedo ver que eres una persona sensible, y supongo que se requiere cierta cuota de sensibilidad para tu profesión —asumió.

—Espera —sin darse cuenta, sus dedos rozaron el antebrazo de Pascal, con la sola intención

de detener el paseo y, una vez más, ese sonrojo delator se apoderó de su rostro. Pascal ocultó la sonrisa y Anna sus ganas de extender la caricia—. No soy el tipo de fotógrafa que crees... La sensibilidad no tiene nada que ver con mi trabajo, te lo aseguro. Soy fotógrafa forense.

—¿Forense?

—Así es.

—¿Tomas fotografías de cadáveres? —preguntó, con una expresión de incredulidad.

—Muchas veces, sí. Pero también de otro tipo de escenas, donde no hay decesos, como irrupciones a la propiedad privada o accidentes de tránsito. Tomo el registro fotográfico que luego se constituye como prueba. Soy del equipo de asistencia a la escena, por llamarlo de alguna manera.

—Vaya... —se quedó perplejo—. ¿Y cómo es que acabaste siendo fotógrafa forense?

Podía parecer una pregunta inofensiva, y lo era, pero la respuesta la obligaría a recorrer parte de su historia. Aceptó el desafío. Quiso corresponder a la confianza que él había depositado en ella.

—Bueno... yo acababa de cumplir diecisiete años. Mis amigos y yo arrojamos piedras a las ventanas de un viejo edificio, y nos detuvieron por vandalismo.

Los ojos de Pascal se abrieron tanto que Anna temió que se le cayeran del rostro.

—En mi defensa, era un edificio que pronto iban a demoler —aclaró.

—¿Es en serio? ¿Te detuvieron? ¿Con sirenas, esposas y toda la cosa?

—No, la verdad no. No fue tan espectacular. Solo nos metieron en un vehículo policial y luego nos encerraron en una pequeña celda.

—¿Tienes antecedentes penales? —Pascal seguía atónito.

—Pues, no es como si hubiera robado un banco —fue obvio para Anna que aquella era una realidad muy alejada a la que vivía Pascal dentro de su familia de ensueño. Aun así, continuó con su relato—. Luego de un par de horas, llamaron a mi madre y le pidieron que fuera por mí.

—¿Y qué fue lo que sucedió?

La tristeza se apoderó de Anna. No era sencillo recorrer los recuerdos de aquella etapa de su vida.

—Nunca llegó —dijo con un leve temblor en la voz.

—¿Nunca llegó? ¿A qué te refieres?

Metió la mano en su bolsillo trasero y apretó los dientes al darse cuenta de que se había quedado sin cigarrillos. No tenía nada a qué aferrarse.

—Estaba demasiado ensimismada, lamentándose por la vida que tenía y sin hacer nada para cambiarla; tanto que no pudo levantar su trasero de la silla para ir a buscar a su única hija a la estación de policía —se detuvo un segundo, con la angustia presionándole la garganta—. Marie, la oficial que estaba a cargo entonces, me dio una cámara de fotos para mantenerme entretenida. Fue ella quien me contó todo acerca de la fotografía forense, de cómo eso podía convertirse en una profesión. Después de un rato, finalmente me llevó a casa. Trató de hacerle ver a mi madre la gravedad de lo que había sucedido, pero ella era como un zombi. No vivía, solo existía.

Cerró los ojos para que Pascal no viera cuánto le dolía. Se sentía avergonzada, temía desarmarse allí mismo y caer en pedazos a sus pies. Pero, entonces, cuando pensó que no tenía nada que la mantuviera unida, una mano cálida se aferró a la suya. Al abrir los ojos, fue la imagen de sus manos unidas la que le dio el valor para continuar.

—Todos queremos ser mirados con amor. También yo —susurró, confesándole el secreto que guardaba en lo más profundo de su ser—. Tú sufres porque sientes que esperan demasiado de ti...

Pero no tienes idea lo que es que nadie espere nada. No hay dolor más grande que el de ser invisible.

—Te veo, Anna —presionó su mano, como si no quisiera soltarla jamás—. No eres invisible. No para mí.



## CAPÍTULO 15

# UN FINAL ANUNCIADO



**Todos los días se pedían disculpas sin palabras por no amarse como lo habían planeado.**

**Miranda July**

**H**abía sido una larga jornada de trabajo. Juliette era una joven abogada abriéndose camino en la firma más importante de la ciudad, y eso demandaba tiempo y esfuerzo, pero también le traía grandes satisfacciones.

Al llegar a su apartamento, se quitó los zapatos de tacón alto y los dejó junto a la puerta. Mientras dejaba el portafolios en su sitio, advirtió que no se encontraba sola.

—Hola... —Pascal se asomó desde la cocina.

—¡Hola! —sonrió ampliamente.

Hacía días que no lo veía, que no escuchaba su voz. Apenas si habían intercambiado algunos mensajes. Juliette sabía que Pascal era muy celoso de sus espacios propios y que se alejaba cuando se sentía invadido. Sus ausencias no eran algo nuevo para ella. ¿Le molestaba? Claro que sí. Pero no lo decía. Había muchas cosas que ya no decía. Se esforzaba por mantener la paz en su relación, con la esperanza de que todo cambiara luego de que se casaran. Al igual que con su trabajo, estaba convencida de que todo lo que necesitaba para recomponer su relación era tiempo y esfuerzo. Tiempo para que Pascal asimilara la idea de una vida juntos, y esfuerzo de su parte para no exigir que se apresurara en hacerlo.

—¿Cómo estás, cariño? —preguntó, pero no esperó la respuesta.

De camino a la cocina, pasó junto a él y le dejó un beso en la comisura de los labios. Estaba segura de que la seguiría. El vaivén de sus caderas, enfundadas en una elegante pollera tipo tubo, siempre había tenido ese efecto en él.

—¿Quieres una taza de café? —preguntó... pero tampoco aguardó por la respuesta. Puso en funcionamiento la cafetera y tomó dos tazas de la alacena.

Cuando se giró, con las tazas aún en las manos, Pascal permanecía de pie junto a la isla. Tenía las manos en los bolsillos y una mirada que dejaba en claro que no estaba allí para tomar café.

—Quisiera hablar contigo —dijo con un aplomo que tomó a Juliette por sorpresa.

—¿Acaso no es eso lo que estamos haciendo?

—No. No es eso lo que estamos haciendo. De hecho, me cuesta recordar la última vez que mantuvimos una conversación —agregó con gravedad—. ¿No es triste?

—Cariño, estás asustándome. ¿Qué es lo que sucede?

—Siéntate, por favor. Conversemos.

Pascal apagó la cafetera. No quería que nada lo distrajera de lo que quería decir. Juliette seguía sus movimientos sin comprender del todo qué era lo que sucedía. O, tal vez, sin querer comprenderlo. Con los labios ligeramente abiertos y la mirada absorta, se sentó en una banqueta. Pascal tomó el lugar a su lado.

—Hemos estado evitándonos —comenzó entrelazando sus manos frente a él.

—¿¿Qué? —alzó una ceja perfectamente dibujada—. ¡No te atrevas! Habla por ti, no por mí.

Así comenzaban siempre. Cada vez que Pascal quería hablar acerca de algo, Juliette se ponía a la defensiva y él lo dejaba pasar. Pero no esta vez.

—Tienes razón —le concedió—. He estado evitándote, hablaré por mí.

—Pues, ya era hora de que lo admitieras. Puedo entender que el Lavender se lleve toda tu energía, pero, al menos, espero que puedas pasar algo de tiempo conmigo. Admito que yo también

he estado ocupada; prometo compensarlo.

—Juls... —Pascal tomó sus manos, haciendo uso del apodo que cariñosamente le había dado cuando aún tenía la ilusión de que fueran el uno para el otro—. Escúchame. Sé que te dije que necesitaba tiempo para descansar, pero creo que ambos sabemos que eso no era cierto. La verdad es que te he estado evitando porque necesitaba tiempo para pensar acerca de nosotros, ¿sabes?

Juliette soltó sus manos y se alejó.

—¿A eso has venido? ¿A admitir que eres un mentiroso?! ¡¿Eh?! —se levantó del taburete y este tambaleó a sus espaldas. Pascal permaneció en su sitio, a la espera de otro despliegue de histrionismo por parte de su novia.

—Sí. Te he mentido —no quería dar ningún tipo de excusas. Estaba allí para decir su verdad.

—¡¿Por qué?! ¿Así es cómo retribuyes todo el amor que siento por ti? ¿Con mentiras? ¡Te lo he dado todo! Espacio, tiempo, ¡todo! ¿Qué más puedo hacer?

—Es cierto. Lo diste todo...

—¡Deja de ser tan condescendiente! ¡Por Dios santo! ¡Es como si estuvieras rompiendo conmigo! —gritó molesta como pocas veces antes.

Su voz retumbó entre las paredes de la cocina y regresó a ella con toda su fuerza.

Y se escuchó.

Y luego, miró a su novio.

Y supo que era lo que estaba sucediendo. Tanteó alrededor, hasta dar con el borde del taburete, y se apoyó en ella. Sentía que iba a desmayarse en cualquier momento. Le faltaba el aire.

—¿Es eso? ¿Estás rompiendo conmigo? —preguntó con un hilo de voz y los ojos cargados de pena.

—Lo siento, Juliette —fue la respuesta de Pascal. El punto final que tanto había pospuesto—. No quiero hablar por ti, pero hablaré por mí. Eres una mujer estupenda. Eres hermosa, inteligente, y te esperan grandes cosas.

Juliette no lo miraba. Hacía girar el anillo de compromiso que Pascal le había dado tiempo atrás, ilusionándola con una vida que ahora le negaba.

—Estoy confundido en este momento, y la realidad es que no sé muy bien qué es lo quiero. Necesito descubrirlo. Solo. No quiero arrastrarte en una búsqueda que no es tuya.

—Pero... —las primeras lágrimas resbalaron por sus mejillas y cayeron a un vacío que le rompió el corazón— tú lo prometiste. Prometiste que estaríamos juntos, que nos casaríamos y que tendríamos una familia —le recordó, elevando la mirada.

—Y así lo creía. En ese momento, estaba convencido de que así sería.

—¿Qué fue lo que sucedió? ¿En qué momento nos perdimos? —preguntó Juliette, entre sollozos.

—No lo sé. Supongo que nos aferramos a las promesas y nos perdimos de vista. Hemos cambiado, Juliette. Ya no queremos las mismas cosas.

—Estás hablando por mí, otra vez.

—Lo siento. Me retracto —alzó las manos, a la defensiva—. Soy yo quien ha cambiado.

Juliette cerró las manos en dos apretados puños. Las uñas se le clavaban en la piel, pero no sentía dolor.

—¿Hay alguien más? —preguntó, entre dientes, con una mirada acusadora.

—No.

No hubo titubeo alguno en su voz, pero no estaba seguro de estar diciendo la verdad. Aunque quisiera negarlo, la aparición de Anna en su vida lo había cambiado todo. Por supuesto que los

problemas en su pareja habían estado allí desde hacía un tiempo, pero era innegable que su aparición había precipitado el final. Sobre todo, después del último encuentro.

—Yo... —Juliette se mostró más sumisa y secó sus lágrimas de prisa, arrastrando un poco de su maquillaje en el proceso— lo entiendo.

Pascal tomó sus manos nuevamente y lamentó percibir el temblor que las sacudía.

—Siempre tendrás un lugar importante en mi vida —dijo, con absoluta certeza. Juliette asintió.

—Lo entiendo, de verdad —repitió—. Puedo darte todo el tiempo que necesites para aclarar tus ideas. No es la primera crisis que atravesamos. Sé que la superaremos, juntos. Te daré tu espacio, y tú me darás el mío, y nos encontraremos al final del camino. Ya lo verás.

—No... —quiso remover sus manos, pero Juliette intensificó la presión, reteniéndolo. En más de un sentido—. No es tiempo lo que te estoy pidiendo. Lo nuestro se acabó, Juliette. No me lo hagas más difícil de lo que ya es, por favor.

—¿Qué yo no te lo haga difícil, dices?! ¿En serio?! —explotó, una vez más, pero trató de recomponerse enseguida. Tenía tantas emociones juntas que no podía manejarlas—. Lo siento... Lo siento, no quise alzar la voz. ¡Pero tienes que darnos una oportunidad!

—No se trata de una oportunidad. No hay nada mal en ti... No eres tú...

—No, por favor. ¡No atrevas a apelar al patético “no eres tú, soy yo”!

—Entonces, no me obligues a hacerlo. Sabes que es la verdad. No hay nada que se haya roto en nuestra relación, es solo que... —enmudeció de repente, sin querer lastimarla más.

—Qué... ¡Dímelo de una vez!

—Ya no te amo —admitió.

Juliette cerró los ojos como si acabara de recibir un golpe en medio de la cara. Y así se sentía. Golpeada. Herida. Derrotada.

—Lo siento. No quería decirlo de esta manera, pero es la verdad.

—Vete de mi casa —murmuró, con la mirada fija en algún punto muy lejano.

Pascal se puso de pie con una sensación de amargura que no había anticipado. Durante cinco años de su vida, la mujer que acababa de lastimar, había sido su compañera. El presente no siempre había sido perfecto, pero se las habían ingeniado para soñar con un futuro juntos. Cuando atravesara la puerta, todo eso se habría terminado. Tras de sí, no quedaría nada más que pasado. Lo invadió la nostalgia.

Juliette rehusaba mirarlo. Se negaba a verlo partir.

Abrió la puerta y, justo antes de salir, volteó a verla.

—¿Puedo hacerte una última pregunta?

—Habla —respondió de mala gana.

—Estas últimas semanas, tienes que haber notado que estábamos alejándonos... ¿Por qué no me buscaste?

Sus ojos se cargaron de una nueva ronda de lágrimas y solo pudo negar con su cabeza. No sabía qué responder a eso. No quería responder.

—Voy a permitirme responder a esa pregunta por ti —le anticipó Pascal—. Creo que tampoco eras feliz... Estabas conformándote con muy poco, Juliette. Mereces más. Mereces ser feliz.



CAPÍTULO 16

UN  
ARCOÍRIS  
EN EL DESVÁN

Todos vamos a ser lo que somos,  
y seamos lo que seamos  
no vamos a disculparnos por ello.

Tom Wolfe

El Lavender se encontraba tranquilo, marchando a un ritmo que no exigía de atención constante. El pasillo que conducía a la oficina y a la escalera que daba ingreso al desván estaba desolado y a media luz, casi como una invitación a lo prohibido. Y lo prohibido siempre aceptaba sin que tuvieran que pedírselo dos veces.

Sus manos no pidieron permiso para explorar debajo de la camiseta, ansiaban el contacto con el calor de su piel. Cuando sus dedos rozaron esa sensible zona justo al borde de su ropa interior, ella dejó escapar un suspiro que fue ávido al encuentro con su boca. Las lenguas se entrelazaban hambrientas, compitiendo por alzar victoriosas la bandera del dominio. Cerró los ojos al sentirla deslizar los dedos sobre la erección que apenas contenía dentro de sus jeans y sonrió sobre su boca; le gustaba cuando jugaba sucio, pero detuvo su muñeca con la fuerza suficiente para hacerle saber que, si continuaban así, no llegarían al desván. Terminarían haciéndolo en el suelo.

La sostuvo muy cerca de su cuerpo, para que no hubiera un centímetro de distancia que se atreviera a interponerse entre ellos y, de memoria, subió los escalones. El desván no era solo depósito de provisiones. Allí también había una cama.

Empujaron la puerta y trastabillaron con el pequeño escalón a la entrada. Faltó poco para que acabaran en el suelo, pero en un lío de risas y besos atolondrados, consiguieron mantener el equilibrio.

Ya sin poder contener el arrebató de pasión, le quitó la camiseta y la arrojó por los aires.

—¿Qué demonios?! —gritó Pascal, atrapando la prenda justo antes de que le cayera en el rostro.

Dominique y Sophie, la camarera, se detuvieron en el mismo instante. Él resguardó la evidencia de su excitación con ambas manos y Sophie hizo lo propio con los senos que habían quedado al descubierto. Pascal, por piedad, le arrojó la camiseta para que volviera a colocársela.

—Lo siento... No sabía que todavía estabas aquí —murmuró Dominique.

—¿Y por eso pensabas mancillar este desván? —replicó, molesto.

—No el desván —se apresuró a decir—, solo la cama que tienes por allí atrás.

—¿Qué?! —su estallido recrudesció y la pobre Sophie se hizo pequeña al escucharlo alzar la voz. Casi había olvidado que ella estaba allí—. Sophie, tómate el resto del día. Mañana, tú y yo tendremos una charla.

—¿Estoy despedida? —preguntó al borde del llanto, retorciendo la camiseta con el logo del Lavender entre sus puños.

—No, no estás despedida. Ahora vete, por favor —le indicó la salida con una mano demasiado enfática. Sophie asintió—. ¡Sophie! —la detuvo justo antes de que atravesara la puerta—: ponte la camiseta, por favor.

—¡Oh, sí! Perdón, cuánto lo siento...

—Sí, está bien. Vete a casa. Adiós.

Con las manos en la cintura y cara de muy pocos amigos, aguardó a que Sophie abandonara el desván y luego le dirigió la mirada a su hermano.

—Creí que lo de ustedes no había acabado bien —comentó, en clara referencia a su antigua relación con la camarera.

—Bueno... estábamos reconciliándonos justo ahora —sonrió que un desparpajo tal que Pascal estuvo tentado de borrarle la expresión de un golpe—. ¡Ya dije que lo siento, ¿de acuerdo?! No es como si hubiera cometido un pecado mortal. Ambos somos libres, estamos enamorados.

—¡Hoy! ¡Están enamorados hoy! ¡Mañana, Sophie, en otro de sus ataques de ira, te pondrá una demanda por acoso laboral de la que ni yo podré salvarte! ¡Es más, me ofreceré como testigo a favor de ella! ¡Porque eres un idiota!

—Por favor, hermanito. No exageres —le pidió, con un revoleo de ojos.

Pascal, al escuchar la liviandad con la que se tomaba todo, percibió un latido en el ojo izquierdo. Estaba al borde del estallido.

Dominique, sintiendo que ya todo estaba conversado, miró un poco alrededor y notó algunos cambios. Las hileras de cajones de bebidas variadas, que solían ocupar la mayor parte del espacio, estaban reubicadas en un estrecho pasillo lateral. De esa forma, permitían la entrada de luz a través de los ventanales que daban a la calle. Los ventanales tenían la particularidad de estar compuestos por vidrios de colores; cuando los rayos del sol los atravesaban, las aburridas paredes del desván se llenaban de color. Vio, además, algunas cajas con libros y dos maletas grandes. Reconocía las maletas. Eran de Pascal.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó, rascándose la cabeza—. ¿Estamos remodelando?

—“Estamos” me suena a manada... No “estamos” nada. Estoy mudándome. Me quedaré aquí.

—¿Aquí? ¿En el desván? ¿Lo dices en serio?

—Muy en serio.

—¿Y cuándo sucedió esto?

—Hoy.

—Guau.

—Sí, guau —esta vez, fue Pascal quien revoleó los ojos ante la elocuencia de su hermano.

—Pero ¿no se supone que te mudarías con Juliette? —sonaba aún más confundido que antes.

Sin apresurarse a responder, Pascal desvió la mirada y se metió las manos a los bolsillos. Dominique, a quien podía faltarle elocuencia, pero no sentido común, de inmediato supo que el asunto con Juliette pendía de un hilo muy delgado; si no es que se hubiera cortado ya.

—¿Todo está bien? —preguntó, mostrándose sinceramente preocupado por el bienestar de su hermano. Si algo habían aprendido de sus padres, era que, sin importar lo que ocurriera, la familia estaba primero.

—Hemos decidido poner una pausa —respondió.

—Traducción, por favor...

—Terminamos —sentenció Pascal.

—Guau.

—Sí, guau.

Se quedaron en silencio por unos segundos. Dominique era la primera persona a quien Pascal le contaba de la ruptura. Él, igual que el resto de su familia, había aprendido a quererla con el paso del tiempo. Temía su reacción. Temía que cuestionara su decisión.

—¿Y tú estás bien? —preguntó, por fin.

—Lo estaré —aseguró Pascal.

—De acuerdo... —lo pensó por un momento—. Entonces, me parece bien. Me haré cargo de todo allí abajo mientras terminas de instalarte.

—Genial, muchas gracias —Pascal asintió y esbozó una sonrisa de agradecimiento—. Y mantente alejado del personal femenino, de ser posible. Eso también ayudaría mucho.

—¡Sí, señor! —se despidió desde la puerta.

No hubo cuestionamientos de por medio, y tampoco preguntas invasivas. Esperaba que, al día siguiente, en el desayuno de los domingos, el resto de la familia reaccionara con la misma naturalidad.

Se disponía a acomodar la primera caja de libros cuando el teléfono vibró dentro de su bolsillo. Sonrió al ver el nombre de Anna en la pantalla. Luego de aquel encuentro en la Abadía de Sénanque, mantenían un incesante ir y venir de mensajes. Había sido ella la primera en conocer los detalles de su ruptura con Juliette, a ella le había confesado sus ganas de un espacio propio, y fue ella quien lo había alentado a dar el paso. Ella, Anna, estaba cada vez más presente en su vida. Abrió su mensaje sin perder un segundo.

ANNA:

¿Cómo va la mudanza?

Escribió la respuesta deprisa.

PASCAL:

En pañales. ¿Cómo estás, tú?

Ansioso, aguardaba la respuesta con el teléfono en la mano. Podía verla “en línea”.

—Toc, toc...

Por poco deja caer el aparato al escuchar su voz.

—¿Estás aquí? —pestañeó, incrédulo.

Anna sonrió y agradeció la poca iluminación. Se le ruborizaba el rostro cada vez que hacía esa pregunta, y de esa forma, como si hubiera esperado todo el día para volver a verla y su deseo se hubiera vuelto realidad súbitamente.

—Pensé que podías necesitar ayuda... —se puso las manos en los bolsillos traseros de sus jeans—. Dominique me dejó subir.

Era oficial. Dominique acababa de convertirse en su hermano favorito.

—Entra, chica de la mudanza. Esto recién empieza —extendió su mano para recibirla.

Anna no lo hubiera imaginado jamás, pero había muy pocas experiencias tan íntimas como ayudar a alguien en su mudanza. Apenas conocía a Pascal, pero se encontró doblando sus calcetines para guardarlos en la gaveta de la cómoda.

Eso la hizo sonreír, entre otras cosas.

Se rio mucho durante el transcurso del día.

Limpiaron codo a codo cada rincón del desván y vieron que, libre del desorden propio de un depósito, era un espacio bastante decente. Contaba con un ambiente amplio y luminoso; aunque un tanto caluroso. El ventilador de pie estaba dándole todo y más, pero no daba a vasto. Hacia la izquierda, inmediatamente luego de que se accediera por la escalera, se encontraba la cocina. Era pequeña, pero funcional. Lo que Pascal no tuviera allí, podría conseguirlo de la cocina del bar. En el extremo opuesto, hacia la derecha, se encontraba el baño. Era diminuto, sin bañera; podría ser mejor, pero serviría.

—¡Exageras! No puede haberse atrevido a tanto... —Anna estalló en una carcajada al escuchar lo que había sucedido más temprano entre Dominique y Sophie. Por poco deja caer uno de los libros que estaba acomodando en la repisa de la sala.

—¡Te lo juro! Faltó poco para que saliera de aquí con la camiseta en la mano...

—Esa chica sí que sabe cómo ganarse las propinas, ¿no crees? Me imagino lo felices qué

hubieran estado tus clientes de ver semejante espectáculo.

—No fue tan espectacular, la verdad —se alzó de hombros, ocultando la sonrisa.

—¡Mentiroso! —tomó un cojín y lo arrojó con asombrosa destreza.

Debajo, en el bar, algunos de los clientes se miraron confundidos al escuchar las risotadas que bajaban desde la planta alta. Dominique, que hacía tiempo no escuchaba a su hermano divertirse de esa manera, le prohibió al personal que subiera a curiosear. Ya se las arreglaría para bajar bebidas, si así lo necesitaba.

—*Veinte mil leguas de viaje submarino* —Anna acarició la cubierta del libro, observando detenidamente la ilustración en relieve de su portada—. Recuerdo que fue una lectura sugerida en la escuela...

—¿Qué te pareció? —Pascal dejó a un lado lo que estaba haciendo para escucharla. Los libros eran una gran parte de su vida.

—Nunca lo leí —dijo abriéndolo y metiendo la nariz entre las páginas para llenarse de su aroma—. Fui una alumna bastante mediocre, debo admitir. La única vez que destaqué en la escuela fue cuando la preceptora me pescó fumando en el baño. Fue memorable...

Pretendió que fuera un comentario al azar, pero Pascal vio cómo escondía la mirada entre las páginas del libro. Le avergonzaba su pasado de rebeldía y mala conducta. Más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Era difícil imaginar que esa mujer magnífica, que lo cautivaba como ninguna, hubiera sido alguna vez una adolescente en situación de riesgo. Sí, en situación de riesgo. Hija de una madre negligente, que la descuidaba hasta el extremo y la privaba de la necesidad más básica de todas: el amor. Sus ojos recorrieron ese cuerpo que se había vuelto fuerte, para enfrentarlo todo, incluso con sus colores de guerra pintados sobre la piel. Le advertía, a quien quisiera ver, que era una criatura de temer. Una guerrera, sin lugar a dudas. Pero luego, frente a un libro, un recuerdo infantil la volvía niña. Y era una niña que necesitaba ser mimada. Amada.

—¿Los leíste a todos? —preguntó, en clara referencia a los estantes atiborrados de libros.

—A todos. A algunos, más de una vez —respondió—. Ese, el que tienes en tus manos, es uno de mis favoritos.

—¿De verdad?

Pascal asintió y se puso de pie, acortando la distancia, deteniéndose justo frente a ella. Al tomar el libro, no pudo evitar que sus dedos se rozaran. Fue una caricia casi imperceptible, pero no por eso menos intensa.

—Lo tiene todo... Calamares gigantes, terribles remolinos, el peligro y la aventura de navegar bajo los hielos de la Antártida. Todo a bordo del fabuloso Nautilus, comandado por el misterioso capitán Nemo.

—Suenas bastante bien —Anna sonrió, contagiada por el entusiasmo de Pascal.

—Pues, es mejor. Y ahora, es tuyo —lo dejó en sus manos.

—¡¿Qué?! No, no... Dijiste que es uno de tus favoritos.

—Precisamente. Es por eso que quiero que lo conserves.

—Cielos, no sé qué decir —no estaba acostumbrada a recibir regalos.

—Puedes decir “gracias” —propuso con una sonrisa.

—Gracias... —susurró, maravillada con la sensación de tener en sus manos aquello que en su infancia le había parecido tan lejano, tan impropio de su mundo.

No se sentía precisamente como si fuera capaz de volver el tiempo atrás y sanar mágicamente todas sus heridas, pero el presente parecía ser un poco más gentil con ella. Pascal era gentil con

ella.

Observó el libro en sus manos, y luego a su dueño anterior, y descubrió que la miraba como nunca nadie la había mirado antes. No sabía qué nombre ponerle a ese tipo de mirada, pero tampoco importaba. Se sentía bien. La luz del sol se había desplazado, conforme el día había avanzado, y un cuadrillé de varios colores irrumpió en el desván.

Anna miró alrededor, maravillada, y luego encerró el libro en un abrazo apretado.

—Tienes al arco iris en tu desván... —dijo, paseando la mirada por las paredes, antes blancas, para luego detenerse en Pascal—. ¿Lo habías notado?

—Claro que sí... Fuiste tú quien lo trajo.



## CAPÍTULO 17

# LA REVELACIÓN

Comprendo que la mentira es engaño y la verdad no.  
Pero a mí me han engañado las dos.

Antonio Porchia

Mientras su confiable Polo gris avanzaba sobre el camino polvoriento, de camino a la estancia, el libro que Pascal le había obsequiado oficiaba de acompañante. De tanto en tanto, le daba una mirada de reojo y sonreía. Nunca se había sentido cómoda con eso de recibir regalos. Los chocolates le caían a su estómago igual que una bomba atómica. Los ramos de flores le rompían el corazón. No había nada más triste que prolongar la muerte de una flor. Pero, el regalo de Pascal era diferente. Único. Le dio otra mirada de reojo y otra sonrisa apareció en sus labios. Era especial porque estaba fuera de todo plan, había sido oportuno en el más pleno sentido de la palabra.

Iba distraída, en un paseo mental por las nubes, cuando los ladridos del perro, que corría junto al vehículo, llamaron su atención. Hacía días que no lo veía, aunque la comida y el agua que renovaba a diario seguían desapareciendo. Lucía mucho mejor; delgado, pero sin los anteriores signos de desnutrición.

—¡Perro! ¿Dónde te habías metido? —bajó el cristal y extendió una mano para alcanzarlo, pero, como era habitual en él, se las arregló para escapar a la caricia.

Como si quisiera advertirle de algo, sus ladridos aumentaron de volumen y corrió de prisa frente al vehículo. A lo lejos, Anna lo vio trasponer el arco para luego detenerse junto al automóvil aparcado frente a la casa.

—No es posible...

Condujo despacio y se acercó con cautela. El perro, habiendo cumplido con su cometido, huyó a ocultarse en la maleza. No fue hasta que pudo comprobar el número de la placa, que Anna estuvo segura de saber quién era el dueño.

Ocultó su libro en la guantera, junto al arma reglamentaria y a la placa, dos elementos que nunca llevaba encima, y se dispuso a enfrentar la inesperada visita.



André Dubré bebía en silencio la taza de té que Florian le había ofrecido. Té de lavanda, por supuesto; ya que abundaba por la zona.

—Entonces... ¿dice usted que es su jefe? —preguntó, con una pizca de aprehensión. Había algo en ese hombre, de ojos claros y fríos como el hielo, que a Florian no le gustaba.

—Su superior, sería la expresión correcta —aclaró, antes de beber otro sorbo de té—. Pero, sí. A los fines prácticos, podría decirse que soy su jefe. Su mentor. Y su amigo, ante todo. La conozco —dijo André dejando la taza a un lado—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Adelante —aceptó Florian, no del todo convencido.

—¿Sabe qué es lo que hace Anna cuando está en el pueblo?

Florian presionó la taza con fuerza. Anna, que acababa de entrar y escuchaba detrás de la puerta de la cocina, contuvo la respiración.

—Teniente Dubré, Anna es una mujer adulta. No le faltaría el respeto pidiéndole explicaciones acerca de cómo ocupa su tiempo. Ella sabrá.

—Así es —secundó Anna, revelando su presencia ante ellos—. Gracias, Florian —puso una mano cariñosa sobre su hombro.

André sintió que su corazón la reconocía como dueña, pues sus pulsaciones se alteraron al verla. Parecía una versión mejorada de la antigua Anna. Lucía fresca y descansada, con las mejillas coloreadas por el sol. Sus ojos, por otro lado, portaban siempre el mismo fulgor, la misma intensidad.

—Teniente, qué sorpresa. No lo esperaba —sonrió a desgano, sabiendo que André no tendría problemas para interpretar la expresión de su rostro.

—Bueno, si estuvieras atenta a tu teléfono, mi visita no hubiera sido tan sorpresiva. He intentado comunicarme, pero ha sido en vano —retrucó André.

La sonrisa forzada de Anna desapareció tan pronto escuchó las palabras. No tenía sentido ocultar una rivalidad que él mostraba tan abiertamente.

—Anna, si no me necesitas... —Florian hizo el ademán de incorporarse y Anna se apresuró a ofrecerle el brazo como apoyo.

—Lo acompañaré a su habitación —aunque la tristeza ya no se llevara las energías de Florian, ella sentía la necesidad de protegerlo. De cuidarlo. Y, al parecer, el sentimiento era mutuo.

—No será necesario. Puedo solo desde aquí. Si me necesitas, estaré atento.

—Gracias.

Bajo un silencio tenso y en duelo de miradas, aguardaron hasta que Florian desapareció por el pasillo y en dirección a su habitación. Anna tomó el lugar que había ocupado su abuelo y André, en silencio, bebió otro sorbo de té. Ya estaba frío luego de tanta espera.

—Te ves radiante —comentó.

—No gastes palabras galantes en mí. Sabes que no las tolero. ¿Qué haces aquí?

—Directo al grano, por supuesto... —dejó la taza sobre la mesa de café y le acercó un sobre de manila.

—¿Qué es eso?

—Son los papeles de tu licencia, tal y como los pediste. Podrías haber tenido la cortesía de acercarte tú misma a la estación, para firmarlos, pero, ya que no fue así, aquí me tienes —sonrió—. Déjame decirte que el aire de Gordes te sienta de maravillas.

Anna se removió incómoda en su asiento. No le agradaba el modo en que la miraba.

—Firmaré los papeles y no te detendré más. Lamento que hayas tenido que molestarte hasta aquí. Sé que tienes asuntos importantes que atender en Marsella —se aprestó a abrir el sobre, pero André fue más rápido. Luego de un movimiento fluido, se hizo con el sobre.

—Sabes que mi asunto más importante está aquí —dijo, clavándole la mirada—. Conduje una hora para venir a verte. Conversemos un poco.

—¿Qué es lo quieres saber? —apoyó la espalda en el sofá y se cruzó de piernas, fingiendo una seguridad que en verdad no tenía. La realidad era que su corazón galopaba desbocado.

—Quiero saber de ti, ¿no es obvio? Te extraño, Anna...

—Creo haberte dicho que no gastes palabras galantes...

—¡No es galantería, maldita sea! —apretó los puños.

—Baja la voz. Alertarás a mi abuelo.

—¡Pues, que se entere! Que se entere quién es su nieta... Una mujer sin escrúpulos, sin límites.

—¡Que bajes la voz! ¿Qué es lo que te sucede, André? ¡Te desconozco!

A punto de perder los últimos vestigios de su cordura, André se puso de pie y trató de poner distancia con Anna. Aún más distancia de la que ya existía. Con las manos en la cintura, le clavó una gélida mirada.

—Las cenizas de tu madre siguen en esta casa —señaló.

No fue una pregunta, fue una afirmación.

De hecho, las cenizas de Lili se encontraban sobre la cómoda, en su habitación. Si André sabía dónde estaban, era porque había estado hurgando. No sabía cómo, ni cuándo, pero lo había hecho. Y él quería que estuviera al tanto de eso. Quería asustarla. Pero ¿por qué? ¿Tan lejos podía llegar su fijación por ella?

—Eso no te incumbe.

—¿No me incumbe? —se puso una mano en el pecho—. ¿Quieres que te recuerde quién se ocupó de los despojos en que te convertiste luego de la muerte de tu madre?

—No hace falta que me lo recuerdes. Lo tengo muy presente... —su voz temblaba, pero su resolución no. No podía entender cómo era capaz de usar una carta como esa—. Te lo dije en ese momento y te lo repito ahora: no te pedí que vengas, estoy bien.

—¡No me cabe ninguna duda! —gritó, ya fuera de sí.

Anna lo fulminó con la mirada, pero no habló.

—¡Teniente Dubré! —enseñando las garras de su monstruo, Florian se hizo presente en la sala—. Voy a tener que pedirle que se retire de mi casa, ahora mismo.

—Por supuesto que sí, *monsieur* Leclerc —hablaba con Florian, pero su mirada estaba con Anna—. Pero no me iré sin que firmes los papeles de tu licencia.

Queriendo deshacerse de él, sin perder más tiempo, Anna tomó el sobre de manila. Trataba de mantenerse entera, pero el sobre temblaba en su mano. No era capaz de asimilar que el hombre desquiciado frente a ella era el mismo al que tanto había amado, al que consideraba como su amigo más cercano. ¿Por qué actuaba de esa forma?

Con rudeza, introdujo la mano en el sobre y pronto descubrió que no contenía ningún papel relacionado con su licencia.

—¿Disfrutaste de los senderos de lavanda? Son muy hermosos, ¿verdad?

Con el corazón golpeando con fuerza sobre su pecho, desparramó sobre la mesa una serie de fotografías que claramente habían sido tomadas el día del paseo por la Abadía de Sénanque. En ellas, se los veía cómodos y sonrientes, como si se conocieran de toda la vida.

Florian no entendía qué sucedía, pero era obvio que Anna estaba muy afectada. De repente, su rostro había palidecido hasta hacerla parecer un fantasma.

—¿Quién tomó estas fotos? —preguntó, furiosa como nunca antes.

—No eres la única fotografía forense de mi equipo, eso ya lo sabes.

—¿Estás usando recursos de la estación para tus asuntos personales? ¿Para espiarme a mí?

—Eres increíble... No tuviste inconvenientes con que usara recursos de la estación cuando me pediste información acerca de tu padre. Y de tu abuelo, por supuesto —agregó, dándole a Florian una maliciosa mirada de soslayo—. ¡Desapareciste, Anna! ¿Qué querías que hiciera? No contestas mis llamadas, te rehúas a hablar conmigo. Te hice seguir porque esa era la única forma de saber en qué andabas. ¡Y mira con lo que me encuentro! ¿Estás loca? ¿Qué crees que estás haciendo con este sujeto? ¿Él sabe siquiera quién eres? ¿Sabe lo que buscas?

—¿De qué está hablando, Anna? —a Florian no le agradaba cómo sonaba todo eso—. ¿Estás en contacto con tu padre? ¿Es eso lo que haces en el pueblo?

Anna sentía que las balas llegaban de todas direcciones y ya no podía esquivarlas. Se concentró en André, que parecía ser una amenaza más grande, y trató de contener una situación que era ya incontenible.

—No tienes derecho alguno a violar mi intimidad de esta manera. Voy a pedir el traslado de la unidad... —pronunció lentamente cada palabra—. Es evidente que ya no podemos trabajar juntos.

Creí que éramos amigos, pero veo que no es así. Nunca te perdonaré por esta traición.

—No te lo permitiré —insistió André—. No avalaré tu traslado.

Florian paseaba la mirada de uno a otro.

—No eres quien tiene la última palabra. Tengo más de un argumento para pedir que me trasladen. Espero no tener que apelar a ninguno que te comprometa... pero si te transformas en una piedra en mi camino, no dudes de que lo haré.

—¿Te atreves a amenazarme? —entrecerró los ojos.

—Tómalo como quieras.

—No puedo creer en lo que te has convertido.

—Pues, créelo... —se puso de pie, amenazante—. Tú mismo lo dijiste. Soy una mujer sin escrúpulos, sin límites. Ahora, vete de esta casa, antes que tome mi arma y la dispare por primera vez en la vida.

Sin demorarse en despedidas, André le dio una mirada de arriba abajo y rio con amargura.

En el momento que traspuso el umbral, Anna escuchó cómo el perro le ladraba. El animal había percibido el peligro mucho antes que ella.

Le temblaban las rodillas.

Necesitaba sentarse.

—¿Quién es? —Florian recogió una fotografía y la observó detenidamente, tratando de asociar un nombre al hombre que acompañaba a su nieta—. Estas son de la Abadía, ¿no es cierto? ¿Quién es este muchacho?

Derrotada, Anna sintió que era hora de decir la verdad.

—Su nombre es Pascal Duvall.

—¿Duvall? —Florian sintió que un fuego brotaba en su interior—. Como ¿Cédric Duvall?

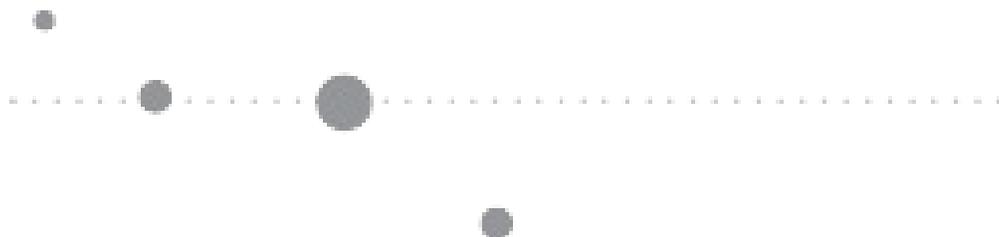
—Sí.

—Anna... —lo que sea que Florian fuera a decir, murió en su boca. Ni siquiera podía pronunciar las palabras.

—Sí —tomó la fotografía de manos de su abuelo y recordó cuánto había reído esa tarde—. Pascal Duvall es el hijo mayor de Cédric Duvall. Pascal es el hijo adoptado de mi padre biológico.



# TERCERA PARTE





CAPÍTULO 18

# DOMINGO



**Aquí la ilusión se paga con la vida.**

**Elena Garro**

Para los Duvall, el desayuno familiar de los domingos se había vuelto una cita ineludible. Libres de las obligaciones del día a día, coincidían en un tiempo y espacio donde dejaban todo de lado para ser solo familia.

Cédric siempre era el primero en levantarse de la cama. Su espíritu inquieto no le dejaba conciliar el sueño por más de cinco horas seguidas. Fiel a su ritual personal, se puso un calzado deportivo cómodo y salió dar un paseo por el vecindario. Pronto cumpliría los sesenta años, y aunque tenía una salud de hierro, su cardiólogo había recomendado que caminara al menos media hora por día. Cédric cumplía rigurosamente con la indicación; no porque quisiera cuidar el músculo, sino porque le hacía bien al corazón. Atesoraba ese momento de comunión consigo mismo, solo él y sus pensamientos.

No eran muchos los que se aventuraban a salir tan temprano por la mañana, mucho menos un domingo. La mayoría aprovechaba para estirar las horas de descanso y quedarse en la cama un poco más.

Como Dominique, por ejemplo.

Cuando Margot se asomó a su habitación, para asegurarse de que hubiera llegado a dormir la noche anterior, lo encontró desparramado en un lío de sábanas que parecía imposible de desentrañar. Dormía sobre su estómago y una pierna le colgaba por el borde de la cama. De niño, había sido más bien flacucho, pero, con la llegada de la adolescencia, su cuerpo se había desarrollado hasta conseguir proporciones gigantescas. Esa contextura titánica guardaba en su interior un corazón de características infantiles; no por su inocencia, sino más bien por sus ansias de jugar.

Margot cerró la puerta, procurando no hacer ningún ruido, y continuó su recorrido a través del pasillo.

Cuando pasó junto a la puerta de la habitación de Pascal, sintió una punzada en el medio del estómago. La puerta estaba entreabierta, tal y como la había dejado luego de quitar la última caja de su mudanza. Todavía no podía creer que se hubiera marchado.

Aunque se había estado preparando mental y emocionalmente para cuando el momento llegara, las circunstancias en que finalmente se había desarrollado todo, la tenían confundida. Imaginaba que su hijo dejaría la casa familiar para mudarse con Juliette, pero, en lugar de eso, había preferido instalarse en el desván del Lavender. No sabía qué había sucedido para que sus planes cambiaran de un día para el otro, pero estaba decidida a averiguarlo.

—¿Qué haces curioseando ahí, mamá?

Salió rápidamente de sus cavilaciones al escuchar la voz de Esther detrás de ella.

—No estaba curioseando nada. Solo pasaba por aquí... Buenos días, cariño —le acomodó sobre la oreja el mechón de cabello naranja que se había escapado de su trenza. Esther se la quitó de encima deprisa.

—Déjalo, mamá. Así está bien.

—¿Cuál es el problema? ¿Ahora tampoco me dejas tocar tu cabello? —preguntó Margot, con tono herido. La distancia que imponía la rebeldía adolescente de su hija estaba haciendo estragos en su vínculo. La sentía cada vez más lejos.

—Pues, yo no ando por la vida acomodando el cabello de la gente. Dejo que lo usen como más les guste. Voy a darme un baño...

Esther se dio media vuelta y regresó sobre sus pasos, no sin antes darle una mirada de reojo a la habitación de su hermano mayor. No se había atrevido a entrar ahí luego de que se fue porque no quería encontrarse con su ausencia. Una cosa era que Pascal durmiera fuera de casa algunas noches a la semana, eso estaba bien. A Esther no le importaba porque él siempre regresaba. Pero, la cosa era muy distinta ahora que se había marchado definitivamente. No podía evitar sentirse un poco abandonada.

Cuando Margot llegó a la cocina, Cédric regresaba de su paseo matutino.

—Buenos días, cariño —saludó Margot, esforzándose por componer una sonrisa convincente.

—Pues, serían mucho mejores si me dijeras qué te ocurre...

Después de treinta y cinco años de matrimonio, no era posible esconderle nada a Cédric.

—Es Esther. Tiene reacciones que me lastiman.

—Otra vez... —el tema ya se estaba tornando recurrente—. ¿Qué fue lo que sucedió?

—No es nada. ¡Sé que exagero! Pero es mi niña, mi princesa, y ni siquiera puedo tocarle el cabello sin que haga un berrinche.

—¿Hizo un berrinche? —preguntó Cédric.

—Bueno... quizás fui yo quien lo hizo. Pero, ¡es que no me deja hacerle ni una caricia! —bufó con las manos en la cintura.

—Maggie, ya te lo dije. Tómalo con calma. Nuestra hija necesita su espacio... y ambos sabemos que debes trabajar en eso de respetar los espacios ajenos. Cuando la invades, te aleja. Es un reflejo. Subiré a darme una ducha, ¿está bien? —dijo, dando por terminado el asunto.

—Ve —Margot se recargó en la encimera de la cocina y se cruzó de brazos. Era obvio que todavía estaba molesta.

—Ey...—haciendo uso de una de sus sonrisas seductoras, Cédric se acercó hasta su esposa y acarició sus mejillas—. No estés triste, mi dulce Maggie. Nuestros hijos crecerán y se alejarán, ese es el curso natural de la vida. Pero nosotros siempre estaremos juntos. Y, ¿quieres que te diga una cosa? —delineó su boca con el pulgar—. A mí me puedes hacer todas las caricias que quieras, cuando quieras.

Como por arte de magia, los brazos de Margot se descruzaron. Sus manos subieron por los hombros de su esposo, hasta acariciar su nuca, y su boca recibió gustosa el beso de sus labios.

—¡Buenos días! —saludó al entrar a la casa.

Cuando escucharon su voz y luego sus pasos aproximándose a la cocina, Margot y Cédric supieron que las caricias quedarían para más tarde.

—¿Cómo están todos? —preguntó Pascal, dejando sus llaves en un centro de mesa cuyo fin debería ser decorativo pero que había acabado por convertirse en el contenedor de “cosas varias”.

—Buenos días, hijo —Cédric pasó a su lado y le dio una palmada en el hombro, mezcla de bienvenida y reprimenda por arruinar el momento—. Habla con tu madre. Yo subiré a darme una ducha, acabo de llegar de mi paseo.

—¡Buenos días, cariño! —Margot recibió a su hijo con los brazos abiertos, literalmente. Se abrazó a su cintura y apoyó la cabeza en su pecho—. Qué alegría que estés aquí... —dijo con una sonrisa.

—Es domingo, mamá. ¿Crees que me perdería el desayuno familiar?

—Tienes razón —lo tomó de la mano—. Ven, ayúdame a preparar todo.

Pronto, el desayuno estuvo listo. El aroma a café recién hecho y pan tostado subió por las escaleras hasta la planta alta y trajo de las narices al resto de la familia. Dominique balbuceó un “buenos días” ininteligible, pues todavía no estaba del todo lúcido. Esther, por su parte, corrió al encuentro de su hermano mayor, que la recibió con un abrazo apretado y un tirón de pelo que ella no rechazó. Margot se tragó las ganas de gritar.

Cédric, con el cabello húmedo luego del baño, tomó su lugar en la cabecera. Margot ocupó el espacio a su derecha y el resto de los hijos cayó sin orden en los sitios disponibles.

—Mamá, sobra un lugar —señaló Esther, que últimamente no perdía oportunidad para confrontar con su madre—. Hiciste mal la cuenta.

Margot estaba a punto de responder, cuando el timbre lo hizo por ella.

—¿Esperamos a alguien? —preguntó Cédric, confundido.

—Esperen y verán. Es una sorpresa.

Con una sonrisa enorme, Margot fue hasta la puerta.

Las miradas iban y venían, sin saber lo que sucedía, cuando escucharon que a los entusiastas pasos de Margot se unía la elegancia de unos zapatos de tacón alto.

—¡Sorpresa! —dijo, tomando de la mano a Juliette.

Sorpresa. No había palabra más adecuada que esa.

Dominique creyó que todavía soñaba. ¿Qué hacía Juliette ahí? Apenas horas atrás, Pascal le había confiado que ya no estaban juntos. ¿Tan rápido se había revertido la situación? En busca de una respuesta, miró a su hermano, que estaba sentado a su lado. Descubrió, por la expresión de su rostro, que estaba tan sorprendido como el resto de la familia.

Esther notó enseguida la incomodidad de Pascal y culpó a su madre por eso.

—Es domingo familiar... —dijo, sin poder contenerse—. Si hubiera sabido que se convertiría en un evento de puertas abiertas, hubiera invitado a mi amiga Celine.

—Bienvenida, Juliette. Toma asiento, por favor —la invitó Cédric, dándole una mirada reprobatoria a su hija, con quien más tarde tendría una charla muy seria.

—Buenos días a todos —Juliette sonrió y miró a su novio. Sí, así seguía considerándolo, pues estaba dispuesta a luchar por una relación que aún no creía terminada.

—Dom, ve junto a tu hermana, así dejamos que los tortolitos se sienten juntos —propuso Margot.

—Sí, por supuesto —sin salida, Dominique rodeó toda la mesa y se sentó junto a Esther.

El silencio se tornó ensordecedor.

Cédric inició una conversación acerca de una película que había visto la noche anterior y trató de distender los ánimos, pero funcionó a medias.

Pascal pasó de la sorpresa al desconcierto, y del desconcierto al enojo. Escondía sus puños cerrados bajo la mesa, pero era imposible ocultar la ira que lo consumía.

La ruptura era tan reciente que no había tenido tiempo de comunicarla a su familia. Juliette se estaba aprovechando de eso. Pascal no sabía cómo, si había sido idea de la propia Juliette o de su madre, pero su presencia en el desayuno familiar no era casual. Perseguía el objetivo de manipular la situación, de obligarlo a fingir que todo estaba bien. No estaba claro por qué lo hacía. ¿Molestarlo, tal vez? ¿Recuperarlo, en el peor de los casos y de la peor manera?

Como fuera, no era así como había imaginado ese desayuno familiar.

Su intención era contarles las buenas nuevas a todos, hacerle saber a la familia que se sentía en una nueva y mejor etapa de su vida. En cambio, se vio a sí mismo como semanas atrás. En un sitio en el que no quería estar, junto a una mujer a la que ya no quería, y pretendiendo que todo estaba

bien. Una vez más, se sintió como un cobarde.



En casa de los Leclerc, el panorama no era muy distinto. A la hora de desayunar, la incomodidad y el silencio también se sentaron a la mesa.

Luego de la inesperada visita del teniente Dubré y de la insólita confesión de Anna, Florian se había marchado sin decir una palabra. La desilusión lo había empujado, una vez más, al encierro. De nada le había valido el esfuerzo que hacía para estrechar el vínculo con su nieta, puesto que ella seguía sin otorgarle su confianza.

Anna le había ocultado, deliberadamente, el motivo de sus escapadas al pueblo. Un motivo que tenía nombre y apellido: Pascal Duvall.

¿Qué era lo que pretendía al pasar tiempo con el hijo de quien, supuestamente, era su padre biológico? En las fotografías tomadas en la Abadía, era sencillo distinguir que tenían cierto grado de intimidad, pero ¿cuánta? ¿Acaso sabía él de la posibilidad de que Anna fuera la hija de Cédric? ¿Sabía Cédric de la existencia de Anna? Tenía muchísimas preguntas rondando por su cabeza, pero no se atrevía a formularlas en voz alta. ¿Para qué? Si tampoco estaba seguro de que Anna fuera honesta al responderlas.

La escuchaba desplazarse por la casa y no dejaba de preguntarse cuáles eran las verdaderas intenciones de esa mujer. Después de todo, seguía siendo una desconocida.



Anna asumió el silencio de Florian como un castigo merecido. Lo que estaba haciendo era reprochable desde todo punto de vista. Y lo sabía desde el principio.

El sobre que André le había entregado en Marsella contaba con información detallada acerca de su padre. La identidad de los hijos del matrimonio Duvall, por supuesto, era parte vital de esa información.

Anna no podía jugar a la distraída. El encuentro con Pascal no había sido producto de la casualidad.

Fue la curiosidad la que guio sus pasos hacia el Lavender. Necesitaba conocer a Pascal.

Desde que había leído su legajo, desde que cayó en la cuenta de que tenían casi la misma edad, ya no pudo quitarse de la cabeza la idea de que estaba ocupando un lugar que no le correspondía. Ella era la hija de Cédric, no él.

Se sentía estafada.

Al entrar al Lavender, su intención era ver por sí misma la vida que ese sujeto le estaba arrebatando. Luego de conocerlo, ya no pudo pensar igual. La idea se esfumó como si nunca hubiera tenido lugar entre sus pensamientos.

Se quedó prendada de sus ojos de cielo y tierra, de la calidez de su voz y de su sonrisa franca. Pronto, Pascal dejó de ser el hijo mayor de Cédric Duvall para convertirse en una copa de vino al final del día, en un paseo bajo el sol y en una conversación a corazón abierto. Fue un regalo inesperado, la ilusión que nunca se había permitido antes. ¿Cómo podía resistirse a eso?

Lo que hacía estaba mal y lo sabía. Pero no tenía la fuerza suficiente para decir la verdad y poner un punto final. No podía detenerse a pensar en las consecuencias de sus acciones, no ahora. El deseo era egoísta e irreverente. Arrollador. Lidar con las consecuencias no era tan trágico como la posibilidad de no verlo nunca más.



Estaba con la mirada perdida en la nada. Entre sus manos, un libro abierto que no era capaz de leer. Después del fiasco del desayuno familiar, se sentía distraído. Errático.

De repente, la vibración de su teléfono le avisó que había recibido un nuevo mensaje.

ANNA:

Pienso en ti.

El libro cayó a un lado, pero no se molestó en levantarlo. Lo invadió una sensación de calor que pocas veces había experimentado. Sus dedos no parecían ser lo suficientemente rápidos para escribir una respuesta que preexistía incluso a la pregunta.

PASCAL:

Yo también.

Todo el tiempo.

Hagamos algo al respecto...



CAPÍTULO 19

**LA  
HERMANA  
FAVORITA**



**Ayuda a cruzar el bote de tu hermano,  
y el tuyo llegará a la otra orilla.**

**Proverbio hindú**

**E**l interior del Lavender, que podía verse a través del cristal, estaba en penumbras. No había clientes. Tampoco empleados. Un cartel con la leyenda “Cerrado” colgaba de la puerta de ingreso al bar. El jefe había decidido que todos tuvieran un día libre.

Mientras Pascal se movía por la cocina como si supiera lo que hacía, abriendo alacenas y rastreando ingredientes en el refrigerador, Anna observaba a través de la ventana. La gente que caminaba por la acera parecía molesta al toparse con la puerta de ingreso cerrada.

—Tus clientes no lucen para nada contentos —comentó.

—¿Qué? —Pascal sacó la cabeza del refrigerador, confundido, y Anna contuvo la risa al ver el desorden que se acumulaba en la encimera.

—Nada... —desestimó el comentario—. ¿Qué es lo que estás haciendo? —movida por la compasión, se acercó hasta él.

—Honestamente, no tengo idea —admitió con cierto tono de derrota.

Aquello le provocó ternura. Estaba acostumbrada a estar rodeada de hombres, pero ninguno era como él. Puede que fuera por la naturaleza del trabajo que hacían, pero sus compañeros en la estación de policía se mostraban siempre rudos, fuertes aun en las circunstancias más extremas. Pascal, por otro lado, no temía mostrar su vulnerabilidad. Y era allí donde radicaba su verdadera fortaleza. Era real. Cuando estaba con Anna, no temía mostrarse tal cual era.

—¿Puedo ayudar? —propuso—. Confieso que no soy la mejor cocinera, pero puedo preparar unos omelettes bastante decentes.

—Entonces, ya eres mucho mejor cocinera que yo —admitió Pascal.

—Sobreviviremos, ya lo verás.

Anna se puso manos a la obra. Le indicó a Pascal que recogiera el desorden que había ocasionado y separó los ingredientes necesarios para los omelettes.

Aunque se trataba de un espacio bastante abierto, las dimensiones parecían haberse reducido. De repente, la cocina era mucho más estrecha, más pequeña. Tanto que los roces eran inevitables. Un brazo podía, sin querer, rozar una espalda. O una mano, distraída, se apoyaba sobre otra al manipular los distintos utensilios. Se escuchaba un “lo siento” murmurado al pasar, o se escapaba alguna risa nerviosa que no admitía disculparse.

Algunos roces fingían ser inevitables. Otros, ni siquiera se tomaban la molestia de fingir.

—¿Dónde tienes un sartén? —preguntó Anna, mientras rompía otra tanda de huevos dentro de un bol para luego batirlos enérgicamente.

—Pues... —balbuceó Pascal.

La respuesta se formaba en su cabeza, pero era incapaz de articularla. Estaba distraído por el recorrido de una gota de sudor que bajaba desde la base de la nuca de Anna y rodaba lentamente por su espalda, para luego fundirse entre las fibras de una ceñida camiseta blanca de tirantes delgados. Muy delgados...

—¿Pascal? —insistió Anna.

—Sí, lo siento. ¿Qué decías? —sacudió la cabeza, intentando aclararse el pensamiento.

—¿Sartén? ¿Tienes uno? —repitió, sin voltearse. No quería que la viera a la cara; temía que adivinara lo que su cercanía estaba provocándole.

—Creo que sí —respondió sin estar del todo seguro.

El calor de su aliento la golpeó en la nuca y cerró los ojos por un momento, dejando los huevos a medio batir y apoyando las manos sobre la encimera. Sus piernas experimentaron una repentina debilidad. De no ser por el fuerte antebrazo que rodeó su cintura, probablemente hubiera terminado en el suelo.

—Sé que había uno por aquí —se acercó con cautela, como si caminara al borde de un peñasco—. Es solo que... —se atrevió a rozar su nariz por la curva debajo de su oreja— no puedo pensar contigo tan cerca. Me haces olvidar donde están las cosas en mi propia cocina.

Anna se mordió en labio inferior, conteniendo apenas un suspiro. Ella también caminaba al borde, pero de su propia cordura. Siempre había sido una equilibrista experta, tomaba sus precauciones y no se dejaba caer sin redes que la contuvieran. Pero, en esta ocasión, el vacío era demasiado tentador.

Apartó las múltiples razones por las que debería mantenerse alejada, se rindió a las demandas del deseo y saltó al vacío.

—Deberíamos hacer algo al respecto, ¿no crees? —se giró lo suficiente para mirarlo a los ojos.

Era la señal que Pascal había estado esperando. Y no estaba dispuesto a dejarla pasar.

Con las manos afirmadas a la encimera, Anna dio un paso hacia atrás y pegó la espalda al pecho de él, permitiéndose experimentar la cercanía de su cuerpo. Resultó obvio que no era la única que sentía los efectos del calor. Bastante obvio, la verdad. La presión del brazo que rodeaba su cintura aumentó y obedeció a la demanda, pegándose todavía más, sintiendo cómo la respiración de Pascal se agitaba a sus espaldas. Los suspiros que escapaban de su propia boca también eran incontenibles.

Los roces, que habían comenzado inocentes y casuales, habían acabado por convertirse en una loca necesidad de meterse en el cuerpo del otro. La ropa, lejos de ser un estorbo, aumentaba las sensaciones.

Ya sin poder contenerse, Pascal enredó un puño en el cabello de ella y se hizo camino hasta su cuello. Su boca buscó hambrienta el calor de su pulso. Un gemido desvergonzado escapó de los labios de Anna al sentir el contacto, desconociéndose al clavar las uñas en el antebrazo que la rodeaba.

La temperatura estaba escalando a un ritmo incontrolable. Para ambos.

—Pascal... ¿estás aquí?

Una voz de mujer se escuchó con claridad, proveniente del bar, y fue suficiente para atravesar las brumas de la excitación.

—¡Maldición! —Pascal apretó los dientes y su mano se aferró a la camiseta de Anna, como si no quisiera soltarla. Y no quería hacerlo. Pero debía, porque estaban a punto de ser atrapados por su hermana menor.

Anna se quedó inmóvil y trató de moderar los alocados latidos de su corazón.

—No sabes cuánto lo siento... —murmuró sobre su hombro, rozando los labios sobre su piel al descubierto. Ahora, no tenía más remedio que esperar para descubrir el sabor de sus besos. Jamás se había sentido más frustrado en toda la vida—. De verdad, no tienes idea de cuánto lo siento. Muchísimo.

—No te preocupes —sonrió Anna—. Tengo una idea bastante precisa de cuánto lo sientes... Todavía estás detrás de mí —agregó con picardía.

—¿Qué es lo que estás haciendo conmigo, Anna? —la alejó solo lo suficiente para darle

espacio a darse la vuelta, aunque doliera perder el contacto.

Le descubrió las mejillas acaloradas y la mirada encendida. Nunca le había ocurrido antes, pero en ese momento, sintió una punzada de orgullo al saber que él había provocado eso.

—Cielos, eres tan hermosa... —delineó su clavícula con el pulgar, acercándose lentamente hacia su boca.

—¡Pascal! —Esther insistió con dos golpes a la puerta del desván, recordándoles que aún esperaba—. Sé que estás allí. Déjame entrar.

—Maldición, maldición, maldición —inspiró profundo y apoyó su frente sobre la de Anna—. Debería abrir la puerta. Es mi hermana.

—¿Tu hermana? —Anna sintió que la taquicardia regresaba. Se alejó de su mano, de su boca y de su cuerpo.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Pascal, sorprendido por el repentino movimiento.

—Bueno, es que tu hermana está aquí. Ese es el problema —se cruzó de brazos, sosteniéndose a sí misma, insegura de repente—. ¿Qué vas a decirle acerca de mí?

—La verdad, por supuesto. Que estoy loco por ti —respondió con una seguridad que a Anna le crispó el cabello.

—¿Bromeas?! —abrió tanto los ojos que por poco se le caen al suelo.

—Sí, Anna —Pascal sonrió—. Estoy bromeando. Claro que no voy a decirle eso... No todavía —agregó—. No te preocupes. Vamos a decirle que eres una amiga. ¿Te parece bien?

—Está bien —aceptó, no del todo convencida.

—Todo está bien. Tranquila.

De camino a la puerta, Pascal se aseguró de que ya no hubiera evidencias en él que delataran lo que acababa de suceder. Se pasó las manos por el desorden en que se había convertido su cabello y buscó la aprobación de Anna antes de abrir. Ella, desde su puesto en la cocina, asintió y retomó el batido de los huevos.

Cuando por fin abrió la puerta, se encontró con una expresión de preocupación en el pecoso rostro de su hermana.

—¿Qué sucede contigo? Estaba a punto de tirar la puerta abajo... ¿Por qué no me abrías? —dijo Esther, claramente molesta. Sin esperar por una respuesta, se hizo espacio para pasar y fue entonces cuando vio a Anna, que la miraba fijo y batía los huevos a una velocidad asombrosa—. Oh... —detuvo sus pasos y le dio una mirada de reojo a su hermano.

No tardó en comprender lo que sucedía.

—Cielos... Estoy interrumpiendo, ¿verdad?

—Sí —respondió Pascal.

—No —la voz de Anna trató de imponerse.

—Puedo volver más tarde... —propuso Esther.

—Me parece bien. Te acompaño a la puerta —Pascal se apresuró a guiarla hacia la salida, pero Anna intervino nuevamente.

—No es necesario. Estaba... batiendo los huevos —señaló lo obvio, aún nerviosa. Esther, en cambio, se estaba divirtiendo a lo grande—. Preparaba unos omelettes para el almuerzo. ¿Quieres quedarte? —ofreció.

Pascal le lanzó a su hermana una muda advertencia, entrecerrando los ojos y apretando la mandíbula. Pero ella decidió ignorarla.

—¡Claro que sí! Amo los omelettes —no iba a perderse la oportunidad de conocer a la mujer que había iluminado el semblante de Pascal.

La preocupación la había llevado hasta el bar. Él era su hermano favorito y, por la misma razón, quiso apoyarlo después de lo sucedido con Juliette y la entrometida de su madre. Pensó en hacerle una visita, para animarlo. Pero ahora se daba cuenta de que eso no era necesario. Le alegraba ver que no había rastros del hombre sombrío con quien había desayunado más temprano.

—Soy Esther, por cierto. Soy su hermana favorita —dijo, acercándose hasta la cocina para estrechar su mano.

—Soy su Anna —estrechó su mano. Pascal ahogó una sonrisa y Anna comprendió lo que había dicho al ver la divertida expresión en el rostro de Esther—. ¡No! Espera... Lo que quiero decir es que soy su amiga y que mi nombre es Anna —trató de enmendarse, en vano.

—Ella me gusta —Esther expresó su aprobación con un guiño de ojo hacia su hermano.

—Qué bueno —dijo Pascal— porque estoy loco por ella.

Producto de la sorpresa, Anna dejó caer el bol y los huevos acabaron esparcidos en el suelo de la cocina.



CAPÍTULO 20

**ECOS  
DEL  
PASADO**



**Llegó a ser tan sincera en el engaño  
que ella misma acabó consolándose  
con sus mismas mentiras.**

**Gabriel García Márquez**

Se citaron en un café a las afueras del pueblo. Querían mantener su encuentro en privado, alejado de la órbita del centro y lejos de la mirada de los curiosos. Sus rostros eran fácilmente reconocibles por aquella zona.

—Gracias por aceptar reunirme conmigo —dijo Juliette.

—No tienes nada que agradecer —señaló Margot—. No me sorprendió tu llamado. Esperaba que me aclararas qué fue lo que sucedió ayer —agregó en referencia al malogrado desayuno.

Cuando el camarero se acercó para tomar la orden, ambas pidieron café. En realidad, poco importaba lo que ordenaran. No se trataba de una salida de amigas. Tenían asuntos importantes que atender. Un asunto, en realidad.

—Te diré la verdad, Juliette —Margot bebió un sorbo de café con la sola intención de tomarse un segundo para seleccionar sus palabras con propiedad. No quería herir susceptibilidades, si podía evitarlo—. Has sido la novia de mi hijo por cinco años, si no me falla la memoria. En ese tiempo, he aprendido a quererte como a una hija. Por eso, cuando me sugeriste que te invitara al desayuno del domingo, me pareció una buena idea... Después de todo, te considero familia. Espero que tú me consideres de la misma forma, porque necesito hacerte una pregunta.

Juliette dejó su café a un lado, sabiendo que no sería capaz de pasar ni siquiera un pequeño sorbo a través de su garganta.

—Dime —susurró en voz baja.

—Cuando me hiciste esa sugerencia, ¿mi hijo ya había terminado contigo o fue después?

Juliette se envaró en su silla, abriendo los ojos como platos.

—¿Él te lo dijo? —preguntó.

—No, él no me lo dijo —lamentó Margot—. Sin importar lo que haya sucedido entre ustedes, Pascal es un caballero. No sería capaz de exponerte de esa manera. Te protegerá, aunque no lo merezcas —omitió decir que fue Dominique quien habló con ella, pues le había prometido guardar el secreto.

—Yo... lo siento mucho —balbuceó Juliette, avergonzada. Si no hubiera estado en público, probablemente se hubiera echado a llorar.

—Me usaste, Juliette —dijo Margot—. ¿Cómo pudiste? ¡Me manipulaste! Me hiciste creer que estaba haciendo algo bueno por mi familia, que a Pascal le agradecería que te integraras a nuestras rutinas, y resulta que todo era mentira. ¿Qué es lo que pretendías con eso? ¿Crees que así lo recuperarás?

Tenía mucho más que argumentar, pero las repentinas lágrimas de Juliette la obligaron a detenerse. Comenzó contenida y silenciosa, pero progresó rápidamente hasta que el llanto y los sollozos fueron incontrolables.

—Bueno, ya —incómoda con la mirada que les dispensaban, Margot le acercó una servilleta de papel y le dio unas palmaditas en el brazo—. Contrólate, ¿quieres? —le pidió.

—Es que... —hipó Juliette, anegada en llanto—. Es que estoy desesperada —consiguió decir—, esto fue tan repentino. Todavía estoy tratando de comprender qué fue lo que sucedió.

Margot entornó la mirada, confundida.

—¿A qué te refieres con que no sabes? ¿Acaso no te lo dijo? ¿No te dio un motivo?

A Margot le sorprendía que su hijo se hubiera comportado así, porque siempre había sido, ante todo, una persona considerada con los sentimientos ajenos. En ocasiones, demasiado considerado.

—No... no fue claro —mintió Juliette, otra vez, torciendo las cosas deliberadamente. La verdad era que el motivo había sido bastante explícito: ya no la amaba—. No voy a negarte que hace tiempo que lo noto alejado, pero creí que darle su espacio era necesario para que aclarara sus ideas. Ahora pienso que eso no hizo otra cosa que confundirlo más —se secó las lágrimas con las servilletas de papel y bebió un pequeño sorbo de café, estudiando la reacción de Margot.

—¿Confundido de qué manera? —quiso saber.

—Bueno... —sorbió a través de su nariz— no puedo estar cien por ciento segura, pero sospecho que está viendo a otra mujer.

Como si le hubieran arrojado una cubeta de agua helada sobre la cabeza, Margot se cubrió la boca con una mano y ahogó la expresión de sorpresa. ¿Su hijo? ¿Engañando a su novia?

—Sí, lo sé —Juliette asintió, con gesto apesadumbrado—. No parece ser algo que Pascal haría, pero no encuentro otra forma de explicar lo que sucedió. De repente, echó por la borda cinco años de relación y se mudó al bar. ¿Cómo es que de repente decidió que quería estar solo? Él no es así... Ama a su familia, le gusta estar rodeado de ese afecto. Lo único que se me ocurre pensar es que hay alguien que está acaparando ese amor.

Margot alzó una mano y llamó al camarero. Necesitaba beber un poco de agua, para quitarse el mal sabor de boca que la sospecha de Juliette le estaba dejando.

—Si lo que dices es cierto, lo lamento mucho. Pero, honestamente, no sé qué es lo que esperas que yo haga —dijo, incómoda con todo el asunto.

Juliette inspiró profundo y se preparó para su gran jugada. Estaba lista para pegarle a Margot donde más le dolía, sabiendo que de esa forma la haría reaccionar como ella quería. No por nada la había citado sola y alejada de todo. La quería vulnerable, a su merced.

—Margot, acudí a ti porque sé que eres quien mejor puede comprenderme... —comenzó—. Imaginarás que luego de tanto tiempo de relación, Pascal compartió conmigo muchos detalles de su historia. Su historia que, por supuesto, también es la tuya. Sé que hace muchos años, Cédric también cometió un error.

El rostro de Margot se desfiguró, como si acabaran de darle una bofetada.

—¿Cómo te atreves? —susurró casi sin voz—. No te di la confianza suficiente como para que menciones eso. Mucho menos en un lugar público, donde cualquiera puede escucharte —se hizo pequeña en su silla.

—No tienes que sentirte avergonzada, por favor. Tú no hiciste nada malo. Al contrario... —fue ella quien le dio unas palmaditas de consuelo—. Te admiro por haber tenido el valor de perdonarlo y seguir adelante, a pesar de todo. Debes amarlo mucho.

—Claro que lo amo —apretó los dientes, a la defensiva, como se ponía siempre que ese tema salía a la luz—. Cédric y los chicos son mi felicidad. No permitiría que nada ni nadie me los arrebatara.

—Exactamente —sonrió—. ¿Lo ves? Sabía que tú eras la única que podría comprenderme. Pascal es mi felicidad y tampoco estoy dispuesta a permitir que nadie me lo arrebatara. Igual que Cédric en aquel momento, Pascal está confundido. ¿Dejarás que lo pierda todo por una confusión? Verás... Yo estoy dispuesta perdonarlo, a darle una segunda oportunidad, pero no voy a permitir que me haga ver como una tonta frente a todo el mundo. Tengo mi orgullo, ¿sabes?

Margot solo se atrevía a pestañear. Era cierto, Cédric había cometido un error; pero Margot lo había perdonado, por supuesto, porque lo amaba demasiado. Aunque nunca había sido capaz de

olvidar lo sucedido. Las palabras de Juliette la sorprendieron con la guardia baja y removieron un viejo dolor.

—Te entiendo... —admitió por fin, con la mirada algo extraviada. Pasado y presente se mezclaban, envolviéndola en una nebulosa que amenazaba con confundirla, pero se esforzó por conservar la claridad—. Lamento que las cosas terminaran así, pero no puedo ayudarte. Me manipulaste una vez, pero ya no. Pascal es mi hijo y no tengo nada que hacer aquí. Si tanto orgullo tienes, hazte un favor a ti misma y acepta que se acabó.

Resuelta a dar por terminado el asunto, ante la mirada atónita de Juliette, dejó unos billetes sobre la mesa y se marchó.

Juliette apretó los dientes, los puños y el alma. No solo se le acababan las ideas, sino también las esperanzas de recuperar el futuro que había perdido.



CAPÍTULO 21

# EXTIENDE TU MANO



**La confianza es fruto de una relación  
en la que sabes que eres amado.**

**William Paul Young**

Salió al porche y descendió los tres escalones a la carrera. Necesitaba tomar algo de aire. O, mejor aún, aspirar un poco de nicotina.

*Pascal está loco por mí.*

Sacó un cigarrillo de la maltrecha etiqueta que llevaba siempre en el bolsillo trasero de sus jeans y lo encendió.

*Pascal está loco por mí.*

Recordaba la situación y sonreía, como una tonta. Iba y venía frente a la casa, pateando piedritas y reviviendo en su mente cada detalle del encuentro en la cocina.

*Pascal está loco por mí.*

Y, si era honesta consigo misma, también estaba un poco loca por él. Solo un poco. Era lo que estaba dispuesta a conceder, por el momento.

Durante el almuerzo con Esther, quien, por cierto, le había parecido todo un encanto, habían abundado las miradas. Anna trataba de disimular, pero era muy difícil no perderse en esos ojos. El cielo y la tierra que convivían en su mirada se habían convertido en un paraíso que no se cansaba de admirar. Y cuando era él quien la miraba, sentía que era posible habitar en él. Estaba dejando que la ilusión se instalara en su interior y no estaba segura de que esa fuera una buena idea, pero Pascal había dicho que estaba loco por ella. ¿Cómo podría negarse a esa locura?

Todos anhelan ser mirados con amor, al menos una vez en la vida. Anna también.

Se despidieron con un beso en la mejilla, que les supo a poco y a todo al mismo tiempo. Fue un adiós y una promesa. Una deuda de deseo que exigiría ser pagada con intereses.

Pero, luego de ese paseo por el paraíso, tenía que bajar de su nube y regresar a la estancia, para encontrarse nuevamente con el infierno que imponía el silencio. La sonrisa desaparecía de su rostro y la oscuridad de la casa se apoderaba de su ánimo, volviéndolo sombrío.

Era entonces cuando necesitaba salir a tomar algo de aire. O, mejor aún, aspirar un poco de nicotina.

Se sentó en el tercer escalón y vio al perro, que había estado rondando la casa sin que ella lo notara. Con las orejas pegadas al cráneo y el cuerpo un poco encorvado, acortó la distancia poco a poco, hasta sentarse a unos cuantos metros.

—¿Cómo estás, amigo? —Anna alzó una mano y saludó, como si el animal pudiera entenderla—. Te ves bien —comentó, apreciando las evidentes mejoras en la calidad de su pelaje acaramelado.

Le dio una última calada al cigarrillo y lo aplastó a un lado, arrojando la colilla un poco más allá.

—No tienes permitido fumar en mi casa, ya te lo he dicho —le recordó Florian, de pie junto a la puerta—. Eso incluye mi porche.

Anna revoleó los ojos y gesticuló, sin voz, una palabrota irreproducible. Luego, satisfecha consigo misma, se giró a verlo sobre su hombro.

—Lo siento —dijo sin intención. Florian asintió y fingió que le creía, cuando en realidad sabía que hallaría la forma de salirse con la suya. ¿Acaso no era lo que hacía siempre?

El perro observaba la interacción con una mezcla de curiosidad y desconcierto. Alzaba las

orejas y torcía la cabeza a un lado, como si tratara de comprenderlos. *Buena suerte, perro*; pensó Anna, con ironía. Inspiró profundo y apoyó el mentón sobre las rodillas, haciendo pequeño un cuerpo que no lo era.

—Me pregunto de dónde has venido.

Anna se sobresaltó al escuchar el sonido de su profunda voz. Pensó que Florian había regresado al interior de la casa, pero, al parecer, tenía planes de permanecer afuera un poco más.

—Le hablo al perro —aclaró, como si fuera necesario hacerlo.

El silencio se había convertido en un tercero que siempre se sentaba entre los dos, marcando una presencia tan desconcertante como dolorosa. Anna ya no lo toleraba. Era más sencillo que Florian comenzara a hablar con el perro que que se dignara a tener una conversación con su nieta.

Aunque, para sorpresa de Anna...

—¿Te molesta si me siento aquí? —preguntó al cabo de unos segundos, señalando el espacio vacío en los escalones.

—Adelante —respondió, aunque sí le molestaba. A decir verdad, prefería estar sola.

—¿Tiene nombre? —preguntó.

Anna no volteó a verlo. En cambio, centró su atención en el perro.

—No lo sé... —respondió con honestidad. Desconocía si había tenido un dueño antes, si respondía a algún nombre—. Yo lo llamo “Perro”.

—“Perro”. Un nombre curioso —comentó, alzando sus pobladas cejas—. Sobre todo, considerando que es una hembra.

—¿¿Qué?! —aquella revelación la desconcertó.

—Pues, sí. Es una hembra. ¿No habías mirado entre sus patas?

—Bueno, no. No quise ser grosera con él... Es decir, con ella —la señaló.

—¿No querías ser grosera con la perra? —Florian soltó una carcajada y la observó con una mezcla de sorpresa y ternura—. Eres especial, Anna.

—Lo dice como si eso fuera un defecto. ¿Se burla de mí?

—Para nada. Lo digo con verdadera admiración. No solo eres amable hasta el extremo, sino que también evitas ser grosera. Incluso con un animal. Son dos características que no se ven a diario.

—Pues de muy poco me han servido... —abandonó los escalones y se puso de pie.

Perro, que estaba atenta a cada uno de sus movimientos, se incorporó de un salto y se alejó varios metros, repentinamente asustada.

—¿Lo ve? Incluso ella me quiere lejos —*Igual que usted*, pensó. Aunque no lo dijo—. Ya no sé qué hacer... Le procuro comida y agua a diario. Me aseguro de que tenga un sitio cómodo en el cual echarse al caer la noche. ¿Qué más tengo que hacer para que confíe en mí?

Por algún motivo, sintió unas ganas locas de echarse a llorar. Quería jalarse el cabello y ponerse a gritar hasta que se le acabara la voz. En cambio, regresó a sentarse a su lugar en los escalones y se cruzó de brazos.

—No te rindas —le pidió Florian.

—A veces, tengo ganas de hacerlo —confesó.

—Está asustada —murmuró—. Si te detienes a verla, notarás que ese reflejo de alejarse es aprendido. Se lo enseñó la vida. Me arriesgaría a decir que fue seriamente lastimada... ¿Ves cómo te mira? ¿Cómo te busca? Se mantiene alejada porque tiene miedo de ser lastimada otra vez, pero no es indiferente a tus cuidados.

Anna se detuvo a ver, a ver de verdad, y no tardó en comprender que Florian no hablaba solo

de Perro.

—No es fácil volver a confiar, Anna. Cuando te han lastimado tanto, tratas de protegerte. A veces, hasta pones distancia y te muestras hostil. Pero es solo miedo.

—¿Qué cree que debo hacer? —preguntó, buscando deliberadamente su mirada.

—No tienes que hacer nada. Nada más que ser tú —respondió—. Lo haces bien —la miró apenas de reojo—. Solo... no te rindas, ¿de acuerdo? Extiende tu mano y deja que sea Perro quien se acerque. Lo único que necesita es sentirte cerca. Cuando esté lista, podrás acariciarla.

Anna asintió, a modo de agradecimiento. Florian miró a Perro y esperó, con todas las fuerzas de su corazón, que aprendiera a confiar nuevamente. Si un animal podía hacerlo, quizás él también podría.

El sol comenzaba a ponerse en el horizonte. Se veía tan bonito que Anna lamentó no tener su cámara encima. Los mejores momentos siempre eran los más efímeros.

—Anna, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro —respondió, alertada por la gravedad de su expresión.

—¿Cómo estás tan segura de que Cédric Duvall es tu padre?

Sintió como si una bomba atómica le hubiera caído encima. En verdad, los momentos más bonitos siempre eran los más efímeros. ¿Cómo era capaz de ser tan agradable por un instante y al siguiente insultar la memoria de su hija con semejante pregunta?

—Lili dejó una carta explicándomelo todo... Antes de arrojarlo de la azotea de su edificio —agregó.

Florian que nunca se había atrevido a pedir detalles del final, sintió que su corazón se rompía una vez más, pero inspiró profundo e hizo a un lado su propio dolor. Tenía que hablar con Anna. Era su obligación.

—¿Por qué dejó una carta explicándolo todo? ¿No lo sabías? —continuó.

Los ojos de su nieta seguían abriéndose más y más con cada palabra que salía de su boca, evidenciando su incomodidad.

—Lo lamento. Quizás lo tomes como un atrevimiento, pero es necesario que tú y yo hablemos de esto. Estoy seguro de que debes tener muchas preguntas, y Dios sabe que yo tengo miles que hacerte a ti.

—No puedo —balbuceó Anna, con una mirada suplicante—. Espero que comprenda que necesito tiempo. No estoy lista para hablar de esto. Pero lo estaré.

—Lo entiendo —concedió Florian—. Cuando estés lista, aquí estaré.

Con dificultad, levantó su pesada figura de los escalones y regresó al interior de la casa.

Sola nuevamente, Anna volvió la mirada al horizonte, pero ya no lo encontró tan bonito como antes. La pregunta de Florian seguía haciendo eco en su mente: *¿Cómo estás tan segura de que Cédric Duvall es tu padre?* La verdad era que nunca se había detenido a pensar en eso.



El silencio no tardó en reclamar su reinado en el hogar de los Leclerc. Aunque era uno con el que Anna podía convivir, libre de incomodidad.

Como símbolo de paz, abuelo y nieta compartieron la cena en el comedor. El menú era espaguetis, por supuesto. De lata, claro está. Florian tomó su lugar en la cabecera y Anna ocupó el sitio a su derecha, como era habitual en tiempos de paz. El sonido de los cubiertos, que iban y venían sobre los platos, junto al fluir del agua dentro de los vasos y las ranas que cantaban cerca

de la ventana, componían una sinfonía de lo más agradable. El teléfono móvil, ubicado en el centro de la mesa, pronto se sumó con un “bip” que anunció la entrada de un mensaje.

Anna detuvo el tenedor a medio camino de su boca y miró el aparato de reojo. Florian también lo hizo.

*¿Será un mensaje de Pascal?*

Sin intenciones de arruinar el clima de cordialidad, Anna se llevó el bocado a la boca y regresó su atención al plato. Aguantaba, a duras penas, las ganas de arrojarle sobre el teléfono para saber de qué decía. No quería ser grosera.

Florian, un tanto alterado por la intromisión, cargó su tenedor una vez más y, como no podía ser de otra manera, un nuevo “bip” hizo su entrada.

—¿Acaso la gente no cena a esta hora? —comentó, francamente molesto.

—No toda la gente, aparentemente —respondió Anna, con una sonrisa apretada y un ruego silencioso que a su abuelo no fue capaz de ignorar.

—Adelante...

—¡Gracias, gracias! Solo será un momento.

Usó la servilleta que tenía sobre su regazo y luego tomó el aparato entre sus manos como si se tratara de un tesoro. Florian pensó que se alejaría para tener privacidad, pero ella quería demostrarle que confiaba en él, que ya no quería ocultarle nada, así es que prefirió leerlo allí mismo.

Para su sorpresa, el mensaje no era de Pascal.

Florian notó de inmediato el cambio en la expresión de su rostro. Lucía preocupada.

—¿Qué sucede? —ni siquiera intentó contenerse. Si había problemas, quería ayudar.

—Es mi jefe —respondió mientras releía los mensajes por tercera vez.

—¿El sujeto que vino hace un par de días? ¿El tal Dubré? —escondió un puño apretado bajo la mesa.

—No, no él —aclaró—. El jefe de Dubré, la autoridad máxima de la estación. El capitán Jean Paul Moulian.

—¿Y qué es lo que quiere contigo el jefe de tu jefe?

—Eso mismo me pregunté al leer el primer mensaje. El segundo es la aclaración —respondió. Apoyó la espalda en la silla, pensativa—. Dice que debo ir a Marsella para arreglar los detalles de mi traslado.

—No sabía que hubieras pedido tu traslado —dijo, entre confundido e ilusionado. *¿Es posible que quiera quedarse aquí? ¿En Gordes?*

—Ese es el asunto que me inquieta —pensó en voz alta—. No fui yo quien lo pidió.

—¿Dubré? —arriesgó Florian.

—Es posible. Después de lo que sucedió la última vez, puedo esperar cualquier cosa de él. Es obvio que ya no me quiere cerca y el traslado sería una forma efectiva de lograr su cometido.

—¿Y qué piensas hacer?

—Debo ir, por supuesto. No puedo ignorar una orden.

—No irás sola... —Florian, que no había salido de la estancia en años, estaba dispuesto a abandonar la seguridad de su hogar si eso era necesario. No permitiría que Anna enfrentara a ese sujeto sin protección.

—No se preocupe... No pensaba hacerlo. Tengo a alguien en mente.



CAPÍTULO 22

**ANSIAS  
Y  
UN VIAJE**

**Pero todo amor necesita un viaje.  
Todo amor, simbólicamente,  
es un viaje que precisa encarnarse.**

**Julian Barnes**

Hizo que la moneda se pasara entre sus dedos mientras esperaba. Había albergado la esperanza de volver a ver a Didier, pero no halló rastros de él. Sus palomas lucían agitadas y un tanto hambrientas.

—Veré qué puedo conseguir —les prometió después de hurgar dentro de su bolso, sin éxito.

Abandonó la fuente solo por un momento, para cruzar al otro lado de la calle, donde había una pintoresca casa de té. Se acercó hasta la mujer regordeta que se ocupaba de limpiar las mesas.

—Disculpe —llamó su atención—. Buenos días.

—Buenos días, querida. ¿En qué puedo ayudarte? —preguntó amablemente.

—Me pregunto si podría darme esos restos de pan —dijo, en clara referencia a las sobras que la mujer había recogido de las mesas.

Confundida, ella la estudió de pies a cabeza. Era alta, muy alta, y aunque se veía delgada, no parecía mal nutrida. Su imagen no coincidía con el perfil de las personas que se acercaban a pedir las sobras.

—Oh, no. No, no, no —dijo Anna, al descubrir el origen de su confusión—. No es para mí. Verá... Hace algunas semanas conocí a un caballero cerca de la fuente, la que está aquí al frente. Un hombre mayor, con una boina gris y un grueso abrigo de lana. Sus palomas se ven hambrientas, así es que pensé en alimentarlas por él —explicó.

—Te refieres a Didier —relacionó la mujer.

—Precisamente ese es su nombre —asintió Anna.

—Querida, cuánto lo siento... No sé qué tan cercanos eran, pero debo decirte que Didier falleció tan solo unos días atrás.

—Oh.

Anna se quedó perpleja. Apenas lo había visto una vez, pero sintió pena por su pérdida.

—¿Estás bien? —preguntó la mujer.

—Sí, estoy bien —le aseguró—. La verdad es que no lo conocía tanto. Compartimos una agradable charla junto a la fuente, eso es todo —lo evocó con una sonrisa.

—Debe haber sido una muy buena charla, si la recuerdas con tanto cariño.

—Lo fue, sí. Una de las mejores que he tenido hasta el momento —acordó.

—¿Sabes qué? Ten... —la mujer puso algunos trozos de pan entre sus manos—. Didier era un buen hombre. Te prometo que me ocuparé personalmente de alimentar a sus palomas, todos los días.

—Muchísimas gracias. Estoy segura de que, donde quiera que esté, se sentirá muy complacido con eso.



Pascal, que había llegado al punto de encuentro unos minutos antes de la hora acordada, se sentó al borde de la fuente y se dispuso a esperarla tanto como fuera necesario. Había dejado a Dominique a cargo del Lavender, algo que nunca se había atrevido a hacer antes. Así de intensas eran sus ganas de volver a ver a Anna.

Le parecía que había pasado una eternidad desde la última vez que habían estado juntos, pero sabía que debía culpar a la ansiedad por semejante distorsión de la realidad. En su situación, un minuto era lo mismo que un año.

Comenzaba a percibir los primeros signos de ansiedad, cuando al fin la divisó abriéndose paso entre la gente. Era una visión celestial en ese vestido celeste, que se mecía peligrosamente con cada paso que daba. Tuvo que hacer un esfuerzo por apartar de su mente las imágenes de lo que habría hecho en su cocina si ese hubiera sido el atuendo.

—Hola —Anna se detuvo frente a él y desplegó esa suave sonrisa que Pascal se moría por morder.

—Hola —dijo también.

Cuando la tuvo a su alcance, ya no pudo mantener las manos en su sitio. Una de ellas se aferró a la curva de su cintura y la otra buscó el calor de su mejilla izquierda.

—Hola... —repitió.

Se acercó despacio hasta su boca, pero el beso acabó aterrizando en la comisura de sus labios. Una pequeña porción de su consciencia, muy pero muy pequeña, era la responsable de recordarle que estaban en público.

Anna lo notó contrariado, contenido.

—¿Estás bien? —preguntó mientras escrutaba su mirada.

—Sí... —se acercó un paso más e inspiró profundo, para llenarse de su esencia.

—Dímelo —susurró Anna—. ¿Qué pasa?

—Trato de convencerme a mí mismo de que no es buen momento para alzar tu vestido y probar las delicias que escondes dentro de tu ropa interior, pero estoy comenzando a dudar de mis propios argumentos.

La oleada de calor que le invadió el cuerpo al escuchar esas palabras fue más poderosa que mil soles. Erróneamente, pensó que citar a Pascal en un sitio público sería suficiente para mantener el fuego a raya, pero, ahora, era consciente de que la pasión no entendía de límites.

—¿Es pan lo que traes en tus manos? —preguntó él, al ver cómo las migajas se deshacían entre sus dedos, atrayendo rápidamente a las palomas que se hallaban cerca.

—Ven conmigo a Marsella —le pidió Anna, incapaz de contenerse o de atender al frenético aleteo que se desarrollaba a su alrededor.

—Claro que sí —Pascal respondió sin titubeos—. ¿Cuándo nos vamos?



—Tú sabes lo que debes hacer —le dijo mientras acababa de guardar los últimos artículos en su bolso.

Dominique se paseó nervioso frente a Pascal. Una cosa era quedarse al frente del Lavender solo por un par de horas; pero veinticuatro horas le parecían una eternidad.

—¿Sabes la cantidad de errores que podría cometer en tu ausencia? —dijo, alzando las manos al cielo, como si esperara que un rayo divino bajara e iluminara a su hermano mayor.

—Bueno... —lo pensó mientras seleccionaba un libro de la biblioteca—. Supongo que la misma cantidad que podría cometer yo.

—Eso dices ahora. Pero, luego, si lo echo a perder...

—No lo echarás a perder —insistió Pascal—. Confío en ti —le sonrió.

—¿Desde cuándo? —preguntó Dominique, dejándose caer en el sofá.

Si no hubiera visto la apesadumbrada expresión de su rostro, Pascal hubiera creído que bromeaba. A pesar de las gigantescas proporciones de Dominique, en ese momento lo percibió vulnerable. Inseguro, incluso. No habían sido pocas las ocasiones en que le había marcado errores, y de repente cayó en la cuenta de cuánto había afectado su confianza al hacerlo. Él, que sabía de primera mano lo penoso que era sentirse presionado, no había hecho más que aplicar toneladas de presión sobre Dominique.

Dejó el libro y se sentó frente a su hermano.

—Desde siempre —respondió a destiempo—. Si te hice creer que no confiaba lo suficiente, supongo que te debo una disculpa. El Lavender es un organismo vivo y nosotros lo hicimos crecer. Tú y yo. Somos socios, no lo olvides. En mi ausencia, no confiaría en nadie más para quedarse a cargo.

Luego de escucharlo, la mirada de Dominique recuperó algo de brillo.

—Cielos... —se incorporó en el sofá y enderezó su enorme espalda—. De verdad, quieres acostarte con esta chica, ¿cierto?

Pascal revoleó los ojos.

—¿Podrías no ser tan tosco?

—¿Tosco, por qué? Oye, no digo que esté mal... Es decir, también quise acostarme con ella...

—¡Dominique! —lo detuvo—. No sabes cuándo callarte, ¿verdad?

—Solo decía —dijo alzando las manos en un gesto claramente defensivo.

—Pues, no digas. Y, Dom... Te recuerdo que la que está aquí es ¡mi cama! Tienes prohibido usarla —advirtió.

—¿No dijiste que confiabas en mí? —se puso una mano en el pecho. Pascal lo miró con cierto recelo—. Me portaré bien, lo prometo.



—Mezclo un poco de alimento balanceado con su comida de siempre. El veterinario dice que eso ayudará a fortalecerla... —explicó mientras caminaban hacia el Polo. Florian, con las manos en los bolsillos y la mirada fija en el horizonte, Anna dándole las últimas indicaciones sobre el cuidado de Perro—. Hace calor, así es que procuro mantener su recipiente de agua siempre lleno.

—Es solo un día, Anna. Podré manejarlo —dijo.

—Claro, por supuesto. Lo sé —abrió la cajuela y guardó su bolso de mano y el estuche con la cámara de fotos dentro. Cuando la cerró, atendió a la preocupación en el rostro de su abuelo—. ¿Qué ocurre? —preguntó.

—¿Es solo un día, cierto? —buscó su mirada—. ¿Regresarás?

Anna pensó que la respuesta era obvia, pero Florian parecía necesitar algún tipo de garantía.

—Por supuesto que regresaré —le aseguró confiada—. Las cenizas de Lili siguen en mi habitación... No la abandonaré aquí. Tampoco a usted. Y, además, parece que empiezo a agradarle a Perro —dijo con un nudo en la garganta—. No me iré ahora que por fin estamos aprendiendo a confiar. Regresaré.

Florian asintió y dio un paso hacia atrás, para darle espacio. Anna abrió la puerta del automóvil y tomó su lugar en el asiento del conductor.

—Ten cuidado —le pidió su abuelo.

—Lo tendré. Nos vemos pronto.

—Aquí estaré siempre... Confío en ti.



## CAPÍTULO 23

# SIEMPRE NOS QUEDARÁ MARSELLA

—Mi piel está grabada con tus señales y no hay viento ni agua que pueda lavarlas sin dejar mi nombre borroso, desteñido y sin sonrisa.

Gioconda Belli

—**L**indo carruaje —elogió Pascal, luego de que Anna aparcara el confiable Polo gris frente al Lavender.

—Lo es, ¿cierto? —acordó con una sonrisa—. ¡Vamos, príncipe! ¡Apresúrate!, que llegaremos tarde al baile.

—Lo lamento, pero no me subiré en el asiento del acompañante. Tendrás que dejarme conducir —abrió la puerta trasera y arrojó su bolso dentro.

—Por supuesto que no. Olvídalo —Anna se sostuvo del volante y dejó en claro que nada ni nadie la movería de allí.

—Lo digo en serio —Pascal se asomó a la ventanilla.

—También yo —Anna insistió—. Además, es mi automóvil.

—Culpa a mi machismo por lo que voy a decir, pero ¿cómo esperas que sea un caballero si no puedo llevar a mi dama a destino? Aún estamos a tiempo de ir por el mío —sugirió.

—¿Y quién dijo que espero que seas un caballero? —Anna alzó una ceja, sugestiva.

Eso dio por concluida la negociación. Ambos ganaban. Pascal entró al auto y se atrevió a besar el pulso en su cuello antes de tomar su lugar. Anna se sonrojó, por supuesto.

—¿Estamos listos? —le preguntó.

—Desde que te vi entrar al bar por primera vez... —confesó Pascal.



Cuando hizo el camino desde Marsella hasta la estancia de su abuelo, Anna sintió que dejaba su hogar para dirigirse a lo incierto. A lo desconocido. Ahora, que le tocaba hacer el camino inverso, la sensación no era muy diferente. ¿Era posible que la estancia se hubiera convertido en un lugar al que llamar hogar? ¿Tan pronto?

Haber dejado a Florian, solo, en esa enorme casa, le había resultado incluso más difícil que dejar su vida en Marsella.

Entonces, se preguntó qué era lo que en verdad había dejado en Marsella. ¿Un trabajo? ¿Compañeros? El trabajo podría trasladarse. Con sus compañeros, poco compartía. Tenía un apartamento, claro que sí, pero tampoco lo consideraba irremplazable. Amaba el puerto. Y el aroma del mar que entraba por la ventana. Pero ¿era eso suficiente para retenerla en ese lugar? Los senderos de lavanda se parecían mucho más al paisaje que quería para su vida.

Pascal la observaba en silencio. Cuando la veía así de ensimismada, buceando en las profundidades de sus propios pensamientos, caía en la cuenta de cuán poco la conocía en realidad.

—Regresa —le dijo.

Anna permaneció con la vista al frente. Lo que sea que estuviera pensando, era más importante para ella que la persona que iba a su lado. Pascal no creyó que fuera posible sentirse desplazado por un pensamiento, pero eso fue justamente lo que experimentó. Y la sensación no era para nada agradable.

—Anna... regresa —le repitió, elevando un poco más su tono de voz.

—¿Qué? —pestañeó confundida. Al menos, lo había escuchado. Ya era un avance.

—¿Dónde estabas? —preguntó con genuina curiosidad.

—Lo siento —sonrió levemente—. Me fui por un segundo.

—Me pregunto a dónde... —susurró Pascal.

—Imagino que sí —dijo.

Aún con la vista al frente, se inclinó en dirección a la guantera y rozó su rodilla al pasar. Le dio un golpe seco para que se abriera y luego sacó un paquete de cigarrillos del interior. Pascal alcanzó a ver que el libro que le había obsequiado el día de la mudanza continuaba allí.

—¿Dónde? —insistió.

—¿Cómo dices? —preguntó Anna, bajando la ventanilla.

—¿Dónde te fuiste?

Los esfuerzos por evadir las preguntas no estaban resultando. Pascal era obstinado y el automóvil demasiado pequeño para esconderse o escapar. No tenía más remedio que dejarle ver un poco de su interior.

—Pensaba en Marsella —puso el cigarrillo entre sus labios y lo encendió—. Siento como si me hubiera ido de allí hace una década... Pensaba en lo relativo que puede ser el tiempo.

—¿Cómo era? Tu vida, allí en Marsella.

Anna había estado temiendo esa pregunta, pero era momento de hacerle frente.

—Solitaria —respondió con simpleza—. De pequeña, solo éramos mi madre y yo. Su nombre era Lili.

—Lili —repitió Pascal, probando el nombre en sus labios—. Me gusta.

—Es lindo.

—Dijiste que era de Gordes, ¿cierto?

—Así es.

—¿Y qué la llevó a Marsella?

—Bueno, supongo que yo lo hice —respondió con la mirada al frente. Era sencillo ver cuánto la afectaba hablar de eso, por lo que Pascal permaneció en silencio. No quería que aquello se convirtiera en un interrogatorio, esa no era su intención.

Anna aspiró una larga bocanada de nicotina antes de ser capaz de continuar.

—Su padre era muy estricto. Lili le tenía mucho miedo... Cuando supo del embarazo, prefirió huir antes que enfrentar la situación. Fue así como acabó en Marsella.

—¿Su padre es el hombre con quien estás quedándote? —preguntó, un tanto preocupado—. ¿También le temes?

—No es tan estricto como yo esperaba —admitió con absoluta honestidad. Luego de un comienzo accidentado, tenía que aceptar que Florian y ella comenzaban a entenderse—. Además, soy más fuerte que Lili.

A Pascal no le pasaba desapercibida la distancia que se imponía con el recuerdo de su madre. Ni siquiera se permitía nombrarla como tal, prefería referirse a ella como “Lili”.

—¿Qué hay de tu padre?

—No lo conozco.

—¿Quieres hacerlo? —fue la siguiente pregunta.

Anna tragó saliva muy despacio.

—La verdad... —se tomó un segundo para pensarlo— todavía no estoy segura.

—¿No sientes curiosidad?

—Pues, sí —aceptó—. Pero no sé si la curiosidad es motivo suficiente para dar un paso así. Pasaron muchos años... Él tiene una familia; esposa, hijos. No puedo quitarme eso de la cabeza. Yo nunca tuve un padre, no pierdo nada si las cosas continúan como hasta ahora. Pero... ¿qué hay de su familia? ¿Qué pensarían sus hijos?

—Que tenga una familia, no lo exime de su responsabilidad.

—Tengo treinta años, Pascal. Ya no necesito a nadie que asuma responsabilidades por mí. Puedo cuidarme sola.

—Sé que puedes cuidarte sola. Lo que digo es que no necesitas hacerlo... Debe ser agotador tener que ser fuerte todo el tiempo.

Lo era. ¡Era tan, tan agotador! El esfuerzo por mostrarse siempre fuerte se estaba llevando lo mejor de ella. Las palabras de Pascal le tocaron una fibra tan íntima que tuvo que desviar la mirada del camino y fijarla en el paisaje que pasaba desdibujado a su lado, solo que para que no viera la humedad que se acumulaba en sus ojos.

—¿Y qué hay de ti? ¿No sientes curiosidad? —preguntó, procurando correrse del foco de atención.

—¿A qué te refieres?

—¿No sientes curiosidad respecto a tus padres biológicos?

—No —respondió con simpleza.

—¿No? ¿Ni un poco?

—No, ni un poco —repitió, incluso más seguro que antes—. ¿Te sorprende?

—Pues, sí. Me sorprende.

—Hubo una vez, cuando era adolescente... —dijo—. Los chicos en la escuela eran crueles. Usaban el asunto del hijo adoptado como si se tratara de un insulto o algo parecido —aunque lo que contaba había sido difícil de atravesar, se trataba de una etapa muy anterior. Ya no lo afectaba, no había rastros de dolor en el tono de su voz—. Me encerraba en mí mismo, leyendo la mayor

parte del tiempo, y eso no ayudaba demasiado. Mis padres creyeron que estaba deprimiéndome, que la crueldad de un puñado de idiotas estaba lastimándome. Se preocuparon bastante. Pensaron que había llegado el momento de hacer algo al respecto y me ofrecieron la posibilidad de conocer a mis progenitores.

—¿Entonces? ¿Lo hiciste?

—No. Rechacé la oferta...

—¿De verdad? ¿Por qué? —Anna no salía de su asombro.

—Por gratitud —respondió, como si fuera la cosa más obvia del mundo.

—¿Pensabas que a tus padres les molestaría que quisieras conocer a tus progenitores?

—No —sonrió por la confusión—. Ya te lo dije, a ellos les debo todo. Pero eso no se llama gratitud, es amor incondicional. La gratitud es hacia las personas que me trajeron al mundo... Según lo veo, si no hubiera sido por ellos, yo no estaría aquí. No solo me dieron la vida, sino que me dieron ¡esta vida! Fueron lo suficientemente honestos como para advertir que no podían ser mis padres y tuvieron la generosidad necesaria para dejarme ir. Mi gratitud hacia ellos no tiene límites.

Anna tenía un nudo tan grande sujetando su garganta que casi no podía respirar. Quería decirle mucho, o todo, pero no hallaba las palabras. Sintió que estaba sentada junto a la persona más sensata sobre la faz de la tierra. Pascal tenía una forma de explicar las cosas, de comprender el mundo a su alrededor, que no podía más que provocarle admiración.

Sin previo aviso, bajó la velocidad y buscó un sitio apropiado para detenerse.

—¿Qué? ¿Nos detenemos?

Anna no respondió... no con palabras. Se quitó el cinturón de seguridad y se bajó del automóvil. Pascal hizo lo mismo. Se encontraron a medio camino. Quiso preguntar qué era lo que sucedía, pero la determinación que encontró en la mirada de Anna lo obligó a callar. A esperar.

Con una lentitud que rozaba lo doloroso, colocó las manos a ambos lados de su rostro y acortó la distancia hasta su boca. Estaban tan cerca que respiraban el mismo aire.

Entonces, Anna cerró los ojos y decidió que ya era tiempo de saltar al vacío.

Fue un beso que comenzó tímido. Apenas un roce. El primer encuentro de dos bocas que no tenían prisa, que habían esperado tanto que necesitaban demorarse. Explorarse. Los labios de Anna se abrieron como dos pétalos y Pascal aceptó la invitación, sumergiéndose por completo en el cálido interior de su boca. Sus besos sabían exactamente como los había imaginado; dulces al principio y picantes más allá. Un cielo que anhelaba acariciar y un infierno en el que quería consumirse.

Cuando las manos se sumaron a las bocas, la temperatura se elevó con rapidez.

Los dedos de Anna se tomaron del sensual desorden de cabello oscuro que coronaba su cabeza y las manos de Pascal se aventuraron más allá de los límites que imponía su sostén. Estaban al costado del camino, pero ninguno parecía percatarse de ese detalle.

—¿Por qué esperamos tanto para hacer esto? —preguntó Anna, presa del abandono.

—No tengo idea... Pero ya no puedo detenerme —le advirtió con los últimos rastros de cordura, mientras su cuerpo la presionaba contra la puerta del automóvil—. Lo siento, pero ya no puedo —cerró los ojos con fuerza y sus dedos se hicieron paso a través de los jeans, hasta que se hundieron victoriosos en la cálida humedad entre las piernas de Anna.

El deseo se estaba cobrando la deuda. Con intereses.

Ninguno de los dos supo a ciencia cierta quién abrió la puerta del asiento trasero, pero Anna pronto se encontró tendida sobre su espalda y agradeció estar al resguardo de las miradas intrusas.

El confiable Polo gris se mecía a un ritmo cada vez más escandaloso. Manos presurosas quitaron camisetas, desprendieron botones y abrieron cremalleras; todo con una precisión que parecía fuera de lugar en medio de esa locura. Abundaban los suspiros, los gemidos, y el sonido de un cuerpo que iba al encuentro del otro con un ímpetu que presagiaba el final.

Un final que fue todo y más.

Pascal finalmente acarició el cielo cuando se derramó en su interior y Anna supo que, aunque acabara en cenizas, no podría evitar consumirse en ese infierno.



Entraron a la ciudad de Marsella con Pascal al volante del Polo. Anna, de buen grado, había entregado las llaves y, con ellas, el control. Él tenía razón; era agotador tener que ser fuerte todo el tiempo. A veces, era necesario relajarse y solo disfrutar del paisaje.

—Pero ¿tienes un arma? —la curiosidad de Pascal respecto de la profesión de Anna había acaparado la atención durante buena parte del trayecto.

—Una reglamentaria. Y, antes de que preguntes, la respuesta es no. No te la mostraré —se adelantó.

—Claro que lo harás. Tengo mis métodos para intentar convencerte —sonrió.

—No te la mostraré —terció.

—Lo harás. Ya lo verás... ¿Y la has disparado alguna vez? —aparcó el automóvil frente a la estación de policía.

—En un polígono, solo para obtener mi licencia. Y no, no voy a dejarte dispararla.

—Ni siquiera me atrevería a sugerir algo como eso —se defendió—. Entonces, ¿cómo quieres que hagamos esto? ¿Te acompaño hasta adentro o te espero aquí?

—Creo que es mejor que me esperes. Será solo un trámite —le aseguró—. Regresaré pronto.

Estaba a punto de bajarse cuando una mano demandante sujetó su brazo y la regresó al asiento. Pascal se aferró a su rostro y Anna dejó que mordiera su sonrisa.

—Regresa pronto, ¿de acuerdo?

—Pronto, lo prometo.



Aunque conocía cada rincón de la estación, que había sido su lugar de trabajo durante casi una década, le pareció entrar a un mundo desconocido. Se veía diferente y se sentía diferente, incluso olía diferente. El aire se percibía viciado y cargado de humedad.

En la entrada, fue recibida por Constance. Como recepcionista, estaba enterada de todo cuanto acontecía alrededor. Sabiendo que el capitán Moulian la esperaba, la hizo pasar sin demora.

De camino a la oficina, se cruzó con varios conocidos. Recibió besos y abrazos a montones, e incluso elogios por lo bien que se veía. En realidad, no había hecho ningún cambio con su look, pero era su semblante el que resplandecía. Sus mejillas, antes pálidas, habían adquirido una tonalidad rosada gracias al sol de la Provenza, y hasta su rígida postura parecía haberse suavizado.

André, oculto en las penumbras de su oficina, espiaba a través de las cortinas americanas. Igual que el resto, pudo apreciar los cambios a pesar de la distancia.

Le parecía estar viendo a otra mujer.

Aunque antes había dudado, ahora que volvía a verla se convencía de que recomendar su

traslado era un acierto.

Había permitido que los celos le nublaran el juicio cuando la visitó en casa de Florian Leclerc. ¿Hacerla seguir? ¿En qué pensaba? ¿Qué solucionaría comportándose así? Se desconocía. Perdía la razón cuando la tenía cerca. La distancia que Anna había impuesto fue necesaria para verse y decidir que era momento de poner punto final. Por esa razón, le había pedido al capitán que arreglara el papeleo por él, como un favor personal.

Cuando la vio aproximarse por el pasillo, se ocultó detrás de la puerta y cerró los ojos. Se negaba a ver de cerca cuán feliz estaba sin él. Era demasiado doloroso. Resbaló por la pared y se derrumbó en el suelo, derrotado. Elevó una plegaria a sus santos, con la esperanza de que Anna aceptara el traslado. Así, no tendría que verla nunca más. Así, podría aceptar que formaba parte de su pasado.



El capitán Moulían se había hecho la fama de tipo duro. Anna, que nunca se dejaba llevar por los juicios ajenos, lo consideraba un sujeto por demás agradable. Se habían cruzado en contadas oportunidades, pero siempre se había mostrado amable.

—Adelante, agente Leclerc —la invitó a tomar asiento, con una formalidad a la que Anna no estaba acostumbrada.

—Gracias, señor.

Hizo a un lado el desorden de papeles desparramados sobre su escritorio y extrajo de la gaveta superior una serie de documentos.

—Vamos a ver qué tenemos por aquí, jovencita.

Anna se esforzó por ocultar la sonrisa que le provocaba ver cómo se le movía el bigote mientras leía.

—¿Sabe por qué está aquí? —Moulían alzó la mirada de los papeles.

—Se me informó que discutiríamos mi traslado.

—Efectivamente —confirmó.

—¿Puedo preguntar quién lo solicitó? —quiso saber Anna.

—Su superior, por supuesto. El teniente Dubré.

—¿Y qué argumenta?

—Hace usted muchas preguntas, agente —el capitán apartó los papeles y entrelazó sus gruesos dedos sobre el escritorio—. Vamos a olvidarnos de las formalidades por un momento, ¿está de acuerdo? —a un asentimiento de Anna, continuó hablando—. Somos muchos, pero nos conocemos todos. André no es solo uno de los hombres más valiosos de esta Estación, es también un amigo muy querido. Casi un hijo, podría decirse. Y a nadie le gusta ver a sus hijos sufrir, ¿verdad? Me han llegado rumores de que el aire de la Provenza le sienta a usted de mil maravillas. ¡Pues, bien! ¡No se contenga! La pequeña delegación de Gordes estará feliz de contarla entre sus filas. No crea que, por tratarse de un municipio pequeño, el trabajo es menor. Su experiencia sería muy apreciada allí, donde todos deben hacer todo.

Anna inspiró profundo y apoyó su espalda en la silla.

—¿Y? ¿Qué me dice? ¿Comenzamos a gestionar el traslado? Llevará solo algunas semanas —insistió Moulían, como si se tratara de una oferta de último minuto pronta a expirar.

Para Anna, la decisión no era tan sencilla. Puede que su vida en Marsella no hubiera tenido las características de un cuento de hadas, pero tampoco era un completo desastre. Allí, tenía una vida

simple pero real. En Gordes, no había seguridad alguna. Una promesa, tal vez. Pero ninguna certeza.

—Escuche, agente... Según entiendo, todavía se encuentra de licencia. No tiene que tomar una decisión hoy. Tiene algunas semanas para pensarlo.

—¿Cuántas semanas? —preguntó.

—Las que necesite. Considérelo una cortesía de parte de su superior. Un regalo de despedida, si así lo prefiere.



Habían transcurrido poco más de treinta minutos. Pascal, reclinado en su asiento, leía *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Lo había abierto en una página al azar, ya que el libro era un poema en su totalidad. Se encontraba en uno de sus pasajes favoritos, cuando tres potentes golpes sobre el cristal le provocaron un sobresalto.

Lo primero que vio, fue la placa plateada y dorada que un sujeto, alto y de semblante malhumorado, blandía frente a él. Al parecer, estaba haciéndole señas para que bajara la ventanilla.

Rápidamente, dejó el libro en el asiento del acompañante y obedeció.

—Buenas noches, oficial. ¿Puedo ayudarlo?

El tipo entrecerró los ojos y lo estudió muy detenidamente, sin decir una palabra. Luego, se asomó a ver el interior del automóvil e hizo otro tanto.

—Teniente —masticó entre dientes.

—¿Perdón?

—Que soy un teniente. Ningún oficial. Teniente André Dubré.

—Lo lamento mucho, teniente.

André se preguntó qué era lo que Anna veía en él. A sus ojos, el tal Pascal no era más que un niño asustadizo que leía sus historietas mientras esperaba en el automóvil.

—Baje del vehículo —le pidió con gesto grave.

—¿Puedo preguntar por...?

—No, no puedes preguntar un carajo. Que bajes tu escuálido trasero de ese vehículo, he dicho. ¡Ahora mismo!

—Sí, claro. Lo siento, señor. Digo... Teniente. Señor teniente —balbuceó.

Asustado como jamás en la vida, se aseguró de tener a mano su identificación y se preguntó dónde estaba su agente favorita cuando la necesitaba.

Cuando estuvo fuera, André se acercó a su ropa e inspiró profundo. Pascal se alejó de manera refleja. ¿Qué era lo que pretendía el sujeto?

A André se le revolvió el estómago al percibir el rastro de un perfume que él conocía muy bien. Un perfume que aún seguía impregnado en su almohada. ¡Quería golpearlo en medio de la cara!, pero sabía que eso no le gustaría a Anna. En cambio, encuadró los hombros, alzó el mentón y se midió con él. Era bastante alto, iba a concederle eso, pero le faltaban muchas horas de gimnasio y le sobraba bastante cabello.

—Dos minutos —le dijo entre dientes.

—¿Qué? —preguntó Pascal, sin comprender a qué se refería. Todo el asunto le resultaba confuso.

—Dos minutos es el tiempo que me llevaría darte una paliza.

—¿Perdón?

—Lo que escuchaste, niño. ¡Estás advertido! —alzó un dedo y lo aplastó en su pecho, haciéndolo retroceder un paso—. Si alguna vez llego a enterarme que no la haces tan feliz como se merece, juro que rastrearé tu escuálido trasero y te enviaré a Emergencias, ¿oíste?

Dejando a Pascal boquiabierto y al borde del desmayo, el teniente André Dubré se dio media vuelta y desapareció entre la bruma, de la misma forma en que desaparecería de la vida de Anna... como si fuera nada más que una sombra del pasado.



CAPÍTULO 24

**DOS  
CABEZAS  
DURAS**



Había un toque de locura en su amor.  
Tenía los bordes carbonizados por aquel fuego siempre ardiente, y los dos sabían cómo mantenerlo con vida.

Camilla Läckberg

**A**l abrir los ojos, se encontró en penumbras. Le tomó solo un segundo recordar dónde se encontraba y quién dormía abrazado a su cintura.

Se había acostumbrado a los espacios amplios y a los techos altos de la casa de su abuelo, tanto que su apartamento frente al Viejo Puerto le provocaba claustrofobia. Necesitaba salir a tomar aire.

Tan despacio como pudo, se deshizo del abrazo y se deslizó fuera de la cama, llevando consigo la sábana para cubrir su desnudez. Contó veinte pasos en dirección a la cocina. ¡Sí que era pequeño, su apartamento! Tomó un vaso de la alacena y se sirvió agua directamente del grifo. Bebió un sorbo y miró a la nada que la rodeaba. Vaso en mano, recorrió otros veinte pasos y llegó hasta el balcón... A decir verdad, no era correcto llamarlo balcón. Era más bien una saliente al exterior con reja de contención. Pero le agradaba pasar tiempo allí.

La brisa marina le acariciaba el rostro, como una vieja amiga que le daba la bienvenida. ¿O era una despedida? Aún no lo sabía. Bebió otro sorbo de agua y miró hacia la calle. Desde las alturas, el asfalto se veía húmedo y la bruma se escurría por los callejones. Marsella era una dama sombría, la rodeaban demasiados fantasmas.

—Ey...

Se sobresaltó al escuchar la voz de Pascal a sus espaldas.

—Lo siento, ¿te asusté? —pasó un brazo por su cintura y la sostuvo cerca. Luego, movió su oscuro cabello a un lado para hablarle al oído—. ¿Qué haces fuera de la cama? Todavía no amaneció.

Anna acarició su antebrazo y se recargó en su pecho. Le gustaba estar así. Cerca.

—Lili se suicidó —dijo, con la mirada clavada en el recuerdo de un asfalto tan húmedo como el de esa noche.

No necesitó darse vuelta para saber que le había causado a Pascal una gran impresión. Pudo sentir cómo su respiración había cambiado, de repente, y la tensión en el brazo que rodeaba su cintura. Sí, le había causado una gran impresión.

Le había dicho que Lili había muerto, pero no en qué circunstancias.

Al encontrarse allí, en ese lugar que había sentido como propio durante largo tiempo, comprendió que, aunque abandonara Marsella, los fantasmas la seguirían hasta Gordes. No podía fingir que era alguien más. Ella era con sus luces y sus sombras. Si Pascal estaba tan loco por ella, como se empeñaba en decir, tendría que aceptar ambas caras de la moneda.

Superada la impresión inicial, decidió continuar.

—Se arrojó de la azotea de su edificio. Vivía del otro lado de la ciudad.

—Cuánto lo siento —apoyó el mentón en su hombro y la abrazó un poco más. El suicidio era un acto que no comprendía, que lo desconcertaba. Solo podía imaginar lo que sentía Anna, pero suponía que era una pesadilla.

—Me llamaron para tomar fotografías... Era una noche bastante parecida a ésta, según recuerdo. Una mujer había saltado al vacío. Yo estaba cansada, porque había dormido muy poco esa semana; solo quería acabar el trabajo y regresar a casa —mientras relataba lo sucedido, la asaltaban los recuerdos de esa noche. Los conservaba tan vívidos que casi podía percibir el olor

de la sangre —. La reconocí por sus manos. Tenía unas manos muy bonitas... —inspiró profundo y se tragó la angustia para poder continuar—. Hacía diez años que no la veía. Y me la encontré allí, sobre el asfalto, con trozos de su cerebro esparcidos alrededor.

Lentamente, sin siquiera darse cuenta, Pascal estaba alejándose. No podía creer lo que escuchaba. El relato no se correspondía con una pesadilla, se trataba más bien del mismísimo infierno.

Anna no se atrevía a mirarlo. Seguía con los ojos pegados al asfalto.

—Diez años es mucho tiempo... Demasiado —murmuró. Presionó las manos sobre la reja y se alzó de puntillas. Se preguntó qué se sentiría al caer de semejante altura.

—¿Qué haces? —Pascal la tomó con fuerza y la regresó al interior del apartamento. Anna sacudió la cabeza, como si despertara de un sueño. O de una pesadilla.

—Lo siento —dejó el vaso sobre la mesa y fue a sentarse al sofá, apretando la sábana alrededor de su cuerpo. Pascal se acuclilló a su lado y buscó su mirada. No se veía nada bien.

—Deberíamos volver a casa. Este lugar te está afectando —dijo con evidente preocupación.

—Este lugar es mi hogar —le recordó Anna.

—No —negó de inmediato, sin dudar—. Tu hogar está en Gordes. En casa de tu abuelo. Allí es donde vives. Aquí... no eres tú.

—No me conoces —sentenció.

Él le devolvió una mirada herida, pero Anna estaba dispuesta a continuar. Ya no podía detenerse. Si iba a huir despavorido, era mejor que lo hiciera en ese momento.

—Es cierto, en parte —concedió Pascal. Se sentó sobre la mesa de café y puso las manos sobre las rodillas de Anna. No quería perder el contacto. Necesitaba que supiera que se mantendría cerca, sin importar qué—. Desconozco detalles de tu vida, lo sé. Pero eso no significa que no te conozca.

—La vida está hecha de detalles. Somos lo que hacemos y cómo lo hacemos —dijo Anna.

—No podría estar más de acuerdo con eso —asintió.

—Entonces, ¿qué dice de mí que no hablara con mi madre?

—No lo sé —respondió con franqueza—. Pero no soy quién para juzgarte. Solo tú sabes por qué las cosas resultaron de ese modo. Si alguna vez quieres contarme, te escucharé. Si prefieres guardar silencio, te respetaré. Y, sin importar qué, me quedaré. Así es que deja de tratar de alejarme; no me asusto tan fácilmente. Es mejor que lo sepas ahora. Tengo la cabeza más dura que una roca.

—Querrás irte cuando descubras quién soy —vaticinó.

—Okey —se rascó la nuca—. Evidentemente, no soy el único cabeza dura en esta sala —movió su dedo alrededor—. No perderé mi tiempo tratando de convencerte de nada. Pero creo que merezco el beneficio de la duda. Tú tampoco me conoces —dijo con una sonrisa.

Era listo. Muy astuto. Estaba atacándola con su propio argumento. ¿Qué decir contra eso?

Pascal esperó por una réplica, atento, solo en caso de que necesitara arrojarle otro argumento en forma de bola curva para dejarla *out* y ganar la primera contienda. Estaba seguro de que así sentaría un importante precedente. Nunca antes había salido victorioso. Margot, Esther y, sobre todo, Juliette, no eran mujeres con las que pudiera sostenerse una discusión. Siempre terminaban gritando o, en el peor de los casos, llorando. Con Anna, había sido distinto. De hecho, no era claro si lo que acababa de acontecer era una discusión o nada más que una diferencia de criterios. En fin... la réplica nunca llegó.

—¿Gané? —preguntó sorprendido—. ¿Solo así? ¿Se acabó?

—No comprendo —dijo Anna.

—Bueno... creí que estábamos a punto de tener nuestra primera pelea.

—Oh, no —Anna lo descartó de plano—. Yo no peleo.

—Ah, ¿no? ¿Nunca?

—No —confirmó con una sonrisa apretada—. Eso es precisamente lo que ha acabado con todas mis relaciones en el pasado. Nunca peleo. En general, los hombres de mi vida se dan cuenta de que algo anda mal cuando ya es demasiado tarde.

—Oh... Eso es mucho, mucho peor. Cuando dices “demasiado tarde”, ¿a qué te refieres exactamente?

—A mí saliendo por la puerta y no regresando jamás.

—¿Jamás?

—Jamás, jamás —repitió Anna.

—Cielos... dos jamases juntos me suenan a mucho.

—Pues, sí.

Lo miraba y quería reír. Entre esas paredes que estaban asfixiándola, él era como un sople de aire fresco. Su ánimo cambiaba rápidamente cuando él estaba cerca.

—Aunque no pelee... ¿Sabes qué es lo que sí hago? —dijo con una sonrisa juguetona, en un intento por compensarlo por el mal momento.

—¿Qué? —Pascal se mostró interesado.

—Sexo de reconciliación. Me encanta.

—¡Oh, bueno! Eso es un gran alivio. Porque creo que luego de semejante pelea, estamos necesitando urgente un poco de eso.



Con el pasar de las horas, y luego de una intensa y satisfactoria sesión de sexo de reconciliación, el día cambió de color. Se volvió menos sombrío, más amigable.

Bajo la luz del sol, la ciudad se veía completamente distinta.

Caminaron por el puerto y comieron montones de comida chatarra, y Anna experimentó una nueva dimensión de la palabra intimidad cuando Pascal la tomó de la mano. No estaba segura de que lo hubiera hecho de manera intencional, pareció más bien un impulso, pero se sintió muy correcto. Muy natural. En Gordes, no se hubieran permitido algo así.

—¿Quieres que conduzca? —ofreció Pascal, a la hora de regresar.

—Claro —respondió Anna.

Apoyó la cabeza en el asiento y se dedicó a grabar en la memoria el mejor recuerdo de la ciudad que había sido su hogar. Aún no estaba claro qué le deparaba el futuro, pero estaba segura de que Marsella ya era parte de su pasado.

—Anna, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto —respondió. Se puso un cigarrillo entre los labios y bajó la ventanilla.

—¿Conoces a un teniente André Dubré?

—Sí... —respondió sorprendida—. ¿Por qué?

—Un tipo muy simpático. Anoche, afuera de la estación, cruzamos algunas palabras —comentó, distorsionando un poco la realidad. O más que solo un poco—. Se preocupa por ti. Me pidió que te cuidara.

—¿Lo hizo? —Anna lucía confundida.

—Por supuesto. Dijo algo como... A ver si puedo recordar las palabras exactas. ¡Oh, sí! Que si se enteraba de que no te hago tan feliz como mereces, rastrearía mi escuálido trasero y me enviaría a Emergencias.

—¡Qué grosero! —Anna apretó un puño con fuerza.

—¡Eso mismo pensé yo! —fijó la mirada al frente—. ¿Cómo se atreve a decir algo como eso...? Mi trasero no es escuálido.

Anna estalló en una carcajada chispeante y Pascal no tardó en acompañarla. Fue cuando escuchó su risa que se convenció de que, aun con desacuerdos y amenazas de por medio, el viaje había resultado todo un éxito.



CAPÍTULO 25

# LA CARTA DE AMOR



Un primer amor de aquellos  
que las estrellas combinan,  
amor que de dos personas  
el destino fija.

Duque de Rivas

**A**l despertar, supo exactamente dónde se encontraba. Giró sobre la cama y se abrazó a la almohada. Las sábanas olían justo como recordaba y la textura del colchón se sentía tal y como esperaba. Al abrir los ojos, se encontró con la urna pequeña y ovalada que contenía las cenizas de su madre. Estaba exactamente dónde la había dejado antes de marcharse. Sobre su mesa de noche.

Se sentía en casa.

Al entrar a la cocina, todavía usando pijamas, se encontró con Florian. La noche anterior, habían llegado tan tarde que no había tenido oportunidad de saludarlo.

—Buenos días —sonrió. Aunque no fuera capaz de expresarlo del todo, estaba muy feliz de verlo.

—Bienvenida —saludó Florian—. Acabo de hacer té. ¿Quieres un poco?

—Gracias, sí. Me encantaría.

Una frente al otro, se sentaron en la pequeña mesa de la cocina. La del comedor la reservaban para las dos comidas importantes del día, el almuerzo y la cena. Sin ser del todo conscientes, estaban comenzando a compartir algunas rutinas mínimas.

—¿Cómo estuvo tu viaje? —preguntó Florian, espiando su reacción sobre el filo de su taza. No quería que pensara que era un entrometido.

—Estuvo bastante bien —respondió sin entrar en detalles.

—¿Te cruzaste con Dubré? —quiso saber.

—No —de inmediato, al recordar la anécdota de la amenaza, sonrió. Florian se mostró abiertamente confundido por su reacción—. Lo siento... No, no me crucé con él —sorbió un poco de su té y recobró la seriedad—. Comprobé que, tal y cómo sospechaba, fue él quien recomendó mi traslado. El capitán tomó su sugerencia y me la transmitió a mí, como un favor personal para André. Son viejos amigos.

—Bastardo —masticó entre dientes—. Aprovechándose de su posición... —murmuró.

—Comprendo por qué me quiere lejos —le dijo. Lo miró a los ojos y quiso darle una oportunidad. Una verdadera oportunidad. Quería comenzar a confiarle cosas, dejarle ver detrás de su fuerte coraza—. Opino igual que usted. Hizo uso de sus influencias, claro que sí. Pero creo que lo hizo como una medida extrema, para protegerse.

—¿De ti? —preguntó Florian, como si fuera una completa locura.

—De mí —respondió, bajando la mirada—. Algunas de las cosas que he hecho en mi vida, no me hacen sentir para nada orgullosa. La forma en que traté a André Dubré es una de ellas. Él y yo teníamos una buena relación, ¿sabe? —le contó—. André me amaba y yo... bueno... me dejaba amar. Nunca fue una relación recíproca. Dejé que las cosas avanzaran y que se volvieran cada vez más serias, más estables. No pasó mucho tiempo antes de que sintiera que su amor me asfixiaba.

—Entonces, lo dejaste —asumió Florian, atento al curso de la historia—. Si no lo amabas, tenías derecho a poner fin a esa relación.

—Muy cierto —asintió—. Pero no lo hice. No del todo. Dejamos de ser pareja, pero yo aún lo necesitaba. En lugar de terminar con la relación de una sola vez, alimenté una amistad que era falsa, porque sabía que él seguía amándome —admitió con la voz quebrada—. Lo siento... —se

aclaró la garganta, avergonzada—. Es que nunca le había contado esto a nadie.

Al escuchar eso, Florian sintió una punzada de orgullo en el centro del pecho. Era todo un honor que su nieta lo eligiera como confidente.

—Puedes contarme lo que sea. Siempre —movido por un impulso desconocido, deslizó una mano sobre la mesa y le dio unas palmaditas en el antebrazo.

—Gracias... El caso es que comprendo que André me quiera lejos.

—¿Y qué es lo que quieres tú? —le preguntó Florian.

—No lo sé, todavía —admitió—. Pero no necesito apresurarme en dar una respuesta. Me encuentro de licencia.

—Mejor así. Es una decisión importante, no debes tomarla a la ligera.

El desayuno se prolongó, y también la conversación. Florian le contó todo acerca de Perro, de cómo se había portado durante su ausencia. Quería hacerle saber que había cumplido con su palabra, que la había cuidado con empeño. Anna lo escuchaba con atención, disfrutando del sonido de su voz.

El viaje a Marsella había sido exitoso en más de un sentido. Sentía que le había ayudado a abrirse, a comprender que, antes de demandar que la escuchen, era preciso que aprendiera a hablar. Conversar era un ejercicio que debía hacer más a menudo.

En medio de la charla, el teléfono comenzó a vibrar sobre la mesa. Indicaba la entrada de una llamada. Se trataba de un número local, pero no figuraba entre sus contactos.

—¿Me disculpa un momento?

—Claro —Florian la alentó a responder y comenzó a recoger la mesa. El tiempo se había pasado tan rápido que ya casi era la hora de almorzar.

Anna se levantó de su lugar y salió de la casa. Prefirió tomar la llamada en el porche, donde la señal era más potente.

—¿Diga?

—Buenos días. ¿Hablo con Anna...?

—Leclerc. Mi nombre es Anna Leclerc —le respondió a la mujer del otro lado de la línea—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Mi nombre es Danielle. Soy secretaria en la escuela a la que asiste su sobrina.

—¿Cuál sobrina? —preguntó.

—Su sobrina Esther.

—¡Oh, Esther! ¡Por supuesto! —reaccionó rápidamente. Luego averiguaría por qué Esther había mentido. En ese momento, lo importante era atender a la llamada—. ¿Sucedió algo?

—Sí, sucedió algo. Pero no se preocupe, ella está bien. Angustiada, pero bien.

—Si está angustiada, no está bien. ¿Puede ser un poco más específica? ¿Qué fue lo que pasó?

—Ahora la pongo al teléfono. Ella misma se lo explicará.

Pudo escuchar, a través de la línea, cómo pasaban el aparato de mano en mano. Segundos después, escuchó los sollozos de la dulce Esther.

—Esther, no llores... —se sorprendió a sí misma con su tono de voz. Jamás se mostraba así de cariñosa. Mucho menos con alguien a quien había visto nada más que una vez—. ¿Puedes decirme qué fue lo que pasó?

—Yo... —hipó—. No... Yo... no puedo —continuó sin poder articular palabras con fluidez. Era evidente que la angustia le quebraba la voz—. ¿Puedes... venir... por favor?

—¿A la escuela? ¿Ahora?

—Sí... por favor. Ven —le pidió.



Usó Google Maps para llegar a la escuela. De camino, se planteó si debía llamar a Pascal en más de una ocasión. Después de todo, se trataba de su hermana favorita. Luego, se arrepentía. No quería traicionar a Esther. Todavía no sabía qué era lo que había sucedido. Tampoco comprendía por qué había recurrido a ella en lugar de algún miembro de su familia.

Pero no tardaría en averiguarlo.

Fue sencillo encontrar el camino hasta la Dirección, donde una pelirroja de figura espigada la recibió. Por el tono de su voz, supo que se trataba de Danielle.

—Adelante... —le indicó el camino hacia el interior de una habitación que no tenía más que una mesa y algunas sillas. Allí se encontraba Esther, ahogada en llanto—. Las dejaré solas un momento. Luego, las llevaré a la oficina de la directora.

Anna apenas asintió. Quería que la mujer se fuera de una vez.

Cuando Danielle las dejó a solas, Esther se arrojó a los brazos de Anna y se prendió a su cuello, llorando con tanta angustia que casi no podía respirar. Así estuvieron por un largo rato.

—Shhh... —Anna le acariciaba el cabello y tarareaba una melodía que solo ella conocía, meciéndose lentamente. No tenía idea de lo que estaba haciendo, pero parecía funcionar. Esther estaba comenzando a respirar más tranquila.

Se limpió las lágrimas con el puño de su suéter y sorbió su nariz. Estaba hecha un desastre. La angustia le había desfigurado el rostro. Tenía los ojos hinchados, y los labios le temblaban.

—Tranquila —le apartó un mechón de cabello que caía sobre su frente y lo acomodó detrás de su oreja—. ¿Te sientes mejor? —preguntó con cautela, temiendo que la angustia volviera a sacudirla.

Afortunadamente, Esther movió su cabeza arriba y abajo. No era un “sí” del todo convincente, pero tendría que servir por el momento.

—Sé que estás angustiada —dijo mirándola a los ojos—. Pero pronto van a llevarnos a la oficina de la directora y eso nunca es buena señal. ¿Crees que puedes contarme qué sucedió?

Esther asintió nuevamente y abrió la boca para hablar, pero Danielle eligió entrar justo en ese momento.

—Me alegra ver que ya estás más repuesta —sonrió—. La directora las espera en su oficina. Síganme, por favor —les señaló el camino.

Anna y Esther salieron de la habitación tomadas de las manos y caminaron a paso lento, como dos condenadas a muerte. Al final del pasillo, Danielle las hizo pasar a una oficina espaciosa y muy bien decorada. Detrás del escritorio, se sentaba una mujer robusta y de gesto serio, que parecía fuera de lugar entre los tonos pasteles y las flores naturales que abundaban en la oficina.

—Tomen asiento —les indicó.

Anna y Esther cayeron pesadamente sobre los incómodos asientos, una junto a la otra. Anna sentía que había regresado en el tiempo, a los peores recuerdos de su oscura adolescencia. Ser enviada a la oficina del director le provocaba náuseas. El sujeto tenía unas manos muy largas; estaba más interesado en dar abrazos “contenedores” que en atender las necesidades de sus alumnos. Jamás la había ayudado.

—Veamos... —la mujer se colocó unas gafas de leer y dejó un sobre rojo en la superficie de su escritorio.

De inmediato, el llanto de Esther regresó.

—Nada se soluciona llorando, señorita Duvall —dijo con rudeza.

Anna sintió que su sangre se transformaba en lava, encendiéndola de adentro hacia afuera. No toleraba la frialdad con la que actuaba esa mujer.

—Disculpe... ¿cómo dijo que se llamaba? —le preguntó.

—Soy la señorita Rodenas. Todos saben mi nombre. He sido directora en esta institución por más de veinte años —se enderezó en su asiento.

—Vaya —Anna abrió los ojos muy grandes, como si eso le pareciera sorprendente—. Pues, yo no la conocía. Nunca antes había tenido el placer —agregó con ironía—. Señorita Rodenas, ¿puede decirme qué hacemos aquí? Mi sobrina se encuentra en tal estado de angustia, que no ha podido contarme. Le ruego comprensión.

—Véalo por usted misma —tomó el sobre rojo y se lo pasó.

Cuando Anna lo recibió, Esther se encogió hasta parecer una apretada bolita humana.

Era obvio que ese sobre era el motivo de todo el embrollo.

Anna lo miró por ambos lados, sin notar nada que le pareciera extraño, y luego extrajo su contenido. No tardó en darse cuenta que se trataba de una carta de amor. Tenía flores y corazones en los márgenes, dibujados con mucho esmero. La carta estaba dirigida a Celine y firmada por Esther. Prefirió no detenerse a leer nada más. Tratándose de una carta de amor, consideraba que el contenido era privado. Nuevamente, miró el papel por el frente y por detrás, pero no halló nada que justificara una visita a la oficina de la directora.

—Es una carta —dijo—. No comprendo qué es lo que quiere que vea por mí misma —se cruzó de brazos. Esther, sentada a su lado, alzó la cabeza de entre sus piernas y la miró con una expresión de perplejidad.

—Pero ¿qué dice? ¿Es que no la ha leído? —furiosa, la mujer abrió la carta y la expuso frente a sus ojos, como si fuera la prueba de algún delito.

—Por supuesto que no la he leído. Usted es una mujer instruida, señorita Redonda...

—¡Rodenas! —la corrigió.

—Rodenas, lo siento... Como la mujer instruida que es, supongo que está al tanto de que leer correspondencia privada es un delito penado por la ley —se cruzó de brazos al tiempo que Esther se enderezaba un poco más.

La mujer pareció sorprenderse, pero se recuperó deprisa.

—Es mi deber, como directora de esta prestigiosa institución, estar al tanto de todo lo que ocurre con el alumnado. Este tipo de conductas inapropiadas no serán toleradas.

—No tenía idea de que escribir una carta de amor se considerara como una conducta inapropiada —se preguntó, alzando los hombros. Le hizo una mueca a Esther, y ella le respondió con una tímida sonrisa.

—¡Bueno, basta! —la directora dejó caer una palmada sobre la superficie del escritorio y todo tembló. Anna y Esther se envararon en su sitio—. Usted se burla de mí. De nuestros altos estándares. Me temo que no tengo más alternativa que suspender a esta jovencita y pedirle a usted que se retire de mi presencia. ¡Ahora mismo, señorita! —la apuntó con un dedo y Anna se sintió como si tuviera quince años otra vez.

Era más de lo que podía tolerar.

—¿Por qué no se mete ese dedo donde no le da el sol? —esta vez, fue ella la que descargó un puño cerrado sobre el escritorio.

La señorita Rodenas se sorprendió tanto de su reacción, que por poco se desmaya. Tanteó detrás de ella, hasta dar con la silla, y se sentó. Danielle, que había escuchado que los humores se

caldeaban, entró a la oficina con un vaso de agua y un par de hojas que usó para abanicar a la desvanecida directora. Esther quería ponerse de pie para aplaudir a Anna, aunque terminaran expulsándola. Y, fuera de la oficina, una veintena de adolescentes curiosos observaban la escena. Celine estaba entre ellos, sufriendo en silencio por el destino de Esther, a quien amaba más allá de todo prejuicio.

—Váyase de mi escuela... —murmuró la directora—. Usted y su sobrina.

—Por supuesto, pero antes me va a escuchar. ¿Sabe lo que veo aquí? Veo a una niña cuya intimidad ha sido violentada. No solo escudriñó su correspondencia personal, sino que, además, la sancionó por su contenido. Un contenido que, le recuerdo, es privado. Y creo que ambas sabemos que una carta de amor no puede catalogarse como una “conducta inadecuada”. Si la considera así, es porque tiene una mente estrecha y un corazón pequeño.

La directora se cubrió la boca, indignada. Danielle la abanicaba con premura.

—¿Cómo se atreve? ¿Quién es usted?

Anna, que había estado esperando por ese momento, sacó la placa que guardaba en el bolsillo trasero de sus jeans y la sostuvo frente a la cara de la señorita Rodenas.

—Agente Anna Leclerc, para servirle —dijo con firmeza—. O se retracta ahora mismo por su falta de consideración o me verá en la obligación de pedirle que me acompañe a la delegación. Abriré un expediente en su contra... por violación deliberada... de... de la correspondencia personal de la señorita Duvall. Es decir, de mi sobrina... —titubeó un poco al final, pero había sonado bastante convincente.

Rodenas estaba tan blanca como el papel que Danielle agitaba frente a ella.

—Agente Leclerc... —fue la secretaria la que tomó las riendas del asunto—. Por favor, no creo que sea necesario llevar esto fuera de la institución. Creo que, tanto usted como yo, y la señorita Duvall, claro está, preferimos que este inconveniente se resuelva aquí, hoy, para salvaguardar la privacidad de todos.

—¿Esther? —Anna le dio participación.

—Por mí, está bien —asintió. Ya no había rastros de angustia en ella. Se veía como si acabara de ganar una importante batalla. Anna sabía que así era.

—Está bien, entonces.

—Lo que sucedió, se quitará del legajo de la señorita Duvall.

—Sin suspensiones —le recordó Anna.

—Sin suspensiones —acordó Danielle.

Luego de las disculpas correspondientes, de ambas partes, Anna y Esther salieron tomadas de las manos, vitoreadas por un efusivo grupo de alumnos que las acompañó hacia la salida.

—¿Esa placa es real? ¿Eres policía? —preguntó Esther.

—Bueno, soy fotógrafa forense... Pero la placa es real —sonrió.



## CAPÍTULO 26

# ELECCIONES

Cada uno de nosotros tiene su línea  
de universo por descubrir,  
pero no se la descubre sino trazándola,  
trazando su trazo rugoso.

Gilles Deleuze

Sentada en el asiento del acompañante, Esther recuperaba detalles de lo sucedido en la escuela. ¡El confiable Polo gris jamás había sido testigo de semejante despliegue de entusiasmo! Era muy buena imitando gestos y expresiones faciales, sobre todo cuando se trataba de la directora Rodenas. Fruncía el ceño y apretaba los dientes, al tiempo que alzaba el dedo índice y lo apuntaba de forma acusadora a cuanto transeúnte se cruzara en el camino.

Anna se reía tanto que le dolía el estómago. Se tomaba del volante y echaba la cabeza hacia atrás.

La escuela no estaba tan lejos del Lavender, hacia donde se dirigían, pero hacía más de media hora que daban vueltas en círculo. No estaban desorientadas. Tampoco distraídas. El verdadero motivo era la necesidad de distenderse después de lo acontecido.

La tensión había sido extrema. La angustia, asfixiante. Anna era consciente de que, aunque se riera a carcajadas, Esther no se estaba divirtiendo. Lo que hacía era ridiculizar lo vivido, quitarle el peso del dolor.

Esther necesitaba fortalecerse y rearmarse antes de ver a Pascal. Todavía tenía que explicarle por qué estaba fuera de la escuela antes del horario indicado.

—¿Te molesta si fumo? —preguntó Anna. Nunca se detenía en esa cortesía, pero le pareció que era una forma válida para iniciar una conversación.

—Claro que no.

Bajó el cristal y luego encendió un cigarrillo, apoyando el codo sobre el borde de la ventana.

—¿Te dolió? —preguntó Esther.

Al principio, no supo a qué se refería, pero pronto la vio observar con curiosidad el tatuaje que cubría su brazo. Anna no se detenía a mirarlo muy a menudo. Lo tenía tan incorporado que, en ocasiones, olvidaba que estaba ahí.

—Muchísimo... —confesó—. Imagina que un grupo de filosas agujas, embebidas en tinta, golpean tu piel velozmente y a repetición durante más de siete horas seguidas; durante las que, además, debes quedarte muy pero muy quieta.

—Auch —Esther arrugó el rostro y encogió los hombros—. Tenía ganas de hacerme uno, pero ahora que me dices esto... Ya no estoy tan segura.

—Si no estás segura, es mejor que no lo hagas —arrojó el humo fuera antes de continuar—. Aunque existen métodos para hacerlos desaparecer, la piel nunca vuelve a ser la misma. He visto las marcas que deja el láser; algunas son peores que los tatuajes que intentaban remover. No es del todo efectivo... Si vas a considerar hacerte uno, debes pensar que te acompañará para toda la vida. Cada vez que te mires al espejo, allí estará, contándote una historia sobre tu propia vida.

Esther la escuchaba con atención, con la mirada fija. Tenía unos ojos muy bonitos, grandes y redondos. Por la expresión de su rostro, estaba reflexionando acerca de algo muy importante.

—¿Cuál es la historia que cuenta el tuyo? —disparó de repente.

Anna mantuvo la mirada al frente y las manos aferradas al volante. Una sonrisa apretada apareció en su rostro cuando la miró apenas de reojo, en un esfuerzo inútil por ocultar el impacto de la pregunta. Su primer impulso fue responder con una evasiva, o incluso no responder. Pero luego recordó que, por algún motivo que aún desconocía, Esther la había llamado a ella. No a su

hermano favorito, y tampoco a sus padres. Confió en ella como en nadie más, sin conocerla siquiera. ¿Por qué no podía ella hacer lo mismo?

Aspiró la última bocanada de nicotina y aplastó la colilla en el cenicero; que ya había rebasado por mucho el límite de su capacidad.

—Pues... cuenta la historia de una adolescente, más o menos de tu edad —comenzó—. Resulta que esta chica tenía algunos conflictos, ¿sabes? Nunca destacó en la escuela; era una alumna bastante mediocre. Se sentaba al final del salón y miraba al frente, como si prestara atención, pero la realidad era que su cabeza estaba en cualquier sitio, menos allí. Como no hacía deportes ni participaba de ninguna actividad interesante, poco a poco sus compañeros la hicieron a un lado. Se transformó en un fantasma que caminaba por los pasillos sin ser visto... Y en casa, era todavía peor; solo que ella no era el fantasma, el fantasma era su madre. Parecía que cada una habitaba en su propio plano y que nunca se cruzaban. La pobre chica empezó a tener un miedo horrible a desaparecer. Dudaba de su propia existencia. Es decir, si nadie te ve, si nadie se preocupa por ti, ¿existes en realidad? Eso la atormentaba.

Al rojo del semáforo, detuvo el automóvil y el relato. Se tomó un momento para respirar. Aunque se refiriese a sí misma como si hablara de otra persona, no podía hacerse la distraída. Recordar ese tramo de su historia no era fácil.

Esther no se atrevía a preguntar nada. Solo se limitaba a escuchar.

—Empezó a hacer cosas para que la gente la viera... Cosas que llamaban la atención, pero que no eran para nada buenas. Los profesores, que no la veían cuando se sentaba en silencio al fondo del salón, sí notaban cuando faltaba a clases. También cuando se ponía los auriculares para escuchar música, o cuando respondía de forma grosera. La echaban del salón y amenazaban con enviarla a la oficina del director, pero eso no hizo más que empeorarlo todo. No le molestaba ser echada, al contrario. Salía de la escuela y vagaba sin rumbo. Fue así como conoció a algunas personas que estaban tan perdidas como ella. Eran fantasmas, de su misma especie, que habían aprendido a sentirse cómodos en los márgenes del mundo. Les parecía divertido meterse en problemas —recordó.

—¿Qué tipo de problemas? —se atrevió a preguntar Esther, que no lograba conciliar la idea de que la adolescente del relato fuera Anna.

—Cosas de las que no estoy orgullosa... —sintió que las mejillas se le acaloraban, producto de la vergüenza—. No me hagas decírlas —le pidió en voz baja, rehuyendo su mirada.

—Ey —Esther puso una mano sobre su rodilla y la presionó con ternura—. Solo estamos conversando, ¿verdad? No es un interrogatorio.

—No, no lo es. Tienes razón —asintió—. Aunque... hubo una vez en que fui interrogada.

—¿Por la policía? —preguntó Esther, con una ceja en alto.

—Así es —confirmó Anna, retomando así su relato—. Arrojamos piedras a las ventanas de un edificio deshabitado y los vecinos nos delataron. No éramos más que unos chiquillos con pretensiones de camorristas, así es que el asunto acabó con una advertencia y un llamado a los padres. A mi madre, en mi caso.

En un abrir y cerrar de ojos, había pasado de relatar la historia como si fuera ajena a hacerse cargo de la misma. Ya no era la historia de alguien más. Era la suya.

—¿Cómo reaccionó tu madre?

—No lo hizo, la verdad... Ese era uno de nuestros grandes problemas. Su falta de reacción.

—Lo siento mucho —expresó Esther.

—También yo —confesó Anna.

El Polo dio la vuelta a la esquina y, al final de la calle, estaba su destino. Era curioso, pero de repente estaba ansiosa por llegar. Quería ver a Pascal. Quería que él la viera. Porque cuando sus ojos caían sobre ella, recordaba que no era un fantasma. Se convencía de que era real y que existía en el mismo plano que el resto de las personas.

Detuvo el automóvil y apagó el motor.

—¿Puedo verlo más de cerca? —Esther apuntó a su brazo.

—Por supuesto.

Anna, que no estaba acostumbrada a ser acariciada, se sintió un poco incómoda cuando Esther trazó los bordes de algunas flores y hojas, pero se lo permitió.

—Es muy bonito —comentó Esther. La tomó de la muñeca y giró su brazo con cuidado, para estudiar los diseños en el interior. Entonces, vio algo extraño. Tocó algo extraño.

Anna se tensó, pero la dejó continuar. Porque Esther había confiado en ella, sin conocerla, y ella quería hacer lo mismo.

—Son quemaduras... ¿Tú te las hiciste?

—El dolor te recuerda que estás vivo —susurró Anna—, que eres real.

—¿Esa es la historia que cuenta tu tatuaje?

—Esa es... —confirmó—. Cada vez que me miro al espejo, me recuerdo a mí misma que existo.



Esther entró en primer lugar; Anna la siguió unos segundos después. Dominique fue el primero en verlas. En un primer momento, pensó que la entrada en simultáneo había sido mero producto de la casualidad; pero, luego, al verlas conversar animadamente, se dio cuenta de que estaban juntas.

—Dom, ¿cómo estás? —saludó Esther.

—Hola... —respondió, sintiéndose un tanto confundido.

—Conoces a Anna, ¿cierto?

—Hola, Dominique —lo saludó con las manos en los bolsillos traseros balanceándose levemente sobre sus pies. Estaba nerviosa. Como pocas veces.

—¿Cómo estás, encanto? Claro que la conozco —le resultaba imposible dejar de lado que se trataba de una chica linda. El seductor que llevaba dentro no conocía límites—. Lo que no entiendo es cómo es que ustedes dos se conocen... ¿Acaso me perdí de algo?

—Nos cruzamos aquí, en el bar, hace unos días —respondió Esther.

—Pero ¿qué hacen juntas? ¿Tú no deberías estar en la escuela? —todo el asunto le parecía una gran confusión. Esther miró a Anna de reojo, en un silencioso pedido de ayuda.

—Le hice la misma pregunta... Estábamos hablando de eso hace solo un momento. Resulta que un profesor se descompuso y tuvo que abandonar la clase. Por eso les permitieron salir temprano, ¿no es cierto, Esther?

—Totalmente cierto... —se esforzó por sonar convincente—. Y, como es temprano para regresar a casa, pensé en venir a hacerles una visita a mis dos hermanos favoritos. Parece que Anna tuvo la misma idea, porque acabamos de cruzarnos en la entrada.

—Dudo que Anna venga a verme a mí, honestamente —Dominique las observó sospechosamente. Había algo que no le cuadraba.

—¿Dónde está mi otro hermano favorito? —preguntó Esther, alargando la mirada para dar con Pascal y desviando la conversación.

—Te refieres al menos favorito, ¿verdad?

—¡No seas celoso! —cerró un puño y lo plantó en el hombro de su hermano.

—¡Ay! —se frotó exageradamente—. Hace números en la oficina. No solo es el hermano menos favorito, también es el menos divertido... Y el menos guapo, obviamente.

—Por eso eres tan grande, ¿verdad? Si no, ¿cómo cabría tanta humildad en ti? —bromeó Esther.

Dejaron que Dom siguiera con lo suyo y fueron en busca de Pascal. Ambas estaban ansiosas, pero por motivos diferentes. Habían acordado que le dirían la verdad. Anna temía que se molestara por no haber recurrido a él apenas recibió el llamado de la escuela, mientras Esther pensaba en cómo reaccionaría cuando le contara el motivo del llamado.

Fuera de la oficina, tuvieron una pequeña discusión, entre dientes, acerca de quién entraría primero. Cuando la puerta se abrió, ya no hubo necesidad de discutir.

—Anna... —claro que su mirada se fue primero hacia la dueña de sus pensamientos—. ¿Esther?

—Hola —dijeron ambas al mismo tiempo.

Miró a una y a otra, sorprendido no solo de verlas juntas sino de su repentina complicidad. No le pasó desapercibido el hecho de que estuvieran tomadas de la mano.

—¿A quién asesinaron? —preguntó, entrecerrando los ojos.

—A nadie —fue la respuesta automática de Anna, aunque su expresión sí que la hacía ver culpable.

—¿Tienes un rato para conversar? Te lo contaré todo —le pidió Esther.

—Para ti, claro que sí. Siempre.

—Iré a beber una copa con Dom, ¿de acuerdo? —dijo Anna, sintiéndose fuera de lugar en medio de los dos. Su tarea ya estaba cumplida. Después de haberla ayudado a atravesar una fuerte tormenta, la dejaba en puerto seguro.

—No te irás, ¿cierto? —Esther se negaba a soltar su mano.

Pascal se sorprendió por la confianza que parecían haber desarrollado. Se preguntaba cuándo y cómo había pasado, pero pronto recibiría sus respuestas.

—No me iré, te lo prometo. Confía en mí... Yo confío en ti.

Pascal se mantuvo de pie. No quería que el escritorio se interpusiera entre él y lo que su hermana tenía para contarle.

Esther era una jovencita alegre y, la mayor parte del tiempo, sin grandes preocupaciones. Por eso, al notar la tensión que la recorría entera, Pascal supo que sucedía algo grave.

—Sabes que puedes decirme lo que sea, ¿verdad?

—Lo sé, lo sé... ¿Vas a sentarte o te quedarás ahí parado? Me pones nerviosa.

—No creo que estés nerviosa por mi causa.

—Dios, ¡¿por qué esto es tan difícil?! —se jaló del cabello y puso la cabeza entre las piernas, sacudiendo las rodillas. Su hermano jamás la había visto comportarse así.

—No tiene por qué serlo... —se arrodilló frente a ella y la ayudó a incorporarse. No lloraba, raramente lo hacía, pero estaba claramente angustiada—. Soy yo. Habla conmigo.

Esther acomodó las manos en las mejillas de su hermano y lo miró a los ojos, primero a uno y luego al otro. Tenían una relación especial porque siempre habían podido hablar de todo. Él era el mayor, ella la menor. Él, el caballero de brillante armadura, ella la princesa en lo alto de la torre. El asunto era que, esta vez, la princesa no quería que nadie la rescatara. Iba a tener que armarse de valor y salir de la torre para contar su verdad.

—Tuve un problema en la escuela... —comenzó. Se serviría de la cronología para relatar los hechos—. Estaba asustada y no sabía a quién llamar.

—¿Por qué no me llamaste a mí? ¿O a nuestros padres?

—Porque no solo estaba asustada, también estaba avergonzada.

—¿Avergonzada? ¿Por qué? ¿Qué fue lo que sucedió? —la ansiedad le estaba jugando una mala pasada.

—¡Es lo que estoy tratando de decirte! ¿Puedes cerrar la boca y dejarme hablar? ¿Por favor?

—Lo siento, lo siento —alzó las manos y se puso de pie, dándole espacio—. Continúa.

—Recordé que Anna me había dado su número el día que almorzamos juntos y me pareció buena idea llamarla.

—¿Por qué a ella?

—Porque dijo que la llamara si alguna vez la necesitaba. Y, bueno, la necesité —respondió con simpleza—. No sé cómo sucedió, pero una carta que escribí llegó a manos de la directora Rodenas. Una carta de amor. Se puso rabiosa. Me sacó de la clase y me dijo que estaba mal... que yo estaba mal. Que lo que había hecho era una falta grave. “Conducta inapropiada”, así la llamó —se le quebraba la voz al recordar lo cruel que había sido Rodenas, lo expuesta que se había sentido—. Amenazó con expulsarme.

Pascal apretaba los puños, furioso por la forma en que habían tratado a su hermana. ¿Por una simple carta?

—Tú no estás mal —dijo—. Ella está mal, ¡muy mal! Su reacción fue exagerada. Papá y mamá opinarán igual que yo... Cualquiera con sentido común opinaría igual. No tienes por qué estar avergonzada. No hiciste nada malo.

Antes de que Pascal continuara hablando, Esther intervino.

—La carta era para Celine.

Lo que sea que su hermano fuera a decir, se quedó atorado en su garganta. Enmudeció ante la confesión, preguntándose si había oído bien. Fijó la mirada en Esther y aguardó por una confirmación que no tardó en llegar.

—Soy gay.

Finalmente, Pascal tuvo que sentarse. Sentía que sus piernas estaban demasiado flojas. No fue capaz de fingir su sorpresa.

—Lo siento mucho...

La primera lágrima rodó por la mejilla de Esther y eso lo sacó de su aturdimiento.

—¡No digas eso! —dijo tajante. Apartó sus propias emociones a un lado de su consciencia y la miró directo a los ojos—. No tienes que disculparte por ser tú. ¡Jamás! ¿Me oíste? Y tampoco debes sentirte avergonzada. No estás haciendo nada malo.

—A mamá le dará un infarto —se reclinó en su asiento y clavó la mirada en el techo, imaginándose toda la escena.

—Seguramente... Casi le da un infarto ayer, y solo porque se había acabado la pasta de dientes. ¡Mamá siempre está al borde del ataque cardíaco!

—No bromees, por favor. Esto es serio —le pidió Esther.

—No estoy bromeando. Solo trato de poner las cosas en perspectiva por ti —le explicó—. No digo que no vayan a sorprenderse, pero ese no es tu problema... Ellos deberán lidiar con sus propias emociones. Tu única responsabilidad aquí es ser honesta con lo que sientes, contigo misma. Te lo digo por experiencia, yo apenas estoy aprendiendo a hacerme cargo de lo que quiero. Solo tienes que tener siempre presente que esta es tu vida y tú decides como quieres vivirla.

—Tengo miedo... —murmuró.

Eran esas las ocasiones en las que las palabras no alcanzaban. Pascal se levantó y fue hacia su hermana, encerrándola en un abrazo que lo decía todo.

—Sé que tienes miedo —dijo a su oído—. Estaré contigo a cada paso que des. Siempre y sin importar qué.

Tres estrepitosos golpes a la puerta los obligaron a apartarse. Enseguida, Dominique se asomó y, por la expresión de su rostro, era evidente que no traía buenas noticias.

—Ehhh... lamento la interrupción, pero tenemos un problema. Uno grande.

—¿Qué paso? —preguntó Pascal, sosteniendo a Esther cerca.

—Bueno... es que tu chica se ha vuelto viral.

—¿Cómo dices?

—Pues, alguien hizo un video de lo que ocurrió en la escuela y ya comenzó a difundirse. Creo que deberíamos ir a casa, ¡pero ahora! Antes de que mamá o papá lo vean... si es que no lo han visto ya.

—Mierda —Pascal se tomó la cabeza y Esther se alteró, otra vez—. No, tranquila. Todo estará bien. Estaremos contigo.

—Estaremos contigo, claro —secundó Dominique.

—¿Dónde está Anna? —le preguntó.

—Está en el desván... Dijo que necesitaba estar un minuto sola, pero que había prometido no irse. Así que la envié allí.

—Hiciste bien. ¿Puedes quedarte con Esther por un momento? Subiré a verla.

—Adelante.

Dominique relevó a Pascal y le dio un fuerte abrazo a su hermana. Tras ver el video, Anna no había tenido más alternativa que explicarle lo sucedido. Ya estaba al tanto de las novedades.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¡Yo lo hubiera entendido! También me gustan las mujeres... —le sonrió con picardía.



Subió los escalones de dos en dos. La puerta del desván estaba abierta y Anna se encontraba junto al ventanal de colores, mirando hacia la calle. Su cabeza estaba tan lejos que no lo oyó aproximarse.

—Ey...

—¡Dios! —se sobresaltó al percatarse de su presencia. Sabía que tenía que dar muchas explicaciones, y no acostumbraba a hacerlo. No se sentía a gusto—. Cuánto lo siento, debí llamarte enseguida. Es que... sé que no es excusa, pero Esther me pidió que no lo hiciera. Pensé que era más importante averiguar qué sucedía; pero, luego, fue todavía más importante alejarla de allí. No tengo idea de cómo se manejan estas cosas, lo siento.

—¿Quieres dejar de disculparte?

—Sí, lo siento.

—Volviste a hacerlo —le señaló con una mueca.

—Está bien, guardaré silencio —prometió, cerrando su boca con un candado imaginario y arrojando la llave muy lejos.

La distancia que los separaba comenzaba a ser difícil de tolerar. Aunque habían pasado poco más de veinticuatro horas, parecía que Marsella había sucedido años atrás. Siglos, quizás. Quería

abrazarla, sentirla cerca. En ese momento más que en ningún otro. Comenzaba a darse cuenta de que Anna era más que solo una mujer a quien estaba conociendo.

—Ven aquí —tomó su mano y la atrajo hasta su abrazo—. Gracias por haber ido a buscarla —la besó en los labios y su pulgar fue al encuentro de su mejilla—. Y también por haberla retirado de la escuela. Hiciste lo correcto. Esther se sintió mucho más cómoda contigo allí de lo que se hubiera sentido con cualquiera de nosotros. Me alegra que te llamara...

—¿De verdad? —lo miró a los ojos, sorprendida.

—De verdad... Nadie podría haberlo manejado mejor que tú. Te lo agradezco mucho.

Anna sintió que un pequeño calor se instalaba en su pecho, mezcla de alivio y orgullo. Sentía una gran satisfacción de saber que había sido de ayuda en una situación importante.

—No tienes nada que agradecer.

—Claro que sí.

—No, en serio. No tienes nada que agradecer... —su semblante volvió a mostrar signos de preocupación—. De hecho, dudo que quieras que sigamos siendo amigos luego de que veas el video. ¡No tienes idea de la cantidad de cosas que le dije a esa mujer! ¡Y ni hablar del tono que usé! Si ese video llegara a manos de mis superiores... Dios, no quiero ni pensarlo. Pedirían mi cabeza, estoy segura.

Pascal se alejó unos pasos, con una expresión de perplejidad que Anna no supo cómo interpretar.

—¿Qué dijiste? —preguntó.

—¿Dominique no te dijo de la existencia del video?

—Olvida el video... —entornó la mirada—. ¿Eso es lo que somos?

Anna enmudeció, sin comprender qué sucedía. Era como si estuvieran manteniendo dos conversaciones al mismo tiempo y no entendiera ninguna de las dos.

—No comprendo —admitió nerviosa.

—¿Amigos? ¿Eso es lo que somos?

No podía creer lo que escuchaba. Estaba realmente sorprendida. Por el tono que había usado, era obvio que no le agradaba esa categoría. Anna no supo qué decir, por lo que prefirió guardar silencio.

Afortunadamente, Dominique eligió ese momento para subir al desván.

—Debemos irnos —le recordó a Pascal—. Ahora mismo.

Los ojos de Pascal nunca abandonaron los suyos. Buscaban algo, con insistencia, pero Anna no sabía qué. Estaba empezando a sentirse incómoda, con deseos de huir. No era la primera vez que experimentaba algo así, era una sensación que conocía muy bien. Ella la llamaba asfixia.

—Debes irte —le dijo.

—Esta conversación no se ha acabado.

—Lo sé. Pero lo hablaremos cuando llegue el momento. Ahora, debes irte.



Margot rompió a llorar desconsoladamente, como si alguien hubiera muerto. Dominique revoleó los ojos, harto de las teatrales reacciones de su madre. Pascal y Esther, por otro lado, intercambiaron miradas en silencio. No siempre necesitaban utilizar palabras para entenderse.

—Cariño, por favor... —Cédric, aunque trataba de lidiar con sus propias emociones ante la noticia, tomó la mano de su esposa y la sostuvo en apoyo—. Trata de mantener la calma. No

llores.

—¿Qué no llore, me dices? ¿Tienes idea de cómo me siento? Creo que me va a dar un ataque cardíaco —anunció tomando una gran bocanada de aire.

“Te lo dije”, gesticuló Esther, mirando a su hermano favorito. Él decidió que era momento de intervenir.

—¿Puedes dejar de lado lo que sientes, para poder entender? No siempre se trata de ti, mamá. Nadie te juzga por tus elecciones, ni por la forma en la que eliges vivir tu vida. Creo que deberías tener la misma cortesía; sobre todo, tratándose de tu hija.

—¡Amén, hermano! —apoyó Dom.

—¿Puedo pedirles un favor? —Cédric tomó la palabra. Aguardó a que todos prestaran atención antes de continuar—. Comprendo que quieran apoyar a Esther. Es más, celebro que sean así de unidos. Sin embargo, no puedo dejar de ver que esto se ha convertido en una contienda entre dos bandos. Y saben que no tolero las contiendas, mucho menos dentro de la familia.

—Papá... —Pascal trató de intervenir, pero una mano en alto bastó para que se detuviera.

—Vuelvan al trabajo. Esther ya está en casa, sana y salva. Podemos continuar solos desde aquí. Muchas gracias.

Fue una forma bastante sutil de pedirles que se marcharan.

—Okey. ¿Nos vamos? —Dom no necesitaba que le insistieran.

—¿Esther? —preguntó Pascal, esperando su aprobación.

—Luego te llamo, no te preocupes.

—Bien.

No hicieron falta las despedidas.

Minutos después, Pascal y Dominique se habían marchado. Mientras, Esther y sus padres trasladaron la conversación de la formalidad de la sala al cobijo que ofrecía la cocina.

Cédric preparó té y los tres se sentaron a la mesa.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Cédric.

—Mejor —respondió Esther.

—Devastada —respondió Margot, casi al unísono—. ¿Me hablabas a mí?

—No —aclaró Cédric—. No eres tú quien fue maltratada injustamente por los directivos de la escuela. Le preguntaba a Esther —solía apañar a su esposa en todo, pero cuando se trataba de sus hijos, no dudaba acerca de sus prioridades.

—El problema no es como está hoy, sino como estará mañana, y el día después de ese... Porque espero que seas consciente de que esto recién empieza. ¿Piensas que la señorita Rodenas será la única que reaccionará mal ante esto? ¿Qué crees que dirán tus compañeros? ¡¿Y sus padres?! ¡Ay, por Dios! ¡Los padres! Cédric, cariño... Ayúdame.

Esther se sentía más y más molesta con cada palabra que salía de la boca de su madre. Eran como dagas que se le enterraban en el corazón, cada vez más hondo.

Su mayor miedo acababa de hacerse realidad. Su madre estaba avergonzada. Lo curioso era que sí, por supuesto que dolía, pero era posible sobreponerse. Pascal tenía razón; si su madre se sentía avergonzada, era su problema. Su única responsabilidad era defender lo que sentía.

—Toma el té, cariño. Estás muy nerviosa —Cédric le acercó la taza.

—¿No vas a decir nada? —furiosa, dirigió su atención a Esther.

—Ya dije todo lo que tenía que decir. Soy gay.

—¡Ya basta! ¡Deja de decirlo así!

—¿Así cómo? —preguntó haciéndose la desentendida.

—Así... restregándomelo en la cara.

—Mamá, esto no es algo que estoy haciéndote a ti. ¡Yo no lo busqué, ni lo planeé! ¡Es la forma en la que siento!

—Te lo dije —Margot le habló a Cédric—. Te dije que esa Celine era una mala influencia... Con esa carita de mosquita muerta, ¡mira lo que estaba haciendo con nuestra hija! ¡No quiero siquiera imaginarlo!

—Por Dios, mamá. ¡Deja de culpar a Celine! ¡Ella no me hizo nada!

—Basta, no quiero escuchar nada más...

—¿Lo ves? —le dijo a su padre, señalando la actitud de Margot—. Es por esto que no podía hablar, que no quería contarles cómo me siento. Porque sabía que ella iba a reaccionar de esta manera... Ni siquiera me sorprende.

—Comprende que nosotros sí estamos sorprendidos, hija —aportó Cédric—. Tú has tenido tiempo de sobra para reflexionar acerca de esto, pero nosotros acabamos de enterarnos. Necesitamos tiempo para procesarlo.

—Tú la justificas siempre... —lo acusó. Se mordió la lengua para no gritarle que sabía por qué se comportaba de ese modo tan condescendiente; todos lo sabían. Pero no quiso caer así de bajo.

—No la justifico, la respeto. Tú pides que se respete lo que sientes, pero no haces lo mismo.

—¡Ese no es el problema! ¡El problema aquí es que ella tiene una mente retrógrada!

—¿Yo? ¿Una mente retrógrada? —dijo, con una mano sobre el pecho.

—Sí, mamá. Tú tienes una mente retrógrada. ¡Y limitada! No haces más que “jugar a la casita”, ¡todo el tiempo! Tuviste todas las posibilidades de procurarte una vida propia, ¡pero no! Lo único que has hecho, ha sido refugiarte en estas cuatro paredes para criar hijos y pintarte las uñas. Ahora, que los hijos han crecido, ¡sigues siendo solo una madre! ¡¿Sabes cuál es el verdadero problema aquí?! ¡Qué quieres dirigir la vida de todos porque no tienes una propia! ¡Eres un fracaso!

Los ojos de Margot se abrieron de par en par. No solo era doloroso escucharla hablar de esa forma, también era difícil verla. Esther hablaba con tanta ira que todo su rostro se había tensionado. Se veía monstruosa.

Cédric descargó un golpe sobre la mesa e hizo que las tazas temblaran. La conversación se había salido de control.

—Discúlpate con tu madre —dijo con voz firme.

Esther alzó la cabeza y se puso de pie, antes de marchar fuera de la cocina sin agregar nada más.

—¡Esther, vuelve aquí! —Cédric alzó la voz todavía más.

—Cariño... —Margot, herida de muerte, puso una mano sobre su brazo y lo detuvo. Luego de haber escuchado todo eso, no tenía fuerzas para continuar. Lo único que deseaba era desaparecer en la oscuridad de su habitación y dormir hasta que pudiera despertar de esa pesadilla.



CAPÍTULO 27

**A TRAVÉS  
DEL LENTE  
DE UNA CÁMARA**



**Una buena fotografía se obtiene  
sabiendo dónde pararse.**

**Ansel Adams**

No había vuelto a saber de Pascal desde el día anterior, cuando se marchó a casa de sus padres para acompañar a su hermana.

Sabía, por la misma Esther, con quien había intercambiado más de un centenar de mensajes, que todo había resultado en desastre. Su madre y ella no se hablaban, y aunque su padre había tratado de arbitrar, no tuvo éxito.

Al parecer, la familia perfecta no era tan perfecta después de todo.

Perro movía el rabo de un lado al otro, mientras aguardaba a que Anna renovara su recipiente de agua fresca. Hacía un calor de locos. El verano seguía haciéndose sentir con toda su fuerza.

—Aquí tienes, linda —le sonrió.

Perro aún no permitía que la acariciaran, pero demostraba su agradecimiento con ladridos y volteretas en el aire. Ahora, que estaba completamente repuesta, hacía gala de una impresionante destreza física.

Se disponía a regresar a la casa, cuando sintió la vibración del teléfono en su bolsillo trasero. Se le aceleraron las pulsaciones al ver que se trataba de un mensaje de Pascal. Sus dedos volaron sobre la pantalla hasta que por fin consiguió abrirlo y tuvo que hacerse visera con la mano para que el sol no le molestara al leer.

PASCAL:

Hoy, música en vivo en el parque.

Mis hermanos y yo estaremos ahí.

Si quieres venir, estás invitada.

Mientras leía, le parecía escuchar su tono condescendiente. ¿Qué tipo de mensaje era ese? ¿Por qué tan distante?

—¿Qué demonios? —se preguntó, confundida. Perro puso la cabeza de lado e imitó su gesto de confusión.

Anna leyó una vez más, solo en caso de que lo hubiera malinterpretado; pero tras una segunda lectura, el mensaje le dejaba el mismo sabor a nada que al principio. Se sintió molesta.

Así, con la emoción a flor de piel, escribió su respuesta.

ANNA:

Gracias por la invitación.

Haré lo posible.

¡Disfruta del parque!

Después de presionar “enviar”, se sintió como una idiota, pero ya estaba hecho. Dos tildes azules anunciaron que el mensaje había sido leído.

Se sentó en los escalones del porche, con el teléfono en la mano, a la espera de una respuesta que estaba tardando demasiado en llegar. Podía verlo “en línea”.

*¿Por qué no escribe?! ¿Por qué no contesta?!*

Molesta no, ¡furiosa!, metió las manos en sus bolsillos traseros para encontrarse que ya no tenía cigarrillos. ¡Su día se venía cada vez más a pique!

—¡Maldición! —hizo un apretado bollo con el paquete vacío y lo mordió. Así la encontró

Florian.

—¿Está todo bien? —le preguntó.

—De mil maravillas —respondió Anna, con ácida ironía. Se puso de pie y marchó hacia la casa—. Hoy iré al pueblo. Escuché que habrá música en vivo... No me espere a cenar.



Era una tarde preciosa. El sol brillaba en todo su esplendor y ni una nube surcaba la turquesa perfección del cielo. Esther y sus amigas jugaban al vóley; Celine se encontraba entre ellas. Aunque casi todos se habían enterado de lo sucedido, ellas seguían con sus vidas como si nada hubiera ocurrido. Porque, en verdad, nada había ocurrido. Seguían siendo las mejores amigas, y seguían amándose con la misma intensidad. Nada había cambiado.

Tendido sobre el césped, con los brazos cruzados por detrás de la nuca y unos lentes oscuros para protegerse del sol, Dominique dormía una siesta. Sus ronquidos se escuchaban unos diez metros a la redonda. A su lado, Pascal y los mellizos se ponían al día acerca de los eventos del día anterior.

Apenas se enteraron de las novedades, Paul y Calvin no dudaron en subirse a un tren para regresar a casa. “Estamos lejos, pero somos parte de esta familia”, habían dicho.

Los mellizos eran los intelectuales del clan Duvall. Desde pequeños, habían destacado por su curiosidad e ingenio. Paul se especializaba en programación y Calvin estudiaba ingeniería en sistemas. El destino los había emplazado en París, donde forjaban una vida que los alejaba cada vez más del hogar familiar; pero era una separación que no se había vivido como pérdida, sino como crecimiento.

A pesar de la distancia, el vínculo no se debilitaba.

—Estoy preocupado por ella... debo admitirlo —dijo Pascal, arrancando el césped que crecía a sus pies.

A los mellizos, no podía mentirles. Dominique se distraía con facilidad, pero ellos no.

—¿Qué es lo que te preocupa? —preguntó Paul.

—Lo de ayer, ¿crees que no se repetirá? Ayer fue la directora, pero hoy podría ser alguno de sus compañeros. ¿Y mañana? ¿Quién será? Siempre habrá alguien dispuesto a señalarla con el dedo... La gente es cruel.

—La gente no es cruel —dijo Calvin—. Alguna gente es cruel. No es lo mismo.

—Ustedes están en París. Es una ciudad grande, moderna, con tantas formas de vivir como habitantes tiene. Aquí, las cosas no son así. La gente habla. Esther todavía es muy joven... Temo que la lastimen.

—La lastimarán, no tengas dudas —dijo Dominique, que había despertado justo al inicio de la charla.

—¿Cómo dices?

—Eso no ayuda, Dom —Paul le dio una palmada en el hombro.

—Bueno, es la verdad... —insistió—. No puedes evitar que la lastimen. Eso va a suceder. Como te sucedió a ti, y a mí, y seguramente también a ustedes —se refirió a los mellizos—. Nada podemos hacer para evitarlo. El sufrimiento forma parte de la vida. Lo único que podemos hacer

es estar ahí para abrazarla cuando llegue el momento, para secarle las lágrimas y decirle que todo estará bien, aunque no sea cierto. Porque eso es lo que hacen los hermanos, ¿no es así?

Pascal y los mellizos se quedaron mudos.

Dominique solía ser el más relajado de los cinco, pero era una persona honesta y de sentimientos profundos. Y, aparentemente, también tenía sus momentos de lucidez.

—¿Qué? —preguntó a sus hermanos.

—¿Cuándo te volviste tan sabio? —dijo Calvin.

—Hace un segundo, nada más... Fue como una revelación —le guiñó un ojo. Fue entonces cuando la vio, caminando hacia ellos—. ¡Santa Madre de Dios! —subió los lentes a su cabeza y fijó la mirada a los lejos.

—¿Qué? ¿Qué sucede? —Paul quiso girarse a buscar la causa del alboroto, pero Dominique lo detuvo con una palmada en la mejilla. Una bastante fuerte—. ¡Eso me dolió!

—¡Silencio! Que nadie se dé vuelta —ordenó.

—Llegó, ¿verdad? —dijo Pascal, con las pulsaciones elevadas.

—¡Es sexy! ¡Cielos! —comentó Dom, alzando las cejas—. Estoy sintiéndome incómodo de verla así, pero... ¡Cielos!

—Lo dijiste dos veces. Cielos, cielos. Dos veces. ¿Es tan grave? —Pascal se preocupó... y luego pateó a su hermano.

—¡Ay, sin agresiones! Hermano, créeme. No es grave, ¡es peor! ¡Cielos! —volvió a colocarse los lentes—. Viene hacia acá. Actúen casuales —se recostó de lado y desplegó su mejor sonrisa. No había nada de casual en su postura.

—Ya te lo dije, lo va a arruinar todo... —vaticinó Calvin.



Al parecer, había llegado temprano. Fue un alivio ver que Esther y Celine se divertían. Jugaban al vóley como si no tuvieran más preocupación que anotar el siguiente punto.

En el escenario, una banda local se preparaba para hacer su show; desenredaban cables y probaban luces. Era sorprendente la cantidad de público que se había dado cita; la mayoría estaba en pequeños grupos, y desperdigados a lo largo y ancho de todo el parque. Anna no tardó en divisar a los hermanos Duvall. A todos ellos.

Estaba haciendo un esfuerzo por demostrar seguridad, pero la realidad era que sus rodillas temblaban.

Se sostuvo con fuerza de la correa de su cámara, y se repitió a sí misma que todo estaba bien. Después de reflexionarlo, creía tener una idea bastante precisa de por qué Pascal se mostraba así de distante.

Todavía tenían una conversación pendiente. Una conversación que Anna no ansiaba tener.

A Pascal no le había gustado que pusiera a la relación el título de “amigos” y se lo estaba haciendo pagar con distancia. Lo que Pascal desconocía, era que ella tenía sus métodos para que fuera él quien sufriera por la distancia que le estaba imponiendo.

A poco de llegar hasta los hermanos, compuso una sonrisa amigable y distendida. El truco para ser convincente era no exagerar.

—Hola... —saludó.

—¿Anna? ¿Eres tú? —Dominique se incorporó y alzó las gafas oscuras sobre su cabeza, con cara de sorpresa. Era evidente que él no conocía el truco para ser convincente—. ¡Qué sorpresa

encontrarte por aquí!

—Tu hermano me invitó, así que no sé cuál es la sorpresa.

—¿En serio?! Entonces, olvidó mencionarlo. Porque no tenía idea de qué vendrías. ¿Olvidaste mencionarlo, Pascal?

—Dom, ya basta —dijo Paul, por lo bajo.

—Perdónalo, Anna. El sol está muy fuerte, afecta su pensamiento... —dijo Pascal. No se molestó en ponerse de pie, prefirió conservar su lugar—. No conocías a los mellizos, ¿verdad? Él es Paul y a su lado está Calvin —señaló a uno y a otro—. Chicos, ella es Anna. Es una amiga.

*¡Ajá!*, pensó al escuchar el énfasis que ponía en la palabra “amiga”. Fingió no atender al detalle y estrechó las manos amistosas que ofrecían los mellizos. Eran tan parecidos entre ellos que tendría que valerse de sus ubicaciones para saber quién era quién. Si cambiaban lugares, estaría perdida. Le resultaba curioso que fueran los únicos de la familia Duvall que compartían un vínculo sanguíneo.

—¿Cómo está Paris? —preguntó.

—¡Oh, veo que te han hablado de nosotros! —comentó Paul.

—Surgieron en alguna conversación, sí... —dijo, sin darle mayor trascendencia al comentario.

—Paris está tan hermosa como siempre. ¿Conoces la ciudad? —se sumó Calvin.

—Así es —se descolgó la cámara del cuello y se sentó entre los mellizos. Parecía el sitio más adecuado—. La he visitado en varias oportunidades. Soy una fanática de sus luces, por lo que me escapo para verlas cada vez que puedo. El tour nocturno por la ciudad es imperdible. ¿Lo hicieron alguna vez?

—Nunca... hemos vivido allí por más de cinco años y nunca recorrimos la ciudad como turistas.

—No pueden perderse algo así. Es alucinante.

Mientras Anna y los mellizos se enfrascaban en una amena conversación acerca de las maravillas de la ciudad más romántica del planeta, Pascal caía en la cuenta de que su plan se había ido por la borda incluso antes de ponerse en marcha.

*¡Maldita la hora que se me ocurrió escuchar a Dominique!*, pensaba. ¿Cómo lo convenció de que tratar a Anna con indiferencia era la solución para que admitiera que eran más que solo amigos?

Quería abrir un pozo en la tierra y esconder la cabeza allí. Pero ya era tarde para echarse atrás.

Tenía que limitarse a ver cómo Anna interactuaba con sus hermanos como si él no estuviera ahí. Porque, claro, ella era mucho más inteligente que él. Pagaba su indiferencia con más indiferencia. Y todavía era peor. Porque pagaba su indiferencia con más indiferencia y usando una falda tan corta que parecía la encarnación misma del pecado.

*¡Maldito, maldito Dominique!*

Así, Anna se apuntó una pequeña victoria en la muda contienda con Pascal.

Le resultó divertido intercambiar miradas, sabiendo que jugaban un juego cuyas reglas solo ellos conocían. El juego se llamaba “si molestas a Anna, habrá consecuencias”. Anna era una fuerte contendiente, pero Pascal sabía perder con estilo. Era capaz de asumir las consecuencias; permitió que Anna hablara con todos y no intervino en la conversación, ni una sola vez. Así le dejaba saber que había comprendido el mensaje.

Al final, ambos ganaron.



Después de la refrescante conversación, Anna interpuso la cámara de fotos como excusa y se tomó un momento para ir a recorrer el parque. Disfrutaba de la compañía, pero su mente a menudo le pedía la quietud de la soledad. En eso, se parecía bastante a su abuelo.

Se colgó la cámara al cuello y pensó en jugar con las posibilidades. En su trabajo, no podía hacerlo. Era imposible probar nuevas técnicas. No estaba permitido moverse de algunos estándares, como una luminosidad específica o ángulos predeterminados. La fotografía no era un fin en sí misma, respondía a objetivos que la excedían.

Mientras caminaba hacia el sitio donde Esther y sus amigas jugaban vóley, se propuso ajustar las alternativas para tomar fotografías en movimiento. Por razones obvias, sus objetivos habituales solían mantenerse quietos. Le atraía la idea de experimentar con algo completamente diferente.

Se trataba de un grupo bastante grande; como una docena de chicas, que se turnaban para entrar y salir de la cancha a intervalos de cinco minutos. Se gritaban órdenes y estrategias que ninguna escuchaba en realidad; pues, el único objetivo era divertirse. Anna alzó su cámara y vio el juego desde una nueva perspectiva. Hizo foco en la inesperada elegancia de los movimientos de saque, en la concentración de quienes recibían el balón del lado opuesto de la cancha, y en el rostro aguerrido del frente de bloqueo. A la hora de los festejos, retrató sonrisas y abrazos triunfales.

Cuando el lente se encontró con Esther, se quedó prendado de la fuerza y determinación de sus movimientos. Era más bien de estatura media a baja, pero parecía un gigante allí en el centro de la escena. Adivinaba la trayectoria del balón, sin problemas, y nunca erraba un golpe. Anna admiró su destreza.

Cuando las contrincantes se disponían a hacer el saque, Esther asumía la típica posición para recibir, con los brazos extendidos al frente y el cuerpo un tanto agazapado. Siempre un paso detrás de ella, como si estuviera lista para recibir el golpe en caso de que Esther fallara, había una hermosa joven de cabello castaño y ojos vibrantes. A Anna le sorprendió la coordinación entre ambas, se movían de forma tal que parecían la misma persona.

Cuando se preparaban para recibir, la joven apoyaba una mano sobre la espalda baja de Esther. Cuando anotaban un tanto, era la primera a la que Esther buscaba para festejar. Esa chica, sin lugar a dudas, era Celine. Ella y Esther se dispensaban caricias a la pasada, se daban palabras de aliento y se felicitaban por las buenas jugadas. Anna se dio cuenta de que estaba retratando el amor adolescente en estado puro. Entre ellas, parecía haber una fuerza invisible; como un gran magneto que las mantenía unidas sin que se dieran cuenta.

Era sorprendente cuánto podía descubrirse cuando se hacía foco en el sitio correcto, en el momento indicado.

Apuntó la cámara hacia la cancha una vez más, con la intención de hacer unas últimas tomas, pues su tiempo a solas estaba por llegar a su fin. Pascal se aproximaba. No tenía que darse la vuelta para comprobar que así era, porque lo presentía.

Se preguntaba qué descubriría si, en ese momento, hiciera foco sobre sí misma. Hacia los dos. ¿Vería la misma fuerza invisible? ¿El mismo magnetismo?

—¿Vas a darme el privilegio de tu compañía o prefieres seguir ignorándome? —susurró a su oído.

—Lo dices como si fuera posible ignorarte... —sonrió Anna, sin apartar la atención del juego.

Como símbolo de paz, él le apartó el cabello y dejó un beso ligero en su cuello. Era la primera vez que se comportaban así en público, por lo que Anna sintió una repentina presión en la boca del estómago. Fue muy consciente de la gente a su alrededor.

—Tal vez, debes guardar eso para cuando estemos solos —dijo—. A menos que quieras responder a las preguntas de tus hermanos, claro —agregó, cediendo al impulso de recargarse en su pecho. Le agradaba sentir su calor, era innegable.

—O tal vez no quiera guardarme nada... —pasó un brazo por su cintura y dejó en claro, para quien quisiera verlo, que lo que había entre esa chica y él era mucho más que una amistad—. Además, creo que son capaces de sacar sus propias conclusiones. No me importa, la verdad. Estoy tratando de aprender a no dar explicaciones por todo lo que hago, o por lo que quiero... O a quién quiero —dijo con una determinación que hizo que a Anna le temblaran las rodillas.

Sentía vértigo cuando estaba a su lado, el mundo giraba a una velocidad que la desconcertaba. Habían pasado de ser solo amigos a darse muestras de cariño en público, en cuestión de horas.

—¿No crees que vamos muy rápido? —preguntó, sin atreverse a mirarlo.

—Sí... creo que vamos rapidísimo —admitió—. Así que ajústate el cinturón y disfruta del paisaje, porque este viaje recién comienza. Y vamos a hacerlo juntos.



Cuando regresaron al sitio donde se encontraban el resto de los hermanos Duvall, se sentaron uno junto al otro. No hubo miradas curiosas que soportar ni preguntas incómodas que responder, todo lo contrario. Pascal no podía dejar de admirar la naturalidad con la que Anna se había integrado a su familia. Primero, con Dominique, y más tarde, con Esther. Los mellizos también parecían adorarla. No recordaba que la situación fuera similar con Juliette; ella siempre trataba de acapararlo, de atraerlo a su órbita. Con Anna, se sentía libre.

—¡Anna! ¡Estás aquí! —Esther corrió hacia ella y luego se arrojó al césped para abrazarla por el cuello y cubrirla de besos.

—Claro que estoy aquí, no me hubiera perdido la oportunidad de verte... —dijo, mientras le sonreía a la joven detrás de ella. De cerca, sus facciones eran incluso más delicadas. Era como Anna suponía que los ángeles deberían verse—. Eres Celine, ¿cierto? Esther me ha contado mucho de ti. Es un placer conocerte —le ofreció su mano.

—El placer es mío, Anna. Te vi en la oficina de Rodenas... Fuiste muy valiente.

—¿Qué fue lo que sucedió con Rodenas? ¿Esa mujer sigue al frente de la dirección de la escuela? Era una verdadera bruja —comentó Paul.

—¿No has visto el video? —Dominique se apresuró a buscarlo en su teléfono—. Tienes que verlo, hermano. Es una locura. Esta chica de aquí es como una heroína, ¿sabes? —dijo en referencia a Anna, que se sonrojó y escondió el rostro entre las manos.

—Es leyenda entre nosotros —dijo Esther—. Pasarán los años y seguirá hablándose de cómo Anna Leclerc le gritó a Rodenas que se metiera el dedo donde no le diera el sol...

Las chicas estallaron en carcajadas y Dominique siguió rastreando en su teléfono. Los mellizos, por otro lado, habían perdido el interés por el video. Era otro dato el que había capturado su atención.

—¿Te apellidas Leclerc? —fue Paul quien se animó a preguntar. Anna se tensionó de inmediato, tanto que el sonrojo desapareció de su rostro y una palidez espectral tomó su lugar—. ¿Conoces a Lili Leclerc?

Aunque nada en la expresión de su rostro la delatara, ante la mención del nombre de su madre en boca de un Duvall, Anna sintió que su interior se revolucionaba. Inspiró profundo y tragó saliva muy despacio, tomándose unos segundos antes de responder. Pascal no entendía la curiosidad de

los mellizos. El apellido Leclerc no le decía mucho. Era un apellido bastante común en toda Francia.

—Lili era mi madre —dijo Anna.

No tenía ningún sentido mentir. No sonaría para nada convincente. Tenía que controlar su ansiedad, esperar a la próxima pregunta. No tenía idea de por qué los mellizos tenían tanta curiosidad, y no estaba segura de qué tanto sabían de la historia.

Era mejor guardar silencio y esperar.

—Estás bromeando... ¡¿Lili era tu madre?! —Calvin sonaba sorprendido—. ¡Conocimos a Lili!

—¿Qué? —preguntaron Anna y Pascal, casi en simultáneo.

—¡Sí! Pascal, ¿no la recuerdas? —Paul golpeó su hombro—. Debías tener unos tres años, entonces... Nosotros, poco más de dos. Pero tenemos una memoria prodigiosa. Lili trabajó un verano como camarera en el Lavender. La recuerdo muy bien. De hecho, cuando íbamos al hotel a visitar a papá, ella cuidaba de nosotros. Pascal, ¡tienes que recordarla! ¡Mira a Anna! ¡Son tan idénticas como dos gotas de agua! Lili debía tener más o menos tu edad en ese entonces...

Anna no salía de su asombro. Sus pulsaciones estaban tan elevadas que sentía que los oídos le zumbaban. Sería un milagro si no se desvanecía allí mismo, frente a todos.

Pascal se llenó los ojos de su rostro, de los detalles más minúsculos de su fisonomía. Se concentró en las mejillas redondeadas y en los ojos profundos, en la boca de labios generosos y la nariz pequeña. Pronto, su mente comenzó a asociar su imagen con un vago recuerdo, uno que se le presentaba borroso. Una mujer bastante parecida a ella que, detrás del mostrador, le daba dulces a escondidas.

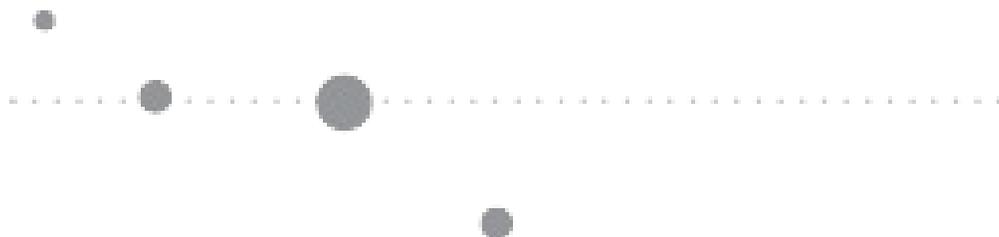
—Tenía el cabello largo... —murmuró— ondulado, igual que el tuyo. Pero mucho más largo.

Anna sintió que el mundo se agitaba bajo su cuerpo, pero de un modo diferente. La sacudía. Apoyó las manos sobre el césped, con la intención de incorporarse, pero antes de que pudiera hacer nada, la oscuridad la tragó en sus fauces.

No hubo milagro que la salvara entonces.



# CUARTA PARTE





## CAPÍTULO 28

# EXCITANTE Y COTIDIANO



**La vida cotidiana, en apariencia previsible, desmedidamente familiar, es la que encierra la posibilidad de los grandes descubrimientos que rompen con la costumbre.**

**Santiago Kovadloff**

Cuando abrió los ojos, estaba tendida sobre la cama. Vio una enorme mancha de humedad en el techo, muy cerca de un cable expuesto del cual pendía la bombilla de la luz. Pestañeó para que sus ojos se adaptaran al entorno y se sentó en el borde de la cama.

Suspiró.

No se sorprendía de estar allí. Ya no. Había tenido el mismo sueño, tantas veces, que ya se lo sabía de memoria. Al mirar a su izquierda, descubrió a Lili sentada en su silla, mirando por la ventana. Tenía el cabello húmedo y su piel olía a jabón; como siempre, vestía una sudadera gris y su pantalón deportivo.

Anna se ubicó detrás de ella y aguardó con paciencia a que escribiera las cartas y las guardara en los sobres. Se conocía la rutina a la perfección, nunca variaba. La siguió de cerca mientras bajaba las escaleras, y luego a través del pasillo, hasta que depositara las cartas en el buzón asignado a su apartamento.

Llegado a ese punto del sueño, el escenario cambiaba vertiginosamente.

De repente, no se encontraban en el interior del edificio, sino en la azotea.

Era entonces cuando Anna comenzaba a temblar. Se cubría los brazos y trataba de controlar los espasmos, pero era imposible. No temblaba de frío. Temblaba porque su madre estaba parada en el risco y no podía hacer nada para evitar que se arrojara. Ya lo había intentado. Un centenar de veces. Pero nada funcionaba... el sueño siempre acababa igual: Lili con su cabeza estrellada en el oscuro asfalto. Eso era lo último que veía.

—¡Lili! —la llamó—. ¡No tienes que hacerlo!

Su madre, que nunca se percataba de su presencia, lo hizo en esa ocasión. La miró directo a los ojos. ¿La había escuchado? Increíblemente, Anna contuvo la respiración y le sostuvo la mirada. Su madre se mantenía en silencio, pero la observaba con atención.

Aunque se tratara de un sueño, esa primera interacción causó una gran impresión en Anna. Hacía años que no miraba a su madre a los ojos. De un momento a otro, los reclamos incesantes, las violentas discusiones y los años de silencio pasaron por su consciencia, y entonces el peso de la culpa cayó sobre sus hombros.

De repente, quiso salvarla. Necesitaba hacerlo. Salvarla, para salvarse.

—No lo hagas... —le pidió Anna, en un susurro desesperado.

Lili le extendió una mano, como una invitación a que se acercara, y ella aceptó. Cerró los ojos un momento y cuando volvió a abrirlos, estaba junto a su madre. El deseo la había trasladado hasta allí, a pesar del amenazante vacío que se extendía frente a ellas. Estaban sobre el borde del precipicio, una junto a la otra, tomadas de la mano. Anna apenas miró hacia abajo y una caprichosa ráfaga de viento le golpeó el rostro, provocándole un escalofrío. Entonces, notó que tenía el cabello mojado. Y percibió que su propia piel era la que olía a jabón. Y que estaba usando una sudadera gris y un pantalón deportivo. Vestía y se veía exactamente igual que su madre. Se impresionó tanto que por poco pierde el equilibrio, pero Lili la aferró fuerte de una mano.

—No saltes. ¡Por favor, no saltes! Me arrastrarás contigo —rogó asustada, desesperada. Ya no era solo a su madre a quien debía salvar. Era su propia vida la que estaba en juego.

Lili sonrió y apretó su mano todavía más, tanto que dolía.

Como en cada ocasión, no pudo evitar que su madre saltara. La novedad fue que Anna también cayó al vacío. Ni siquiera gritó, no tuvo tiempo de hacerlo. La caída duró nada más que algunos segundos. Lo último que vio, fue el oscuro asfalto precipitándose hacia su propio rostro.



—Anna... no me asustes. Vamos, reacciona...

Podía escuchar la voz de Pascal a través de la nebulosa de su inconsciencia, pero no era capaz de responder. Como su boca no le obedecía, probó con sus ojos. Pesaban una tonelada, pero hizo acopio de toda su fuerza y consiguió alzar los párpados apenas. La luz del sol la encandiló.

—Está reaccionando. Ahora, debes golpearla... Para que vuelva en sí. Dale una bofetada — propuso Dominique—. ¿Quieres que yo lo haga?

—¡No! —los mellizos gritaron al mismo tiempo y Anna se llevó una mano a la cabeza. Sentía que retumbaba con cada sonido que le llegaba.

—Muévanse todos de aquí —ordenó Pascal—. Tú no, Anna. Quédate ahí todo el tiempo que necesites. Me quedaré contigo.

Lo sintió recostándose a su lado, y sus brazos y piernas entraron en contacto. Era una sensación muy agradable; ¡tan diferente al temblor que había experimentado en el sueño! Se sentía a salvo.

Hizo un nuevo esfuerzo y, al fin, pudo abrir los ojos.

Sobre su cabeza, no había ningún techo. Todo lo que veía era un turquesa perfecto. Miró hacia su izquierda con un poco de temor, pero, al encontrarse con esa mirada en la que tanto le gustaba verse, se sintió mucho más tranquila. La pesadilla había acabado.

—¿Estás bien? —susurró Pascal.

—Mejor ahora que estoy aquí... —Anna se sorprendió de su propia honestidad.

—¿Dónde estabas?

—Suspendida en una pesadilla.

Los hermanos Duvall, congregados a su alrededor, no tenían idea de qué hablaban. Pero tampoco importaba. Era un momento privado al que ninguno de ellos estaba invitado.

—Pues, me alegra que hayas despertado... ¿Quieres que te lleve a casa?

—Por favor.



Cuando Pascal dijo “a casa”, se refería a “su” casa. Anna no opuso resistencia. Se sentía demasiado débil como para resistir la tentación de ser cuidada y, a veces, la verdadera fortaleza radicaba en admitirse vulnerable. No era extraño que entrara al Lavender a plena luz del día, pero sí lo era que fuera conducida al desván de la mano del jefe. No escaparon a las miradas indiscretas del personal, sobre todo de una en particular.

Sophie, la camarera, se mordió la lengua al verlos pasar.

Estaba que se moría de rabia, ¡de envidia! No se trataba de que quisiera algo con el mayor de los Duvall, al que por cierto detestaba, sino que ansiaba lo que Anna tenía; una mano que sostuviera la suya frente a todo el mundo. Hacía tiempo que estaba a la caza de Dominique Duvall,

pero no había conseguido más que algunos revolcones tan ocasionales como intrascendentes. Cada vez se convencía más de que ese idiota jamás sentaría cabeza, y mucho menos con ella.

Habiendo perdido toda esperanza de éxito, solo le quedaba una alternativa: la satisfacción que venía de la mano de la revancha. Fue hasta la cocina, donde podía procurarse un momento de privacidad, y buscó en Facebook el perfil de Juliette Blanc.

Hallarlo no fue difícil.

Rápidamente, escribió un mensaje privado: “Si quieres saber qué está haciendo tu novio en este preciso momento, y con quién, comunícate conmigo”. A continuación, agregó su número de teléfono y presionó el botón de “enviar”.



Pocas veces había sentido tanto pavor como cuando la vio desvanecerse, justo frente a sus narices. Se quedó paralizado. Faltó muy poco para que Anna aterrizara en el suelo, pero Paul tuvo la lucidez necesaria de socorrerla.

Ya no se permitiría esa falta de reacción. Necesitaba estar preparado.

—Entonces... en una escala del uno al diez, ¿cómo te sientes? —preguntó una vez que estuvieron solos.

Aún se veía un tanto pálida, y eso le preocupaba, pero quería que fuera ella misma quien dispusiera qué debía hacerse. No olvidaba que Anna era una mujer, y no una niña. Confiaba en que sabría pedir lo que necesitara. Y él estaría allí para asegurarse que todo progresara como era debido.

Sentada en el taburete de la cocina, Anna se tomó unos segundos para considerar su estado.

—Bueno, creo que un cuatro...

—¿Cuatro? —Pascal se alarmó.

—Tal vez, tres.

—¿Tres?! Pero ¿por qué? ¿Qué sientes? ¿Deberíamos llamar a un médico?

—En general, me encuentro en un seis; así que, tres o cuatro está bastante bien. No te preocupes por la escala... no aplica a todos por igual. Pero confía en que te diré si necesitamos atención médica.

Pascal se sorprendió ante tremenda respuesta.

*¿Se siente como un seis? ¿Qué significa eso? ¿Nunca se siente lo suficientemente bien? ¿Está hablando solo de su salud o de su estado de ánimo?*

Puede que la referencia hubiera sido breve, pero el abanico de preguntas que se desplegaba a partir de allí era infinito... Otra vez, tuvo esa sensación de que Anna guardaba secretos. Pero eran secretos que ansiaba fueran develados. Dejaba pistas al azar, arrojaba pequeñas migajas de verdad para orientar a los distraídos. El camino que señalaba esta nueva pista, le provocaba un sabor amargo. Imaginaba que no era nada grato ir por la vida sintiéndose como un seis.

—¿Qué sientes? —dijo.

Era una pregunta amplia, al igual que la respuesta que esperaba. Anna lo captó de inmediato. Supo que no se refería solo al episodio de esa tarde, que quería algún tipo de aclaración por su calificación en la escala, pero no podía dársela. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió débil. Débil en el pleno sentido de la palabra. Su cuerpo ya no quería acompañarla y su mente rogaba por una tregua. Estaba agotada.

—Cansancio —respondió, poniéndole nombre a su estado—. Eso es lo que siento. Estoy tan

cansada que quisiera darme una ducha e ir a dormir. Nada más que eso.

Pascal la observó detenidamente, con un dejo de pena en la mirada.

—Lo sé... —Anna lo miró con la misma amargura—. Hoy no soy la mejor compañía.

—Al contrario —retrucó de inmediato—. Estaba por decirte que me parece una excelente idea. Voy a contarte algo... Hace unos años, antes de que viniera a ayudarme aquí en el bar, a Dom se le ocurrió la loca idea de formar una banda de rock. No tengo que decirte cómo acabó aquello, ¿cierto?

Anna lo escuchaba con atención, pero no comprendía hacia dónde iba con la anécdota.

—El caso es que la banda ensayaba aquí —sonrió, como si acabara de decir la cosa más maravillosa del mundo, pero Anna solo pestañeó. Su cansancio mental le exigía una explicación más clara—. ¿Sabes qué es lo único bueno que quedó de ese fallido paso por la música? Que el desván tiene un revestimiento especial, es a prueba de sonidos... De otro modo, jamás hubiera aceptado mudarme aquí. Vivir sobre un bar sería una verdadera locura, de otra manera.

—Y me cuentas todo esto porque...

—¿No es obvio? —se alzó de hombros. Para Anna, no lo era, porque negó con la cabeza—. Quiero que te quedes a dormir aquí.

—Pascal... —Anna se reclinó en la banqueta y dejó escapar un suspiro—. Estoy agotada. De verdad.

—¡Lo sé! Te escuché la primera vez. Por eso quiero que te quedes aquí. Puedes darte esa ducha y dormir en mi cama, sin preocuparte por nada más.

—Como si fuera posible dormir contigo en la misma cama... —alzó una ceja seductora.

—Se nota que estás cansada, porque no estás escuchándome. Dije que puedes darte esa ducha y dormir en mi cama, no que yo me acostaría contigo.

Anna entornó la mirada e hizo la cabeza a un lado, claramente sorprendida.

—Te prometo que nadie te molestará, ni siquiera yo. Puedes dormir todo el tiempo que quieras. Tengo muchísimo que hacer allí abajo y no regresaré hasta muy entrada la madrugada... Prometo no despertarte —dijo con una mano alzada, haciendo un juramento solemne—. Y, aunque te despiertes por ti misma y me ruegues desesperadamente que te haga el amor, no te tocaré. Lo prometo.

Anna sonrió, abiertamente esta vez.

—¡Lo juro! Entonces, ¿te quedas?

Pensó en decirle que no, pero su impulso era decir que sí. Ya que la mente pedía descanso con tanta insistencia, le dio el gusto.

Su costado impulsivo celebró ese “sí” con un efusivo bailecito del triunfo; pues eran pocas las veces en las que Anna cedía. Pascal también festejó, pero en silencio y sin una pizca de algarabía. Era preciso disimular.

Cuando bajó al bar, les pidió a todos que se mantuvieran alejados del desván. Solo Dominique supo a qué se debía la firmeza de esa orden. También festejó por su hermano.

Una vez sola, Anna se dio una ducha larga en el diminuto baño de Pascal.

Mientras se aplicaba el jabón, cayó en la cuenta de que al día siguiente llevarían el mismo aroma en la piel. Era un detalle excitante y cotidiano al mismo tiempo, adjetivos que nunca había considerado usar uno junto al otro. En un gancho detrás de la puerta, le había dejado una camiseta negra; al frente, en el margen superior izquierdo, ponía su nombre en letras amarillas: “Pascal”; detrás, una estampa con el logo del Lavender ocupaba todo el espacio. Llevaría su nombre sobre el corazón, y eso le arrancó un suspiro tan cursi que por poco se empalaga... pero no le importó.

Dejó a un lado su vergüenza y su ropa interior, y se echó la camiseta encima.

Ya conocía la habitación, por supuesto. Había estado allí el día de la mudanza. Ella misma había ayudado a mover la cama para colocarla en su sitio. Otra vez, sintió que lo cotidiano había escondido un toque de magia, desde el inicio. Quitó el cobertor y se deslizó lentamente entre las sábanas. Tal y como esperaba, como deseaba, tenían su perfume. Inspiró profundo sobre la almohada y luego la ubicó detrás de su cabeza. En casa de Florian, no contaba con televisor en la habitación; pero, en casa de Pascal, lo iba a aprovechar. Tomó el control con una firmeza que dejaba en claro que no lo cedería por un buen tiempo.



Regresó casi a las dos. De camino al baño, dio pasos lentos y procuró no hacer ningún ruido. La puerta de su habitación estaba abierta. Desde su posición, podía ver el resplandor azulado del televisor y escuchar las voces típicamente impostadas de los dibujos animados. Se asomó apenas y allí estaba. Una mano aferraba con fuerza el mando a distancia, mientras la otra desaparecía bajo la almohada.

La camiseta hacía poco para ocultar su desnudez...

Pascal tuvo que hacer un esfuerzo por recordar su promesa. Cumplir con lo pactado era importante para él. Sentaría un precedente, sin dudas.

Se quitó la ropa, toda la ropa, y fue a darse una ducha. Una helada, de más está decir.

Diez minutos después, estaba de regreso. En la televisión, Homero Simpson hacía de las suyas en una maratón que parecía no tener fin. Mientras se metía a la cama, pensó en una forma de recuperar el control sin despertar a Anna, pero la realidad era que, a veces, era mejor cederlo y ya. Tomó un libro de su mesa de noche y encendió su lámpara. Por un segundo, se alarmó al percibir movimiento. Anna, en sueños, apoyó la cabeza en su pecho y enredó una pierna con la suya.

Sintió el calor de su sexo, tentándolo al rozarse con su cadera.

*Lo prometiste...*, se recordó.

Que Anna se moviera para encontrar una posición más cómoda, no ayudaba demasiado. Pero, resistió. A duras penas. Anna y su expresión relajada, con la boca ligeramente abierta y los párpados laxos, eran incentivo suficiente para mantenerse estoico en su sitio. Dolorosamente estoico.

La madrugada los encontró así, durmiendo uno junto al otro. El libro se había caído al suelo en algún momento de la noche, pero Pascal conservaba sus gruesas gafas puestas. Había leído hasta dormirse. Anna no le había pedido que apagara la luz. Él no le había exigido que enmudeciera el televisor. Habían encontrado la forma de que todo funcionara, solo por el deseo de estar juntos.

Al parecer, lo excitante y lo cotidiano podían darse la mano, y hasta dormir abrazados en la misma cama.



CAPÍTULO 29

# LA DECISIÓN



**Cada día escojo la verdad  
con la que pretendo vivir.**

**Paulo Coelho**

Cuando abrió los ojos, no tuvo dudas acerca de dónde se encontraba. Si el gris claro de las paredes no hubiera sido pista suficiente, habría acabado por adivinarlo al percibir el aroma de la piel de Pascal entre las sábanas. Había dormido con ella, el desorden a su lado así lo delataba. Anna sonrió. Había cumplido con su promesa... Estiró el brazo hasta la mesa de noche y rastreó su teléfono sobre la pila de libros.

—¿Las nueve? —tuvo que mirar dos veces para conceder que, efectivamente, había dormido por casi doce horas. ¡Y sin pesadillas! No recordaba la última vez que había descansado de esa forma. Al mirar la pantalla con más detalle, descubrió que Florian había llamado—. Mierda... —se incorporó lentamente, para evitar el mareo, y se sentó al borde de la cama. Tras marcar, aguardó sin prisas; Florian se movía con lentitud.

—¿Diga?

—Florian... Soy Anna.

—Anna... —había cierto alivio en la forma en que pronunció su nombre.

—Lamento no haber respondido, no tenía el teléfono cerca.

—Está bien, no es nada. En realidad, solo llamaba para asegurarme de que estuvieras bien.

—Lo estoy —asintió, como si Florian pudiera verla.

—De acuerdo... ¿Vendrás a casa para almorzar?

Para cualquier mujer de treinta años, hubiera sido incómodo recibir una llamada como aquella. Es decir, era una mujer adulta, libre e independiente, que había decidido pasar la noche fuera de casa. No tenía que dar explicaciones al respecto. Para cualquier mujer de treinta años, ese hubiera sido el caso... Pero, para Anna, no.

La llamada de Florian le llegaba de una forma muy especial, muy personal.

Se podría decir que Anna había sido libre e independiente desde la más tierna edad. De pequeña, jugaba en el parque con otros niños de su edificio. Era siempre la última en regresar a casa. Las madres de los otros niños iban a buscarlos para que regresaran, para hacer las tareas escolares o para sentarse a cenar. Ella siempre volvía a casa sola; en general, hacía las tareas, si quería, y cenaba lo que encontraba en el refrigerador. Entonces, se sentía afortunada... Hacía lo que le viniera en gana y nadie le pedía explicaciones al respecto.

Más adelante, comprendería que eso que llamaba libertad, bien podría llevar otro nombre: abandono.

Para cualquier mujer de treinta años, hubiera sido incómodo recibir una llamada como aquella. Para Anna, era un regalo.

—Claro que sí... —la embargaba una emoción abrumadora—. Llegaré a casa pronto.

—No te apures, Anna. Cuando estés lista, aquí estaré.

—Okey —inspiró profundo y una sonrisa pequeña le asomó en el rostro—. Nos vemos pronto.

Pascal, desde la cocina, podía oírla hablar. Dudó entre darle su espacio o ceder a sus ganas de invadirlo, pero Anna decidió por él cuando escuchó que la puerta del baño se cerraba. Entonces, se colocó las gafas y trató de regresar su atención al libro entre sus manos. Pero estaba teniendo algunos problemas para concentrarse, porque Anna estaba en su baño, y porque había dormido en su cama, y él, que tan celoso era de sus espacios personales, se daba cuenta de que quería

compartirlo todo con ella. Cuando pensaba en cómo se sentía, solo se le presentaba una palabra.

*¿Demasiado pronto?*, se preguntó.

Aunque no estaba seguro de que se tratara de una cuestión de tiempo.

Solo tenía un punto de comparación; y, aunque las comparaciones eran odiosas, no podía evitar hacerlas. La relación con Juliette había crecido y se había afianzado de forma paulatina, a lo largo de cinco años de relación. Había empezado como una tímida atracción que se convirtió en sólida amistad; en una amistad que, con el tiempo, fue deseo de algo más. Su amor se nutría de los sueños compartidos y de un futuro planificado a la par, pero era nada más que una ilusión. Construían su futuro sobre una estructura de naipes, tan frágil que se agitaba ante el más mínimo suspiro. En algún momento, el amor que se tenían dejó de ser importante, y otras cosas más frívolas tomaron un lugar preponderante. Pasaron de desear algo más a convertirse en amigos, en socios, y la atracción pronto estuvo en último plano.

Con Anna, nada se sentía paulatino. Era como surcar el espacio a la velocidad de la luz. No era una cuestión de tiempo, sino de intensidad. No tuvo más que verla entrar al Lavender por primera vez para sentir que el mundo de ilusiones que se había inventado colapsaba bajo sus pies. No hubo nada que se pareciera a una tímida atracción... Por el contrario, se sintió en llamas. Estalló de celos al verla con Dominique; no podía admitirlo entonces, pero ya no tenía sentido negarlo. La había querido suya al instante de verla. La quiso suya y lo quiso todo, sin cuestionamientos. Sus “indefiniciones” no tuvieron cabida; cuando todo a su alrededor parecía ser motivo de duda, Anna se convirtió en su más absoluta certeza.

—Sí... —dijo mientras tomaba otra cucharada de cereal con leche—. Sin dudas, es demasiado pronto.

—¿Hablando solo? —preguntó Anna, a quien no había oído llegar, perdido como estaba en sus cavilaciones.

—Una de mis muchas rarezas —dijo, sin temor a asustarla—. Buenos días...

—Buenos días.

La vio radiante. El cabello anudado sobre su cabeza le despejaba el rostro, que lucía fresco y descansado. Vestía la misma ropa que el día anterior, la misma tentadora falda que le había quitado el aliento. Fue hasta la alacena y tomó un tazón que llenó con los cereales y la leche que habían quedado sobre la encimera.

—Cumpliste con tu promesa... —Anna sonrió al percibir el calor de su mirada.

—Y estoy orgulloso de mí mismo. Créeme que no fue nada fácil.

Era fascinante verla moverse con tanta familiaridad por la cocina, como si perteneciera a allí.

—Pues, gracias por el esfuerzo —dijo mientras se inclinaba para guardar el cartón de leche en el refrigerador. ¿Acaso lo hacía a propósito? Pascal se removió incómodo en su asiento—. Realmente necesitaba descansar. No sabía cuánto, hasta esta mañana. Me siento otra —confesó.

—Mi cama estará feliz de recibirte cada vez que lo necesites —dijo, mientras la veía sentarse frente a él—. Igual que yo.

Anna asintió sin decir una palabra. La propuesta sonaba tentadora, pero no quería abrumarlo. Hundió la cuchara en las dulces profundidades de su tazón y desayunó en silencio, mirando el mundo de colores a través de la ventana. El cielo estaba despejado, sería un día caluroso.

—Podría ser así, siempre... —dijo Pascal.

Anna, que pensaba que leía, se sorprendió al escucharlo. Lo descubrió con los ojos fijos en ella, enormes tras las gruesas gafas de leer, y parecían esperar algún tipo de respuesta. Anna tragó el cereal con dificultad.

—¿A qué te refieres? —susurró.

Pascal dobló la esquina de la página que leía y dejó el libro sobre la mesa. Cuando se quitó las gafas, Anna sintió que le temblaban las piernas. Tenía una expresión que hablaba por sí sola.

—A nosotros, por supuesto —sus manos barrieron con la distancia que los separaba y fueron al encuentro de las suyas—. A esto. Podría ser siempre así. Tú y yo, despertando juntos a diario...

Anna entornó la mirada y estuvo a punto de preguntar algo como “¿estás bromeando?!”, pero no encontró un atisbo de humorada en la forma en que la miraba. Hablaba absolutamente en serio.

—Apenas nos conocemos —fue lo primero que se le ocurrió decir. No quería siquiera considerar la propuesta, era una verdadera locura.

—Lo sé. Tenemos una vida para conocernos. ¿Por qué no empezamos de una vez?

Su primer impulso era decir que “sí”, pero el pensamiento ya había descansado lo suficiente como para tomar las riendas y detener esa locura. Anna acarició el dorso de su mano con el pulgar y desvió la mirada hacia la ventana.

—Dime qué piensas —le pidió Pascal, temiendo que se cerrara a la posibilidad.

Anna pensó que la mejor alternativa era ser honesta; tanto como pudiera.

—No estoy segura de que “nosotros” sea una buena idea —admitió, con una sonrisa que nada tenía de feliz. Era la aceptación de una realidad que le parecía imposible de modificar—. Me encanta estar contigo, no voy a negarlo. Y ya quedó claro que somos más que amigos. Me gustas mucho... Pero tienes que saber que tiendo a arruinar mis relaciones. No sé estar con nadie más que conmigo misma. Me he acostumbrado a estar sola, a valerme por mí misma, y llegaré el momento en que sentiré que me asfixias. Entonces, me alejaré y te lastimaré. Y me odiaré por eso.

No quería soltar sus manos, tampoco desprenderse de su mirada, pero necesitaba que la escuchara. Había llegado a un punto en el que sabía que, si las cosas entre ellos avanzaban, terminarían lastimados. ¿Cuánto tardaría en descubrirse el posible parentesco entre ella y Cédric Duvall? Vivir a la sombra de una mentira era aterrador; pues, la verdad siempre hallaba su camino.

—¿Por qué lo que me dices me suena a advertencia?

—Porque lo es —confirmó Anna.

—Okey...

Se levantó y dio la vuelta a la mesa hasta quedar frente a ella, se hizo espacio entre sus piernas y sostuvo sus mejillas antes de avanzar hacia su boca. Se hundió tan profundo en el beso que parecía querer llegar hasta su alma, a esos rincones donde nadie más había llegado antes. No le importaba que sus relaciones anteriores hubieran fracasado; de hecho, se alegraba de que así hubiera sido. Estaba dispuesto a demostrarle que esta vez podía ser diferente.

Anna puso las manos en su pecho, en una sutil indicación para que se detuviera. Pascal lo comprendió, pero no se alejó.

—¿Escuchaste algo de lo que dije? —preguntó Anna.

—Cada palabra.

—¿Entonces?

—Entonces, estoy dispuesto a correr el riesgo. Porque lo único que me asusta más que salir lastimado es no verte —la miró directo a los ojos antes de continuar, esperando que le creyera—. Me estoy enamorando de ti.

—Pascal... —usó ese tono de “estás diciendo una locura”, pero él la detuvo de inmediato.

—No, es mi turno. Te toca escuchar —replicó—. Verás que sí, por mucho que te pese, me estoy enamorando de ti. Y creo que tú también te estás enamorando de mí, solo que no quieres admitirlo.

—¡Vaya! —sonrió Anna—. ¡Sí que te tienes confianza!

—No sabes cuanta —admitió—. Confío en nosotros. Como en cualquier aventura, la posibilidad de fracasar está a la vuelta de la esquina, pero vale la pena asumir el riesgo. ¿Qué decides? Aquí y ahora. ¿Estamos juntos o no?

Afortunadamente, ya estaba lo suficientemente lúcida como para refrenar todos sus impulsos. No quería apresurar su respuesta, tenía muchas cosas que considerar.

—Digo que es demasiado temprano para tener una conversación tan seria.

—¿Temprano? ¡Son casi las diez! —le mostró en su reloj.

—Peor aún... Es demasiado tarde. Debo regresar a casa, Florian me espera —le dio un fugaz beso en la boca y pasó debajo de sus brazos—. Te llamo luego, ¿sí?

—¿Solo así? ¡¿Ya te vas?! —quiso detenerla, pero en un abrir y cerrar de ojos ya estaba en la puerta del desván. Cayó sobre la silla y se resignó a tener que verla partir. Para su sorpresa, justo un segundo antes de marcharse, Anna regresó y se asomó a la puerta.

—Pascal, yo... —se tomó del borde y se mordió el labio.

Si no salía de allí, y rápido, terminaría por decírselo todo. O, peor aún, terminaría confesándole que él tenía razón. Ella también se estaba enamorando.

—¿Qué? Solo dímelo —la animó.

—Bueno... —al escuchar el sonido que subía desde el bar, recobró la cordura—. Yo... quería decirte que usé tu cepillo de dientes.

—Por supuesto que lo hiciste, ¿acaso hay compromiso más grande que ese?



CAPÍTULO 30

# LA RESPUESTA



**No se puede conseguir el paraíso sin sacrificios.**

**Julia Navarro**

**D**urante el almuerzo, la notó contrariada. Ensimismada. Cargaba el tenedor y se llevaba la comida a la boca, pero lo hacía todo de forma mecánica. No estaba realmente allí.

Se esforzaba por no parecer un viejo entrometido, pero le preocupaba su estado de ánimo. En ocasiones, le recordaba mucho a su Lili. Ella también tenía esos episodios de ensimismamiento, huía a su mente en busca de algo o de alguien que la rescatara de su apatía. Entonces, Florian solía perder la paciencia. A los gritos, le exigía respuestas. Le exasperaba no saber qué hacer para ayudar a su hija. Nunca obtuvo respuestas. Y nunca pudo ayudarla. Con su exigencia, no consiguió más que expulsarla al exilio. No volvería a cometer el mismo error.

Luego del almuerzo, se ocupó de dejar en orden la cocina. Hacer algo siempre le ayudaba a mantener a raya su ansiedad y, como consecuencia, sosegado su fuerte temperamento. Quería hablar un poco con Anna, pero quería hacerlo con calma.

Se asomó a la ventana y la encontró, como siempre, sentada en los escalones del porche. Perro estaba echada a sus pies, tomando su siesta luego de una succulenta comida.

—Hace calor... —comentó al salir.

—Aquí bajo la sombra, no es tan grave —Anna echó la cabeza atrás para mirarlo. Cuando hacía eso, también se parecía mucho a su Lili.

—¿Puedo acompañarlas un rato?

—Adelante —le dio unas palmaditas al espacio vacío a su lado y Perro se levantó para echarse un poco más allá. Aún estaba aprendiendo a confiar. Como todos—. ¿Se siente bien? —le preguntó al oírlo masticar una queja entre dientes.

—Tan bien como puedo. Esta rodilla no deja de recordarme lo viejo que estoy —dijo, mientras se apoyaba sobre la pierna buena para obtener una posición más cómoda.

—¿Qué fue lo que le pasó? ¿Cómo se lastimó?

—Me lastimó mi propia inconsciencia... Forcé demasiado a este pobre envase, olvidando que me acompañaría toda la vida. Ahora, me pasa factura.

—Cuánto lo siento.

—Sí, yo también.

—Podríamos llamar a alguien para que lo viera. Es probable que el daño sea irreversible, pero no perderíamos nada con intentar... —dijo sin querer sonar imperativa.

—Eres muy amable —asintió Florian—. Lo consideraré... ¿Y tú cómo estás? —preguntó, como al pasar, solo para saber si el terreno era propicio para una conversación.

—Tan bien como puedo —respondió haciendo uso de la fórmula de su abuelo.

—Ya veo.

Perro se levantó y dio un gran bostezo, cerrando los ojos y estirando todo su cuerpo. Luego, se sacudió, dio un par de vueltas, y volvió a echarse para otra siesta. Anna y Florian mantenían la vista al frente, como si el espectáculo fuera interesante.

—Anna, no quiero ser entrometido... —quebró el silencio.

—Pero lo será —sentenció Anna, con una mirada suplicante que lo desconcertó—. Y yo se lo agradeceré, porque usted es la única persona con quien puedo hablar.

—Querida, a mí puedes decirme lo que sea —su mano avejentada y endurecida se apoyó sobre

el hombro de Anna—. Ya nada me asusta, créeme.

Anna inspiró profundo y se dispuso a hablar. Si no lo hacía, se volvería loca. ¡Cuánto quería un cigarrillo! Su suministro se había acabado hacía un par de días y no quería reponerlo. Sin habérselo propuesto, intentaba dejar sus malos hábitos. Pero no era fácil. Tenía tantos pensamientos que se sentía enredada. Era preciso poner algo de orden.

—No sé por dónde empezar —admitió.

—Empieza por lo primero que venga a tu mente.

Anna se sonrojó y Florian anticipó que la conversación sería más difícil de lo que había previsto. Comenzaba a dudar de que nada lo asustara.

—Anoche... me quedé en casa de Pascal.

*¡Bingo! ¡Esto sí que será una conversación muchísimo más difícil de lo previsto!* Hizo un intento por mantener una expresión neutral, pero sus ojos lo delataban.

—Entonces, las cosas avanzaron —supuso, sin saber exactamente qué estaba diciendo con eso.

—Demasiado rápido —confirmó Anna.

Florian, que era de una época donde ir demasiado rápido era tomar la mano de una chica sin la autorización de sus padres, prefirió esperar a que Anna continuara con su relato. Sentía que la vena en su frente estaba hinchándose, pero decidió no prestarle atención. Era importante escuchar antes de juzgar.

—Dijo que está enamorándose de mí.

Su abuelo carraspeó, para evitarse el ahogo, y Anna lo miró de reojo.

—Lo siento —volvió a aclararse la garganta—. ¿Qué sientes respecto a eso?

—Un miedo indescriptible —dijo, mirando al frente y tomándose las rodillas, en un intento por permanecer de una sola pieza—. Me encuentro en una disyuntiva. Veo que ante mí se abren dos vías y debo decidirme por una. Le he dado vueltas al asunto, una y mil veces, pero sin importar qué decida, debo perder algo... o a alguien, en este caso.

—¿Cuáles son tus alternativas?

—Debo empezar por decirle que, cuando llegué a Gordes, tenía un plan muy bien definido. Un plan con dos objetivos... El primero era establecer un lazo con mi familia materna; es decir, con usted —dijo, con una leve sonrisa de satisfacción. Florian también sonrió, aunque se vio más bien como una mueca extraña. Anna agradeció su esfuerzo, de todos modos—. Mi segundo objetivo era contactar a Cédric Duvall, contarle la historia de Lili y hacerle saber que existe la posibilidad de que sea mi padre.

—¿Por qué no lo buscaste primero a él? ¿Por qué te acercaste a su hijo?

—No fue adrede, lo juro... Sé cómo se ve desde afuera, y eso me mortifica, pero, debe creerme... No lo planeé así. Me acerqué a Pascal por curiosidad, porque quería saber cómo era ser hijo de Cédric. Nada más —intentó justificarse.

—Comprendo tu curiosidad, aunque no comparta tus métodos. Pero, desde ese momento hasta esta mañana, tuviste más de una oportunidad para poner fin a tu curiosidad... Lo dejaste avanzar, ¿por qué? —entornó sus pobladas cejas.

*¡¡¡Cuánto quiero un cigarrillo!!!*

Nerviosa, se puso de pie y dio un pequeño paseo frente a su abuelo. Perro alzó las orejas, atenta al errático movimiento de su humana.

—¿Por qué, Anna? —insistió.

—Porque lo amo —detuvo sus pasos y lo enfrentó. A su abuelo y a su realidad. Florian abrió la boca y su quijada colgó un poco—. No se trata de un simple enamoramiento. Esto que siento, no

me sucedió jamás.

—Mierda —soltó Florian.

—¡Eso mismo! —secundó Anna—. ¿Ve cuál es mi disyuntiva? Tengo dos alternativas... Si le digo a Pascal que existe la posibilidad de que su padre adoptivo sea mi padre biológico, que lo supe todo este tiempo y preferí mantenerlo en secreto, no me lo perdonará. Voy a perderlo.

—¿Cuál es la otra alternativa?

—Llevarme el secreto a la tumba...

—¿Cómo dices? —los ojos de Florian se abrieron todavía más.

—Si guardo el secreto, y si cuento con su discreción —agregó, buscando su complicidad—, nadie pierde.

—¿Nadie pierde? —se había prometido escuchar antes de juzgar, pero se veía en la obligación de decir qué pensaba—. ¿Imaginas cómo sería tu vida si eligieras ese camino? Estás pensando nada más que en el muchacho... Pero ¿cuánto tiempo crees que pasará antes de que empiece a pedirte que compartas tiempo con su familia? ¿Estarías dispuesta a sentarte en la misma mesa que Cédric Duvall sin hablarle de tus sospechas?

—Ya es demasiado tarde para echarse atrás. Estaría dispuesta a cualquier cosa... —regresó a sentarse a los escalones.

—¿Incluso a mentirle a la persona que dices amar?

Al escucharlo, Anna pegó la mirada al suelo, avergonzada. La voz de Florian resonaba en ella igual que su propia consciencia. Pensaba que el enredo en su cabeza era tormento suficiente, pero, poner los pensamientos en orden era todavía más doloroso.

—No puedes construir el amor sobre una mentira, Anna. Te destruirá.

—No es una mentira —terció, molesta—. ¡No hay nada más real que la forma en que Pascal me mira! Nunca tuve algo tan real en toda la vida... Todas las personas necesitamos que nos miren con amor, ¿no es cierto?

Le parecía estar escuchando a su Lili... “Estoy enamorada, papá”. Esa frase había iniciado esa última gran discusión, la que acabaría con todo. La vida lo ponía, una vez más, ante una situación parecida. ¿Qué es lo que haría?

—Necesito ser honesto contigo. Se lo debo a mi Lili... Ella ya no está; por tanto, es mi responsabilidad cuidar de ti. Como también es mi responsabilidad respetar a la mujer que eres, toda una amazona urbana. Has sabido cuidar de ti, prácticamente sola; y mereces todo mi respeto. Ahora... debo decirte que no estoy de acuerdo con lo que piensas hacer. Tarde o temprano, la verdad saldrá a la luz. O, en el peor de los casos, no lo hará, y entonces, tendrás que vivir con el miedo a ser descubierta.

—Lo sé —asumió, con voz temblorosa.

—No tienes que pedir mi discreción. Cuentas con ella, siempre.

—Gracias...

Ese hombre, que hacía poco más de un mes desconocía su existencia, estaba dispuesto a guardar un secreto solo porque ella se lo pedía. Ella, por su parte, sabía que no era justo pedirle que compartiera esa carga. No se permitía demasiadas muestras de afecto para con él, no quería abrumarlo, pero ese parecía ser el momento indicado para hacerlo. Tomó su mano y la presionó cariñosamente.

—Gracias por escucharme. Ya sé qué debo hacer.

—¿Qué harás?

—Voy a decirle la verdad.



Al caer la noche, salió al porche con una taza de té. Perro la esperaba moviendo el rabo.

—Buenas noches, linda —la saludó.

Se sentó en los escalones y tomó el teléfono de su bolsillo trasero. Había prometido llamar a Pascal, pero no tenía ánimos de hacerlo. Pensó que escribirle un mensaje sería mucho más fácil, pero resultó que las palabras tenían el mismo peso cuando viajaban a través de la voz que cuando se aferraban a las letras de un texto. Escribió y borró el mensaje unas tres o cuatro veces, insegura de estar haciendo lo correcto. Al final, prefirió mantenerlo simple y conciso.

ANNA:

Estamos juntos. Necesito hablar contigo.

La respuesta llegó en un parpadeo.

PASCAL:

Dime dónde y cuándo. Soy todo tuyo.



CAPÍTULO 31

# UNA PELEA EN EL BAR



**Todavía son más crueles los pesares secretos que las miserias públicas.**

**Voltaire**

Aún con el aire acondicionado dentro del automóvil, el verano no daba tregua. Un lento desfile de gotas de sudor tenía lugar en medio de sus senos. Aunque no podía culpar solo al clima; eran las ansias del encuentro las que provocaban su incendio interior.

Detuvo el motor de su confiable Polo gris y estudió su reflejo en el espejo retrovisor. Luego de mirar a los lados para asegurarse de que nadie la viera, se metió las manos dentro del escote y comprobó que todo estuviera en su sitio. Había decidido usar un vestido simple pero favorecedor.

Nunca se aplicaba maquillaje, así que no había nada que retocar. Se soltó el cabello y dejó que las ondas cayeran libres a los lados de su cara; había crecido un poco y rebasaba apenas un poco más allá del contorno de su rostro. Su imagen no le disgustaba del todo... excepto por la expresión de intranquilidad que le empañaba el semblante, por supuesto. Algo que esperaba que se solucionara a la brevedad, cuando confesara su verdad.

Se bajó del automóvil y recorrió los pocos metros hasta la entrada del Lavender.

A pleno mediodía, el bar estaba al tope de su capacidad. Tuvo que ponerse de lado para pasar entre las mesas. ¡Era una locura de gente allí adentro! Poco faltó para que chocara de frente con Sophie, que llevaba una bandeja repleta de cervezas. Le soltó un “lo siento” al pasar, pero no llegó a destino. Sophie siguió su camino sin detenerse en una réplica.

Dominique, que gritaba comandas en dirección a la cocina, le guiñó un ojo y le señaló el final de la barra, donde Pascal terminaba de acomodar otra ronda de cervezas sobre una bandeja. La intranquilidad de su rostro desapareció al verlo. Eso era lo que más le gustaba de él; la forma en que lo transformaba todo a su alrededor.

—¿Puedo ayudar? —apoyó los codos sobre la barra y se impulsó un poco hacia adelante.

Esa mirada en la que cielo y tierra convivían en perfecta armonía se instaló sobre su ser como si no hubiera nadie más en el salón.

—¿Estás aquí? —preguntó, como era habitual en él.

—Estoy aquí —confirmó con una sonrisa—. Aunque creo que no es el mejor momento...

—No, ¡no te muevas de ahí! —le dio toda la vuelta a la barra, casi a la carrera— ¡Dom! Dame quince minutos, por favor.

—¿Podrían ser cinco? ¡Estamos muy ocupados aquí! —objetó su hermano.

—El problema es que podrían ser menos, pero deséame suerte... —sin esperar por una respuesta, tomó a Anna de una mano y la arrastró por el pasillo, directo hacia la oficina del fondo.

La puerta se abrió y se cerró casi en un mismo movimiento. Antes de que pudiera siquiera parpadear, se encontró presionada entre la superficie helada de la puerta y un cuerpo que era puro fuego.

—Esta no es la falda que te pedí que usaras —le dijo al oído, usando su rodilla para hacerse espacio entre sus piernas.

—Es mejor que lo sepas ahora... —se detuvo para dejar escapar un suspiro incontenible—. Nunca haré lo que me pidas, y te encantará —sus hábiles manos se deshicieron del cinturón en segundos.

Afortunadamente, el ambiente en el Lavender estaba tan ruidoso que nadie escuchó el alboroto

dentro de la oficina. Algunos papeles cayeron al suelo luego de que el escritorio se convirtiera en escenario del segundo acto, de una obra sin nombre y con unos protagonistas que olvidaban sus líneas en cuanto estaban juntos.

—Once minutos —Anna señaló su reloj mientras Pascal volvía a abrocharse el cinturón—. Eso debe ser un record, en algún lugar del mundo.

—¿Te burlas de mí? —dijo, fingiendo estar ofendido, cuando en realidad se sentía mejor que nunca.

—Un poco, sí —se acercó y lo besó con ternura. Porque eso era lo que le provocaba. Ternura—. Ten... —alzó su pie, para recuperar la ropa interior que había quedado en su tobillo derecho y la metió dentro de su bolsillo—. Consévala.

—¿De qué planeta vienes, mujer? —se prendió a su cintura y la atrajo nuevamente hacia su cuerpo.

*¿Se enfadará mucho Dominique si lo dejo esperando durante unos minutos más?*

De un momento a otro, un fuerte bullicio proveniente del salón hizo estallar la burbuja en la que se encontraban. Se oía con claridad el estruendo de la vajilla que se rompía y los gritos agudos de una mujer. Anna se apresuró a la puerta, pero Pascal la detuvo por la muñeca.

—¿Qué haces? —recuperó su brazo y, solo entonces, vio la preocupación en su rostro—. ¿Qué sucede?

—Conozco esa voz... y esa forma de gritar.

Para Pascal, esos agudos eran muy familiares. Se trataba de Juliette. Cuando el escándalo del salón avanzó por el pasillo, tomó a Anna y la puso detrás de su espalda, lamentando por adelantado el mal momento que estaban por pasar.

—¿Qué pasa? ¡Dime! —exigió saber, tirando de su camisa.

—Es Juliette... Mi ex —sintió vergüenza incluso de nombrarla—. Lo siento mucho.

—¿Tu ex está haciendo ese escándalo en el salón? ¿Por qué? ¿Qué es lo que quiere? —Anna lucía desesperada, y hasta ansiosa por salir. Pascal se imaginaba una pelea de mujeres en pleno salón y le daban escalofríos.

—No lo sé. No la he visto en semanas. Desde que terminamos. Dominique se encargará... No quiero exponerte. No sé qué es lo que quiere y no se oye muy amistosa.

—¿Y qué esperas para preguntarle qué es lo que quiere?

—¿Quieres que salga a hablar con ella?

—¡Por supuesto! Esa mujer que está gritando ahí afuera, poniéndose en ridículo frente a medio pueblo, fue tu pareja durante años. Si no sales allí y la salvas de su vergüenza, no eres el hombre que creo que eres. Llévala al desván, yo me quedaré aquí. Leeré un libro o algo... Tú solo ve —al ver que Pascal seguía estático en su sitio, se exasperó—. ¡Ahora!

—Está bien —al fin reaccionó.

La puerta se abrió y se cerró en fracción de segundos, pero el escándalo que se hizo espacio para entrar a la oficina, le perforó los oídos. Se sentó en el sillón de Pascal y se reclinó en él, con la mirada fija en el techo. Había llegado decidida a decir la verdad, pero ya no estaba tan segura de que fuera el mejor momento para hacerlo.



—¡Maldito mentiroso! ¡Me mentiste! ¡Me dijiste que no había nadie más! —Juliette gritaba y tiraba patadas al aire. Dominique la cargaba en su hombro como si pesara menos que una pluma y

Pascal los seguía unos pasos más atrás.

—¿Estás seguro de que quieres estar con ella en un espacio cerrado? Luce aterradora — Dominique lo miró sobre su hombro, esquivando golpes con asombrosa destreza.

—No te preocupes por mí... —bajó la voz y continuó—. Anna está en la oficina. Ve a verla.

—Descuida, lo haré.

Dominique depositó a Juliette en el sillón con tanta delicadeza como pudo. Cuando estuvo sentada, Juliette tiró una última y certera patada que dio de lleno con el inservible recipiente de cristal que se encontraba sobre la mesa de café. El proyectil salió despedido a toda velocidad y Pascal lo esquivó justo a tiempo. Acabó hecho trizas luego de impactar contra una pared.

—¿Estás loca?! ¡Llamaré a la policía si no te calmas! —le gritó Dom, sin poder creer lo que acababa de hacer. No parecía la misma Juliette de modos impecables con la que había tratado durante cinco años. ¿Cuántas escenas como esas había tenido que soportar su hermano mayor? —. Insisto en que no es buena idea que te quedes con ella a solas.

—Vete, Dom. Yo arreglaré esto.

—Okey, como quieras —le dio una última mirada de advertencia a Juliette y cerró la puerta al salir.

De inmediato, comenzaron los gritos.

—¿Cómo pudiste hacerme algo así?! ¡Me traicionaste! ¡A mí! ¡Que durante años te lo di todo!

—Juliette... —Pascal se llevó una mano a la cabeza y cerró los ojos por un momento. Sentía que estallaría pronto—. Estamos a dos metros de distancia, ¿crees que podrías bajar el tono de voz?

—¿Dos metros?! ¡Dos metros, dices?! ¡Tú y yo estamos a kilómetros de distancia!

—Está bien, como tú digas... —acercó un taburete de la cocina y se sentó en él—. ¿Eso es lo que viniste a decirme? ¿Qué soy un mentiroso?

—¡La conocías mucho antes de que terminaras conmigo! ¡Los vi conspirando en el supermercado! ¡¡¡Justo frente a mis narices!!! —se puso de pie y se quitó un zapato, agitándolo peligrosamente en el aire. Para Pascal, el menor de sus males era acabar inconsciente por un zapatazo.

—Conspirando es una palabra grande... —dijo—. No tiene sentido negar nada. Es cierto, la conocía antes de que termináramos, pero no sucedió nada entre nosotros mientras tú y yo estábamos juntos. Siempre te respeté.

—¿Me respetaste? ¡Basura! ¡Tú no me respetaste, tú me mentiste! —le arrojó el zapato, que en esa ocasión llegó a destino, impactando certeramente sobre su hombro izquierdo.

—Se acabó —alzó el zapato del suelo y lo puso sobre la mesa de café, con más fuerza de la necesaria—. Tú y yo no sabemos hablar. Por eso llegamos a esta instancia...

—¡Llegamos aquí porque la zorra que tienes escondida allí abajo se metió entre nosotros!

—¡Cuida tus palabras, Juliette! ¡O me vas a conocer! —le advirtió, con el teléfono en la mano. Ya poco le importaba el escándalo. Si tenía que llamar a la policía para que su ex se calmara, lo haría. Entonces, repasó lo que Juliette había dicho—. ¿Quién te dijo que Anna está aquí?

Juliette estaba tan fuera de sí que no le importaba mantener en secreto la identidad de su informante. Después de todo, había pagado muy bien por la información suministrada.

—Te paseas con ella frente a todo el mundo... Hasta tu personal se avergüenza del papel lamentable que estás haciendo. ¡Fue Sophie quien me dijo lo que está ocurriendo aquí!

—Maldita —Pascal masticó entre dientes. Lidaría con ella después—. Juliette, tienes que entender que lo nuestro se terminó. Lo que haga de mi vida, y con quien, ya no te concierne. No

enturbies el recuerdo de una relación que fue importante para mí... Déjalo así —le pidió, casi le rogó.

Juliette pestañeó y parte de su enojo pareció esfumarse al escucharlo.

—Tienes razón —inspiró y expiró un par de veces, en un intento por recuperar la cordura, la que solo hallaba junto a Pascal.

Hablar con Margot, no había sido de ayuda. Que Sophie le proporcionara información, tampoco había aportado nada. Cada paso que daba, se convencía más de que era un fracaso. Lo único que lograba era estar cada vez más enterrada en el pozo que ella misma excavaba.

—Tienes razón, lo siento mucho... —se levantó del sillón y se acercó a Pascal, la misma cantidad de pasos que él retrocedió. Así de aterradora era ante sus ojos.

—Está bien. Vamos a dejarlo así —le pidió, caminando hacia la salida—. Vete a casa.

Abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarla pasar. Juliette aprovechó que el espacio era estrecho y avanzó hacia la desprevenida figura de Pascal, presionándose descaradamente contra su pecho.

—Tienes razón, lo que teníamos era importante. ¿Vas a dejarlo ir? ¿Así como así? —preguntó, casi rozando sus labios. Pascal giró el rostro justo a tiempo y la boca de Juliette aterrizó sobre su cuello.

Ambos se quedaron inmóviles al mismo tiempo, pero por razones distintas. Pascal porque sentía repulsión al tenerla así de cerca. Juliette porque percibió un perfume que no era el de él.

—Puedo olerla sobre ti. Llevas impregnado su perfume de zorra sin clase... —escupió las palabras con un odio que le transformó el rostro.

—¡Ya basta! Dije que cuidaras tus palabras. ¡No voy a permitir que uses ese lenguaje para referirte a Anna! ¿Oíste? —la tomó del brazo y la arrastró fuera del desván. Si se quedaban un minuto más allí adentro, las cosas acabarían peor.

—¡Me lastimas! —Juliette recuperó su brazo de un tirón y lo golpeó en plena mejilla izquierda, con la mano abierta y el orgullo herido.

El golpe fue tan fuerte que el sonido viajó a través del pasillo y llegó hasta la barra, donde Dominique y Anna bebían un brandy para calmar los nervios. Se crisparon nuevamente.

—Quédate aquí —le ordenó Dom.

—Como si pudieras detenerme... —se mofó Anna.

Uno junto al otro, apresuraron los pasos hacia el pasillo, seguidos de cerca por el personal del salón, que incluía a Sophie y a un puñado de clientes curiosos que se rehusaban a perderse el espectáculo.

Avistaron a Pascal a los pies de las escaleras al desván, intentando quitarse de encima a una Juliette desesperada por obtener su perdón. Gritaba y pateaba igual o más que a su llegada.

—¡Sophie, llama a la policía! —ordenó Dom. La joven estaba inmóvil, sin ser capaz de reaccionar—. ¡Sophie!

Anna había querido mantenerse al margen, pero al ver el rastro de sangre en el labio superior de Pascal, supo que era momento de actuar.

—Llama a la policía —le dijo a Dom, entregándole su móvil—. Voy a quitársela de encima.

—¿Estás loca?! ¡Es una fiera salvaje! Yo lo haré.

—¡Ningún hombre tocará a esa mujer en mi presencia, ¿está claro?! —alzó la voz lo suficiente como para que el resto del salón se enterara. Dom la observó sorprendido, y hasta un poco asustado—. Llama a la policía —repitió.

Mientras alejaba a la gente del pasillo para llegar a la zona de conflicto, se lamentó de no tener

ropa interior bajo el vestido. Estaba en clara desventaja.

Se mantuvo junto a la pared y procuró no hacerse notar, aunque Juliette no podía ver a nada y a nadie más que a su objetivo. Cuando estuvo detrás de ella, la invadieron sensaciones encontradas. Por una milésima de segundo, apartó de su cabeza lo que estaba sucediendo y sintió pena por la mujer que se arrastraba ante un hombre por unas migajas ¿de qué?: ¿de cariño?, ¿de compasión? Luego, al escuchar cómo Pascal trataba de razonar con ella, sintió ira.

Un profundo deseo de defender a la persona que amaba se apoderó de sus facultades. Su consciencia recuperó algunas técnicas básicas de dominación que había aprendido durante un breve período en la academia. Jamás pensó que pondría esas técnicas en práctica, pero lo cierto era que había obtenido muy buenas calificaciones.

Se colocó detrás de la atacante y aprovechando la ventaja de la sorpresa, presionó el hombro derecho con su mano derecha y tomó la muñeca derecha con su mano izquierda. Después de un movimiento rápido y efectivo, Juliette acabó en el suelo, con el brazo retorcido detrás de su espalda y la rodilla de Anna ejerciendo presión para mantenerla en esa posición.

—¿Qué?! ¿Qué es lo que pasa? —Juliette trataba de mirar hacia atrás, pero Anna no se lo permitía.

Se moría de ganas de preguntarle a Pascal cómo se sentía, pero, cuando sus miradas se cruzaron, le indicó silencio. Era mejor que Juliette no supiera quién la sujetaba. Quiso llorar al ver los arañazos que la muy harpía le había ocasionado en la mejilla izquierda, en el cuello y en el pecho. Estaba segura de que sus brazos no estarían mucho mejor. Se sintió mucho mejor cuando Dominique acudió en su ayuda.

—Cielos, viejo... Te dije que no era buena idea que te quedaras a solas con esa bruja.

—Y tenías razón —admitió Pascal, con una mueca de dolor.

Ya se oían las sirenas de la ambulancia y de la policía cuando Dom ayudó a que Pascal se incorporara y lo condujo a través del pasillo, pidiendo espacio a los curiosos.

—¿Qué es lo que pasa con todos ustedes?! ¿Es que nunca vieron una pelea en un bar? —se carcajeó.



—¡Ay!... ¿Es necesario usar tanto alcohol? —se quejó, otra vez.

Ángela, la enfermera que curaba sus heridas, no se detuvo a responder. En su larga trayectoria, había aprendido a guardar silencio cuando se encontraba con un paciente quejumbroso. Y este era uno de los peores.

—Shhh. Falta poco —Anna se afligía con cada mueca que le veía hacer. Le dolían cada uno de sus magullones.

—Sí que te dieron duro, hermano —se burló Dom.

—¿Cuántos dijiste que eran los de la pandilla? —preguntó Esther, sumándose a las bromas.

—¿Tú también? ¿De verdad? Se supone que eres mi hermana favorita... ¿No es por eso que estás aquí?

Anna no quería hacerlo, pero fue incapaz de ocultar la sonrisa. Después de tanta tensión, reír era un aliciente.

Estaba agotada. El esfuerzo físico le estaba pasando factura. No era tarea fácil dominar a una persona en semejante estado de excitación. De hecho, se habían necesitado dos oficiales de la delegación local para conseguir que Juliette entrara al vehículo policial. Estaba segura de que la

liberarían por la mañana, pero pasar la noche en una celda, aunque fuera en una en el bonito Departamento de Policía de Gordes, la haría reflexionar. O eso esperaba.

—Es una lástima que tengas que ir a la fiesta en ese estado. A mamá no le hará nada de gracia que arruines sus fotos —dijo Esther, quien seguía en muy malos términos con Margot. Anna se mantuvo en silencio, sin saber a qué fiesta se refería.

—Mierda —Pascal cerró los ojos, como si le hubieran dado otro golpe—. Lo olvidé por completo.

—No te mortifiques... Luego, te arreglaremos con Photoshop. La experta, aquí presente, nos dará una mano —intervino, Dom.

—No, no es eso —volteó a ver a Anna, de frente, dejando a sus hermanos un poco más atrás. Quería algo de privacidad, aunque fuera un poco—. Dijiste que querías hablar conmigo...

—Sí —Anna asintió.

—Yo también quería hablar contigo, pero luego fuimos a la oficina y...

—Sí, lo sé. Estuve ahí —lo detuvo, solo por si acaso.

—El caso es que, este fin de semana, mi padre celebra sus sesenta años.

—Será una gran fiesta —le sopló Esther.

—Será una gran fiesta —repitió como un autómatas—. Pienso que es una buena oportunidad para que conozcas al resto de la familia, ¿qué te parece?

El suelo se sacudió bajo sus pies y apoyó una mano sobre la camilla. Parecía que el destino se burlaba de ella. Aún no había tenido oportunidad de hablar con Pascal, de decirle la verdad, y se enfrentaba a una invitación tan deseada como inoportuna. Se mordió el labio para no ponerse a gritar.

—No la escucho decir “sí” —presionó Dom—. ¿Qué es lo que pasa? ¿No dijiste que se estaba enamorando de ti?

Anna le clavó a Pascal una mirada reprobatoria.

—¿Qué esperabas? Es mi hermano. Lo sabe todo de mí... —se alzó de hombros, como si fuera la cosa más obvia del mundo—. Además, tiene razón. Todavía no me has respondido.

—Di que sí, Anna —Esther se asomó sobre el hombro de Pascal y le obsequió una de sus mejores sonrisas—. Será divertido, lo prometo. Bailaremos toda la noche.

Anna abrió y cerró la boca, boqueando como un pez fuera del agua, pero sin pronunciar palabra.

—Ven conmigo, por favor —volvió a pedirle, tomó una mano entre las suyas y le dejó un beso tan tierno que le robó el aliento. El momento hubiera sido aún más romántico si Dom no hubiera estado metiéndose el dedo a la boca para fingir un vómito.

—¿Okey...? —balbuceó finalmente.

—Suficiente para mí, cuenta como “sí” —celebró Esther.

Pascal, aunque feliz de que hubiera aceptado, se preguntó por qué había demorado tanto en responder. ¿Tan difícil era pensarse en una fiesta con él? No eran pocas las veces en que acababa preguntándose si no estaba forzándola a más de lo que podía dar. No quería sentir que la obligaba a hacer algo que no quería. O que no sentía. De todos modos, agotado como estaba tras los eventos del día, prefirió apartar el asunto y dejarlo pasar.



CAPÍTULO 32

**UNA  
FIESTA  
INOLVIDABLE**



**La verdad es lo que te hará libre.  
Pero no hasta que haya acabado contigo.**

**David Foster Wallace**

**E**l miércoles intentó hablar con Pascal, pero lo encontró tan dolorido luego de la pelea en el bar que no quiso darle otro golpe. Lo dejó pasar. El jueves parecía un buen día para hacerlo, pero Margot, luego de estallar en un llanto desgarrador por el estado en que encontró a su hijo, decidió pasar todo el día con él. Lo dejó pasar. El viernes llegó al Lavender con la firme decisión de no irse hasta tanto hablara con Pascal, pero la policía llegó antes.

—¿Bromeas? —le preguntó a Dom, dejándose caer derrotada en uno de los taburetes de la barra.

—No. Vinieron a buscarlo en un vehículo policial y lo metieron en el asiento trasero, como si fuera un criminal. La familia de Juliette, la muy desgraciada, tiene influencias en el pueblo. No iban a permitir que Pascal saliera ileso luego de hacer que arrestaran a su hija frente a todos.

—Pero él no hizo nada... ¡Fue Juliette quien lo atacó!

—Eso está claro.

—Entonces, ¿de qué lo acusan?

—De haber ejercido violencia sobre Juliette, por supuesto.

—¡Hija de puta! —Anna golpeó un puño cerrado contra la palma de su mano y varios de los clientes del bar voltearon a ver quién había hecho uso de tremendo insulto. Incluso Dominique se sorprendió—. Iré a la estación de policía...

—Mis padres están allí —la detuvo Dom, con una mano en alto—. No te aflijas. Esto se solucionará rápido. Hay más de treinta clientes del bar, muy buenos clientes, que están dispuestos a testificar cómo fueron las cosas. La familia de Juliette también lo sabe. Solo hicieron esto para molestar a Pascal, porque no pueden entender que alguien se atreva a dejar a su perfecta hija. ¡Que se pudran, los malditos! Bebe un trago conmigo, linda —tomó dos vasos y los colocó sobre la barra.

—Muchas gracias, Dom. Pero tendré que decir que no... Le prometí a Esther que la ayudaría a elegir vestidos.

—¡Qué divertido! ¿Puedo ir?

—No, claro que no puedes ir... Cielos —revoleó los ojos de salida.

—¿Cuál es tu problema? ¿Desconfías de mi buen gusto?

Anna se abstuvo de responder.



La cortina de terciopelo rojo se descorrió y Esther salió del cambiador. Lucía un impresionante vestido de satén. El corte sirena acentuaba la delicadeza de sus curvas y el escote corazón la hacía ver un poco más abultada de allí arriba. Además, era un hermoso color verde esmeralda. Le sentaba de maravillas al tono de su piel.

—¿Qué te parece? —preguntó con las mejillas arrojadas. Celine, que había elegido su vestido semanas atrás, la miraba como si estuviera viendo la más bella obra de arte.

—Te ves hermosa —sonrió.

—¡Eso dijiste del último vestido! —la acusó Esther.

—¡Es que también te veías hermosa en él! —retrucó Celine.

Anna, que parecía estar oficiando de referí, alzó las manos y detuvo la inminente discusión.

—Esther, debes aprender a aceptar cumplidos. Celine tiene razón... Ambos vestidos te hacen ver preciosa. No es necesario armar un escándalo por eso —Esther bajó la cabeza y asintió, claramente incómoda—. Celine, ¿puedo hablar un momento contigo?

Se apartaron de los cambiadores y caminaron un poco entre las líneas de vestidos. Los había de todas formas y colores. Era desconcertante.

—Voy a decirte algo y espero que no te ofendas, ¿está bien?

—Está bien —respondió Celine, aunque no sonaba del todo convencida.

—Creo que tu presencia está poniendo nerviosa a Esther.

—¿Eso crees? —se llevó una mano al pecho.

—Sí, lo siento. Tu opinión es muy importante para ella... Y está tan pendiente de ti, que no puede atender a sí misma, ¿sabes? Creo que necesita espacio para decidir qué le gusta. Sin presiones.

—No lo había pensado de ese modo, pero supongo que tiene sentido. Esther siempre se preocupa por lo que piensan y sienten las personas a su alrededor.

—Lo sé —por eso Esther y Pascal tenían una relación tan estrecha, porque pensaban y sentían de modos parecidos.

Una vez de acuerdo, Celine anunció que su mamá la había llamado y debía regresar a casa. Esther le dijo cuánto lamentaba que no pudiera ayudarla en la elección de su vestido, pero tal y como Anna sospechaba, se sintió mejor cuando estuvieron solas. Se probó unos cuantos vestidos más, pero no encontró ninguno con el que sintiera lo suficientemente cómoda.

—Creo que hemos cubierto todos los vestidos de esta tienda —dijo Anna.

—Así parece —Esther se veía un tanto decepcionada.

—Oye, ¿por qué no vamos por una hamburguesa? Así despejamos la cabeza y llenamos el estómago. Recobramos energía para continuar con la búsqueda...

—¡Buena idea! —el ánimo de Esther cambió de inmediato.

Durante el almuerzo, conversaron un poco acerca de cómo había cambiado la relación de Esther con sus padres luego de decirles su verdad. Anna la escuchaba con atención, imaginando cómo sería su situación cuando dijera la verdad. Según Esther, había sido Cédric quien reaccionó mejor a la noticia. Tenía muchas dudas, por supuesto, pero trataba de no atosigarla con preguntas. Por el contrario, Margot, nada preguntaba. Había optado por seguir con su vida como si la conversación con su hija jamás hubiera existido. Esther sospechaba que aún estaba herida por las cosas que se habían dicho ese día; por las cosas que ella le había dicho a su madre. Después de que le dijera que no era más que un fracaso, nada había vuelto a ser como antes.

—Suenan como padres amorosos... —dijo Anna, jugando con un par de papas francesas que habían quedado en su plato.

—Pues, no lo sé. A veces, siento que me asfixian.

—¿Porque se preocupan por ti?

—No, porque les asusta que sea diferente.

—Tú no eres diferente.

—A veces... —bebió un sorbo de soda del sorbete—. A veces pienso que sí lo soy. Diferente, ¿sabes? De pequeña, no me daba cuenta que estaba mal sentir atracción hacia las niñas. Para mí, siempre fue algo natural. No es como si me hubiera levantado un día con deseos de ser gay, ¡no lo elegí! Es quien soy y punto. Empecé a verme a mí misma cuando mis compañeras hablaban de chicos y, para mí, era como si hablaran otro idioma. Y me quedaba callada, observando,

aprendiendo. No quería que descubrieran que era diferente, así es que aprendí a camuflarme.

—Te escondiste —asumió Anna.

—Hasta que ya fue imposible de ocultar... sí.

Mientras Esther bebía otro sorbo de soda, Anna la observaba pensativa.

—¿Qué crees que hubiera pasado si “Tronchatoro” no encontraba tu carta? —preguntó con curiosidad. “Tronchatoro” era el nuevo apodo de la señorita Rodenas, en honor al recordado personaje de *Matilda*.

—Probablemente, seguiría escondiéndome.

Anna le clavó la mirada, como si hubiera descubierto el origen de los agujeros negros en el espacio.

—¿Dices que debemos agradecerle a “Tronchatoro” que salieras del clóset?

—¡Sí, creo que sí!

Estallaron en carcajadas que atrajeron las miradas de muchos en el local de comida rápida. Cuando terminaron de comer, continuaron recorriendo tiendas. En cada local que entraban, Esther encontraba algo que llamaba su atención, pero que no la convencía del todo. Anna estaba segura que había algo más detrás de su imposibilidad de elegir.

—Este es bonito, ¿verdad? —dijo una vuelta frente al espejo, mirando el último vestido desde todos los ángulos—. Pero... no. No estoy segura —se decepcionaba con rapidez.

—Ven aquí —Anna señaló el espacio vacío junto a ella y Esther corrió a ocuparlo—. Te verás hermosa en cualquier cosa que elijas, no tengo que decírtelo. Sabes que eres una chica preciosa. Aunque no me lo hayas pedido, ¿puedo darte un consejo?

—Claro que sí —respondió sin atisbo de duda.

—Deja de intentar camuflarte... Sé que mi opinión no interesa, pero creo que el enojo con tus padres no es más que enojo contigo misma. No son ellos quienes no toleran las diferencias, eres tú quien no se acepta. No ocultes quien eres, permítete la posibilidad de brillar. No hay nada malo con ser diferente. ¡Todos somos diferentes! Los elementos en serie son aburridos, insulsos. Las diferencias nos hacen únicos... No uses un vestido para disfrazarte de lo que crees que el mundo espera de ti. Muéstrale al mundo quién eres en verdad, y el mundo te amará.

La respuesta de Esther fue contundente. Se arrojó a los brazos de Anna y la abrazó con tanta fuerza que por poco la deja sin aire.

—Gracias, Anna. Eres la mejor —se incorporó, con algunas lágrimas en los ojos, pero con toneladas menos de presión.

—Eso dicen —acordó sin una pizca de modestia.

—Ya sé lo que quiero usar... Pero tendrás que ayudarme.

—Cuenta conmigo, siempre —le aseguró con convicción.



Era bien entrada la noche. La puerta de la habitación de Anna estaba entreabierta.

Mientras iba de camino al baño, Florian alcanzó a ver la pequeña urna ovalada que contenía las cenizas de su hija. Estaba sobre la mesita de noche. Como si una voluntad ajena hubiera detenido su avance, sintió que sus pies se clavaban al suelo. Entonces, vio a Anna. Iba y venía por la habitación, cargando ropa entre sus brazos. Lo primero que pensó, fue que armaba su maleta, y lo invadió un temor extraordinario.

Ni siquiera lo dudó. Llamó a la puerta con un par de golpecitos y aguardó.

—Florian, lo siento... —Anna abrió, apenada—. ¿Lo desperté?

—No, los viejos dormimos poco. Solo pasaba por aquí, de excursión hacia el baño, y vi luz en tu habitación. ¿Qué haces despierta, niña? Son casi las tres.

—Yo... Bueno... —se rascó la cabeza, ocasionando un lío con sus ondas—. ¿Quiere pasar? Tal vez, ¿conversar un rato?

Tampoco lo dudó. Respondió de inmediato.

—Me encantaría.

Anna asintió y se movió de la puerta para permitirle la entrada.

Florian miró todo alrededor. Su mirada se detuvo unos segundos más sobre la urna, pero luego siguió su recorrido. Todo se veía limpio y ordenado, excepto por la ropa que se encontraba desparramada sobre la cama. No había estado en esa habitación desde que Anna la ocupó, poco más de dos meses atrás. Y, antes, tampoco la visitaba con tanta frecuencia. Solía embargarlo una enorme tristeza... aunque no esa vez. Anna le había dado vida a una habitación que tenía las características de un mausoleo.

—¿Quiere un poco de té? —ofreció.

—¿Tienes té? ¿Aquí? —preguntó sorprendido.

—Lo conservo caliente dentro de un termo... —dijo mientras le servía una taza—. Intento dejar de fumar. El té me ayuda a controlar la ansiedad.

—Entonces, ¿cambias una adicción por otra? —bromeó al recibir la taza.

—Algo así —Anna sonrió—. En realidad, trato de seguir su consejo. No quiero olvidar que este envase me acompañará toda la vida.

—Me siento halagado. ¡Sí que me escuchas!

—Cada palabra —admitió su nieta.

Se quedaron en silencio por un momento, dados nada más que a beber el té y disfrutar de la compañía. Ambos sabían que era nada más que el preámbulo. Se preparaban para conversar.

—Estoy en problemas —dijo Anna, dejando escapar un suspiro. La preocupación constante era en verdad agotadora—. Intenté hablar con Pascal, para decirle la verdad, pero no se dio la oportunidad... En unas horas, Cédric Duvall ofrece una fiesta en ocasión de su cumpleaños número sesenta, y estoy invitada.

—¿Irás?! —Florian por poco deja caer la taza al escuchar semejante locura.

—Sí, voy a ir —respondió convencida—. Estoy cansada de ocultarme, como si hubiera hecho algo malo. ¡Yo no pedí venir al mundo! No voy a disculparme por las circunstancias en que fui concebida... Estoy harta de esa basura.

Florian se sorprendió de su efusividad. Solía ser bastante medida, pero no por eso menos intensa. Era evidente que estaba llegando a los límites de su paciencia.

—Tienes toda la razón —dijo antes de beber un sorbo de té.

—¿La tengo? —preguntó sorprendida.

—Por supuesto. Tienes toda la razón... Pero, aunque la tengas, saldrás lastimada si te expones. La gente, en general, tiene grandes dificultades para lidiar con la verdad. Si se la arrojas a la cara, querrán aplastarte como a una alimaña.

Anna se dejó caer en el borde de la cama.

—Aún queda la esperanza de que no se den cuenta de nada, ¿cierto? —dijo, buscando la mirada de su abuelo. Florian se la concedió, pero no la contentó con un “sí” mediocre. Había prometido ser honesto—. Asumiré el riesgo —se dijo a sí misma.

—Seguro que sí —secundó Florian— ¿Y eso es lo que usarás? —usó la cabeza para señalar la

ropa que Anna había separado sobre la cama.

—Sí, ¿está mal?

—Es corto —dijo, aunque la palabra que le venía a la mente era “diminuto”.

—Sí, ¿está mal? —repitió Anna.

Florian dejó la taza sobre la mesa de noche y le dio otra mirada a la urna. Sintió que su hija le daba la aprobación.

—Ven conmigo. Tengo algo que mostrarte...



Ese sábado llegó más rápido que cualquier otro. Con la locura de la fiesta de cumpleaños, Anna y Pascal no habían vuelto a cruzar más que unos tantos mensajes y algunas pocas llamadas.

Anna estaba teniendo problemas para lidiar con su ansiedad. Hasta el último minuto, reconsideraba si debía ir o no a la dichosa fiesta. Cuando se acercaba la hora, ya cambiada y arreglada para la ocasión, bajó los escalones del porche y dejó que la luz de la luna le besara la piel de los hombros. Perro la seguía de cerca, contagiada por su ansiedad.

Cuando Florian salió a su encuentro, cuando la vio allí, bajo la luz de la luna, le pareció estar en presencia de una aparición. De un fantasma. Uno que había rogado por mucho tiempo que lo visitara, para que pudiera decirle cuánto sentía no haber sido el padre que ella había necesitado que fuera. Pero ya había dejado de albergar esperanzas inútiles. No era posible volver atrás. Solo podía mirar hacia adelante. Hacia el futuro. Anna era el futuro.

Pero, esa noche, el futuro se mezclaba con el pasado, porque Anna lucía uno de los vestidos que Lili había dejado tras su partida. A Florian no le sorprendió ver que le calzaba a la perfección, como si hubiera sido hecho a medida. Pues, en cierta forma, así era; Anna tenía la misma figura que Lili a esa edad.

Se trataba de un vestido negro, ajustado al cuerpo, con escote en forma de corazón y sin tirantes. El largo no era de estricta gala, hasta los pies; sino que cubría hasta media pantorrilla. Era simple, pero elegante; y Anna lo lucía de manera impecable. El día anterior, de paseo con Esther, se había comprado un llamativo labial rojo. Ese era todo el maquillaje que estaba dispuesta a usar.

Luego de subirse a unos fabulosos stiletos negros, estaba lista para ir a la fiesta.

—Anna, te ves radiante... —la elogió.

—Bueno, si voy a arder en las llamas del infierno, espero, al menos, hacerlo con estilo —intentó bromear, pero Florian no se lo creyó ni por un segundo.

—¿Cómo estás? —le preguntó, dejando en claro que iba en serio.

—Ansiosa. Ya ni siquiera me importa cómo resulte todo, quiero que termine y ya.

—Entonces, relájate. Es cuestión de tiempo. Terminará en un parpadeo.

—Así será —trató de convencerse.

Había acordado que pasaría a recoger a Esther, para que entraran juntas a la fiesta, por lo que debía despedirse de Florian si es que no quería llegar tarde.

—Debo irme —sin previo aviso, le plantó un beso en la mejilla. Florian se quedó atónito—. Es un labial intransferible, no se preocupe por las manchas en su piel. ¡Nos vemos pronto! —fue hasta el automóvil en un trotecito corto.

—¡Nos vemos pronto, Anna! Aquí estaré, querida... —la saludó con la mano en alto. Mientras la veía alejarse, dejando una estela de polvo y piedras a su paso, les rogó a sus ángeles que la

acompañaran durante el resto de la noche—. Cuando regrese a casa, yo estaré aquí para ser su apoyo —prometió con la mirada en el cielo—. Regresemos a la casa, Perro. Será una noche larga.



Como anfitriones de la fiesta, el matrimonio Duvall había partido temprano. De esa manera, Esther había tenido la privacidad suficiente para componer su look para esa noche.

Anna pasó a recogerla al horario acordado.

Durante todo el camino, la menor de los Duvall se la había pasado haciendo bromas, echando mano a la risa como su modo habitual para afrontar el estrés. A Anna ya le dolía el rostro de tanto reírse.

Luego de que aparcaran el confiable Polo gris y apagaran el motor, el interior del automóvil se quedó en silencio. No se oía más que las lentas respiraciones de dos mujeres que, cada una a su manera, se habían cansado de fingir. Ocultarse ya no era una opción.

—¿Bajamos?

—Esther, espera —Anna le pidió—. Antes de que entremos a la fiesta, quiero decirte que encontré en ti a una amiga. Nunca antes tuve una amiga... Una mejor amiga. Así te considero. Quería que lo supieras.

—Anna... —la miró con esos ojos infinitamente expresivos—. No estarás enamorándote de mí, ¿cierto?

—¡Cierra la boca y baja de mi automóvil! —la echó fuera entre risas.

El lugar que habían elegido para la celebración parecía un castillo medieval emplazado en medio de la montaña, aunque iluminado con la última tecnología disponible. Pasado y futuro se daban la mano para conjurar un presente a la medida de Cédric Duvall. Anna inspiró profundo y se tomó del brazo de Esther, para sentirse segura.

—Este sitio parece un castillo —comentó, mientras caminaban hacia la entrada.

—Es un castillo, por eso luce como uno...

—¡Oh! ¡Vaya!

La persona que controlaba el ingreso alzó la cabeza al ver a la bonita pareja que se acercaba a la entrada... y luego miró con un poco más de cuidado.

A primera vista, había sido engañada. El hombre del esmoquin no era un hombre, sino una mujer. Y, ni siquiera era una mujer, sino una jovencita. Llevaba el cabello naranja peinado hacia atrás y sujeto en un rodete perfecto. El impecable maquillaje destacaba sus bellos rasgos y, aunque usaba ropa de corte masculino, estaban adaptadas para acompañar los contornos de su cuerpo. De su brazo, caminaba una morena alta y curvilínea, de provocativos labios rojos.

—Buenas noches —las recibió con una sonrisa. La joven de esmoquin le extendió una invitación.

—Mi nombre es Esther Duvall, y ella es mi amiga Anna.

—¡Señorita Duvall! No la había reconocido en tan original atuendo. Se ve radiante esta noche.

—¡Muchas gracias! —Esther estaba eufórica. Por primera vez en la vida, se sentía como ella misma.

Tomadas del brazo, atravesaron el umbral de seguridad.

Si el exterior prometía lujo, el interior era un exceso.

—Tu padre sí que sabe festejar, ¿cierto?

—Ni que lo digas —incluso Esther parecía sorprendida—. Aunque veo la mano de mi madre

en todo esto. Mi padre no se tomaría tantas molestias.

A medida que se adentraban a la fiesta, la música se oía cada vez más fuerte, hasta que se vieron en la necesidad de gritarse para poder comprender lo que decían. La comida y la bebida pasaban frente a ellas sobre unas bandejas que no dejaban de fluir.

—¡Ven conmigo! ¡Sé dónde está la mesa de mis padres! —gritó Esther, tirando de la mano de Anna, que de inmediato entró en pánico. No estaba lista para ver a Cédric. No todavía.

—¡Está bien, ve tú! ¡Me quedaré a esperar a Pascal!

—¡No! ¡Ven!

—¡Esther! ¡Me quedaré! —recuperó su brazo de tal forma que a Esther le quedó claro que no la movería de allí.

—¡Como quieras! —le gritó.

Anna se cruzó de brazos y fue a ubicarse a un costado, viendo cómo su amiga se confundía con el resto de la gente. De repente, empezó a sentir que estaba fuera de lugar, que haber aceptado la invitación había sido una muy mala idea. Estaba espantosamente incómoda; aquello era un circo y ella el mono que bailaba a un son que desconocía. Hacía el ridículo.

*¿Qué estaba pensando?* Se escabulló por los rincones, esquivando bandejas y haciéndose lugar entre la gente. No tenía idea de a dónde se dirigía, solo sabía que quería estar lejos.

Debido al calor, el exterior parecía estar todavía más concurrido que el interior. Anna paseó la mirada alrededor y, cuando dio con las escaleras, seleccionó su destino. La planta alta. A medida que ganaba altura, los ruidos iban tornándose un poco más lejanos, como si estuviera dentro de un sueño. Al llegar al último peldaño, se encontró con una banda de terciopelo rojo que pretendió impedirle el avance.

—Como si pudieras detenerme —la desafió. Alzó un pie y pasó por encima.

Pronto, la fiesta no era más que murmullo. Recorrió un pasillo largo y ancho, de pisos alfombrados y paredes de piedra cubiertas de tapices. La mayoría eran escenas de caza. Algunas, le provocaron escalofríos. Para su sorpresa, al llegar al final, se encontró con una puerta de dos hojas que estaba entreabierta. La luz que resplandecía desde el interior, le hizo saber que no se encontraba sola.

Movida por la curiosidad, empujó la puerta apenas un poco más y se asomó.

—Cielos...

Se trataba de una sala de juegos, aunque nunca había visto una como esa. Había mesas pequeñas con tableros de ajedrez dispuestos en las cuatro esquinas de la habitación; también tableros de backgammon. El centro del espacio lo dominaba, como no podía ser de otra manera, la estelar mesa de billar. Sabiéndose sola, caminó hacia allí y acarició el terciopelo verde. Era suave pero firme.

—¿Juegas?

Se sobresaltó al oír una voz profunda, proveniente de ¿una terraza? Ni siquiera la había visto.

—Lo siento. No sabía que hubiera alguien aquí... lo lamento mucho —entrecerró los ojos para tratar de ver entre las sombras.

—¿Juegas o escapas? —interrogó nuevamente.

Anna estaba por exigirle que se revelara, cuando ingresó a la sala de juegos y la luz cayó sobre él. Se movía con soltura, exudando confianza. Aunque se trataba de un hombre en la segunda mitad de su vida, conservaba el magnético atractivo de su juventud; tenía una mirada profunda, un cabello frondoso y rebelde, con canas que portaba con orgullo. Anna lo había visto una vez, solo una vez, pero eso había bastado para causarle un impacto de por vida.

Frente a ella, no estaba otro que Cédric Duvall.

Impecablemente vestido para la ocasión, con un esmoquin negro, camisa blanca y moño a tono. Podía oler su perfume importado aun a la distancia. Sostenía una copa de brandy en una mano y un puro en la otra. Y todavía aguardaba por una respuesta.

Anna se aclaró la garganta.

—Escapo —admitió. No tenía sentido mentir.

Cédric la recorrió de arriba abajo. Era una mujer muy bella, sin duda alguna. Como a cualquier hombre, le gustaba rodearse de mujeres bellas.

—Pues, ya somos dos —sonrió. Dio algunos pasos hacia el interior del salón y notó que ella también se desplazaba. La mesa de billar se interponía entre los dos—. No voy a hacerte daño, lo juro. Solo escapaba de mi fiesta de cumpleaños.

—¿Por qué? ¿No le gustan las fiestas? —se atrevió a preguntar.

—Me gustan las fiestas, por supuesto que sí. Como a todos. Estas, en las que apenas si conozco a los invitados, no son mis favoritas —bebió un sorbo de brandy y recordó que estaba en presencia de una dama y nada le había ofrecido—. ¿Te sirvo algo? Disculpa... ¿cómo es tu nombre?

—Anna.

—Anna, ¿te sirvo algo?

—Lo mismo que esté tomando usted —no se sentía tan cómoda como para tutearlo. De hecho, no se sentía cómoda para nada. El corazón le galopaba en el pecho como un potro desbocado.

—Brandy, te gustará —se tomó su tiempo para servir la copa, mientras la veía desplazarse a través del salón. Había algo en ella que le resultaba vagamente familiar. Tenía un modo de andar que creía conocer—. ¿Nos hemos visto antes? —preguntó al momento de entregarle la copa.

—Una vez... muy brevemente —confesó, dándole un sorbo a la bebida. Era fuerte, pero sabrosa—. En la calle. Usted venía, yo iba. No fue nada especial.

—Pues, tu rostro me parece familiar.

—¿De verdad? —como si de un acto reflejo se tratara, giró su cabeza para ocultarlo—. Mis rasgos son genéricos, debe ser por eso.

—Por Dios, qué locuras dices. No hay nada de genérico en tus rasgos —la contradujo—. Pero, dime Anna, ¿cuál es el parentesco que nos une para que justifique tu invitación a mi fiesta?

La pregunta pretendió ser una humorada, pero a Anna le provocó un vuelco en el estómago. Se bebió el resto del brandy de un solo golpe.

—Salgo con su hijo —respondió de inmediato.

—¿Con Dominique? —preguntó, alzando una ceja.

—No, con Pascal...

—¡Ah! —se tomó la cabeza, con un gesto de comprensión cabal de las circunstancias—. Entonces, tú eres la famosa “Anna de Pascal”. ¡Por supuesto que te conozco! He visto ese video de la escuela como un centenar de veces. Déjame decirte que eres una especie de heroína para los adolescentes. Y también para algunos adultos. Debo agradecerte lo que hiciste por mi hija.

Y ahí iba otro vuelco de estómago para Anna.

—No fue nada, señor Duvall. Haría cualquier cosa por Esther. La quiero como si fuera una... prácticamente una hermana —dijo mirándolo a los ojos.

—Gracias, de todos modos.

Desde la terraza, se abrieron paso los acordes de una melodía suave. A Anna le resultaba familiar, pero no era capaz de recordar cuál era. Igual que Cédric, para quien Lili no era más que

una melodía que había olvidado tiempo atrás. Anna no creía que eso iba a dolerle tanto, pero así era.

—¿Escuchas eso, Anna? ¿No es una canción hermosa?

—Lo es.

Cédric dejó la copa sobre el borde de la mesa de billar y el puro a medio acabar en un cenicero cercano. Luego, se acomodó el moño y alisó su esmoquin.

—¿Me concedes esta pieza? —le pidió, con una mano extendida—. Después de todo, aún es mi cumpleaños. Puedes darme este regalo.

Puede que fuera la forma en que lo dijo o, tal vez, que se moría de ganas de saber cómo se sentía el calor de su mano... Por ninguna razón en particular o por todas ellas al mismo tiempo, dejó la copa sobre un tablero de ajedrez y tomó la mano de Cédric.

Allí, en esa sala de juegos oculta a los ojos de todos, bailaron como si fueran los dueños de la noche. Anna sonrió cuando le hizo dar una vuelta, sin pensar en nada más, y él acompañó con hilarante carcajada. Bailaba muy bien. La sostenía con firmeza, pero le permitía fluir. Cuando esa canción llegó a su fin, otra le siguió. Y el baile continuó.

De cerca, Cédric pudo apreciar mejor sus rasgos, para nada genéricos. Se permitió un buen vistazo a la profundidad de sus ojos, siguió las líneas redondeadas de su rostro. Tenía una boca generosa, de labios llenos y sonrisa franca.

Era una mujer a la que se miraba a los ojos para ser testigo del infinito. Conocía esa sensación.

Aunque la música seguía, Cédric detuvo el rítmico balanceo. Anna también. Pudo ver la chispa de reconocimiento en su mirada y, aunque pensó que eso la haría entrar en pánico, se sentía absolutamente en paz. Tenía cierta sensación de alivio.

—¿Cómo dijiste qué era tu apellido? —preguntó, mirándose en sus ojos, calculando su edad, temiendo lo peor, y lo mejor, y sintiendo tantas cosas al mismo tiempo que su corazón parecía estar a punto de saltar de su pecho para aterrizar en medio del salón.

—No te lo dije... —respondió, tuteándolo, aunque no se lo hubiera propuesto así—. No hace falta decírtelo, porque tú ya lo sabes.

La chispa de reconocimiento se volvió incendio en la mirada de Cédric. Por supuesto que sabía cuál era su apellido. Su apellido era Leclerc. Igual que el de una joven que, muchos años atrás, lo había mirado de tal manera que cedió a sus impulsos. Su ego pudo más. No había podido evitarlo. Ni todo el amor que sentía por Margot y su familia alcanzó para contener el deseo. Había sido una vez, nada más que una vez, pero no había actos sin consecuencias. ¿Era la muchacha frente a él una consecuencia?

—¿Eres...? —le rodeó el rostro con las manos, como si tratara de descifrar si era real o no—. ¿Lili es tu madre?

—Lili era mi madre —corrigió con pesar.

—¿Cuántos años tienes? —demandó saber en un raptó de desesperación.

Anna se atrevió a ponerle una mano en el pecho, justo sobre el corazón, para sentir lo fuerte que latía, e inspiró profundo antes de poder hablar.

—Esperé mucho tiempo para conocerte, toda una vida. Treinta largos años —dijo con la mano sobre su corazón. Los labios de Cédric temblaron. Los números no mentían, nunca lo hacían. La abrazó por instinto, como un padre a su hija, y Anna continuó hablándole al oído. No sabía si tendría otra oportunidad de hacerlo—. Cuando Lili murió, me reveló tu nombre en una carta. Yo... hubiera deseado que las cosas fueran diferentes para nosotros, pero resultaron así.

De un momento a otro, la puerta del salón de juegos se abrió y Pascal apareció en el umbral. Su

rostro no ocultó la sorpresa. Luego de cruzarse con Esther, había estado buscando desesperadamente a Anna. No esperaba encontrarla allí, y menos en compañía de su padre. No era de los que apresuraba conclusiones, pero todo era muy confuso. Anna estaba en brazos de su padre... Ni siquiera pestañeaba mientras trataba de descifrar la escena.

—¿Qué...? —la pregunta se quedó atorada en su garganta.

Anna, sabiendo que no tenía mucho tiempo antes de que todo se viniera abajo, volvió su atención a Cédric. Sus energías eran limitadas en ese momento. Debía mantenerse enfocada.

—No nos queda mucho tiempo —le susurró—. Quería decirte que me equivoqué... Creí que necesitaba encontrarte para descubrir mi esencia, pero no era así.

—Papá, ¿qué es lo que sucede aquí? —preguntó Pascal, con más firmeza, pero ninguno de los dos parecía caer en la cuenta de su presencia. Seguían aferrados el uno al otro como si nada más existiera.

—Fue mientras te buscaba, que me descubrí. Aquí, entre senderos de lavanda, me descubrí —dijo Anna.

—¡Anna! —la llamó, desconcertado.

—Lo siento, solo un momento —le pidió, con un infame dedo en alto. Pascal comenzaba a perder la paciencia—. Cédric Duvall... —le rodeó el rostro con ambas manos y le plantó un beso en medio de la frente—. Tienes unos hijos maravillosos. Los amo a todos ellos. Es por eso que sé que eres un excelente padre... Y eso me basta. No necesito nada más. Si quieres hablar conmigo, estaré en casa de Lili. Tú sabes dónde es. Si no quieres hacerlo, sabré comprender. Tú no me debes nada. Estamos en paz.

Pascal había enmudecido de repente; lo que estaba comprendiendo de la escena, era todavía más desconcertante. Cédric no quería dejarla ir, aún tenía muchas preguntas que hacer, y Margot, oculta tras la puerta, se cubría la boca para no gritar.

Anna, erróneamente, creyó que decirle la verdad a Cédric sería el obstáculo más duro de sortear, pero cuando se topó con la mirada herida de Pascal, supo que le aguardaba atravesar por un infierno.

—¿Qué está pasando aquí, Anna? —preguntó, perplejo con la voz vacía de emoción, incapaz de reaccionar.

—Lo que está pasando es que soy egoísta... y no sé cómo amar correctamente. Te lo advertí, pero no quisiste escucharme. Ahora, sufrirás y yo me alejaré. Y me odiaré por eso. Pero seguirás adelante. Y yo también lo haré —le puso una mano en la mejilla, aún lastimada tras la pelea con Juliette, y lo besó en los labios—. Adiós.

Bajó la cabeza y salió del salón sin ver a nadie más; porque era su mirada herida lo único que quería llevarse de allí.

Rebasó a Margot sin verla siquiera. Corrió a través del pasillo y pasó por encima de la banda de terciopelo rojo para descender las escaleras tan rápido como fuera posible. Los gritos de Pascal comenzaban a alcanzarla desde la planta alta. Quería que los gritos se quedaran allí, pero continuaban acercándose. La llamaba. Clamaba por ella. Herido. Decepcionado. Furioso. No lograba identificar cuántas emociones viajaban a través de su voz.

Usó los hombros para moverse entre la gente y pronto alcanzó la salida. Un estridente juego de luces de colores la cegó por un momento, pero se cubrió con el antebrazo y buscó la oscuridad, el reparo de la noche. Lo encontró al llegar al aparcamiento. No estaba segura de dónde estaba su confiable Polo gris, por lo que tambaleó entre los automóviles. Tuvo que quitarse los zapatos para moverse con más seguridad. Estaba mareada, aturdida, pero finalmente lo encontró. Se sentó

detrás del volante y se obligó a encajar la llave para poder arrancar. Cuando el motor encendió, se sintió más confiada.

Estaba lista para regresar a casa. Puso la primera marcha y avanzó sin problemas.

Atrás quedaban Cédric, Pascal, y también las luces del castillo. Atrás quedaba mucho más de lo que esperaba encontrar cuando emprendió su búsqueda. Atrás quedaba la familia que tanto había deseado.

Con cada metro que avanzaba, más se alejaba de todo lo que amaba.

Su visión no era nítida, la nublaban las lágrimas que se esforzaba por contener. La vía estaba más oscura de lo que recordaba, por lo que encendió las luces altas. Un animal, que había elegido justo ese momento para atravesarse en medio del camino, se quedó inmóvil al ser encandilado.

Todo sucedió en una milésima de segundo.

En un momento, estaba bailando en el salón de juegos y, al siguiente, el confiable Polo gris daba interminables vueltas luego de despistarse. Lo último que acudió a su mente antes de que todo se volviera oscuridad, fue una pregunta: *El animal en el camino, ¿era Perro?*



Su padre y su madre lo seguían, querían explicarle lo que sucedía. Pero él no quería explicaciones, quería a Anna. Gritaba, la llamaba, pero ella no lo escuchaba. Bajaba los escalones de dos en dos, en un inútil intento por alcanzarla. Al llegar a la planta baja, la perdió entre la gente. Desesperado, buscó las ondas de su cabello oscuro, los coloridos tatuajes que adornaban su cuerpo, pero nada le ayudaba para dar con ella. Se perdió entre los invitados, confundido, afligido. No era capaz de pensar con claridad.

Para cuando llegó al exterior, había perdido un tiempo valioso. Anna se había ido. Buscó su automóvil en el aparcamiento, pero no dio con él. No entendía por qué había tanta gente allí, pero los siguió. Algunos llamaban a Emergencias, otros corrían hacia el campo. Pascal no comprendía. De pronto, miró hacia abajo, como por instinto, y vio un par de zapatos abandonados allí.

—¡Pascal! ¡¿Qué haces?! —Dominique, fuera de sí, como no lo había visto jamás, salió de la nada y jaló de la solapa de su esmoquin.

—¿Qué? —se sentía como si estuviera dentro de un sueño. Se inclinó a recoger los zapatos.

—¡Es Anna, carajo! ¡Muévete! —jaló de él una vez más, obligándolo a correr a su lado.



CAPÍTULO 33

**DEJANDO  
EL ORGULLO  
DE LADO**



**El verdadero amor supone siempre la renuncia a la propia comodidad personal.**

**León Tolstói**

Abrió los ojos y giró sobre la cama. Pronto supo que no estaba en casa. Todo a su alrededor se veía limpio y ordenado. Casi impersonal. Lo reconoció de inmediato; se encontraba en el apartamento de Lili.

Dentro de una pesadilla.

Rendida a tener que revivirlo todo, una vez más, se sentó al borde de la cama y miró hacia su derecha. En el comedor, donde esperaba encontrar a su madre, mirando por la ventana sin ver nada en realidad, no había más que una silla vacía.

—¿Qué demonios?

Estaba sola.



Algunos decían que el Polo gris había dado más de diez vueltas antes de terminar derrapando en ese campo; otros, afirmaban que habían sido muchas más. Había tantas versiones del accidente como hipótesis acerca de su causa. Había quienes abogaban por la teoría del desperfecto técnico, mientras otros culpaban a la oscuridad; y no faltaron los que pusieron en duda la pericia de la conductora. Algunos afirmaban haberla visto tambalearse en el aparcamiento, antes de subirse al automóvil.

Lo cierto era que, independientemente de qué lo hubiera causado y cómo se hubieran desarrollado los hechos, el confiable Polo gris terminó siendo nada más que una masa de hierros retorcidos. Los bomberos tuvieron que usar una herramienta hidráulica para hacerse camino hasta la víctima.

Tardaron alrededor de cuarenta minutos en efectuar el rescate. Cuarenta minutos durante los cuáles Anna permaneció inconsciente.

A primera vista, no tenía heridas de consideración; un corte pequeño sobre la ceja izquierda y algunas laceraciones menores; es decir, raspones y magullones varios. Fue llevada al hospital, donde el equipo de Emergencias la recibió para una evaluación más exhaustiva.

Después de obtener los últimos resultados de los estudios practicados, el doctor Dumont fue en busca de la familia para dar el parte. Se quitó las gafas y se frotó los ojos mientras caminaba por el pasillo hacia la sala de espera.

—¿Familiares de Anna Leclerc? —preguntó.

—Aquí...

Se sorprendió al ver que media docena de personas se ponían de pie para saber las novedades. Lucían tristes y asustados en igual medida.

—Mi nombre es Cédric Duvall —estrechó la mano del médico.

—Soy el doctor Dumont, soy el responsable del área de Emergencias. ¿Cuál es su parentesco con la paciente?

—Es la novia de mi hijo —respondió sin atisbo de duda. Cualquier otra cosa, podía esperar.

Pascal le dio una mirada de reojo, admirando su soltura a la hora de enfrentar las adversidades. Él, por otro parte, se sentía como un inútil. Ni siquiera podía hablar. Esther, de pie a su lado, como si adivinara el curso de sus pensamientos, se refugió bajo su brazo y le rodeó la

cintura.

—¿Tiene algún familiar directo? ¿Madre, padre, hermanos? —preguntó, con ese tono impersonal que solían utilizar los médicos de Emergencias, acostumbrados a resolver problemas antes que a considerar la delicadeza del momento.

Cédric buscó a su hijo en un mudo pedido de ayuda; pues, no sabía nada acerca de la vida de Anna, lastimosamente.

—Vive con su abuelo materno. Es la única familia que le queda —respondió Pascal.

—Además, de nosotros —intervino Esther.

—Además de nosotros. Por supuesto —la besó en la frente. Era su hermana favorita.

—Contacten con él, urgente. Querrá estar aquí.

La frase les cayó a todos como un balde de agua helada. Se oyeron suspiros, cayeron lágrimas y se aceleraron pulsaciones. El doctor Dumont les dio un momento para atravesar el impacto.

—De acuerdo... —luego extrajo las últimas anotaciones de la historia clínica y se colocó las gafas—. No voy a detenerme en detalles menores. Tiene las lesiones propias de cualquier accidente de magnitud, traumatismos varios pero que no revisten gravedad. Las buenas noticias son que no hay lesiones óseas de ningún tipo, lo cual es una enorme sorpresa, y que, tanto el electroencefalograma como la resonancia magnética muestran que la actividad cerebral es buena, acorde a los parámetros normales. No ha habido daños ni consecuencias a causa del golpe sobre el costado izquierdo de la cabeza —antes de continuar, comprobó sus notas una última vez—. Las malas noticias son que, aunque está estable, por el momento —fue enfático al señalar eso, mirando a cada uno a la cara— los últimos resultados de laboratorio arrojaron una baja drástica de su conteo de glóbulos rojos.

—¿Qué significa eso? —preguntó Dom, incapaz de contener su ansiedad.

—Significa que está perdiendo sangre... —murmuró Pascal.

—Pero... ¡yo la vi! ¡No sangraba! —dijo Esther, confundida.

—Es interno —aventuró Cédric.

—Lamentablemente, así es. Su cavidad abdominal lucía sospechosa, así es que la sometimos a una segunda resonancia para explorar el interior. Descubrimos que su bazo sufrió una importante lesión a causa del golpe y arroja sangre al interior de la cavidad de manera constante.

—¿Puede ser un poco más claro? —pidió Margot, viendo los rostros desconcertados y preocupados que la rodeaban—. ¿Qué sucederá ahora?

—El tratamiento es quirúrgico. Ahora, la ingresaremos al quirófano y entraremos a la cavidad. La prioridad es detener la hemorragia. Si podemos reparar el bazo, lo haremos. De no ser así, lo extirparemos. Si sobreviviera a la cirugía, solo necesitaría algunas precauciones adicionales. Es posible llevar una vida normal sin ese órgano.

—Disculpe... —Cédric se veía pálido. El resto de la familia, otro tanto—. Dijo, ¿“si sobreviviera”?

El médico se quitó las gafas y las guardó en su bolsillo. Podía lidiar con una cirugía a corazón abierto, pero aún tenía problemas para enfrentar el dolor de las familias ante la posibilidad de la muerte.

—Quiero ser honesto con ustedes —los miró a los ojos—. Estamos ante una situación de emergencia. Si está viva, es porque su estado general previo al accidente era inmejorable. Pero su condición actual es grave. De vida o muerte, ¿soy claro?

Asintieron, sin poder pronunciar palabra. El teléfono de alguien comenzó a sonar y quebró el silencio.

—Es Paul —Dom se excusó y fue hasta un rincón, para informar las novedades a los mellizos —. No son buenas noticias... —se le oyó decir.

—¿Hay algo que podamos hacer? —preguntó Margot, sosteniéndose del brazo de su esposo.

—Contacten a su abuelo.

—¿Podemos verla? —dijo Esther.

—Podrán verla una vez que salga de cirugía. Antes, no.

—¿Algo más que podamos hacer? —retomó Cédric.

—Sí. Se necesitarán varios dadores de sangre. Consíganlos. Acérquense a la recepción y la enfermera les informará qué debe hacerse. Todos pueden donar, no importa qué tipo de sangre tengan.

—Por supuesto —aseguró.

—Ahora, si me disculpan, debo prepararme para una cirugía.

Con la misma frialdad profesional con la que se había presentado, se dio media vuelta y caminó de regreso al quirófano. Cuando empezó a oír los primeros llantos, apresuró el paso y bloqueó sus propias emociones. La familia podía llorar, pero él tenía una vida que salvar.



Apoyó los codos sobre las rodillas y se tomó la cabeza con ambas manos. *Si sobrevive a la cirugía...* La frase no dejaba de repetirse en su mente, como si perteneciera a un idioma incomprensible que en vano intentaba descifrar. No lo comprendía. ¡Estaba furioso con Anna! Quería hacerle miles de preguntas, arrojarle a la cara un centenar de reproches; pero no podría hacer nada de eso si no volvía a verla.

Se llevó una mano al pecho y se desprendió otro botón de la camisa. Sentía que se ahogaba. Había dejado el esmoquin a un lado, pero no podía deshacerse del resto de su ropa. En esa sala de espera, todos vestían de gala. El panorama sería hilarante si no estuviera signado por la tragedia.

Al sentir una mano sobre su hombro, alzó la cabeza.

—Hijo... ¿Puedo sentarme un momento? —preguntó Cédric, tan cortés como siempre, aun en las peores circunstancias.

—Claro —respondió sin ánimos.

—Lo siento, sé que no estás en tu mejor momento, pero debemos contactar a su abuelo.

—Lo sé... Nunca fui a su casa —pensó de repente—. ¿Puedes creerlo? Nunca la llevé a su casa. Ni una sola vez.

—No te mortifiques —le pidió—. ¿Tienes, al menos, alguna referencia de dónde podemos encontrarlo?

—Tengo el número telefónico de su abuelo.

—No creo que sea buena idea —negó con su cabeza, reflexivo—. Es un hombre mayor, solo y en un lugar recóndito. No quisiera que reciba la noticia así, sin nadie que pudiera asistirlo en caso de necesidad. Consultaré los viejos archivos del Lavender, la dirección tiene que estar por allí.

—Tal vez, yo pueda ayudar... —dijo Margot, sentada a unas dos sillas de distancia. Pascal y Cédric la observaron sorprendidos—. Sé dónde vive Florian Leclerc. Hace treinta años, le hice una visita a su hija Lili.



Florian salió al porche y bajó los escalones a paso lento, cansado. Llevaba consigo un plato con

las sobras de la cena. Eran muchas sobras.... Había preparado espaguetis pensando en ella. Sabía cuánto le gustaban y esperaba poder darle una comida reconfortante luego de una noche que, suponía, había sido en extremo difícil. Pero no tuvo oportunidad de hacerlo.

Fue hasta el sitio donde Perro tenía sus recipientes y se sorprendió al ver que estaban tal y cómo los había dejado más temprano. No los había tocado.

—Qué extraño...

Perro tenía un apetito voraz. Que hubiera comida en su plato, era todo un misterio. De todos modos, se deshizo de las sobras del almuerzo que estaban en el recipiente y puso los espaguetis en su lugar. Esperaba que al menos alguien pudiera disfrutar de sus pocas, pero efectivas destrezas culinarias.

Mientras regresaba a su casa, observó las luces del vehículo que avanzaba en la misma dirección y detuvo sus pasos. Se trataba de un automóvil gris, pero no se parecía en nada al de su nieta.

Florian entrecerró los ojos para agudizar la visión, pero no lo reconoció.

El vehículo ingresó a la propiedad y avanzó lentamente, hasta detenerse a pocos metros de la casa. La puerta se abrió y una mujer descendió del interior. Su cabello era rojizo, caoba. Le calculó unos cincuenta años, puede que más, aunque era el tipo de mujer que lucía fantástica a cualquier edad. Vestía elegante. Demasiado elegante. Los brillos de sus prendas parecían fuera de lugar en la estancia, como si en realidad viniera de una... ¿fiesta?

—*Monsieur* Leclerc —se acercó al dueño de casa, a quien reconoció de inmediato a pesar del paso del tiempo—. Mi nombre es Margot Duvall.

—Sé perfectamente quién es usted. La recuerdo muy bien —el estrés no le permitía controlar la hostilidad de sus modos—. Años atrás, usted vino a increpar a mi hija.

Margot tragó saliva con dificultad e hizo un esfuerzo por contenerse. No estaba allí para responder a ningún ataque. Tenía un mensaje que entregar y no se iría sin hacerlo. Igual que treinta años atrás, cuando había ido a ese mismo lugar a pedirle a Lili Leclerc que se alejara de su familia. Entonces, dejó su orgullo de lado. En esta oportunidad, no sería diferente. Para Margot, no había vergüenza en querer proteger a los que amaba.

—¿Qué es lo que quiere? —la pregunta de Florian la devolvió al presente—. ¿Dónde está Anna?

—Usted, ¿sabe...?

—Todo. Lo sé todo. ¿Dónde está mi nieta?

Margot se llevó la mano a la boca, como quien se niega a hablar. No encontraba las palabras adecuadas para aligerar la noticia, porque no las había.

—*Monsieur* Leclerc, lamento ser portadora de malas noticias —comenzó. Esperó por la reacción de Florian, pero al ver que no llegaba, continuó—. Hace un par de horas, al salir de la fiesta, Anna perdió el control de su automóvil y este dio algunos tumbos. Tuvo que ser llevada a Emergencias, donde ahora aguarda por una cirugía que reviste gravedad, ¿me comprende? El médico nos pidió contactar a su familia. Es por eso que estoy aquí. No queríamos darle la noticia por teléfono...

Florian seguía mirándola igual que si no hubiera pronunciado palabra alguna. Estaba tan quieto que daba miedo.

—¿Comprende lo que le digo? —insistió, Margot. Florian pestañeó y asintió—. Anna lo necesita.

Asintió, una vez más, y dejó caer el plato que llevaba en su mano. Cuando estalló contra el

suelo, Margot profirió un alarido producto de la sorpresa. Entonces, se dio cuenta de que Florian había empezado a caminar. Solo así. Había dejado caer el plato y arrastraba la pierna en dirección a la entrada de la estancia.

—¿Qué hace? ¿A dónde va? —sostuvo su vestido y comenzó a seguirlo. A pesar de la renquera, avanzaba más rápido que ella sobre sus tacones—. ¡*Monsieur* Leclerc! —no le quedó más alternativa que jalar de su camiseta.

Solo así consiguió que se detuviera. Y, cuando lo hizo, pudo ver que lloraba. Ese hombre, dueño de una dureza extrema, lloraba.

—Shhh, tranquilo —fue su costado emocional el que acudió en su ayuda. Usó los pulgares para secarle las lágrimas—. No llore, debe mantenerse fuerte. Su nieta lo necesita.

—Debo ir a verla.

—Así es. Pero no puede caminar hasta allá, eso sería una locura. Yo lo llevaré. Ahora, entrará a su casa y preparará un bolso para Anna. Necesitamos llevarle algunas cosas, para cuando se reponga. Luego, usted se pondrá ropa y calzado cómodo y yo lo llevaré con ella. ¿Está de acuerdo?

—De acuerdo.

Lo tomó del brazo y lo acompañó hasta los escalones del porche. Esta versión de Florian Leclerc, su versión más vulnerable, la conmovía. No se parecía en nada al hombre implacable que había sido treinta años atrás. La vida le había dado duras lecciones. Como a todos.

Florian subió los escalones del porche y se detuvo junto al umbral de la puerta. Devastado como estaba, debía reconocer que necesitaba ayuda. Jamás pensó que la vida le impondría semejante lección. En su hora de mayor necesidad, tendría que recurrir a quienes por años había considerado enemigos.

Hizo a un lado su orgullo y se armó de valor.

—*Madame* —llamó su atención.

—Mi nombre es Margot —ella sonrió con gentileza.

—Margot. ¿Sería mucha molestia si le pido ayuda para armar el bolso de Anna?

—En lo absoluto, *monsieur* Leclerc....

—Florian —replicó—. Mi nombre es Florian.



CAPÍTULO 34

# PACTO DE CABALLEROS



**El que sabe mantener un porte digno aun cuando se halla entre enemigos, conseguirá que sus íntimos amigos tengan un gran respeto hacia él.**

**Confucio**

**E**ntro en pánico cuando se tocó el cabello y lo percibió húmedo. Luego, cayó en la cuenta de que usaba la sudadera gris y el pantalón deportivo y todo fue peor. Este no era el habitual sueño en que seguía de cerca a su madre hasta el salto final.

En esta pesadilla, ella era su madre.

Si no hacía algo para evitarlo, pronto terminaría con la cabeza estrellada sobre el asfalto.

—No... —se llevó ambas manos a la cara, como quien se niega a ver la realidad, y dio vueltas por el apartamento—. No quiero esto. Quiero despertarme. Quiero vivir... ¡Quiero vivir!



Los Duvall solían ser una familia bulliciosa; pero ese día nadie hablaba. En el aire flotaban preguntas que nadie quería enunciar, respuestas que nadie se atrevía a dar, y esa honda pena que viene de la mano de la incertidumbre. Vida o muerte... esa era la cuestión.

—Que pase el siguiente —anunció Dom, regresando a la sala de espera con semblante pálido y cabizbajo.

—Sigo yo —dijo Cédric, se puso de pie y Dom ocupó su lugar junto a Pascal.

—¿Estás bien? —preguntó su hermano mayor.

—Siento como si me hubieran extraído un litro de sangre.

—Un poco menos que un litro, pero eso fue lo que sucedió. ¿Quieres que te traiga algo?

—Nada... —Dom cerró los ojos y apoyó la cabeza sobre el incómodo respaldar de la silla de plástico—. No podría pasar bocado —sin querer abrió los ojos y su mirada se fue directo hacia el pasillo—. ¿Cuántas horas han pasado ya? ¿No te parece extraño que sigan allí?

Pascal se cruzó de brazos y estiró las piernas. A esas alturas, cualquier posición le resultaba incómoda, porque la verdadera incomodidad era no saber lo que ocurría dentro del quirófano. Nadie había salido a darles un parte.

—Dijeron que la cirugía era compleja —le recordó. “De vida o muerte”, había dicho el médico, pero esa era la parte que no quería traer a colación.

—¿Y tú? ¿Cómo estás? —preguntó Dom.

—Todavía no llega mi turno. Conservo toda mi sangre —respondió.

—Sabes que no es eso a lo que me refiero...

—Sí, lo sé —lo miró a los ojos, con expresión suplicante—; pero es todo lo que puedo decirte por el momento... Lo único que me importa es que salga viva de esta. El resto, puede aguardar. Yo puedo aguardar.

Aunque la espera se estaba tornando una tortura.

Estaban agotados. Extenuados tras una noche que ninguno de ellos olvidaría.

Esther se había quedado dormida, con el cuerpo extendido y la cabeza sobre el regazo de Celine, no se había apartado un minuto de su lado. Dominique cerraba los ojos de a ratos, pero se negaba el sueño. Pascal no podía siquiera pensar en cerrarlos. Tenía miedo. Cada vez que lo hacía, la veía bajando las escaleras a apenas unos pasos de distancia... Si tan solo hubiera corrido más rápido... O gritado más fuerte... O si no hubiera perdido tiempo pidiendo explicaciones a su padre... Repasaba escenarios, todo el tiempo. En todos ellos, Anna se salvaba

de sufrir un accidente que dejaba su vida pendiendo de un hilo.

En eso estaba, cuando Margot regresó a la sala de espera. Un hombre mayor, pero de buen porte, caminaba a su lado.

No tenía que preguntar quién era. Ese hombre, sin lugar a dudas, era Florian Leclerc, el abuelo de Anna. Pascal supo de quién había heredado ella los modos altivos que la caracterizaban.

—Familia, me acompaña Florian Leclerc. Es el abuelo de Anna —dijo Margot, iniciando las presentaciones.

Uno a uno, fueron aproximándose. Pascal prefirió esperar hasta el final. Tenía sentimientos encontrados. Había fantaseado muchas veces con la idea de conocer al hombre más importante en la vida de Anna, pero las circunstancias no se parecían en nada al escenario actual.

—Él es Pascal, mi hijo mayor —dijo Margot, por último.

Extendió su mano y Florian la tomó con firmeza. Por unos segundos, que fueron pocos, pero lo fueron todo, permaneció serio y entrecerró los ojos. Lo estudió con detenimiento, como si quisiera ver dentro de su cabeza, o de su corazón. Pascal no tenía al escrutinio. Si pudiera ver dentro de su corazón, encontraría a Anna por todas partes.

—Hace tiempo que quería conocerte, muchacho —le confió.

—¿Anna le habló de mí? —preguntó incrédulo.

—Muchas veces.

Eso sí que fue sorprendente. Anna, que parecía inalcanzable, hablaba sobre él. La emoción que lo invadió, se derramó sobre su pecho y se esparció por todos los recovecos de su cuerpo, dejando una cálida sensación a su paso. Era una sensación necesaria y gratificante luego de horas de calvario. Al ver el rostro abatido de Florian, quiso devolverle la cortesía.

—Me ha dejado plantado más de una vez por sus espaguetis... dice que son una delicia. Que nadie los hace mejor.

Florian asintió, conteniendo apenas las lágrimas que delataban su emoción. Debía mantenerse fuerte. Su nieta lo necesitaba. Margot lo tomó del brazo y lo acompañó hasta la silla más próxima. A Pascal no le sorprendía la generosidad infinita de su madre, era casi tan grande como su asfixiante forma de amar. Pero a Florian no parecía molestarle su excesivo revoloteo. Afortunadamente.

—Que pase el siguiente...

Cuando la voz de Cédric irrumpió en la sala de espera, todos enmudecieron. De inmediato, las miradas se ubicaron en la silla del rincón. La silla que Florian ocupaba.

—Cédric, cariño... El señor a mi lado es el abuelo de Anna, Florian Leclerc —Margot se ocupó de las presentaciones. Fue a pararse junto a Florian y puso una mano sobre su hombro. Un poco para confortarlo y otro poco para retenerlo; podía sentirlo temblar.

Cédric, que en cualquier otra oportunidad se hubiera acercado a saludar, prefirió respetar la distancia que los separaba. No guardaba rencor hacia ese hombre, tampoco lo conocía; pero no podía saber cómo Florian se sentía hacia él. Y no era momento de averiguarlo. Sus hijos eran su prioridad. Así había sido siempre.

—Es un alivio que este aquí —fue lo único que pudo decir.

—Anna es mi familia —replicó Florian, con un orgulloso mentón en alto.

—Lo entiendo —aseguró Cédric. No necesitaba agregar nada más.

Los caballeros se reconocían mutuamente y sabían cuando era hora de pactar. En ese momento, Anna era lo más importante.



Pascal fue hasta la enfermería, dejó un litro de su sangre, y regresó a la sala de espera. No tuvo que preguntar si había novedades. Los rostros de impaciencia lo decían todo. ¡Habían pasado casi cinco horas! ¿Qué los demoraba tanto? Harto de tanta espera, se dejó caer en la silla del rincón y se cruzó de brazos.

—¿Familiares de Anna Leclerc? —preguntó la enfermera.

—Sí... —dijeron todos casi al unísono.

El grupo que respondía por Anna crecía cada vez más. A la llegada de Florian, le había seguido la de los mellizos, que habían tomado el primer tren de regreso a casa tras enterarse de lo sucedido.

—Elijan a dos personas para que el doctor Dumont les transmita el parte. Los recibirá en su oficina.

—¿Cómo está? ¿Cómo resultó todo? —Pascal comenzaba a impacientarse.

—Elijan a dos personas para que el doctor Dumont...

—¡Ya la escuché! —la detuvo, furioso. Margot puso una mano en su antebrazo. También lo sintió temblar.

—¿Puedo continuar? —pidió la enfermera, con cara de pocos amigos.

—Adelante, disculpe la interrupción —dijo Margot, en un intento por disipar la tensión.

Pascal regresó a su rincón y se tragó las ganas de mandar a la enfermera al mismísimo infierno.

—La intervención cumplió su cometido, se detuvo el sangrado. Por el momento, mantendremos a la señorita Leclerc en la Unidad de Cuidados Intensivos. Solo una persona puede pasar a verla... Diez minutos, nada más. Acaba de salir de una cirugía muy estresante y necesita descansar. ¿Estamos todos de acuerdo?

Esperó a que el grupo asintiera, aunque no todos lo hicieron de buena gana.

—Bien. Al resto, les sugiero que regresen a casa, se den una ducha, coman algo nutritivo y duerman. Aquí no son necesarios.

—Como si pudiéramos dormir... —murmuró Pascal, desde su rincón. Se le habían pegado los modos de Anna. Los malos modos.

—Escuche, jovencito. He sido enfermera en este hospital por muchos años. ¿Sabe cuántas familias he visto desperdiciar sus energías en esta sala de espera? ¡Miles! La chica de allí dentro es una verdadera leona, pero necesitará de todos ustedes cuando despierte. Es mejor que estén en las mejores condiciones cuando eso suceda. Cuando decidan quién entrará a verla, me lo informan... Y decidan sabiamente, la señorita Leclerc no necesita más estrés del que ya ha sufrido.

De la misma intempestiva forma en que había entrado, abandonó la sala.

—Estoy de acuerdo con la bruja —señaló Dom, apuntándola con el pulgar.

—Creo que Florian debería entrar a verla —propuso Esther, quien ya le había tomado cariño al abuelo de Anna, tanto que no consideró que la elección estaba rompiéndole el corazón a su hermano favorito.

—Gracias, querida —Florian le sonrió levemente—. Pero es Pascal quien debe entrar. Si le preguntaran a Anna, eso es lo que diría.

Pascal alzó la cabeza desde el rincón, preguntándose si había oído correctamente.

—¿Está seguro? —preguntó, con voz temblorosa.

—Claro que sí —respondió con aplomo—. Pero solo con una condición... —estableció.

—La que sea.

—Debes hacer un esfuerzo por estar calmado, muchacho. Y debes decirle que se reponga pronto, que ya es hora de regresar a casa.

—Lo prometo. Se lo diré.

—Usted podría ir a recibir el parte, Florian —propuso Margot—. El médico había pedido que contactáramos a su familia, así es que le complacerá saber que está aquí —Florian, como no podía ser de otra manera, asintió—. Yo me ofrezco a acompañarlo.

—Eso no será necesario, Maggie —intervino Cédric—. Yo lo haré. Lo acompañaré.



A la enfermera no le hizo nada de gracia enterarse que habían elegido a Pascal para que entrara a ver a Anna, pero tenía que aguantarse. No era ella quien ponía las reglas, y tampoco quien tomaba las decisiones.

Por otro lado, celebró que los patriarcas de ambas familias se hubieran puesto al hombro la tarea de afrontar el parte. Sabía que no sería nada fácil. Por eso el doctor Dumont había pedido darlo en privado, porque no quería tener que lidiar con las emociones de un grupo tan grande. Su jornada había sido estresante por demás.

Pascal tendría que esperar hasta que Anna estuviera instalada en la UCI. En cambio, el médico ya estaba listo para recibir a Cédric y a Florian.

—Pasen, por favor —les indicó la enfermera.

Era una oficina más bien austera. Tenía nada más que lo necesario. Detrás del escritorio metálico, el doctor Dumont esperaba a los familiares de su paciente. Les indicó las sillas vacías frente a él y los caballeros tomaron asiento. Cédric se encargó de hacer las presentaciones correspondientes.

—Lamento que hayan tenido que esperar durante tanto tiempo. La cirugía fue más compleja de lo que anticipábamos.

—Compleja, ¿cómo? —quiso saber Florian, preso de la angustia.

—En general, la única forma certera de conocer el alcance de una lesión es la exploración *in situ*. Cuando exploramos a Anna, descubrimos que su lesión era más grave de lo que pensábamos. Fue necesario extirpar el bazo, lo lamento.

—Pero ¿qué significa eso? —Florian se tomó de los apoyabrazos y se adelantó un poco en su silla.

—No significa más que eso, que no pudimos salvar el órgano. Como ya le expliqué al resto de la familia, su presencia en el cuerpo no es vital para la supervivencia. Para que lo comprenda de una manera cabal, el bazo cumple funciones inmunológicas y al no contar ya con su protección, Anna deberá tener cuidados adicionales. Pero es posible llevar una vida perfectamente normal.

—Entonces, ¿cuál es la complicación? —consultó Cédric.

—La complicación es que su corazón se detuvo durante la cirugía.

—¿Cómo dice?! —Florian se llevó una mano al pecho, como si hubiera sido su corazón el que se hubiera detenido.

—Ya había perdido mucha sangre a causa de la hemorragia y, al someterla a una cirugía, también contribuimos a ese sangrado. Pero no teníamos más alternativa. Era un riesgo que debíamos correr, un riesgo que yo asumí. La prioridad era detener el sangrado y lo hicimos... Anna vivirá —dijo, por fin—. Después de un infarto de estas características, el corazón jamás

vuelve a ser el mismo. Tendrá que tomar las precauciones del caso. El tiempo de recuperación también es una instancia de aprendizaje... Todos saldrán de aquí sabiendo qué hacer. Lo prometo. No los dejaremos solos. Los acompañaremos hasta el final.

—Doctor... no me alcanzará la vida para agradecerle. Salvó a mi nieta.

—Es mi trabajo, *monsieur* Leclerc. No tiene nada que agradecer.

Después de compartir algunos detalles más, y otras tantas recomendaciones, los tres se pusieron de pie e intercambiaron apretones de manos. Porque los caballeros se reconocían mutuamente y sabían cuando era tiempo de agradecer.

Esa tarde, cuando el doctor Dumont dejó el hospital, se permitió el orgullo de saber que había cumplido con su tarea. Anna viviría.



CAPÍTULO 35

# EL ARROJO



**Salta y aparecerá la red.**

**Anónimo**

Luego de que transmitieran las novedades, que generaron alivio y preocupación en igual medida, Margot llevó a Florian de regreso a la estancia. Las emociones habían sido fuertes y precisaba descansar. Accedió a irse solo cuando Pascal prometió que no se movería de allí. Confiaba en él, y nada más que en él; lo que era un enorme privilegio, pero también una gran responsabilidad.

—Jovencito... —la enfermera malhumorada se asomó a la sala de espera y el susurro de la familia cesó. Había llegado el momento que tanto habían esperado—. Ya puedes pasar.

Lo condujo a través de un largo pasillo y luego ingresaron en una habitación pequeña, algún tipo de antesala, donde le indicó cómo debía higienizarse. Después de una cirugía como la de Anna, los cuidados debían extremarse. Cualquier tipo de complicación, por mínima que fuera, podría terminar en desastre.

Siguió las indicaciones de la enfermera sin interponer un “pero”. No quería poner en riesgo su oportunidad de ver a Anna.

—¿Has estado alguna vez en una sala como esta? —preguntó mientras lo ayudaba a colocarse una de esas ridículas batas que se atan por detrás—. En una Unidad de Cuidados Intensivos, me refiero.

—No...

—¿Sabes con lo que te encontrarás?

—Sondas, cables... Mucha tecnología aparatosa —arriesgó a modo de respuesta.

—Sondas y cables que estarán conectados al cuerpo de Anna —dijo la enfermera, consciente de que, interponiendo su nombre, conseguiría llamar su atención. Años de experiencia le habían enseñado que era preciso preparar a las visitas, y no se trataba solo de enseñarles cómo dejar los gérmenes fuera de la sala—. No pierdas de vista que estuvo en un accidente automovilístico. Tiene varios magullones y raspaduras por todo el cuerpo... Con el correr de las horas, las heridas se ven más oscuras y aterradoras. Son lesiones que apenas le duelen, muy superficiales; no les prestes atención. Estará inconsciente, porque aún está bajo los efectos de la anestesia. Quizás la veas hacer pequeños movimientos, pero no son más que reflejos. No dejes que su inconsciencia te impacte. Que no te detenga para hablar con ella... le hará bien escuchar tu voz. Y a ti te hará bien decirle lo que sientes.

Con cada palabra que salía de la boca de la enfermera, tan crudas, reales y sin velos, Pascal se hacía una idea más clara de lo que encontraría del otro lado de la puerta. Su mente se había quedado con la última imagen de Anna, con la mujer triste pero entera que saltaba escalones de dos en dos. No era esa la mujer que encontraría en la sala.

—¿Estás listo?

—Tanto como puedo —respondió con honestidad.

—De acuerdo. Está en la última cama, a tu izquierda. Iremos directo hacia allí, ¿bien? No quiero que te detengas a mirar a los otros pacientes... —dijo a modo de reprimenda, en un intento por preservarlo. Empujó la puerta de dos hojas, sin cerrojos ni perillas para mejor accesibilidad, y cuando ingresaron a la sala, la intensidad de las luces blancas encandiló a Pascal.

—Cielos —detuvo sus pasos y se frotó los ojos.

—Sí, lo sé. Es como ver directo al sol, ¿cierto? —lo tomó del brazo y siguieron caminando.

—Algo así... —luego de pestañear un par de veces, sus ojos se adaptaron.

—Llegamos —anunció la enfermera.

Lo dejó justo a los pies de la última cama, a su izquierda.

—Debe ser un error —murmuró, con los ojos clavados a la cama. Se suponía que Anna estaría allí—, esa no es Anna.

La enfermera lo oyó balbucear, comprendió sus dudas, pero se mantuvo unos pasos atrás mientras la realidad decantaba en su interior. Había visto esa misma reacción miles de veces. Esposos que desconocían a sus esposas, mujeres que desconocían a sus esposos. Incluso, había visto a madres que desconocían a sus hijos. La mente solía ser engañosa; mostraba solo aquello que le convenía. Pascal, como tantas otras personas, era víctima de su propio engaño.

—Diez minutos... —susurró antes de retirarse. Le daría privacidad, quizás así se desengañase.

Sabiendo que la sentencia del reloj pendía sobre su cabeza, Pascal se aproximó hacia el borde de la cama.

Las ondas de su cabello oscuro estaban desordenadas. A Anna no le gustaría eso... Tenía esa manía de estar quitando el cabello de su cara todo el tiempo. Retiró un mechón que caía sobre su frente y su dedo rozó al pasar una herida sobre su ceja izquierda. Le habían dado una puntada; o tal vez, dos. Ese era el ojo que más dañado estaba. Se veía bastante hinchado; era un degradé circular que iba de un centro negro intenso a contornos violeta oscuro. Tenía pequeñas cortadas en todo el rostro, particularmente sobre su lado izquierdo. Parecían producto de astillas de vidrio. Las pequeñas cortadas marcaban un camino que descendía por su clavícula y llegaba hasta el hombro, donde el tatuaje le arrojaba a la cara una realidad innegable: esa mujer era Anna. Y ese cuerpo, al que amaba de norte a sur y de este a oeste, estaba destrozado.

Se atrevió a tomar su mano, a sentir el calor que emanaba su piel.

—Estoy furioso, Anna... —confesó en un susurro, forzando las palabras entre sus dientes, esperando que nadie más que ella pudiera oírlo—. Así es que más te vale recuperarte porque tengo algunas cosas que decir y prefiero hacerlo en privado. Esta sala me da escalofríos.

Permaneció en silencio, para darle una posibilidad de réplica, pero seguía tan inmóvil como segundos atrás. El único indicio de que estaba con vida provenía del “bip” constante de las máquinas a las que estaba conectada.

—El doctor Dumont dijo que tu corazón se detuvo —cerró los ojos y una lágrima se precipitó sobre su mejilla derecha para morir en la comisura de sus labios—. Significa que estuve demasiado cerca de perderte... eso pone las cosas en perspectiva, ¿sabes? Así que, no importa cuán enojado esté. El enojo no es más que una emoción pasajera. El amor, en cambio, lo atraviesa todo... Es un sentimiento poderoso.

—Jovencito, se acabó el tiempo —dijo la enfermera.

—Okey, solo un momento... —le pidió. Se aproximó al oído de Anna y le susurró—. Descansa. Estaré afuera hasta que despiertes —dejó un beso sobre las sinuosas curvas y contracurvas de su oreja y cuando se incorporó, le pareció ver que, detrás de los párpados, sus ojos se movían.

—Vamos, ya —insistió la mujer.

—Sus ojos se mueven.

—Eso es normal. Debe estar soñando...



Jalaba de la puerta de entrada del edificio con toda su fuerza, pero esta no cedía. Necesitaba algo con qué romperla. Enseguida dio con el extinguidor. Lo tomó y se arrojó con alma y vida a golpear el grueso cristal. Una y otra vez, con más y más fuerza. Gritó y maldijo, pero nada consiguió. No le hizo ni el más mínimo daño. Ella, en cambio, estaba agotada. Dejó caer el extinguidor al suelo y regresó al apartamento con la cabeza gacha.

Así caminaba, con la mirada hacia abajo, cuando se dio cuenta de que el suelo sobre el cual caminaba ya no era el mismo. Cuando alzó la cabeza, se descubrió en la azotea.

—No, no, no —sollozó, mirando alrededor y abrazándose a sí misma. Temblaba de pies a cabeza.

—Anna...

Al oír la voz de su madre, sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo. Cuando percibió el peso de su mano sobre el hombro, se giró a verla.

Lili la miraba con una expresión de calma que asustaba.

—¿Por qué sigues aquí, Lili? —dijo.

—No —movió su cabeza de derecha a izquierda, muy lentamente—. La pregunta es por qué sigues tú aquí...

—¿Qué dices? —entornó la mirada.

Lili la rodeó y quedó de pie frente a ella. La estudiaba de pies a cabeza, como si la viera por primera vez. Anna también la observaba, atónita.

—No perteneces a este lugar. Debes irte ya —extendió su brazo con ominosa cortesía y le mostró el camino hacia el precipicio—. Esa es tu salida. Debes irte.

—Pero ¿qué dices? ¡No voy a arrojarme por ahí!

—Debes irte. Debes irte —repetía como un autómata—. Debes irte.

—¡Basta! —Anna cerró los ojos y pateó el suelo, como si hacer un berrinche ayudara en algo. Cuando abrió los ojos, su madre seguía ahí.

—Debes irte —dijo una vez más.

—¡No puedo! ¡Ya lo intenté!

—Debes irte. Debes irte.

—¡Deja de decir eso! ¡No puedo hacerlo! ¡No puedo irme! ¡¡¡No puedo dejarte aquí!!! —cayó de rodillas al suelo y se cubrió el rostro con ambas manos.

Lloró. Como hacía tiempo que no lo hacía. Sus hombros y su espalda se sacudían por los espasmos y pronto sus piernas cedieron. Su trasero aterrizó sobre sus talones y su frente tocó el suelo. Era nada más que un cuerpo comprimido por la angustia. Una mano comenzó a hacer círculos en su espalda, tratando de darle algún tipo de alivio. Una melodía tarareada en voz de su madre llegó a sus oídos. Le estaba brindando el consuelo que en vida le había negado.

—Shhh, mi niña... Shhh...

Anna se arrastró por el suelo hasta hallar a su madre de rodillas a su lado. Apoyó la cabeza en su regazo y se dejó acariciar. Porque eso era justo lo que necesitaba. Que su madre la acariciara.

—Debes irte, Anna —repitió Lili—. No importa cuántas veces regreses aquí, nunca podrás cambiar lo que ya pasó. Eso está en el pasado.

—Podría haberte ayudado y no lo hice. Fui egoísta. Me marché cuando más me necesitabas.

—¿Te marchaste? ¿Estás segura? Porque no es así como lo recuerdo...

—Sí, me marché. Peleamos... Fue una pelea tonta, como tantas otras. Me fui de casa porque necesitaba unos días para calmarme. Te dejé sola.

—No me dejaste sola, no te marchaste... —una pequeña sonrisa curvó su boca—. Regresaste,

¿verdad?

—Pero ya no te encontré... Te habías ido. Los vecinos no supieron dar cuenta de tu nuevo paradero —recordó—. Regresé demasiado tarde.

—¿Nunca se te ocurrió pensar que fui yo quien huyó de casa y no tú?

Al escuchar aquellas palabras, Anna se incorporó. Su madre y ella quedaron frente a frente.

—Debes cambiar tu perspectiva. Siempre pusiste mucho peso sobre tus hombros, mucho más de lo que cualquiera podría soportar. No fuiste tú quien huyó de casa, fui yo. Aproveché tu ausencia para desaparecer, porque nunca pude compartir mi vida con nadie más que conmigo misma. Quería estar sola. Fui yo quien te dejé, debes ver la realidad tal cual fue. Lo perdí todo por no atreverme a intentarlo. Lo perdí todo por no arrojarme a la vida con los ojos abiertos y los brazos extendidos. No cometas el mismo error que yo, hija... Salta y aparecerá la red.



Cuando Pascal regresó a la sala de espera, la familia seguía ahí. Todos querían saber cómo se encontraba Anna y, aunque la enfermera les había insistido para que se marcharan, ninguno había escuchado la sugerencia. Pascal lo agradeció, porque necesitaba a su familia más que nunca.

Margot fue a dejar a Celine a su casa, para que descansara al menos por unas horas, y regresó con termos de café y delicias para el desayuno. Era domingo y el desayuno familiar estaba a la orden del día, aunque fuera casi la hora del almuerzo. Era importante honrar la tradición, incluso en una sala de espera; quizás era más importante porque estaban en una sala de espera.

—Hacía mucho que no coincidíamos todos... —comentó Margot, sosteniendo el pequeño vaso térmico entre sus manos.

Era cierto. Todos estaban allí. Margot, Cédric, Pascal, Paul, Calvin, Dominique y Esther. Las preguntas y respuestas que se debían los sobrevolaban. Ya nadie podía ignorarlas.

—Sé que tienen muchas preguntas para hacer —comenzó Cédric—. El doctor Dumont dijo algo que quedó grabado en mí. “El tiempo de recuperación también es una instancia de aprendizaje”. Coincido plenamente con él... Digo que aprovechemos este tiempo de recuperación, todos nosotros. Tenemos que hablar y no hay mejor momento que el presente.

Bebió un sorbo de café antes de continuar. Ninguno pronunció palabra, solo tenían que escuchar.

—La verdad es que, treinta años atrás, cometí un error del que me arrepentiré por el resto de mi vida —dijo con la mirada pegada al suelo. Cuando alzó la cabeza, parecía otro hombre. La angustia en su expresión era infinita—. Entonces éramos jóvenes y entusiastas. Su madre y yo estábamos eufóricos... Teníamos a Pascal y a los mellizos, el Lavender crecía e iniciábamos con la administración del Paradis. Todo era perfecto —sonrió sin humor—. Pero nunca lo es, ¿verdad? —se detuvo por un momento, con la mirada puesta en algún recuerdo del pasado—. El trabajo era mucho y necesitábamos ayuda. Una joven del pueblo, enterada de nuestra búsqueda, se presentó para probarse en el puesto. Su nombre era Lili Leclerc.

Las reacciones fueron tan inmediatas como si el dato los hubiera sorprendido. Lo cierto es que ya todos conocían la historia, de una u otra manera, pero nunca la habían oído de boca del propio protagonista. Además, que la mujer en cuestión no fuera otra que la madre de Anna, le sumaba dramatismo al relato. Era una realidad difícil de digerir.

Los hermanos seguían atentamente la historia, pero la mirada de Esther estaba sobre su madre. Margot mantenía las piernas cruzadas y la postura relajada, pero el vaso térmico temblaba en su

mano. Le afectaba lo que escuchaba. Después de todo, se estaba exponiendo un tramo muy delicado de una historia que también era la suya. Pero, como siempre, se mantenía estoica por su familia.

—Cometí un error... Permití que el ego me cegara. Lili me adulaba y yo lo disfrutaba. No entraré en detalles que no vienen al caso, solo diré que tuve un encuentro fugaz con ella. Fue solo una vez, pero fue como abrir la puerta para que el infierno entrara en nuestro hogar.

—¿Cómo? —Pascal entornó la mirada, confundido. También los mellizos, que guardaban los mejores recuerdos de Lili.

—Cariño, ¿me permites...? —solicitó Margot.

—Claro —Cédric asintió.

—Lili era una joven muy inestable. En su cabeza, lo que había sucedido tenía una importancia capital... Iba por el pueblo diciéndole a todo el mundo que ella y Cédric estaban enamorados, que lo dejarían todo para estar juntos.

—¿Fue así como te enteraste? ¿Del engaño? —dijo Esther, dándole una mirada significativa a su padre.

—No. Yo se lo confesé y le pedí perdón... No necesito que me des esa mirada, jovencita. ¿Está claro? Sigo siendo tu padre. No lo olvides —la reprendió. Solo a Margot le debía sus explicaciones.

—La situación se volvió tan grave que me vi en la obligación de confrontarla en su casa. No es algo de lo que estoy orgullosa, pero necesitaba ponerle un freno.

—¿Funcionó? —preguntó Dom.

—Tiempo después, supimos que había huido de su casa. Para nosotros, fue un alivio —admitió Cédric.

—¿Es cierto? —Pascal, que hasta el momento no se había atrevido a preguntar, encontró el valor para hacerlo—. ¿Anna es tu hija?

Cédric y Margot intercambiaron miradas y luego entrelazaron sus manos.

—Sí —fue Margot quien respondió—. Cuando intentábamos concebir un hijo, sin éxito, nos mandaron hacer todo tipo de estudios. Se determinó que la infertilidad viene de mi lado —detuvo una lágrima justo a tiempo y luego continuó, tan entera como siempre—. Existe la posibilidad de que Anna sea hija de su padre. Las fechas coinciden.

—Madre mía... —Dominique se tomó la cabeza, claramente sorprendido. El resto, no lo estaba tanto. Los números no mentían.

—Existe la posibilidad, he dicho —recalcó Margot.

—Lo confirmarán con un ADN —supuso Calvin.

—Sí. El estudio ya se solicitó. Apartaron una muestra de la sangre que doné ayer... En poco más de un mes, tendremos el resultado.

—¿Y qué es lo que sientes? —Pascal apoyó los codos en las rodillas y entrelazó las manos frente a él, mirando a su padre directo a los ojos, buscando la respuesta a una duda que lo atormentaba desde mucho tiempo atrás—. Cuando piensas en la posibilidad de que sea tu hija biológica, ¿qué es lo que sientes?

Cédric lo miró a los ojos y supo de inmediato a qué se refería. Pascal era su hijo, el primero, quien le había dado el título de padre. Y él lo conocía mejor que nadie. Sabía de sus dudas y de sus inseguridades, de sus sueños y de sus más profundos deseos. Sabía que no necesitaba conocer a sus padres biológicos porque se enorgullecía de sus padres adoptivos, como también sabía que su mayor temor era no ser suficiente para ellos. Tendría que decirle la verdad.

—Pensar en la posibilidad de que Anna sea mi hija me llena de emoción. Independientemente de cómo se dieron las cosas, es la verdad. Me emociona la idea. Siento una mezcla de nervios y expectativa que es difícil de contener... Algo idéntico a lo que sentí cuando supe que llegarías a nuestras vidas, Pascal. Idéntico a lo que sentí cuando cada uno de ustedes llegó a nuestras vidas —dijo, viendo a sus hijos—. Ni más, ni menos. Idénticas sensaciones. Si Anna es mi hija, le brindaré todo mi amor. Como a ustedes. Pero ¿saben cuál es la única diferencia? Que será una prueba de ADN la que determinará si soy su padre o no; pero, con ustedes, nunca tuve ninguna duda. Ser su padre es el privilegio más grande que me ha dado la vida. Lo elegí entonces y lo elijo ahora. Los elegiré siempre, por sobre todas las cosas.

Su hijo mayor fue el primero en ir a su encuentro para darle un abrazo, para transmitirle con él todo su agradecimiento, todo su amor. Enseguida, las preguntas y las respuestas ya no fueron necesarias y salieron volando por la ventana. Fueron reemplazadas por besos y abrazos que decían mucho más.

—Lo siento mucho, mamá. Siento todo lo que te dije —Esther hundió el rostro en el pecho de su madre y Margot acarició su cabeza, emocionada—. Ojalá, algún día, llegue a ser la mitad de la mujer que eres y podré darme por satisfecha... Estoy orgullosa de quien eres, mamá.

—Y yo estoy orgullosa de ti, hija. No lo dudes jamás, ¿oíste? Te amo infinitamente.



De pie sobre el borde del precipicio, Anna temblaba. Cerraba los ojos con fuerza y se negaba a mirar abajo.

—Debes irte, Anna. Salta —la animaba Lili, de pie a su lado—. ¡Vamos!

—No puedo... —sus labios temblaban tanto que casi no podía hablar—. Tengo miedo.

—Lo sé. Pero debes arrojarte, de todos modos. Abre los ojos, vamos. Mira hacia abajo.

Lentamente, primero uno y luego el otro, Anna abrió los ojos. Esperaba ver asfalto húmedo, en una noche oscura y silenciosa. Pero, para su sorpresa, el paisaje era otro.

—¿Lo ves? Debes arrojarte.

Lili señaló hacia abajo, donde la luz del sol bañaba los senderos de lavanda que se extendían hasta donde la vista alcanzaba. Era lo más hermoso que había visto.

—Vamos... Yo estaré bien, lo prometo. Aquí es donde quiero estar, pero tú debes irte. Arrójate. Abre los ojos, extiende tus brazos y salta.

—¿Voy a morir? —preguntó con dudas.

—No, vas a vivir —su madre sonrió.

Hizo lo que Lili le dijo. Con los ojos bien abiertos y los brazos extendidos a los lados, se impulsó del borde y se arrojó al vacío...



—¿Familiares de Anna Leclerc? —dijo la enfermera, asomándose a la sala de espera. Todas las cabezas se alzaron al mismo tiempo—. La paciente despertó.



## CAPÍTULO 36

# CONSECUENCIAS

La libertad, al fin y al cabo,  
no es sino la capacidad de vivir con  
las consecuencias  
de las propias decisiones.

James Mullen

Cuando abrió los ojos, supo de inmediato que estaba en el hospital. Una luz blanca y brillante pendía sobre su cabeza y había aparatos haciendo todo tipo de sonidos molestos. Se sentía como un experimento de ciencias; sondas entraban y salían de zonas de su cuerpo en las que no quería pensar, ventosas la conectaban a cables que lo monitoreaban todo, había una aguja en el dorso de sus manos.

Y le dolía todo. Todo.

Nadie había querido hablar con ella. Aguardaba por los médicos. O por alguien. La habían trasladado a una habitación tan blanca que le entraban ganas de llorar.

Afortunadamente, poco después, la puerta se abrió y el médico entró. A Anna le agradó ver un rostro humano, aunque no fuera uno tan amigable.

—Buenos días —lo saludó.

—Buenos días. Soy el doctor Dumont —el médico respondió austeramente y, de inmediato, comenzó a examinarla.

Le abrió la boca y le colocó un termómetro mientras comprobaba su visión con una pequeña luz focal. Cuando la alarma del termómetro sonó, se lo quitó y miró el resultado antes de guardarlo en su bolsillo. Luego, le tomó el pulso. Ni una sola vez la miró a la cara. Anna comenzaba a exasperarse.

—¿Puede decirme cómo se llama? —preguntó.

—Anna Leclerc.

—¿Cuántos años tiene?

—¿No le dijeron que es descortés preguntarle la edad a una mujer? —fue entonces cuando el médico accedió a mirarla, solo para expresar su descontento. Anna reprimió sus ganas de revolear los ojos—. Treinta.

—¿Sabe en qué año nos encontramos?

—2018.

—¿Qué día?

—Depende de cuánto tiempo haya estado inconsciente...

—Poco más de veinticuatro horas —señaló el médico.

—Entonces, es domingo.

—¿Sabe qué fue lo que sucedió?

—Sí... —Anna sintió deseos de llorar, otra vez—. Atropellé a Perro.

—¿Perdón? —preguntó el médico, con cierta nota de preocupación en el tono de voz.

—Salía de una fiesta —omitía detalles, claramente—. En el camino se me cruzó un animal. Estoy segura de que se trataba de mi perra.

—¿Tan lejos de casa? Tengo entendido que usted vive muy lejos de dónde tuvo lugar el accidente.

—Estoy casi segura de que era ella, aunque espero equivocarme... No sería la primera vez que se atraviesa en mi camino. Traté de esquivarla y perdí el control del automóvil. Luego, todo empezó a dar vueltas. ¿Cómo está mi Polo? ¿Se recuperará? —quiso saber, apenada. El confiable Polo gris la había acompañado en más de una aventura.

—Señorita Leclerc, creo que usted no es consciente de la gravedad de los hechos. Su automóvil no es más que un montón de chatarra. Los bomberos tuvieron que cortarlo para poder alcanzarla.

Anna no daba crédito a lo que oía.

El médico, percibiendo su confusión, se quitó las gafas y las colgó de su bolsillo. Quería mirarla a la cara mientras hablaba. Tenía unos ojos impresionantes, se alegraba de que hubiera sobrevivido para abrirlos nuevamente.

—El accidente fue muy grave, al igual que las lesiones que sufrió como consecuencia. Fue traída a Emergencias y luego de los exámenes correspondientes, dimos con una importante hemorragia interna. Su bazo sufrió daños irreparables a causa del golpe, y debimos practicarle una cirugía para extirparlo y así detener el sangrado. Durante la cirugía, su corazón se detuvo...

—¿Morí? —se llevó una mano al pecho y tanteó el sitio donde suponía estaba su corazón.

—Podría decirse que, por un par de minutos, la perdimos.

Escuchar eso, la movilizó de una forma que no esperaba.

Tenía flashes de la pesadilla en la que había estado durante su período de inconsciencia, y recordaba cuánto miedo había tenido de morir. Al repasar distintos episodios de su vida, se daba cuenta de que, por mucho tiempo, también había tenido miedo de vivir. Haber muerto le daba una nueva perspectiva a todo.

—Estará bien, señorita Leclerc. Es una mujer muy fuerte.

—Sé que estaré bien, muchas gracias.

—Tiene una gran familia en la que apoyarse.

—¿Familia? —su sorpresa fue todavía mayor.

—Familia, claro. Han invadido la sala de espera, y ninguno se ha movido de allí más que para lo estrictamente necesario.

Un recuerdo acudió a su mente. Aunque no hubiera pasado tanto tiempo, se sentía como si hubiera ocurrido en otra vida... Se vio observando el fondo de una fuente, preguntándose cuántos sueños en forma de monedas reposaban bajo el agua. Recordó a Didier y a sus palomas, y hasta le pareció oír su silbido desafinado. Ese día, el anciano le obsequió una moneda y una importante enseñanza: “Las fuentes no cumplen deseos”, le había dicho. Era tarea de cada uno esforzarse porque el deseo se hiciera realidad. Cuando le preguntó a Anna cuál era su deseo, su respuesta había sido clara.

—Una familia... —susurró, con la mirada puesta en el pasado, con los ojos cargados de emoción—. Mi familia.

—Así es. Su familia —confirmó el médico—. Están ansiosos por verla. De hecho, Pascal entrará a sacarme a patadas en cualquier momento... Prometí que me daría prisa. Le pido disculpas si apresuré el examen, pero quería cumplir con mi promesa.

—¿Está aquí?

—Así es. No se ha movido desde que usted llegó.

La noche de la fiesta, cuando salió corriendo para intentar escapar de la verdad, pensó que lo había perdido todo. Sintió que lo había perdido todo. Pero no era así. La verdad no era un monstruo del cual escaparse, eran los secretos los que acechaban desde las sombras. En ese momento fue consciente de que debía dar muchas explicaciones, pero no todo estaba perdido.

—Descanse... Pasaré a verla en algunas horas —dijo el médico.

—Está bien, gracias.

Antes de irse, el doctor Dumont estrechó su mano y le dejó una última reflexión.

—Cuando digo que usted es una mujer fuerte, no lo digo solo por su fortaleza interna. El amor es fuerza vital, ¿sabe? Se lo digo como médico, lo he visto miles de veces. La fuerza de una persona no está solo dentro de su corazón, sino en quienes lo rodean, quienes nutren esa fuerza. Esa es la red que nos sujeta cuando nos dejamos caer, señorita Leclerc.

*Salta y aparecerá la red,* repitió en su interior.



—Prometió que se daría prisa... —reclamó en cuanto lo vio salir. El doctor Dumont no hizo más que darle una palmada en el hombro, a modo de apoyo. Era la mayor muestra de empatía que se había permitido jamás.

—Sé suave con ella, ¿de acuerdo? Está algo sensible.

—¿Qué tanto? —preguntó, de repente, preocupado. Aunque estaba ansioso por verla, nunca sabía qué esperar cuando se trataba de Anna.

—Lo descubrirás por ti mismo. Entra, tu dama te espera... —y así se retiró a continuar con sus tareas.

Tratando de moderar el ritmo de sus pasos, caminó por el pasillo en dirección a la habitación. Aunque lo hizo rápido, el trayecto nunca le había parecido tan largo. Una eternidad se interponía entre él y el momento de verla otra vez. Viva.

Llegado a la habitación, detuvo sus pasos súbitamente y se esforzó por mantener a raya su ansiedad. Estaba por golpear a la puerta, cuando escuchó voces provenientes del interior.

—... viste la famosa luz blanca al final del túnel?

Reconocería esa voz en cualquier sitio.

Dominique.

Sin detenerse a tocar, empujó la puerta.

Lo que encontró dentro, lo dejó petrificado.

—¡Mira! ¡La Bella Durmiente está despierta! ¿Dónde carajos estabas? —preguntó Dom.

Estaba recostado a un lado de Anna, ocupando más cama que la propia convaleciente.

Eso solo hubiera bastado para enfurecerlo, pero Dominique no era el único dentro de la pequeña habitación. Esther y Celine estaban arrodilladas junto a la cama; y Esther sostenía la mano de Anna demasiado cerca de la aguja intravenosa. Paul no estaba a la vista, pero Calvin se había sentado a los pies de la cama.

Pascal vio todo negro.

—Fuera —fue lo único que dijo, moviéndose del umbral de la puerta para darles espacio. No se atrevía a mirar a Anna. No todavía.

—¿Cuál es tu problema? No eres el único que ha estado esperando para verla... —intervino Esther.

—¡Fuera! —dijo con más firmeza, mirándola directo a los ojos.

—Oye, tranquilo... —Calvin, quien estaba más cerca, le puso una mano en el hombro. La mirada de advertencia que le dio su hermano mayor, lo obligó a retirar la mano sin emitir una palabra.

Nadie se atrevió a agregar nada más. Ni siquiera Anna, que miraba la escena como si no fuera parte de ella. Había estado deseando verlos a todos; a Pascal, más que a ninguno. No entendía su hostilidad; no parecía propio de él, incluso sus hermanos lucían asombrados.

Cuando el último de sus hermanos salió, Pascal cerró con tanta fuerza que las paredes

temblaron.

Anna también.

Lo vio apoyar las manos sobre la superficie de la puerta, como si quisiera mantenerla cerrada por siempre, y su cabeza colgó entre los hombros. Respiraba muy lentamente. Algo no estaba bien. De hecho, nada estaba bien. Anna palideció. Si se quedaba quieta, hasta se hubiera camuflado con el blanco de las paredes.

Fue cuando al fin se giró y pudo verlo a la cara, comprendió que lo suyo no era enojo sino angustia. Tanta angustia que Anna sintió que se le rompía el corazón.

—No hagas eso... —le pidió, con un hilo de voz. No toleraba verlo sufrir.

—Casi te pierdo —murmuró, apoyando la espalda sobre la puerta. Sus piernas amenazaban con dejar de sostenerlo.

—Eso no sucederá —fue todo lo que pudo decir sin quebrarse en el proceso. No era solo un conjunto de palabras formando una frase, era la verdad más verdadera que hubiera pronunciado hasta el momento.

Después de haber atravesado el infierno de la espera, solo cinco pasos los separaban.

Pascal los acortó a nada más que dos.

Cuidar las heridas de Anna era más importante que dar rienda suelta a su efusividad, por lo que tomó las precauciones del caso y se acercó despacio al borde de la cama. Apartó el mechón de cabello que amenazaba con rozar la herida sobre su ceja izquierda e hizo un rápido inventario de todo su rostro. Se detuvo en sus ojos, por supuesto. Era allí donde guardaba sus secretos.

—De verdad, eres tú —su pulgar le rozó el labio inferior—. ¿Estás bien?

—Mejor ahora que estoy aquí.

—Nunca vuelvas a dejarme así... ¿dónde estabas?

—Suspendida en una pesadilla —besó su dedo y sostuvo su mano—. Una a la que espero no regresar.

—Me la contarás, ¿cierto? —le pidió—. ¿Me lo contarás todo?

—Todo, te lo prometo —respondió, sin un atisbo de duda—. Al final, serás tú quien decida cómo continúa nuestra historia. Yo ya tomé mi decisión.



Pascal fue hasta la sala de espera y pidió perdón a sus hermanos por su reacción dentro de la habitación de Anna. Les explicó que, cuando pensaba en lo cerca que había estado de perderla, sus emociones se desbordaban. Prometió entonces que se esforzaría por mantenerlas a raya. Luego, les comunicó que Anna no vería a nadie hasta nuevo aviso. La veda incluía a Florian.

Por supuesto que las exclamaciones de disgusto no se hicieron esperar, pero no se detuvo a dar explicaciones. Fue la misma Anna quien se encargó de hacerlo usando el teléfono de Pascal y enviando el mensaje al grupo de la familia Duvall.

PASCAL:

Me faltan palabras para definir cuánto agradezco lo que hicieron por mí. Me salvaron la vida, en todos los sentidos. Ansío salir de aquí, pronto, y espero que sea en mejores condiciones de las que me encuentro hoy. Yo necesito sanar y ustedes, descansar. Sé que, cuando sea el momento, volveremos a vernos. Hasta entonces, esta será nuestra vía de comunicación. Espero que puedan entenderme.

Con Florian mantuvo una breve, pero emotiva, conversación telefónica. Preguntó por Perro, claro está, y se lamentó de oír que nada se sabía de ella desde el día del accidente. Sus

recipientes con agua y comida seguían sin tocar. Luego, su abuelo quiso saber cómo se sentía, si tenía dolor, si estaba comiendo bien. Anna disfrutó de sentirse cuidada y amada por el padre de su madre; un vínculo que la definía y la sostenía, que formaba parte de su red. Antes de despedirse, le prometió a Florian que lo llamaría a diario. “Te quiero mucho, abuelo”, le dijo. Del otro lado de la línea, Florian dejó escapar un suspiro y, por primera vez en años, sus lágrimas fueron de alegría. Había perdido a una hija, pero tenía una nieta maravillosa.

Satisfecha luego de haberse comunicado con todos, Anna y Pascal se encerraron en una burbuja cuyos contornos eran indestructibles.

Durante dos días y dos noches, hablaron.

Anna, tal y como había prometido, lo dijo todo.

Ante los ojos y los oídos atentos de Pascal unió los retazos de su vida y le dio forma a su propia historia.

Un retazo de su recuerdo trajo a la niña solitaria que una vez fue y sintió pena por la tristeza que portaba en su mirada, pero se permitió darle un beso en la frente y eso le proporcionó consuelo. Les proporcionó consuelo. A las dos. La adolescente rebelde pretendió ocultarse en los rincones más recónditos de su memoria; miraba de reojo y fingía indiferencia. Pero Anna sabía que lo único que quería era ser vista. La invitó a salir diciéndole que la comprendía, que, al final, todo estaría bien. Le prometió que llegaría el día en que sería mirada con amor.

La mujer dura que habitaba en su interior le mostró los colmillos y sacó las garras, sintiéndose amenazada ante la posibilidad de mostrar sus heridas. Para esa mujer, abrir el corazón no era una opción. A fuerza de tristeza había aprendido a valerse por sí misma, a no esperar nada de nadie. Se negaba a dar el brazo a torcer. Anna sabía que debía ser dura con ella, y la mandó a callar con un breve repaso por sus fracasos y miserias, por los desamores y la desilusión, por las mentiras y los secretos. La obligó a ver que la dureza, de nada le había servido. Con la premisa de protegerse de que nada le pasara, le había pasado justo eso: nada. Nada malo, pero tampoco nada bueno. Su vida estaba llena de nada. Anna ya no quería conformarse con ese vacío.

Llegando al final del relato, la esperaba una mujer que estaba aprendiendo que ser valiente suponía entregar el corazón, aun a riesgo de salir herida. Y que esa entrega exigía decir la verdad. Su verdad.

—Entonces, ese día, cuando entraste al bar... sabías exactamente quiénes éramos, mi hermano y yo —Pascal se puso una mano en el pecho e inconscientemente la cerró sobre su camiseta. Estaba tratando de ser comprensivo, pero era muy duro escuchar que había sido engañado desde el principio. Una cosa era la noción romántica de develar los secretos de una mujer; pero otra, en extremo distinta, era descubrir que esos secretos lo incluían.

—Sé cómo se ve...

—¡Se ve mal! Se ve espeluznante, de hecho —se levantó de la incómoda silla que ocupaba junto a la cama de Anna y necesitó poner distancia física—. Cuando nos encontramos en el pasillo de ese supermercado, ¿fue casualidad o también lo planeaste?

—No me hables como si fuera una desconocida —le pidió—. ¡Claro que fue casualidad! Una casualidad que quise ver como una posibilidad... Quizás, debí dejar las cosas allí. Pero no pude. ¡Regresé al bar por ti! ¿Me arrepiento? Mi consciencia dice que sí, pero mi corazón dice que no. Sé que lo que hice estuvo mal, que debí decirte la verdad, pero no esperaba que las cosas avanzaran así de rápido. Y nunca parecía ser el momento adecuado.

—¿El momento adecuado? Nunca hubieras encontrando el momento adecuado para una verdad como esa... ¿Qué esperabas? ¿Qué tuviéramos nuestro primer hijo para decirme que sospechabas

que tu padre era el mío?

—No, claro que no... Yo... —bajó la cabeza, sin saber qué más decir. Lo cierto era que no había excusas para lo que había hecho—. No puedo volver el tiempo atrás. Lo siento mucho. Si no puedes perdonarme, lo entiendo.

Pascal era capaz de ver cuán arrepentida estaba, cuánto deseaba reparar lo que estaba roto, pero la desilusión que sentía lo invadía todo. No podía ver más allá de la mentira. Había tenido miles de oportunidades de ser honesta con él, miles de oportunidades en las que había elegido seguir mintiéndole. ¿Cómo volvería a confiar en ella después de eso? No estaba seguro de tener una respuesta. No en ese momento.

—Dime algo, por favor —rogó Anna. Su silencio la asustaba.

—Tengo que irme... —se pasó las manos por el perpetuo desorden de su cabello, abatido—. Necesito tiempo.

Anna asintió, pero una lágrima resbaló por su mejilla. La detuvo porque le debía respeto a su decisión. Tenía que ser fuerte, también por él.

—Lo entiendo.

Pascal no quería despedirse, no sabía cómo hacerlo. Sus sentimientos seguían tan vivos como siempre, pero su confianza estaba herida de muerte. Sin atreverse a mirarla, sin detenerse a decir adiós, abrió la puerta y salió de la habitación. Solo el tiempo diría si era posible regresar.



## CAPÍTULO 37

# LA VERDAD Y SUS MÚLTIPLES VERSIONES



**De dónde venimos no significa nada.  
Hacia dónde vamos y lo que hacemos para llegar allí, es lo que nos dice qué somos.  
Joyce Carol Oates**

— **E**stas heridas están muy bien, Anna. Firmaré tu alta —anunció el doctor Dumont—. Y te daré las indicaciones para que puedas continuar tu recuperación en casa.

—Gracias, doctor.

Estaba sentada al borde de la cama, libre de sondas, ventosas y agujas. Había perdido algo de peso, debido a la pena y a la espantosa comida de hospital, pero estaba fortaleciéndose día a día. Era su ánimo el que preocupaba al médico. No tenía que preguntar cuál era el motivo de su dolor; Pascal no había regresado. Ya habían pasado unas dos semanas desde su última visita.

Las heridas del cuerpo sanaban con rapidez, pero las del alma eran más dolorosas.

—¿Quieres que le avise a alguien?

—No... No se preocupe. Tomaré un taxi.

—Como quieras. Te veré en mi consultorio en un par de semanas. Acuerda una cita antes de marcharte, ¿de acuerdo?

—Está bien.

—Bien. Cuídate, Anna.

—Gracias.

Tan profesional como era su costumbre, el médico extendió una mano cortés. Anna se quedó mirándolo por unos segundos. Ese hombre de modos recios y gesto adusto le había salvado la vida. Se puso de pie y cedió al impulso de darle un abrazo apretado. Un tanto incómodo, el doctor Dumont se lo permitió.

—Gracias, doctor. Por todo.

—Sí, bueno... No es nada. Debo seguir con mi ronda. Nos veremos en dos semanas —le dio una pequeña palmadita en el hombro antes de abandonar la habitación. Podía lidiar con el estrés de una cirugía, pero no le gustaban las despedidas.

Anna suspiró y lo vio partir. Había aprendido, de la peor manera, que debía ser honesta con los demás y consigo misma. Un abrazo dado a tiempo, también era una declaración de honestidad.

Una vez sola, fue en busca del bolso que Florian le había traído de casa. Sonrió al ver el toque femenino en la elección de su ropa; los calcetines combinaban con las camisetas. Margot la había visitado en un par de ocasiones. Anna, reticente al principio, había descubierto en ella a una persona de sentimientos nobles.

No había sido la única visita que había recibido.

Dominique y Esther la veían a diario; tenían su propio grupo de WhatsApp: “Hnos. Duvall +1”. Anna experimentaba con ellos lo que era tener amigos de verdad. No le habían mencionado a Pascal ni una sola vez, por temor a lastimarla. Anna lo aceptaba. Además, distancia era distancia en todos los sentidos. No quería novedades a través de terceros. Si Pascal quisiera comunicarse con ella, tendría más de un modo de hacerlo.

En cuanto a los mellizos, habían regresado a París cuando estuvieron seguros de que la recuperación iba por los caminos correctos.

A Cédric, en cambio, no lo había visto. Estaba pendiente el resultado del ADN y la ansiedad le jugaba una mala pasada. Le pidió, a través de Margot, que aplazaran la conversación que sabía

que se debían para cuando saliera del hospital. Lo aceptó, pero a medias; cada dos o tres días le enviaba un mensaje de texto, siempre con la misma pregunta: “¿Cómo estás?”; a la que Anna respondía siempre de la misma forma: “Mejor que ayer”.

—Anna, ¿estás lista? —la enfermera se asomó a la habitación.

—Tan lista como puedo —se convenció.



Barría las hojas del porche cuando vio la estela de polvo avanzando hacia el arco de entrada. Cuando reconoció los colores de la compañía de taxis local, dejó la escoba a un lado y se olvidó del dolor en la rodilla mientras bajaba los escalones.

—Anna... —acarició su nombre en voz baja.

Su nieta se bajó del vehículo, más delgada pero viva, y Florian se sintió pleno de que volviera a casa.

—¡Bienvenida!

—Florian... —le dio un abrazo breve. Se sentía más cómoda llamándolo por su nombre y a él no le molestaba que lo hiciera.

—Muchacha, ¿por qué no llamaste? —dijo dándole una palmadita en la espalda—. Hubiera ido a recogerte.

—Me dieron el alta porque ya puedo valerme por mí misma... eso incluye llamar a un taxi para venir a casa. Me siento muy bien.

—Cuanto me alegra escuchar eso —teniendo el primer gesto de caballerosidad en años, recogió su bolso del suelo y la guio hacia dentro—. ¿Quieres espaguetis para la cena? —propuso mientras subían los escalones.

Anna aceptó, poniendo voluntad para demostrar el mismo nivel entusiasmo. Su abuelo se merecía el esfuerzo. Era agradable estar otra vez en su casa, por supuesto, pero sentía que todo tenía un sabor agridulce.

Cuando entró a su habitación, se dio cuenta de cuánto la había extrañado. No había nada de blanco allí adentro. Reconoció sus cosas, su cama, su ropa. Su aroma estaba impreso en todo el ambiente. Se dio un baño y se aplicó un ungüento cicatrizante en la herida. Le habían hecho una incisión vertical de alrededor de cinco centímetros, que comenzaba justo debajo del esternón. No se veía tan mal como esperaba. Después de ponerse una camiseta y unos jeans, salió descalza y con el cabello húmedo.

Fue entonces cuando escuchó voces provenientes de la sala.

La curiosidad pudo más que la prudencia y se acercó a ver de quién se trataba.

—Anna... estaba diciéndole al señor Duvall que estabas ocupada —dijo Florian, señalando a Cédric. La mirada de Anna se fue enseguida al sobre blanco que tenía en su mano. Tragó saliva con dificultad.

—Lo siento, Anna. Debería haber llamado. Puedo regresar en otro momento —propuso, aunque no se movía de su sitio.

—No, está bien —dijo fingiendo una entereza que en realidad no tenía—. Ahora regreso, voy por mis zapatos.

No esperó a que respondieran, se dio media vuelta y apresuró el paso hacia su habitación. Florian y Cédric intercambiaron miradas incómodas.

—¿Puedo ofrecerle algo? ¿Té? ¿Café, tal vez? —preguntó Florian, retorciendo sus manos.

—¿Y qué tal algo más fuerte? —propuso Cédric.

Cuando Anna regresó, se encontró con su abuelo y su posible padre sentados a la mesa del comedor, bebiendo una copa de brandy en tenso silencio. El sobre cerrado estaba en el centro de la mesa. Al ver el sello del laboratorio en el borde superior derecho, que confirmaba que se trataba del resultado del ADN, el corazón de Anna amenazó con un segundo paro cardíaco.

—¿Queda algo de eso? —apuntó a la botella.

—¿No estás tomando medicación? —le recordó Florian.

—Necesito una copa, abuelo —usó su mejor carta para persuadirlo. Y funcionó.

—Aquí tienes, querida —sirvió una y la deslizó sobre la mesa.

Florian se encontraba en la cabecera, Cédric a su derecha, y Anna ocupó el lugar a su izquierda. Intercambiaron una nueva serie de miradas incómodas. Nadie se atrevía a romper el hielo.

—¡Qué calor hace, ¿verdad?! —comentó Florian, mirando a uno y a otro.

—Florian, ¿puedo pedirte que nos dejes solos? —preguntó Anna. Quería poner a prueba su recientemente descubierta valentía. Cédric asintió, avalando el pedido.

—¿Estás segura? —Florian temía por su corazón.

—Segura —tomó su mano y la presionó con cariño—. Sé que cuento contigo.

—De acuerdo.

Una vez que Florian se fue, Anna y Cédric se atrevieron a tener la conversación que se adeudaban.

—Me llamaron del hospital para hacerme saber que podía pasar a retirar los resultados del ADN. Allí me enteré que te habían dado el alta... Es una buena noticia. ¿Cómo te sientes? —preguntó antes de beber un pequeño sorbo.

—Mejor que ayer —respondió Anna, apelando a su fórmula. Cédric sonrió; respetaba su firmeza de carácter.

—Supongo que tienes tanta curiosidad como yo —dijo.

—Tengo mucha curiosidad, es cierto —secundó Anna—. Pero las respuestas que busco no puede dárme las un trozo de papel. Solo usted puede hacerlo.

—Adelante, entonces. Tienes toda mi atención.

—¿Qué fue lo que sucedió entre Lili y usted? —quiso saber.

—¿No lo sabes? ¿Ella no te lo contó?

—La verdad tiene muchas versiones, *monsieur* Duvall —por algún motivo, no quiso revelar le que la versión de su madre le había llegado de manera póstuma—. Depende del ojo que la mire. Igual que cuando tomamos una fotografía; importa tanto el objetivo como el sitio en donde se para el fotógrafo. Me interesa escuchar su versión.

Cédric temía herir sus sentimientos, por lo que trató de darle una versión lo más ajustada a la realidad sin detenerse en detalles.

—Nos conocimos un verano en que ella trabajó como camarera en el Lavender. Tuvimos un romance breve —a sus oídos, “romance breve” sonaba mejor que “aventura ocasional”—. En aquel momento, yo estaba casado y tenía a tres de mis hijos. Nunca tuve dudas de que mi familia era lo más importante.

—Entonces, ¿por qué un “romance” breve? —gesticuló las comillas con sus dedos—. Si tanto amaba a su familia...

—Porque... —su impulso era decir “cometí un error”, pero no se atrevió a ponerlo en esos términos— Lili era una mujer encantadora.

—¿De verdad? —quiso saber. No recordaba a su madre como una mujer encantadora.

—Lo fue conmigo —mintió Cédric, deliberadamente.

—¿Por qué terminó la relación?

—Porque Lili quería más de lo que yo podía darle —lo cual era totalmente cierto—. Si hubiera sabido que estaba embarazada, las cosas hubieran sido distintas. Pero nunca me lo dijo.

—Dice que no podía darle lo que quería, ¿qué era lo que quería? —preguntó Anna.

—Quería... —Cédric no encontraba la palabra adecuada.

—Irse —respondió Florian, surgiendo desde la oscuridad del pasillo—. Eso era lo que mi Lili quería. Alguien que la sacara de aquí, donde se sentía presa. No importaba quién fuera.

Luego de escuchar el temblor en su voz, Anna no tuvo corazón para estar enfadada con él por haber espiado la conversación. No podía culparlo por querer oír una parte de la historia que también era la suya.

—Dijo que estaba enamorada de usted, *monsieur* Duvall. Pero yo sabía que no era cierto. Un padre siempre sabe. Aunque fingía no verlo, era consciente de que... frecuentaba a otros hombres. Aunque usted era su apuesta más segura. Luego de que su esposa la confrontara, su farsa se vino abajo y tuvo que marcharse por su cuenta.

Anna lo escuchaba boquiabierta.

En su habitación, había cuatro hojas que su madre había escrito antes de arrojarlas de la azotea. En ellas, contaba una historia que no se parecía en nada a la que había expuesto su abuelo. Giró a ver la expresión de Cédric, y le pareció que estaba de acuerdo con lo que oía.

*¿Acaso Lili alucinó? ¿Fabuló todo? ¿Creó en su cabeza una versión más romántica e idealizada de lo que había sido nada más que una aventura pasajera? ¿Qué sentido tuvo dejar una carta llena de mentiras?*

Anna comenzó a dudar.

Por un momento, sintió ganas de ir a su habitación, recuperar la verdad de Lili, y ponerla sobre la mesa. Pero, enseguida se dio cuenta de que no había una verdad que prevaleciera sobre la otra. Había tantas versiones como protagonistas de la historia.

Lo único inapelable era el contenido del sobre blanco.

—Anna, ¿estás bien?

Al verla tan ensimismada, Cédric se preocupó.

—Estaré bien, sí.

—¿Necesitas algo? —preguntó Florian.

—Sí, que sostengas mi mano mientras leemos el resultado —le pidió.

—Sostendré tu mano toda la vida —respondió con solemnidad.

—De acuerdo.

Cédric aguardó hasta que Florian tomó su lugar junto a Anna y cuando todos estuvieron listos, abrió el sobre y retiró el resultado de su interior. Tras una lectura rápida, su rostro se puso tan pálido que parecía un fantasma.

Florian presionó la mano de Anna.

Anna no podía siquiera articular palabra.

—¿Qué dice? —preguntó Florian, ya sin poder contener su ansiedad.

—Es negativo.

*Negativo.* Resonó en la cabeza de Anna.

—¿Está seguro?

Ante la pregunta de Florian, Cédric le pasó el papel y Anna lo miró de reojo. En efecto, el

resultado era negativo. Después de tantas idas y vueltas, de tantas mentiras y secretos, esa verdad inapelable señalaba que Cédric Duvall no era su padre.

Los tres permanecieron en silencio, mientras el resultado decantaba en su interior. Al principio, Anna no supo ponerle nombre a lo que sentía. Había esperado que el resultado fuera positivo, pero no vivió el negativo como una desilusión. Sino, más bien, como una sorpresa. Ni buena ni mala. Una sorpresa. Luego, sobrevino cierta sensación de alivio. Una liviandad desconocida para ella. No tener secretos, se sentía muy bien.

—Lamento los problemas que esto pudo causarle, *monsieur* Duvall —dijo, verdaderamente apenada.

—Esto no me causó ningún problema —replicó de inmediato—. No me alegra que el resultado sea “negativo”. Por el contrario, querida. Me apena. Anna, quiero que sepas que ser tu padre hubiera sido un privilegio. Tenlo por seguro. Eres una joven extraordinaria.

Las lágrimas que rodaron por las mejillas de Anna bendijeron sus palabras.

—No importa lo que diga ese papel. Siempre seremos familia.



Esa noche, recostada en su cama, no lograba conciliar el sueño. Pensaba en su madre. En Lili.

No había vuelto a leer el contenido de sus cartas. No quería sentarla en el banquillo de los acusados para que defendiera su verdad. Tampoco someter a un careo las otras versiones de la historia. Lo que le quitaba el sueño no era que hubiera escrito mentiras, sino pensar que las hubiera vivido. Puede que se aferrara a sus propias mentiras para no ver su realidad. ¿Quién no prefería una historia de amor antes que una tragedia? ¿Y quién era ella para cuestionar sus razones si así lo hubiera hecho? Después de todo, nunca había logrado conocerla del todo.

No. No pondría en duda la verdad de Lili. Tampoco la de Florian. Ni la de Cédric.

Se levantó de la cama y fue en busca del sobre azul. La urna ovalada que contenía las cenizas de su madre estaba sobre la mesa de noche. Nunca se había atrevido a abrirla. Tomó la tapa con firmeza y le dio un giro. Cedió enseguida. Una vez que la urna estuvo abierta, usó el mechero que conservaba de su pasado de fumadora para encender la esquina del sobre. El fuego se reflejó en sus pupilas.

—Adiós, Lili... —se despidió, mientras las cenizas del sobre se sumaban a las cenizas de su madre. Así, un círculo se cerraba y una verdad se quedaba en el camino mientras otras avanzaban.

Cuando regresó a la cama, su teléfono vibró. Se trataba de un mensaje. Un mensaje de Pascal.

Su corazón dio un salto y sus dedos temblaron mientras trataba de abrirlo. ¡Había esperado tanto para saber de él! Estaba segura de que ya se había enterado de las novedades.

El mensaje era breve.

PASCAL:

¿Estás bien?

Ansiosa por que supiera que estaba allí, respondió rápidamente.

ANNA:

Sí.

Podía verlo “en línea”, pero no escribía. Entonces, se animó a enviar otro mensaje. Uno más revelador.

ANNA:

Te extraño.

Dos tildes azules indicaron que el mensaje había llegado a destino, que había sido leído; pero la respuesta nunca llegó. Esa ausencia de respuesta fue más contundente que cualquier palabra.



CAPÍTULO 38

**UNA  
LOCURA  
DE AMOR**

Dije que te amaba, pero mentí  
porque es mucho más que amor  
lo que siento en el interior.

Michael Bolton

DOMINIQUE:

Deja de esconderte y ven a verme al bar.

No hay moros en la costa.

Extrañaba al Lavender, tenía que admitirlo. Aunque no era la persona más sociable del planeta, le agradaba estar rodeada de gente que la pasaba bien. La buena energía era contagiosa; y una buena inoculación no le vendría nada mal. Seguía con el ánimo por los suelos.

Todo iba cuesta abajo, y a gran velocidad.

Primero, el accidente; luego, el silencio de Pascal, el ADN negativo, la desaparición de Perro y, como la cereza de un postre que nadie querría comerse, había recibido un e-mail con los requerimientos para su traslado; entre ellos, una historia clínica actualizada... Se preguntaba cómo afectaría a su carrera su nueva condición cardíaca.

Respondió al mensaje de Dom.

ANNA:

Okey. Nos vemos pronto.



Le pagó al conductor del taxi y se bajó del automóvil.

De pie frente a la fachada del Lavender, le pareció estar en otro lugar. Aunque Dom le había asegurado que Pascal no estaría, sintió un cosquilleo en el estómago cuando entró al salón. Habían pasado semanas desde su última vez allí. Todo se veía igual, pero también distinto. Aquella última vez, Anna se había puesto su mejor vestido para impresionar al hombre de sus sueños. Hoy no había nadie a quien impresionar.

—¡Cielos! Te ves terrible —dijo Dom, cruzando medio cuerpo por encima del mostrador para encerrarla en un apretado abrazo.

—Muchas gracias, siempre tan galante... —Anna le mostró una sonrisa ácida.

—Lo digo en serio. ¡Ya deja de llorar por los rincones! No te queda bien.

—No lloro.

—Te lamentas, que es lo mismo.

Anna se acodó sobre la barra y apoyó el mentón sobre su mano. No tenía sentido seguir negando lo innegable. Estaba destrozada. Era el riesgo que se corría al entregar el corazón; podía acabar hecho trizas.

—Es obvio que te sientes mal, pero ¿quieres hablar de eso? —preguntó Dom. Aunque no era nada bueno para dar consejos, tenía un oído fuera de serie.

—Estoy cayendo en picada... Y ya no estoy segura de que haya una red que detenga mi caída.

—¿Por qué piensas eso? Todos estamos aquí. Nada ha cambiado.

—Pascal, no... —solo nombrarlo le provocaba ganas de llorar, pero respiró hondo y contuvo su tristeza.

—Todos estamos aquí, también Pascal... Está enojado, por supuesto. ¿Acaso no lo estarías tú?

—Claro que sí —aceptó Anna, dibujando círculos imaginarios sobre el mostrador—. Entiendo su enojo, créeme. Lo respeto. Lo que me duele es la distancia, el silencio. Es decir, ¿cómo resolveremos nuestros problemas si no lo hacemos juntos?

—Estoy completamente de acuerdo contigo —aseguró Dom.

—No suena tan descabellado, ¿cierto? No me molesta su enojo, lo que me molesta es que huya

de mí.

—¿A qué te refieres con huir?

—Pues, a eso... Tú sabes. Le envié un mensaje de texto y me ignoró.

Dom abrió los ojos tan grandes que parecían querer salirse de su rostro. Luego, dejó el estupor de lado y soltó tan tremenda risotada que todo el salón se volteó a ver qué sucedía.

—¿Te estás burlando de mí? ¿Cuál es tu problema? —Anna se molestó.

—¿Mi problema? ¿Cuál es el tuyo? —dijo mientras trataba de recuperarse del exabrupto—. Mi hermano no huyó. ¡Estaba justo aquí!... Cada vez que alguien cruzaba la puerta, se desilusionaba de que no fueras tú. Estaba pendiente de su teléfono, esperando que llamaras o que, al menos, escribieras. ¡Y no lo hiciste! ¡Ni una sola vez! Mi hermano no huye, nunca lo hace. ¡Estaba justo aquí!, esperando por ti.

Anna no salía de su asombro.

—Pero... —tartamudeó, confundida—. Dijo que quería tiempo. Tiempo para pensar.

—¿Y qué importa lo que dijo?! ¿Por qué no lo buscaste, de todos modos? ¿Acaso no lo amas? ¿Por qué no viniste a decírselo? —revoleó los ojos, harto de oír tanta lágrima de ambos lados. ¡La solución era tan clara! ¿Cómo era posible que solo él la viera? —. ¡Por supuesto que no te responderá un pobre mensaje de texto! ¡Quiere que se lo digas a la cara! ¿No tienes sangre en las venas, mujer?

Anna se sintió como una idiota. Como la mujer más idiota sobre la faz del planeta. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida de alejarse en el momento que más se necesitaban?

—Parece que no aprendiste nada de él en este tiempo... Pascal es un tipo simple, pero de emociones profundas, ¿me comprendes?

—Lo sé.

—Pues, parece que no lo supieras. Escucha, me da escalofríos hablar de esto, pero lo haré de todos modos, porque necesitas mi ayuda, desesperadamente... —tomó aire por la nariz y lo soltó por la boca. Luego, estuvo listo para continuar—. Mi hermano se enamora y lo quiere todo. Las charlas interminables, las velas aromáticas, los encuentros furtivos, y quién sabe cuánta otra cosa que prefiero no imaginar... ¡El tipo escucha a Michael Bolton, por Dios Santo! ¿Entiendes lo que digo, Anna? ¡A Michael Bolton! Su noción del romanticismo llega hasta esos extremos, te lo aseguro —se detuvo, porque un escalofrío no simbólico le recorrió el cuerpo—. En fin, no soy bueno para dar consejos, pero aquí va: lo que Pascal espera de ti es una demostración cabal de tu amor.

—Carajo... —susurró Anna—. ¿Y cómo hago eso?

—Mi sabiduría no llega tan lejos. Pero supongo que puedes tratar de hablar con él, cara a cara.

—Okey. Suena bien —aceptó, muerta de miedo, pero convencida de que era un buen modo de empezar—. Puedo intentarlo, es una buena idea. Dijiste que no está aquí. ¿Dónde está?

—En Argentina —respondió Dom.

—¿En dónde?! —apoyó ambas manos sobre el mostrador ante el repentino mareo.

—En Argentina —observó su reloj—. Debe haber aterrizado hace unas horas. Iba a visitar unas bodegas o algo así, no lo oí bien...

—¿Pero...? ¿Cómo? ¿Por qué no me dijiste que se iba?!

—Porque no me preguntaste.

—¡¡¡Dom!!!

—¡Okey, okey! Pascal me hizo prometer que no te lo diría, ¿de acuerdo? O... puede que su intención fuera que te pasara el mensaje cuando llegara el momento.

—¿Qué momento?

—¡Este! Cuando tuvieras la valentía de preguntar por él.

—¡Pero ahora es demasiado tarde! Está del otro lado del planeta, ¿cómo voy a hacer para hablar con él, cara a cara? —se tomó la cabeza.

—Ya que aún desconocemos los secretos de la teletransportación, tendrás que tomar un vuelo.

—Eso es una locura... no puedo irme solo así. Ni siquiera sabría dónde encontrarlo.

—Yo podría ayudarte con eso. Tengo un itinerario de las ciudades que visitará.

—¿Estás tratando de convencerme? ¡Es una locura!

—¡Exactamente! Es una completa locura... Justo lo que necesitas. Una locura que demuestre cuánto lo amas. ¿Imaginas su cara si te presentaras allí, pidiéndole perdón y diciéndole que lo amas, vestida nada más que con un abrigo largo y sin nada debajo?

Anna pestañeó.

—Okey, tal vez lo del abrigo sea demasiado... Pero tienes que admitir que es una buena idea. ¡Vamos! ¡Atrévete!

Sí, era una locura. Una locura de amor que podría, o no, ser la oportunidad de recuperar a Pascal. Pero ¿era ella capaz de semejante arrojito? Ceder a sus impulsos no era algo que se le diera tan bien. En ese momento, deseó que algún tipo de señal le mostrara el camino correcto.

—Demasiada conversación ya me secó la garganta. ¿Nos tomamos unas cervezas? —Dom la recuperó de las garras del pensamiento.

—Buena idea —respondió—. ¿De verdad escucha a Michael Bolton?

—Sí, así de patético se ha vuelto.

—A mí no me parece patético... El tipo fue un gran ídolo en los noventa.

—Por supuesto que no te parece patético. Tú también estás enamorada.



Al salir del bar, decidió dar un paseo por el pueblo. Necesitaba pensar. O dejar de hacerlo.

El sol ya se había escondido en el horizonte y las primeras estrellas titilaban en el cielo. Caminó sin más destino que el azar, deteniéndose a ver algunos escaparates y sin hallar nada que llamara su atención... Hasta que algo lo hizo.

Una librería.

Se detuvo frente a la fachada. Era pequeña, pero se veía abarrotada de libros. No era una lectora apasionada; por lo que los títulos y los nombres de los autores no le resultaban familiares... Pero reconoció a uno.

—Tiene que ser una broma —pegó una mano al vidrio, como queriendo tomar ese libro que tanto llamaba su atención desde el otro lado.

La cubierta tenía un enorme calamar apresando a una nave acuática entre sus temibles tentáculos. El título era conocido, el autor también. Un pequeño calor se instaló en su pecho al ver que se trataba de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, de Julio Verne. El ejemplar que Pascal le había obsequiado, se había ido con los restos del confiable Polo gris. ¿Acaso era...?

—Tal vez sea una señal.

No. No "tal vez". ¡Debes creer, niña!, le parecía estar oyendo la frase que Didier le había dicho junto a la fuente.

—Sí. Debo creer.



CAPÍTULO 39

**UNA  
GRAN  
AVENTURA**



**Hay aventuras cuyo epílogo  
está escrito desde el principio.**

**Paolo Giordano**

Subió al avión convencido de que la distancia aliviaría su pena. Llegado a destino, aquello le sonó a patraña. Cayó en la cuenta de que las emociones que había querido dejar en casa, se las habían arreglado para colarse en su equipaje. Era sorprendente que la compañía aérea no hubiera intentado cobrarle el exceso de peso, puesto que la desilusión pesaba cerca de una tonelada.

Llegó a Buenos Aires una lluviosa mañana de sábado. El clima estaba en sintonía con su estado de ánimo. Gris.

Una vez en el hotel, se registró, subió a su habitación y se dio una ducha. Después de catorce horas de vuelo, el agua caliente sobre el cuerpo era una bendición. La pensó, por supuesto. Porque, aunque le hubiera encantado poder arrancarse el corazón, lo tenía dentro del pecho y le recordaba con cada latido que había sido descartado como menos que nada.

El tiempo para pensar, para decidir qué hacer con todo lo que sentía, no había hecho más que cavar una profunda grieta entre ambos. Una grieta infranqueable. Gradualmente, el tiempo para pensar se fue transformando en un tiempo para olvidar. Un tiempo de duelo por lo que parecía perdido de modo irremediable.

Anna no había intentado acercarse. Tampoco él. Estaban demasiado encerrados en sí mismos, eran demasiado egoístas.

Cuando supo el resultado del ADN, quiso estar allí, para ella, de la forma en que necesitara. Pero demostró no necesitarlo. A sus hermanos, les contaba cómo se sentía, cómo estaba viviendo ese “negativo”. A él, en cambio, solo le había escrito un “te extraño”. No se lo creyó. Entonces decidió que debía irse. La distancia del desamor era tan intolerable que necesitaba poner un océano entre ellos.

Para su desgracia, la distancia física tampoco era la respuesta para su dolor. Después de darse una ducha, dejó la habitación a oscuras y durmió el resto del día. Y de la noche. Y buena parte de la mañana.

Lo despertó el sonido de su teléfono. Tanteó entre las sábanas hasta que por fin lo encontró.

—Esther... —murmuró al ver en la pantalla que se trataba de su hermana favorita.

—¿Pascal? ¿Duermes? ¡¿Por qué?!

—Porque estoy cansado —respondió.

—¡Pero estás de vacaciones! Se supone que debes aprovechar tu tiempo para recorrer la ciudad. ¿No era eso lo que querías hacer? No estarás mucho tiempo en Buenos Aires. ¡Aprovecha tu tiempo allí!

—Lo estoy haciendo. Esta cama es maravillosa —dijo en medio de un bostezo.

—¡Sal de la cama, vamos! Y, mientras te levantas, cuéntale a tu hermana favorita cuáles son tus planes...

Así lo hizo, porque no era capaz de negarle nada a Esther. Lo cierto era que no tenía grandes planes. Buenos Aires no era más que una ciudad de paso. Su destino era la región cuyana del país, donde podría visitar viñedos y seleccionar algunos vinos para incorporar a su carta en el Lavender. Si quedaba tiempo, quizás se daría una vuelta por el sur. O tal vez no. Su destino no era claro.

Le contó a Esther que el único punto inamovible de su itinerario era el desayuno en el Café Tortoni, lugar emblemático para quienes, como él, gustaban de los sitios tradicionales y cargados de historia.

El café no quedaba tan lejos de su hotel.

El día estaba nublado, pero ya no llovía. Decidió ir caminando. Ese domingo por la mañana, la ciudad se veía desierta. Tenía un aire melancólico que estaba en perfecta sintonía con su estado de ánimo. Caminaba con las manos en los bolsillos y los hombros encogidos, tan gris como el cielo sobre su cabeza.

La recepcionista del hotel le había advertido, en un perfecto francés, que el Café Tortoni solía recibir a gran cantidad de turistas, a diario, y que, a menudo, era necesario esperar para encontrar una mesa disponible. Con esa premisa en mente, fue extraño llegar al café y encontrarlo prácticamente vacío.

Los “porteños” eran criaturas nocturnas; los domingos por la mañana, la ciudad dormía hasta tarde.

El Tortoni era todo lo que esperaba y más. Un sitio que se había quedado en el tiempo y que hacía presente un pasado de elegancia y sofisticación, de grandes pensadores y filósofos de la vida cotidiana. Desde la cucharilla más pequeña hasta la luminaria más ostentosa, cada detalle estaba pensado para crear una atmósfera única. Hasta la vestimenta de los mozos tenía reminiscencias del pasado.

Había mesas vacías hacia donde quiera que mirara. Eligió una en el centro del salón, para no perderse detalle de cuánto lo rodeaba. Los clientes se contaban con una mano, literalmente. En el ala principal, solo se encontraba él y, hacia su derecha, unas mesas más allá, cuatro mujeres que conversaban animadamente. Las miró con curiosidad, también con disimulo. De edades y estilos dispares, a primera vista, no parecían tener demasiado en común. Pero reían al unísono, la comunión venía de la mano del disfrute y la complicidad que compartían a pesar de las diferencias.

Un camarero de gesto adusto y pobladas cejas oscuras se acercó hasta la mesa. Balbuceaba un inglés incomprensible y nada de francés. Pascal se halló en problemas, porque él no hablaba una palabra de castellano. Pensó que un dedo señalando era parte del idioma universal, así es que hizo uso del suyo para indicarle al mozo qué era lo que quería. El sujeto tomó nota en una pequeña libreta y se marchó.

Cuando Pascal volvió la vista hacia el grupo de mujeres, una de ellas lo miraba con desdén. Nervioso, miró hacia la puerta y fingió no verla, pero aún podía escuchar sus risas. Hablaban y hacían comentarios por lo bajo.

Unos minutos después, el mozo regresó. Puso sobre su mesa un enorme trozo de pastel de chocolate, con crema y cerezas, y lo que parecía ser un emparedado de algún tipo, además de una taza alta con leche y chocolate. Pascal alzó una ceja, confundido. Él quería nada más que un café... pero, al parecer, su dedo había señalado con un apetito inusual. Sin ánimos de ser descortés, agradeció y lo dejó pasar.

El tenedor que pensaba usar para atacar el pastel de chocolate resbaló de su mano y el susurro de las cuatro mujeres a su derecha cesó repentinamente.

Lo único que podía escuchar eran los latidos de su propio corazón. Lo único que podía ver era a Anna parada frente a su mesa, con la típica expresión de cansancio de quien no ha dormido en días. Estaba... ¿alucinando?

—¿Qué haces aquí? —fue lo primero que se ocurrió preguntar.

—Vine por ti —respondió.

Pascal no salía de su asombro.

—Anna... pero ¿cómo me encontraste?

—Preferiría no traicionar a mi fuente, si es posible.

*Esther*, por supuesto. Pascal respondió de inmediato a su propio interrogante. Por eso había llamado más temprano, por eso había insistido tanto en conocer su itinerario.

—¿Puedo sentarme? —Anna señaló la silla vacía frente a él.

—Por supuesto... —se sentía como si pensara en cámara lenta. Era incapaz de reaccionar—. No puedo creer que estés aquí —pensó en voz alta.

—Tampoco yo —Anna sonrió—. Odio los aviones.

Seguir enfadado con ella era muy difícil cuando estaban así de cerca. Habían pasado semanas desde la última vez que la había visto, pero el tiempo y la distancia no habían logrado debilitar las sensaciones que Anna le provocaba.

—¿Qué piensa el doctor Dumont de que hayas tomado un avión? —aunque sus heridas superficiales estuvieran curadas, eran las que no podía ver las que le preocupaban—. Todavía estás recuperándote, ¿qué haces aquí?

—Justo eso, me recupero. El doctor Dumont no sabe que vine, pero estaría de acuerdo conmigo. No puedo hacerlo si no estás conmigo. Él dijo que la recuperación era un momento de aprendizaje. Así lo estoy tomando.

—No seas cruel, por favor —dijo mirándola con ojos suplicantes.

—No entiendo...

—Hasta ayer, nada te importaba de mí. Ahora, ¿no puedes recuperarte si no estoy? ¿Qué es esto? ¿Qué te hizo cambiar de opinión?

Pascal tenía razón en dudar. Era imposible comprender la impulsividad de su viaje cuando se había mantenido distante por tanto tiempo. Iba a tener que desnudar todo de sí para que le creyera, hasta sus pensamientos más egoístas.

—Porque Dom me dijo que estabas lejos y eso me enfureció. No me gustó enterarme así, por un tercero... —respondió con absoluta honestidad. No había cruzado medio mundo para andarse con rodeos—. No me gustó que no me dijeras de tu viaje, que no me contaras tus planes, y que no me invitaras a venir. No me gustó verme fuera de tu vida, Pascal. Esa es la verdad. Fui a Gordes a encontrar los retazos de mi historia y así lo hice. Lo que no pensé, fue que en esa búsqueda te encontraría a ti. Que me encontraría también a mí. Me descubrí distinta en el contacto con los demás. Con mi abuelo, con tu familia, y contigo, por supuesto. No quiero perder eso. Me niego a perder a esta nueva Anna. Me niego a perder lo nuestro.

Al escuchar eso, Pascal la miró de una forma que a Anna no le gustó. No le gustó para nada. En su expresión, además de dolor, había resignación.

—¿Es así? —preguntó con voz temblorosa. Casi que no se atrevía a hacer la pregunta, pero necesitaba conocer la respuesta—. ¿Lo nuestro está perdido?

—¿Qué es lo “nuestro”, Anna? ¿Cómo puede estar perdido algo que ni siquiera sé si comenzó?

—¿Qué dices? Por supuesto que comenzó.

—A medias... te diste a medias, y lo sabes.

Anna tragó saliva, sin atreverse a contradecirlo. Era cierto, siempre se había manejado con reservas.

—No puedo tener una relación solo con la parte de Anna que quieras mostrarme. Te quiero completa, o no te quiero —dijo con absoluta convicción. Para Anna, su resolución fue como un

golpe de realidad. Necesitaba despertar de su letargo o lo perdería—. No estoy poniéndote condiciones, estoy siendo yo en mi versión más auténtica. Ya tengo treinta y tres años, Anna. Sé lo que quiero. A medias, nada.

—Crucé medio planeta para venir a pedirte otra oportunidad. ¿Qué te dice eso?

—Nada, no me dice nada —y fue él quien tomó su mano porque ya no soportaba no tocarla—. Quiero que me lo digas tú.

—Te mentí, te lastimé, y lo siento. Pero prometo dar todo de mí para que esto funcione. No porque tú me lo pides, sino porque quiero hacerlo. Todo o nada, aun con miedos... La verdadera aventura es lanzarse a lo desconocido, ¿no es cierto? Y si el capitán Nemo pudo hacer frente a calamares gigantes, yo tengo que poder mirarte a los ojos y decirte que te amo. Cada uno elige su propia aventura.

Pascal sonrió.

—¿Mirarme a los ojos y decirme qué? —preguntó.

—¿Vas a obligarme a decirlo? —se sonrojó. Era la primera vez que admitía sus sentimientos.

—Jamás. Yo jamás voy a obligarte a nada, ni a exigirte que seas distinta... —acarició su mejilla con el pulgar—. Lo único que quiero es que seas tú, Anna. Siempre. La mujer que nunca hace lo que espero y que me sorprende todo el tiempo —besó su mano, en ese sensible espacio entre sus nudillos—. Amo todo de ti. Todas tus versiones y todos tus retazos. Te amo.

—¿Vas a besarme de una vez o tendré que seguir esperando? —apoyó los codos sobre la mesa, pasando por encima del pastel de chocolate.

—Voy a besarte y luego voy a pedir la cuenta, para que nos llevemos esta reconciliación a un sitio más privado, ¿qué dices?

Las cuatro mujeres, que se encontraban algunas mesas más allá, vieron cómo la recién llegada llamaba al mozo y le hacía señas desesperadas para apresurar el pago de la cuenta. De repente, ambos tenían prisa por irse. Hablaban en francés y las cuatro amigas no entendían nada de lo que decían, pero el amor se hace entender en todos los idiomas. Las miradas que se dispensaban, la forma en se tomaban de las manos, la intensidad de un beso contenido... En francés o en castellano, no cabían dudas de que estaban enamorados.



EPÍLOGO

## SOLTAR

El amor es un misterio.  
Un vínculo difícil y maravilloso  
que compromete todo lo que somos:  
nuestros anhelos, nuestros miedos,  
nuestra historia misma.

Gabriel Rolón

Era temprano, podía ver los primeros rayos de sol a través de la ventana. La despertó el sonido de la televisión. Un sujeto de dientes blanquísimos y bronceado artificial hablaba acerca de las ventajas de comprar una máquina de ejercicios para el hogar; era uno de esos infomerciales de una hora de duración. Anna, todavía un poco adormilada, rastreó el control remoto entre el desorden de las sábanas y la apagó. Hizo movimientos lentos para deslizarse fuera de la cama sin despertar a Pascal; lo había oído llegar bien entrada la madrugada y prefería dejarlo dormir.

De camino al baño, esquivó algunas cajas que habían quedado en el pasillo. Se habían mudado a un apartamento, a pocas cuerdas del Lavender, y todavía quedaban algunas cosas por acomodar. Libros, en su mayoría. Después de casi un año de relación, su amor exigía un espacio que ya no encontraban en las acotadas dimensiones del desván.

Para Pascal, tomar la decisión fue algo sencillo. Para Anna, no tanto. Sentía culpa por dejar a Florian en la estancia, solo y lejos de todo; pero fue su abuelo quien le recordó que había sido capaz de cuidar de sí mismo, sin ayuda, durante más de dos décadas. No necesitaba que Anna compartiera sus metros cuadrados para sentir que contaba con ella. Sobre los cimientos del respeto y la confianza, construían un vínculo que se fortalecía día a día.

Al llegar al baño, se quitó la ropa y observó su reflejo en el espejo. Después de mucho camino recorrido, podía decir que comenzaba a gustarle lo que veía. El colorido tatuaje en su brazo izquierdo contaba la historia de una mujer que, durante años, se había convencido a sí misma de que ocultar las heridas era el modo de seguir adelante. Era importante no olvidar ese tramo de su historia, para no repetir una fórmula que había resultado ser un fracaso. Era la cicatriz vertical justo debajo de su esternón la que contaba una historia completamente diferente, la que había inaugurado una nueva etapa de aprendizaje. Pues, en su momento de mayor vulnerabilidad, tanto del cuerpo como del alma, encontró la fortaleza que viene de la mano del amor. Del amor que se da y del que se recibe.

Luego de regular la temperatura, dejó que el agua recorriera los contornos de su cuerpo.

—¿Aceptas compañía?

Anna escuchó su voz y sonrió.

—Siempre... —respondió recibéndolo en sus brazos como si no lo hubiera visto en años.

—Buenos días —murmuró Pascal, amenazando a su boca con un beso.

—Lo es, ahora que estás conmigo —Anna mordió su sonrisa y se dio por entero con un roce de sus labios.

Eran los rastros de besos y caricias, esos trazos que solo ellos conocían, los que contaban una historia que escribían juntos. La trama iba y venía con los desafíos del día a día; tenía un poco de comedia, otro tanto de drama, y algunos pasajes que habían sido trágicos, pero, en esencia, era una historia de amor.



—Entonces, ¿cuáles son los planes para hoy? —preguntó Pascal, mientras desayunaban.

—Debo ir a recoger a Florian... —consultó su reloj y apresuró el café—. ¡Ya mismo! Tiene

sesión con la fisioterapeuta en media hora.

—Oye, tranquila. No estamos tan lejos, te sobra el tiempo. ¿Cómo está su rodilla?

—No tan bien, la verdad —se lamentó—. Trabajan en fortalecer la musculatura para darle sostén a la articulación, pero Florian no es el mejor paciente. Aunque cumple con sus sesiones.

—Porque tú lo llevas... No se atrevería a decirte que no —sugirió Pascal, sabiendo de la debilidad de Florian por su nieta. En ella encontraba la mirada de amor que tanto había esperado.

—Es posible. Si de mí depende, no dejaré que se rinda. Lo llevaré todas las veces que sea necesario —tomó el estuche de su cámara y comprobó que todo estuviera en su sitio, correctamente acomodado. Desde que decidió pedir la baja de su trabajo para dedicarse por entero a la fotografía, seguía su propio protocolo. Tenía un pequeño estudio-oficina en el centro y desde allí trabajaba. Era agradable tomar fotografías que la gente sí quería conservar en álbumes o colocar en portarretratos.

—¿Quieres que pase por ti para ir a la Abadía? —preguntó Pascal.

Las manos de Anna se demoraron en las correas de su estuche.

Sin presionar, él aguardó a que estuviera lista para responder.

—Prefiero que nos encontremos allí —resolvió al fin.

—Me parece bien. Lo haremos como tú quieras —movió el tazón de cereales del camino y entrelazó sus dedos con los de Anna.

—Gracias... —agradeció la caricia y el apoyo—. Te amo.

—No me canso de escucharlo —besó sus dedos—. Yo también te amo.

Se despidieron en la puerta. Pascal caminaría al Lavender, a apenas un par de cuadras de su apartamento. Anna se llevaría el automóvil. Su nuevo viejo automóvil.

Luego del accidente, el confiable Polo gris había quedado reducido a chatarra. Afortunadamente, el seguro respondió por el daño. Con el dinero que recibió, Anna se compró un viejo Twingo. No era para nada confiable, pero era mejor que nada. ¡Y tenía un interior enorme! Muy cómodo para trasladar todo su material de trabajo, y también para otras actividades...



Asomado a la ventana, Florian vio la estela de polvo y piedras avanzando por el camino y salió a la puerta. No le entusiasmaba demasiado la visita a la fisioterapeuta, pero no desperdiciaba una oportunidad de ver a Anna. Ya no desperdiciaba ninguna de sus oportunidades, de hecho.

Cuando la vio bajar del vehículo, con esa sonrisa tímida en la que encontraba reminiscencias de su Lili, bajó los escalones del porche para recibirla entre sus brazos.

—¡Esa pierna se ve mucho mejor! Ya casi no renqueas —mintió Anna.

—Me alegra verte, querida... ¿Cómo estás? —puso una mano sobre su mejilla y estudió su expresión. Ese sería un día distinto, para todos—. Sé honesta conmigo.

—Siento un vaivén de emociones —admitió—. Por momentos, estoy triste; pero, luego, me convenzo de que ya es tiempo de soltar. Entonces, siento paz.

—Te entiendo. Soltar no es nada fácil, pero es necesario para avanzar.

—Así lo creo.

—Estaré allí contigo, sosteniendo tu mano —prometió Florian.

—Lo sé, abuelo... No podría hacerlo de otro modo —se sumergió en su abrazo.

Llevó a Florian a su terapia y, mientras esperaba que su sesión acabara, intercambió algunos mensajes con Esther. La extrañaba muchísimo. La más pequeña de los Duvall se había instalado en

París, para estudiar Leyes; estaba decidida a especializarse en la defensa de los derechos de niños y adolescentes. Había hecho de las diferencias, su bandera y la de muchos otros que se sentían identificados con su sentir. Desde un blog, que actualizaba semanalmente, apoyaba a otros adolescentes en conflicto con sus diferencias. Vivía con su hermano Paul. Calvin, el otro mellizo, se había mudado con su futura esposa. Se casarían en el otoño.

ESTHER:

Hoy mi corazón está allí contigo, mi hermana favorita.

Te amo.

Anna aferró el teléfono entre sus manos, como si así pudiera darle un abrazo.

—Anna... —Florian tocó su hombro.

—Lo siento. ¿Ya terminaste?

—Sí, ya terminé. Estoy listo para volver a casa.

Llevó a Florian hasta la estancia y luego regresó al centro. Tenía mucho que hacer antes de que llegara el atardecer. Fotografías que editar, reuniones con posibles clientes que no podían esperar, portfolios listos para entregar; infinidad de tareas que esperaba mantuvieran su mente distraída. Sus emociones, por otro lado, no admitían distracción alguna. Aunque tratara de mantenerse enfocada en el trabajo, en el fondo de su ser, persistía una sola idea.

*Llegó el momento.*



La Abadía de Sénanque se había convertido en un sitio importante para ella. No supo cuánto hasta que decidió que allí soltaría las cenizas de Lili.

Su madre había pedido regresar a casa y Anna había cumplido con su pedido... en parte. No podía conservarla eternamente en una pequeña urna ovalada. Tenía que liberar las cenizas de Lili. Tenía que liberar a su madre. Tenía que liberarse. Porque soltar era soltarse, y decir adiós también era despedirse de una parte de sí misma. Era momento de soltar reproches y reclamos, de despedirse de rencores y dolores viejos.

Nunca volvió a preguntarse si su madre había mentido o no. ¿Qué sentido tenía? Quizás, había querido inventarse una historia para sí misma, una historia de amores imposibles y de hijas que huían de padres monstruosos. Tal vez, ni el amor era tan imposible ni el padre tan monstruoso. Puede que lo suyo con Cédric no hubiera sido más que una ilusión. Puede que todo fuera una mentira. Nada más que la percepción de una mente que buscaba una explicación a la tristeza y al fracaso. Después de todo, la mente era engañosa. A veces, solo nos mostraba lo que le convenía. ¿Verdad? ¿Mentira? ¿Un poco de ambas? Anna no lo sabía, y jamás lo sabría. La única certeza que tenía era que, a veces, la verdad estaba sobrevalorada.

Lo cierto era que Lili había guiado los pasos de su hija hacia el único sitio donde había sido feliz. Ahora, le tocaba a su hija devolverle el favor.

Aparcó el automóvil detrás de una hilera de vehículos conocidos. Inspiró profundo y miró hacia su derecha. Allí, en el asiento del acompañante, aguardaba la pequeña urna ovalada. Anna le sonrió como si se tratara de una vieja amiga; y, en cierto sentido, así era. Juntas habían iniciado una travesía que para una de ellas llegaba a su fin.

Pascal la vio bajar con la urna entre las manos, sosteniéndola con fuerza. Soltar no era sencillo, pero sí necesario. Como si una fuerza invisible lo impulsara, fue a su encuentro. La envolvió en sus brazos y la sostuvo sobre su pecho, sin decir una palabra. Las palabras no eran

necesarias. Ese día, era el corazón quien tenía la última palabra.

Anna se dejó abrazar, porque para ser fuerte tenía que dejar ver su vulnerabilidad. Miró hacia el horizonte, hacia el punto exacto donde el cielo y la tierra se encontraban, y sintió paz.

—Es muy hermoso, ¿no te parece? —dijo, admirando el manto lavanda que se extendía frente a ellos.

—Es muy hermoso... Aquí estuvimos solos por primera vez.

—Es cierto —Anna sonrió al recordar ese paseo—. Aquí descubrí que eras especial para mí. No tenía idea de cuánto, pero lo supe de inmediato... Mi madre guio mis pasos hasta aquí, ¿sabes? Quizás, hasta te puso en mi camino —su voz se quebraba—. ¿Crees...? ¿Crees que me observa?

—Sí —Pascal respondió sin un atisbo de duda—. Creo que, donde quiera que esté, te ve. Estoy seguro de que ve la persona hermosa que eres. Estoy seguro de que está tan orgullosa de ti como todos nosotros.

Señaló al grupo que esperaba por ella. Allí estaba la nobleza de Florian, la entereza de Cédric, la entrega de Margot, la frescura de Dominic, la ternura de Esther y el amor de Pascal.

Fue a Gordes en busca de su padre, pero, entre senderos de lavanda, se halló a sí misma.

Se acercó hacia su familia, a quien la unía un lazo incluso más fuerte que el de la sangre, y abrazó a cada uno. Y se dejó abrazar por ellos... incluso por su pequeña hermana menor, a quien creía en París.

—Tú sostuviste mi mano cuando te necesité. Aquí estoy para sostener la tuya. Nunca te dejaré sola —Esther le dijo al oído. Y Anna supo que era cierto, nunca más estaría sola.



Era una noche oscura, sin luna y sin estrellas. Tenía el cabello húmedo y su piel olía a jabón, estaba usando una sudadera gris y su pantalón deportivo. Al llegar al borde del precipicio, miró hacia abajo y vio nada más que asfalto y soledad. No sentía miedo. Ya no. Había pasado una eternidad dentro de la misma pesadilla y lo único que ansiaba era la libertad.

Nunca saltaba. No lo había hecho la primera vez, y tampoco ninguna de las veces que le siguieron. Lo que hacía era dejarse caer. Abría los ojos, extendía los brazos, y dejaba que su peso y la gravedad hicieran el resto. Aunque estaba convencida de que morir era su única alternativa, todas y cada una de las veces que caía, en el último segundo, pensaba en Anna e, inconscientemente, colocaba sus manos para detener la caída. ¡Qué ilusa! No había logrado detenerla la primera vez, y tampoco ninguna de las veces que le siguieron.

Caía siempre. Moría siempre.

Resignada a la repetición constante de su final, Lili apresuró el trámite. Abrió los ojos, extendió los brazos y se dejó caer. En el último segundo, como siempre, pensó en Anna. Aunque, en esa oportunidad, todo fue diferente.

*Te perdono, mamá. Te suelto. Te dejo ir.*

Era su hija. Era Anna. Su voz le llegaba con absoluta claridad... Pero ya era demasiado tarde. ¡Caía! El suelo se precipitaba hacia su rostro. Gritó con todas sus fuerzas, colocó las manos para detener la caída, pero, de todos modos, su mejilla izquierda impactó con fuerza contra el suelo. Tan fuerte había sido el golpe, que sintió un dolor indescriptible. No podía hablar, apenas si podía respirar. Apenas si podía... ¿moverse?

Abrió los ojos y lo primero que percibió fue la luz del día, nada de noche oscura. De cara al suelo, era poco lo que podía ver. Pero era claro que no se encontraba rota sobre el asfalto. Por el

contrario, sintió la calidez de la tierra bajo la palma de sus manos. La acarició, como quien acaricia un sueño vuelto realidad. Enterró sus uñas, tomó un puñado de suelo y se lo llevó a la nariz. Con los ojos cerrados, aspiró la tierra que tanto amaba y se puso de pie.

Era libre. Ya no estaba dentro de esa oscura pesadilla.

Cuando abrió los ojos, se encontró entre senderos de lavanda. A su lado, una versión más adulta y más entera de su pequeña Anna dejaba que sus cenizas volaran hasta el horizonte.

—Hija... —le susurró—, cumpliste con tu promesa.

Si la escuchó o no, fue un misterio, pero le alegró ver que la expresión en su rostro era de paz absoluta. La de Lili también.

Una junto a la otra, disfrutaron del espectáculo que ofrecía el atardecer. Cuando el último rayo se ocultó en el horizonte, Lili se adentró en los senderos de lavanda, donde su alma descansaría por siempre. Allí, donde alguna vez había sido feliz.

Anna, en brazos de Pascal y en compañía de su familia, también siguió con su camino. Ahora le tocaba a ella transitar sus propios senderos.



## AGRADECIMIENTOS

Hace tiempo, en 2017 para ser más exacta, cuatro mujeres se sentaron a desayunar en el Café Tortoni. La pasión por los libros las congregó, y pronto la mesa se llenó de infusiones y delicias, de risas y anécdotas, de confesiones y complicidades. Una de esas cuatro mujeres era yo. Esa mañana, entre amigas y entre libros, vi a “Pascal” sentado en el salón y me animé a soñar con esta historia de amor que hoy comparto con ustedes. Mis compañeras de desayuno eran Cristina Gómez de Schivo, Natalia Otero y Silvia Nora Francesconi. En ellas y con ellas, agradezco a cada una de mis amigas lectoras. Sepan que las llevo en el corazón. A todas y a cada una.

Llevar a Anna de la mano, “Entre senderos de lavanda”, me invitó a pensar en mí misma, en mi propia historia, en quién soy y qué me define.

Soy la mamá de María de los Ángeles. Soy la esposa, amiga y amante de Alberto. Soy la hija de Estela y José Luis, la hermana de Florencia. Soy la tía de Salvador y de Benicio. Soy hermana por elección de Karina. Soy cuñada de Leonardo, Natalia, Enrique, Pablo y Valeria. Soy la nuera de Mabel y de Alberto. Soy triada junto a Gimena y Lorena. Soy amiga de mis amigos, los que están, los que estuvieron, y también los que vendrán.

Soy Vera, soy parte de un sueño que soñamos juntos y que juntos hacemos realidad. Soy por ese ejemplar de *Primaveras para Elías*, que Alejandra Colombraro Lisi junto a Luciana Galván y Gabriela Stefanazzi, dejó en manos de Marcela Luza. Soy gracias al apoyo y cariño de mis amigas lectoras, que creyeron en mí incluso antes que yo me animara a hacerlo. Soy por la confianza que Marcela me brindó, de la cual me contagié, y que me abrió una puerta. Soy gracias a la apuesta constante de V&R Editoras, al trabajo impecable de todo su equipo; soy de la mano de María Inés Redoni, Abel Moretti, Natalia Vázquez, Florencia Cardoso y Marianela Acuña. Soy por el apoyo constante de mi editora, Jessica Gualco, que supo enseñarme, contenerme y acompañarme a lo largo de todo este proceso. Soy en el abrazo apretado con mis compañeras de pluma, Laura G. Miranda, Brianna Callum y Magda Tagtachian.

Soy en el encuentro con las amigas y amigos, lectores y colegas, que esta pasión por las historias me regaló. Por los que me regalará.

Soy mujer y orgullosa. Soy causa y soy lucha. Soy voz que quiere ser escuchada. Soy sueño y deseo. Realidad y posibilidad. Soy ahí, cuando escribo. Soy quien quiere trazar su propio sendero. Soy un “gracias” enorme a la vida, a la familia y a los amigos.

Sin ustedes, nada. Con ustedes, todo.



*Mariela Giménez*

es psicóloga y escritora. Ávida lectora, descubrió en la temprana adolescencia que tenía sus propias historias que contar. En 2012, publica *Azabache, el color de la pasión*; trilogía que completa con *Esmeralda, el color de la obsesión* (2013) y *Ámbar, el color de la mentira* (2013). Luego publica *Entre luces y sombras* (2014) y *Primaveras para Elías* (2015). Participa además de la antología *Ay, amor. Diez historias para enamorarte* (2015). En 2017, comprometida con la cuestión de género, convoca e invita con *#UnaLucrecia* a una mirada reflexiva acerca de la violencia.

Hoy, con la publicación de *Entre senderos de lavanda*, propone descubrir la esencia del ser en el encuentro con el otro.



- Edición: Jessica Gualco
- Colaboración editorial: Florencia Cardoso y Natalia Yanina Vázquez
- Coordinación de diseño: Marianela Acuña
- Diseño de interior: María Natalia Martínez
- Diseño de portada: Luis Tinoco
- Ilustraciones en portada: Adelveys/Shutterstock (flores); Lesya4ka/Shutterstock (sobre); Catherine Glazkova/Shutterstock (cámara)
- Fotografía de la autora: Gerardo Viegas
- Armado del e-book: María Victoria Costas

© 2019 Mariela Giménez  
© 2019 V&R Editoras  
[www.vreditoras.com](http://www.vreditoras.com)

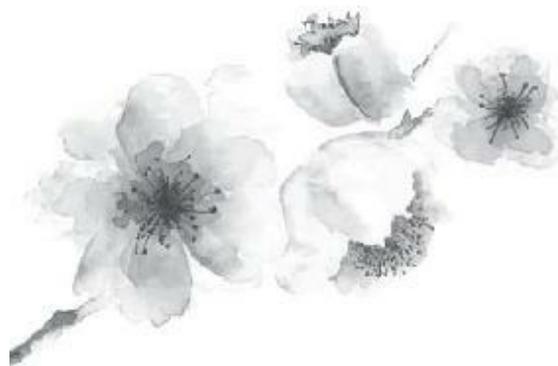
Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

-ARGENTINA-  
Florida 833, piso 2, of. 203 (C1005AAQ) Buenos Aires  
Tel.: (54-11) 5352-9444  
e-mail: [editorial@vreditoras.com](mailto:editorial@vreditoras.com)

-MÉXICO-  
Dakota 274, Colonia Nápoles, CP 03810, Del. Benito Juárez, Ciudad de México  
Tel.: (52-55) 5220-6620  
01800-543-4995  
e-mail: [editoras@vreditoras.com.mx](mailto:editoras@vreditoras.com.mx)

**ISBN: 978-987-747-591-3**

Gimenez, Mariela  
Entre senderos de lavanda / Mariela Gimenez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2019.  
Libro digital, EPUB  
Archivo Digital: descarga y online  
ISBN 978-987-747-591-3  
1. Novelas Románticas. 2. Narrativa Argentina Contemporanea. I. Título.  
CDD A863



Elegí esta historia pensando en ti  
y en todo lo que las mujeres románticas  
guardamos en lo más profundo  
de nuestro corazón y solo en contadas  
ocasiones nos atrevemos a compartir.

Y hablando de compartir, me gustaría  
saber qué te pareció el libro...

Escríbeme a  
[vera@vreditoras.com](mailto:vera@vreditoras.com)  
con el título de esta novela  
en el asunto.

*VeRa*

yo también  
creo en el amor



vera.romantica

